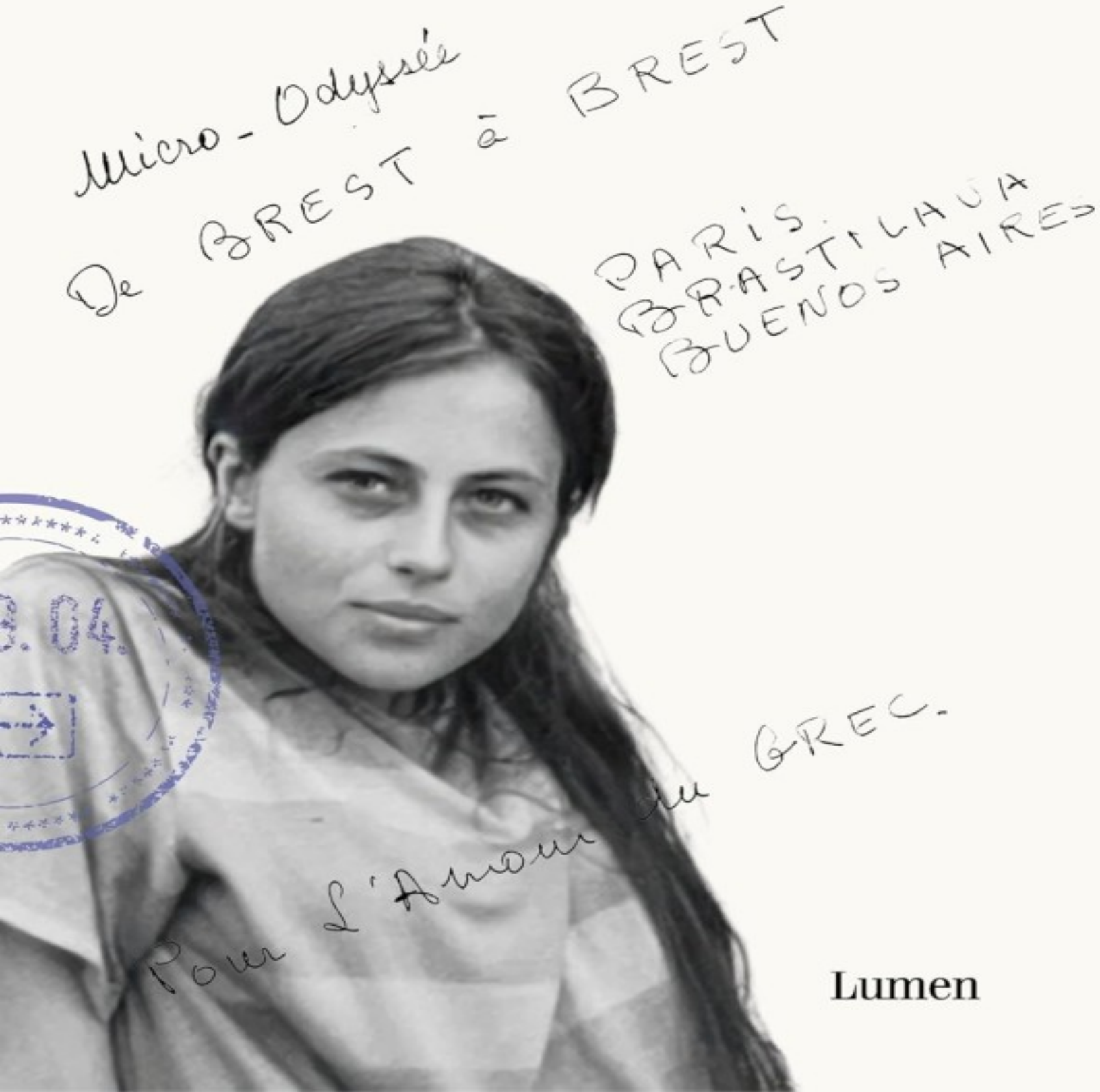
Anne Berest

El linaje de Pierre



Lumen

El linaje de Pierre

Anne Berest

Traducción del francés de
Lydia Vázquez

Lumen

narrativa

A los dos Eugène y a los dos Pierre

Esta saga familiar está escrita en forma de novela. Doy las gracias a mi familia por haberme acompañado en su concepción.

Cada verano, dejábamos nuestro barrio de la periferia parisina para ir a Bretaña, la tierra de mi padre, donde nació, al igual que su padre y el padre de su padre antes que él.

El viaje comenzaba en la Gare Montparnasse, bajo los murales de Vasarely, con sus formas repetitivas, sus motivos cinéticos y sus colores saturados que se oscurecían bajo una capa negra de contaminación.

Mis dos hermanas y yo fuimos las primeras de una estirpe para la que la Gare Montparnasse ya no era un destino, sino un punto de partida. Las primeras Bérest —aunque nos llamábamos Berest— que nacieron fuera del departamento de Finistère. Y ese simple cambio de sentido imprimió en nosotras una diferencia que las generaciones anteriores no habrían podido concebir. Por esa razón, me sentía imperceptiblemente distinta de mi padre.

En el andén de la estación, nuestras maletas con asa, llenas de libros de nuestros padres, pesaban como fardos de leña. Mi madre, Lélia, trabajaba entonces en su tesis doctoral, titulada sobriamente *Anaphore et détermination* («Anáfora y determinación»), mientras que mi padre, Pierre, también investigador, proseguía la redacción de su obra *Calcul des variations: Applications à la mécanique et à la physique* («Cálculo de variaciones: aplicaciones a la mecánica y la

física»). Llevábamos la máquina de escribir, una Robotron Cella de un naranja deslumbrante, grande y sólida, que ocupaba tanto espacio como mi hermana pequeña, pero se movía menos. La máquina de escribir tenía su propia bolsa de cuero y, colmo de la modernidad, una cinta de tinta bicolor, negra y roja.

El tren Corail al que nos encaramábamos, literalmente, era un acrónimo que evocaba «confort y raíl», símbolo de un medio de transporte colectivo agradable, familiar y funcional.

Como una hazaña sin precedentes, solo tardábamos siete horas en llegar a Brest. Nuestros padres nos recordaban lo afortunadas que éramos por pertenecer a la generación de una época rápida, de una época moderna en la que todos los viajeros tenían acceso al aire acondicionado. Se habían acabado el olor a huevo duro y salami, el sudor de las axilas, los mareos de las mujeres embarazadas y los bebés sonrojados por el calor. Aquel tren de diseño industrial pop, con sus colores vivos y su vagón cafetería verde ácido, llegó a nuestras vidas como un milagro, al mismo tiempo que François Mitterrand.

En los vagones para fumadores, tras cuatro o cinco horas de viaje, el ambiente se volvía tan denso como la niebla de una película, y ya no se distinguía el otro extremo del coche. Para llegar al baño, había que atravesar los fuelles de conexión entre vagones. Me parecía estar dentro de un acordeón inmenso. El ruido ensordecedor y la sensación de los raíles vibrando bajo mis pies me daban miedo.

También temía a esos hombres del tren, que observaban fijamente a las niñas con mirada penetrante. Durante todo el trayecto, nos

perseguían sus deseos, invisibles a los ojos de los adultos. Notábamos su persistencia, inmediata, palpable. Yo me escondía detrás de las cortinas plisadas de color mostaza, de lana áspera, que absorbían tranquilamente el olor a cigarrillo.

El tren llegaba a Morlaix dominando la ciudad desde arriba. En el viaducto, yo aguardaba la repentina aparición de un mar de tejados de pizarra azul noche, escalonados, semejantes a una extensión de olas petrificadas. Solo quedaba una hora de viaje hasta Brest, el fin del fin, el fin de la tierra. Imposible ir más lejos. Después, estaba América.

Al llegar al término del trayecto, teníamos que arrastrar nuestras maletas-biblioteca, que el cansancio del viaje hacía aún más pesadas. Íbamos a pie a casa de mis abuelos, que vivían a solo unos cientos de metros de la estación de tren. Yo los llamaba «Yayo» y «Yaya», y no se me ocurría que tuvieran otros nombres. Para mí, tenían una función: ser mis abuelos de Bretaña, seres a la vez reales y lejanos, por los que sentía un respeto no exento de cierta aprensión.

El padre de mi padre era un hombre carismático que desempeñaba «funciones». Había sido alcalde de Brest antes de que yo naciera, elegido bajo el lema «Bérest para Brest», un aptónimo perfecto, como el del futbolista Jérémy Pied o el del humorista Thierry Le Luron, tan bromista como indicaba su apellido. No había hecho una «carrera» política, era profesor de Clásicas, de latín y griego. Esa fue su baza cuando se presentó a la alcaldía. Más tarde, se le conoció como «el alcalde profesor de Letras».

Nunca me sentía relajada con mi abuelo. En su presencia, no podía evitar comportarme como una niña modelo —actitud que más

tarde reproduciría en otras situaciones—. Reajustaba mi forma de ser, sonriendo tontamente, cediendo para agradar. No entendía que esa actitud me convertía en una niña con gestos afectados, poco natural y sin encanto.

Eugène Bérest murió en 1994. Aquel verano de mis quince años, encontré unos viejos pantalones de campana de mi madre en el fondo de sus cajones. Solo me vestía con ropa de segunda mano comprada en mercadillos, en la Fiesta de la Vendimia de Bagneux, prendas vetustas que me ponía como andrajos y que me parecían impregnadas de la memoria de quienes las habían llevado en tiempos más difíciles, más auténticos. Tenía ese gusto por el pasado y la impresión de haber nacido demasiado tarde, en una época que no era la mía. Me parecía que todo lo que importaba, todo lo que merecía la pena vivir, ya había sucedido antes, sin mí. Sentía nostalgia por amistades que no había conocido, cuya posibilidad buscaba en los libros. Recorría los cineclubes para ver películas antiguas. Al salir del cine, me invadía siempre cierta melancolía, encontraba mi vida banal y sosa.

En los días posteriores a la muerte de Eugène, mi abuela Odile le entregó unos cuadernos a mi madre, su nuera, Lélia. Eran cuatro cuadernos escolares de la marca Oxford en los que mi abuelo había escrito algunos de sus recuerdos antes de morir. No sé por qué, cuando vi esos cuadernos, me asaltó una especie de memoria del

futuro, como a veces ocurre en la infancia y la adolescencia. Sabía que algún día acabarían en mi poder.

Y así fue, treinta años después. Yo acababa de publicar una novela que narraba la historia de mi familia materna, los Rabinovitch, judíos de Rusia y Polonia. La historia real de una postal anónima enviada a mi madre, Lélia. Fue ella, archivo inagotable, siempre con el cigarrillo en los labios, quien sacó de un cajón los cuatro cuadernos Oxford con motivos escoceses de mi abuelo. Los reconocí inmediatamente.

—¿Sabes?, creo que a tu padre le gustaría que les echases un vistazo —dijo Lélia.

Como mi padre no era un hombre muy hablador, solía ser mi madre quien nos hacía de intérprete a nosotras, sus hijas.

Ese día recibí un correo electrónico suyo. Era muy raro que hiciera aquello. Acababa de terminar de leer el libro que yo había escrito sobre mi familia materna y concluía sus comentarios así: «Cuando tu madre me dijo, hace mucho tiempo, que sentía la necesidad de reconstruir la historia de su familia —tú supiste darte cuenta—, le contesté que me parecía muy bien, pero que también estaba la vida, vosotras tres, lo que aún nos quedaba por hacer. Nunca he tenido nada que temer en ese sentido. Te digo lo mismo, sin verdadera preocupación. Por las apariencias, eres más la Dama del Lago o Isolda que Esther o Judit. No hay por qué lamentarse. De Gaulle escribió que Francia moldea a los pueblos hasta convertirlos en una sola nación. Mis raíces son las de un pueblo de gente sencilla, campesinos y marineros, sufridores, fieles hasta el exceso».

Esa noche, en mi cama, sentí que los cuadernos me llamaban. Contenían fragmentos de la vida de mi abuelo, su infancia en Finistère, en Saint-Pol-de-Léon. Y tuve la esperanza de encontrar en ellos, sin atreverme a admitirlo, material para una novela. Sin duda, áspero, austero y taciturno. Pero descubriría una estirpe de hombres con un pudor, una reserva y una timidez que siempre habían sido un misterio para mí.

LIBRO I

(1909-1939)

Los dos Eugène

1
Turistas en la comarca de Léon

A principios del siglo xx, Francia vivió dos grandes modas: el sombrero canotier y la alcachofa bretona, un cardo del tamaño de una manzana al que primero hay que quitarle las hojas y el peludo vello de su barba antes de poder llevárselo a la boca. De repente, la «camus» se impuso en las mesas de los restaurantes parisinos y en las cocinas de las amas de casa, eclipsando a su principal competidora, más pequeña y también más precoz: la pobre violeta provenzal.

A partir de entonces, Bretaña tuvo que abastecer a las grandes ciudades francesas, que demandaban esta hortaliza. Por la mañana, a mediodía y por la noche, las nubes algodonosas del amplio cielo bretón se confundían con el vapor de las locomotoras, que transportaban la reina de las verduras, la alcachofa de nuestro Finistère, así como coliflores, espárragos, ajos, chalotas, cebollas y patatas. Así, Saint-Pol-de-Léon, antigua ciudad episcopal de Finistère, se convirtió en uno de los mercados de verduras más importantes de Bretaña. Cada día, su modesta estación enviaba trenes llenos como cestas de Navidad hacia París y el resto de Francia.

La nueva línea ferroviaria no solo transportaba verduras, sino que también había que trasladar a los artistas. Primero fueron los escritores quienes realizaron su «gira por Bretaña». Luego llegaron los pintores, Gauguin a Pont-Aven, Monet a Belle-Île, Maurice Denis a Ploumanac'h, Eugène Boudin a Camaret, que encontraron en los paisajes vibraciones fauvistas, una naturaleza caótica, primitiva. Tras los pintores llegaron los turistas, que querían ver «en vivo» los paisajes que admiraban en las paredes de las exposiciones.

Para acoger a toda aquella gente distinguida, la ciudad de Saint-Pol-de-Léon ofrecía hoteles cómodos y coquetos, donde se podía jugar al billar, disfrutar de un filete con patatas y beber una cerveza irlandesa amarga, espesa y negra como el alquitrán.

Esos hoteles permitían a los viajeros hacer un alto antes de llegar a Roscoff y a la isla de Batz. Aprovechaban para visitar los pintorescos monumentos de la comarca de Léon: la catedral gótica y sus macabras «cajas de cráneos», la escalera de caracol de la iglesia de Le Kreisker, las callejuelas medievales del casco antiguo.

La visita a los dólmenes de Keravel, vestigios celtas y enigmáticos, era muy apreciada. Y si había algo que encantaba a los turistas era la trashumancia de los Johnnies, los comerciantes de cebollas, que partían a vender sus alliums a Inglaterra, al otro lado del canal de la Mancha. Todos embarcaban en Roscoff, en goletas o balandras, con destino a Plymouth, con montañas de cebollas sobre los hombros. Y no regresaban a Finistère hasta haber vendido el último manojo.

Pero lo que siempre sorprendía a los viajeros, durante la tradicional visita al mercado de verduras de Saint-Pol-de-Léon, era la calma que reinaba en la lonja. No se oían ni los gritos o las arengas

de la subasta, ni ningún estruendo procedente de los puestos. En vano se buscaba el ruido ensordecedor de los charlatanes y los vendedores ambulantes. Nadie levantaba la voz. Los «leonardos» —los habitantes de Léon— tenían fama de ser personas mesuradas, de una compasiva tranquilidad. Eran capaces de soportar muchas cosas en silencio.

Hasta cierto punto.

Lo que ocurrió el 23 de mayo de 1909 fue, según el *Courrier du Finistère*, que describió los acontecimientos, «la gota que colmó el vaso».

2
La gota de agua

El 23 de mayo de 1909, el pregonero de Saint-Pol-de-Léon tocó su tambor en lo alto de las escaleras del mercado para anunciar que los mayoristas habían decidido cambiar el modo de venta de las patatas nuevas.

—En adelante, los negociantes ya no irán de granja en granja. Esperarán aquí mismo, en la plaza del ayuntamiento, para celebrar un mercado semanal de patatas tempranas.

—Pelec'h emañ ar razhed o deus divized kement se? ¿Dónde están las ratas que han decidido eso? ¿A nuestras espaldas y sin consultarnos? —preguntaron los campesinos en bretón.

El pregonero, tembloroso, respondió que habían regresado a París el día anterior y que ya no estaban en la ciudad.

—¡Cobardes!

—¿Y el señor alcalde? ¡Nos ha traicionado!

Cuando el señor alcalde, Alain Budes de Guébriant, oyó gritos en su ayuntamiento, y puertas forzadas, no se sorprendió.

—Señores, hablen, pero uno tras otro, que no entiendo nada.

El alcalde sabía que los mayoristas ya habían hecho tragar más de un sapo a esos tipos, o más bien, según la expresión típica bretona, los habían obligado a tragar más de un tronco de árbol haciéndoles creer que eran ramas. Las semanas anteriores, se había impuesto a los labriegos de Saint-Pol-de-Léon el precio de nueve francos los cincuenta kilos de patatas, para revenderlas a un precio de entre veinticinco y treinta y seis francos en los mercados centrales de París. ¿Acaso pensaban que los bretones nunca cogían el tren? ¿Que no veían nada? No conocían bien a este pueblo de viajeros, que lo sabían todo, aunque no dijeran nada.

—Señor alcalde, quieren que vengamos a negociar nuestras patatas debajo de estas ventanas, pero el desplazamiento tiene un coste: hay que alimentar a los animales que tiran de los carros.

—A los animales les va a cansar mucho traer nuestras patatas hasta aquí.

—Además, señor De Guébriant, usted sabe muy bien que quien se desplaza es el menos fuerte a la hora de negociar. Nadie quiere volver a casa con el carro lleno.

—Lo que va a pasar es que, al final del mercado, vamos a aceptar sus precios vergonzosos, solo para ahorrarles a los animales el cansancio del regreso.

—Sin contar con que los desplazamientos estropean las verduras, señor alcalde. Así que las que no hayamos vendido, será imposible intentar venderlas después.

Alain de Guébriant, que notaba que los hombres sospechaban de él, cortó por lo sano:

—Señores, no se trata de una ordenanza municipal. No es lo que piensan, yo no soy en absoluto responsable de esta decisión tomada

por los negociantes.

Hubo un movimiento de protesta en el despacho del alcalde.

—Sin embargo, puedo darles un consejo. Escúchenme bien. Esos tipos son más fuertes que ustedes porque están unidos. Y ustedes no lo están. Ese es el fondo del problema.

Los campesinos se miraron entre sí.

—¿Cree que debemos unirnos?

—Eso es algo que deben pensar ustedes. No soy yo quien debe decírselo. Pero quiero que sepan que, si toman esa decisión, los apoyaré.

3
Donde el agua está tranquila es porque es profunda

En cuanto salió de la oficina del alcalde, la noticia se extendió por la ciudad de Saint-Pol-de-Léon, cruzó la plaza a toda velocidad, se adentró por las callejuelas, penetró en el campo, llegó a la playa de Sainte-Anne, pasó por encima de sembrados y setos, saltó por los caminos hundidos y por esos pequeños prados que llaman *flourennoù*, escaló los taludes y los senderos, se arremangó los pantalones para cruzar los arroyos y se detuvo en cada granja que encontró a su paso.

De modo que, a la mañana siguiente, cuando los habitantes de la comarca del Haut Léon se despertaron, todos sabían que se celebraría una reunión de campesinos en el mercado nuevo, a la hora en que todos terminan la jornada.

No se conocía ningún precedente en la región.

Poco antes de las vísperas, se congregó una densa multitud. Los hombres lucían sombreros de ala ancha, chaquetas bordadas con motivos de colores vivos y pantalones bombachos. Las mujeres iban detrás, ataviadas con sus cofias de encaje y sus blusas ajustadas que realzaban sus esbeltas siluetas.

Dos mil personas llegaron desde la Rue du Colombier al norte, desde la Grand-Rue al sur, desde la Rue Verderel al este y desde la Rue au Lin al oeste, en medio de un silencio solemne. Los habitantes de Saint-Pol nunca habían visto nada semejante.

Delante de las verjas del mercado, dos jóvenes se encargaron de recibir a la multitud que avanzaba muy seria. Uno era alto y fuerte, se llamaba Hirrien, y el otro era bajo y enérgico, era Bérest.

—Por supuesto que las mujeres son bienvenidas —decían a la entrada—. Cualquier persona que trabaje la tierra es bienvenida.

—¿Y yo? ¡Soy propietario de tierras!

—Ser propietario es una cosa. Ser trabajador es otra muy distinta. Solo se acepta a los propietarios que cultiven personalmente sus campos.

—Sin embargo, si quiere enviarnos a sus peones, serán bienvenidos.

Los campesinos entraron en el pabellón desierto del mercado, mientras los dos jóvenes se subían a unos toneles. Cuando se irguieron para que la gente pudiera oírlos, tuvieron la extraña sensación de flotar sobre un mar de ojos fijos en ellos.

—¡Los campesinos deben ser defendidos por los campesinos! —exclamó Eugène Bérest en francés.

—Nadie nos defenderá mejor que nosotros mismos —añadió Hirrien en bretón.

—Si nos organizamos, podemos imponer nuestras leyes, y no al revés —propuso Bérest.

—¡Creen que en Bretaña pueden subir y bajar los precios a su antojo!

—¡Nos toman por idiotas!

—¿Qué proponéis? —preguntó un hombre desde la lonja.

—Proponemos la creación de un sindicato rural profesional.

Algunos aplaudieron y luego se produjo un discreto murmullo entre unos y otros. Después volvió el silencio. Eugène continuó con su discurso.

—El sindicato estará abierto a todo el mundo, sin distinción de edad ni de sexo, siempre y cuando los miembros trabajen con sus manos, sean propietarios de sus tierras o aparceros.

—¿De qué servirá?

—Para hacer huelga: estableceremos indemnizaciones, lo que nos hará más fuertes en las negociaciones con los intermediarios.

A continuación, Hirrien y Bérest respondieron metódicamente a cada una de las preguntas planteadas. Ambos se sentían identificados con las ideas del movimiento Le Sillon, que estaban decididos a difundir. Llegó el final de la reunión.

—¿Quién firma por la creación del sindicato de campesinos de Saint-Pol-de-Léon? —preguntó Eugène, febril.

Nadie contestó. El joven pensó que quizá no había hablado lo bastante fuerte. Repitió, en voz más alta:

—Que levanten la mano quienes quieran unirse por la solidaridad, la emancipación y la dignidad. Se les informará de la próxima reunión.

Nadie levantó la mano. Bérest se sintió sorprendido y decepcionado.

—No te desanimes, Bérest —dijo Hirrien—, ya verás, es un comienzo.

—¿Crees que alguno de ellos vendrá a nuestra reunión? —preguntó Eugène.

—Aquí, los marinos dicen: «Donde el agua está tranquila es porque es profunda».

4
Pero ¿quién es Eugène Bérest, ese forastero venido de Saint-Malo?

De espaldas, la silueta de Eugène se confundía con la de un adolescente. Pero, de frente, su rostro juvenil contrastaba con un bigote tupido cuidadosamente recortado y unas gafas redondas colocadas en la punta de la nariz, que enmarcaban una mirada inteligente. Y, sobre todo, estaba esa amplia frente, una frente como una gran mesa de trabajo, donde se desplegaban ideas demasiado grandes para el modesto envoltorio de su fino rostro.

Ese autodidacta se apasionó enseguida por un movimiento político e ideológico llamado Le Sillon, fundado por una izquierda cristiana preocupada por casar las ideas de la República y la fe católica con los obreros agrícolas.

Aunque era muy simpático, Eugène presentaba un obstáculo importante: procedía de Saint-Malo, esa otra región bretona donde se hablaba galo, una lengua romance derivada del latín, tan alejada del bretón como una costa puede estarlo de otra. Y el Haut Léon no se dejaba seducir fácilmente. Aquí, los campesinos no ofrecían ni su confianza ni su palabra a quien venía de fuera.

Eugène tendría que demostrar su valía.

Junto con Hirrien, organizaron una nueva reunión, el lunes 31 de mayo de 1909, que comenzó muy mal. El señor Du Penhoat, propietario de la casa solariega de Tronjoly en Cléder, subió los pocos escalones de la tribuna improvisada. Con voz ronca y firme, declaró:

—¡No veo el interés de un sindicato rural en Léon!

Luego se marchó, dejando flotar tras de sí una estela de desprecio.

Al final de la reunión, se anotaron treinta nombres en el registro del recién creado Sindicato Rural de Agricultores de Léon. Entonces Hirrien, que venía de Tréflaouénan, le dijo a Bérest, procedente de Saint-Malo:

—Ya verás, Eugène. Treinta chicos de Finistère valen por cien de Côtes-du-Nord. Y nosotros seremos la levadura que hará crecer el pan.

5
La balanza de la discordia

Las noches de vigilia, o los domingos justo después de la misa, Eugène se colaba entre los grupos, agarraba a alguien del codo y lo llevaba aparte para tener una conversación cara a cara. Hacía preguntas y luego escuchaba atentamente las respuestas, que anotaba en una pequeña libreta. Los habitantes de Léon ya estaban acostumbrados a verlo pasear por las calles hablando solo, como si conversara con voces invisibles.

—¿Con quién hablas, Eugène?

—*Dinik!* —respondía él en un bretón que resultaba a veces vacilante, con un marcado acento galo—. ¡Con nadie! ¡Estoy pensando! *D'am soñ!*

Aprendió el *brezounecq*, esa lengua celta, en el momento en que estaba prohibida por la ley, considerada un «instrumento bárbaro», un dialecto de ignorantes y una enemiga de la República.

Después de visitar las granjas, sondear las opiniones y escuchar atentamente a los habitantes, Eugène comenzó a reflexionar, sopesando cuidadosamente los argumentos de cada uno y buscando soluciones que conciliaran los intereses de todos. Poco a poco, se impuso. Y lo que había percibido como una debilidad se convirtió en su fuerza. Nadie podía sospechar que favoreciera a un primo ni que

beneficiara los intereses de un antiguo compañero de la escuela. Eugène era un hombre libre de lealtades pasadas. Ahora, cuando llegaba el momento de las decisiones colectivas, todas las miradas se volvían hacia él:

—Entonces, Eugène, ¿qué hacemos?

Poco a poco, el sindicato rural de Léon fue ganando nuevos afiliados. De treinta pasaron a sesenta y pronto llegaron a ciento cincuenta. A raíz de aquello, los trabajadores de la construcción de Saint-Pol-de-Léon pidieron a Eugène que elaborara los estatutos de un sindicato específico para ellos. Luego, Eugène creó *An Harder*, que significa «El Sembrador», un boletín mensual bilingüe, escrito en francés y en bretón, en el que se explicaba a los productores el interés de un sindicato.

Todo eso estaba muy bien, pero no era suficiente. Había que dar un golpe de efecto. Entonces, a Eugène se le ocurrió una idea.

Para llevarla a cabo, solicitó una cita con el alcalde, Alain Budes de Guébriant.

—El sindicato rural de agricultores de Saint-Pol-de-Léon le solicita que instale una balanza pública.

—¿Perdón?

—Sí. Nosotros no podemos confiar ya más en las balanzas de los mayoristas. A menudo están mal ajustadas. ¿Malicia o desgaste?

—¿Acusa a los hombres?

—No, no acuso a los hombres, señor alcalde, sino a las máquinas que, casualmente, se inclinan sistemáticamente a favor de los

negociantes. Queremos que el ayuntamiento nos ayude, tal y como se comprometió a hacer unos meses atrás.

—Pero ¿cómo?

—Regalándonos una balanza, que estaría ajustada y mantenida por empleados municipales. Hay que velar por la ética del mercado.

El señor alcalde se comprometió a proporcionarles esa balanza, y Eugène fue felicitado por ello.

La inmersión en la lectura de los cuadernos de Eugène me enseñó muchas cosas que ignoraba. A diferencia de mi historia materna, voluntariamente enterrada en el silencio, esa historia bretona simplemente se había desvanecido en los meandros de la memoria. No se trataba de un rechazo a transmitirla, sino de la obra natural del tiempo. Para que el pasado se convierta en objeto de deseo, a veces se necesitan varias décadas, sobre todo en familias como la mía, donde se prefiere soñar con un futuro prometedor que glorificar el pasado. Tenía muchas preguntas que hacerle a mi padre. Por suerte, habíamos quedado para almorzar con mis hermanas y mis padres antes de que se marcharan de vacaciones cada uno por su lado.

Ese día, en el RER que nos llevaba a las afueras de París, mis hijas y yo nos entretuvimos con un juego tonto que consistía en hacer preguntas a Siri, la voz del teléfono. Recuerdo que le pregunté:

—Oye, Siri, ¿cuál es el sentido de la vida?

—Más bien horizontal —contestó la máquina.

Luego nos apeamos en la estación de Bourg-la-Reine. Mi madre, Lélia, nos esperaba fumando, apoyada en el capó de su cochecito.

Nos llevó a la casa donde yo había crecido, esa casa que fue «mi casa» antes de convertirse un día en «la casa de mis padres», sin que yo pudiera decir exactamente cuándo.

Desde el comienzo de la comida, noté el nerviosismo de mi madre, aunque estaba sentada lejos de mí, al otro extremo de la mesa. Al principio, no me preocupé. Era 1 de julio y a Lélia nunca le había gustado el momento de irse de vacaciones, le daba miedo ese instante en que toda la familia se dispersaba por las cuatro esquinas de Francia. En nuestra casa, los peligros solían cernirse sobre nosotros en verano. Tanto es así que, de generación en generación, se fue transmitiendo la idea de que el sol y la muerte viajan juntos.

Cuando llegó la hora del postre, mi hermana pequeña se levantó para sacar los dulces de la nevera, mi hermana mayor puso Nescafé liofilizado en tazas de mazagrán y agua a calentar —nuestros padres se habían resistido a la invasión planetaria de las cápsulas—. Nuestras hijas reclamaron su terrón de azúcar mojado en café. Mi padre fue a buscarles la vieja caja de hojalata, una caja de azúcar azul, antediluviana y oxidada, con personajes vestidos con trajes bretones casi borrados en la tapa. Hasta entonces, todo era normal. Todo el mundo interpretaba su papel.

Lélia salió al jardín a fumar un cigarrillo y me pidió que la acompañara. Después de inhalar la primera calada, exhaló el humo por la nariz y me preguntó si había visto las tabletas de chocolate en la cocina.

—Sí —le respondí, porque, efectivamente, al abrir un cajón, me había topado con decenas de tabletas de Milka moradas. Había el

equivalente a una estantería de supermercado.

—A tu padre le duele el estómago.

—Si se zampa todo ese chocolate…

—No, no lo entiendes. El chocolate es lo único que no le sienta mal a su estómago. No le entra nada más.

Efectivamente, me había dado cuenta de que mi padre casi no había probado bocado durante el almuerzo. Pero esa historia de las tabletas de chocolate no me preocupó. Estaba acostumbrada. Mi padre era un hombre que nunca hacía nada como los demás. Le costaba lidiar con el lado práctico de las cosas, con la vida material en general.

En cambio, podía pasar días enteros contemplando la elegancia de ciertos cálculos. Era un hombre que vivía en un mundo paralelo, matemático, el único en el que parecía sentirse plenamente feliz, meditando interiormente sobre las relaciones de igualdad entre los valores.

Hablaba poco, pero pasaba sin esfuerzo de las ecuaciones aritméticas al relato de los grandes partidos de fútbol, evocando la fulgurante elegancia de un gesto deportivo, la forma en que un cuerpo se lanza al espacio o al terreno de juego, como una línea perfecta, impulsado por una intención más grande que él.

—Las vacaciones le vendrán bien —dije a mi madre, intentando tranquilizarla.

Pierre y Lélia se preparaban para partir a Bretaña al día siguiente de aquella comida familiar.

—Ya verás, después de unos cuantos chapuzones en el mar, papá recuperará el apetito —añadí.

En ese preciso momento, mis hijas bajaron corriendo las escaleras del porche como bolas de *flipper*. Mi padre les abrió la red de la cama elástica instalada al fondo del jardín, y aprovechó para fumarse un Marlboro bajo la pajiza luz de ese mes de julio. Las niñas empezaron a saltar sobre la lona tensada. Sus risas estridentes, como chillidos de periquitos, resonaban en las calles de nuestro barrio residencial.

Y todo era perfecto en ese momento de paz.

La idea de una felicidad sólida flotaba en el aire del entorno. Nada había cambiado en la casa de mi infancia, donde mis padres llevaban una vida idéntica a la que yo había conocido con ellos en el pasado.

Sentía que Pierre y Lélia seguirían viviendo esa vida tranquila por toda la eternidad, con el lejano y reconfortante ruido de una cortadora de césped.

Y llegó la hora de partir.

Cogí a mis dos hijas, una de cada mano. Me colgué al hombro unas pesadas bolsas con meriendas y briks de zumo de naranja. Mis padres nos acompañaron a la puerta y, en la acera, hicieron grandes gestos con los brazos, como si ya estuviéramos en el andén de la estación. Se me había olvidado por completo preguntarle a mi padre por su abuelo Eugène, el que creó el primer sindicato agrícola de los campesinos de Léon. Pero teníamos todo el tiempo del mundo.

Ese verano, me fui dos meses con mis hijas. Quería disfrutar de ellas, porque al final del periodo estival iba a publicar un libro que me alejaría de mi familia. Durante aquellos dos meses, no pensé mucho en mis padres. No los llamé por teléfono a menudo. No pregunté por ellos. Porque en el fondo estaba segura de que los encontraría tal y como los había dejado, idénticos, sin cambios, como los muebles de mi habitación infantil, que estaban en el mismo lugar cuando volvía de vacaciones.

Me pregunto si es una locura, o simplemente una estupidez, creer que nada cambia.

6
La Bretonne

En octubre de 1909, el ayuntamiento de Saint-Pol-de-Léon instaló una balanza impresionante en la Place de l'Évêché, toda de metal y madera, con una plataforma ancha y plana, diseñada para soportar carros enteros. Un complejo sistema de poleas y palancas permitía una precisión impresionante en el pesaje.

Los mayoristas se asustaron de la influencia que Eugène Bérest parecía ejercer ahora en la región. Su consigna fue «¡Boicoteemos a los sindicalistas!». Así, la semana siguiente a la instalación de la balanza, las alcachofas y las patatas de los que se habían afiliado al sindicato de Eugène permanecieron en sus carros, en los puestos del mercado.

Para contrarrestar esas dificultades, Eugène decidió fundar una cooperativa agrícola, a la que bautizó como La Bretonne.

—¿De qué nos servirá, Eugène?

El joven les habló del «poder de la solidaridad». La cooperativa les permitiría mejorar las condiciones de trabajo y de producción. Su primera propuesta fue implementar un sistema de envasado de verduras. Cajas de madera, bien limpias, que quedarían menos «terrosas» y menos «pueblerinas» en los puestos. Pero —y ahí

estaba todo el ingenio— con etiquetas «auténticas» que encantaban a los parisinos.

—El embalaje permite que se os distinga en los mercados. Los compradores os reconocerán fácilmente. La presentación lo cambia todo, aunque la verdura sea exactamente la misma —explicaba Eugène, retomando el dicho bretón *Gouzout penaos eo an hanter eus an emgann*: «Saber cómo hacerlo es ya la mitad de la batalla»—. O, dicho de otra manera, saber es tener la batalla ganada.

La Bretonne también permitía a los agricultores comprar y compartir máquinas que mejoraban las condiciones de trabajo.

—Con la mecánica, todo va más rápido —decía Eugène—. Un escardador moderno, tirado por un caballo, es un verdadero avance técnico. Un hombre guía al animal mientras otro maneja la máquina entre las hileras.

Los campesinos de la cooperativa agrícola podían así unir sus fuerzas, comprar forraje al por mayor y fertilizantes modernos para sustituir la recolección de algas, organizar el calendario de cosechas y de trabajos de henificación, e ir a trabajar los unos a las tierras de los otros.

En la comarca de Léon, los aldeanos solían ayudarse entre sí. Pero ahora se organizaban.

Eugène estaba en todas partes a la vez, preparando discursos, artículos de periódico, panfletos que difundir, siempre con los productores, en sus casas, en el mercado, en el café, para

explicarles, incansablemente, uno por uno, que les interesaba apuntarse a la cooperativa. La Bretonne se convirtió en toda su vida.

Nunca se le veía acercarse al grupo de chicas, ni los días del perdón, ni las noches de baile. Aparte de por la simbólica bretona, La Bretonne, no se le conocía ningún interés por las mujeres.

7
El Bazh-valan

En Bretaña, la profesión de «casamentero» recaía en un hombre conocido como el «Bazh-valan», es decir, «el portador del bastón de retama». Ese celestino oficial tenía un papel importante y decisivo, que requería ciertas cualidades: paciencia, delicadeza, persuasión y, también a veces, inventiva.

El de Saint-Pol-de-Léon era sastre de profesión, iba de granja en granja y conocía a todo el mundo. Sabía lo que se susurraba en la intimidad de cada casa, pero también conocía la fortuna de unos y la miseria de otros, de modo que, en esas tierras caracterizadas por la discreción, se podía contar con él para evitar uniones morganáticas.

Y lo que era aún más indispensable: conocía los secretos de alcoba, que su propio padre, el antiguo Bazh-valan, le había confiado al morir:

—Verás, hijo mío, que a menudo ocurre que un hermano y una hermana se enamoran sin saber que tienen la misma sangre. Y en estos casos no te quedará otra opción: tendrás que desbaratar esos tristes enlaces…

El Bazh-valan nunca expresaba abiertamente una petición de matrimonio, para evitar ofender a la familia del joven en caso de que la muchacha rechazara la propuesta. Un buen día, se presentaba

ante una puerta con un bastón de retama en la mano, lo que significaba que, excepcionalmente, no venía en calidad de sastre, sino de casamentero.

Entonces, la familia de la joven lo invitaba a sentarse a la mesa, donde se iniciaba una conversación, al principio totalmente insignificante y ordinaria. Pero, al cabo de un rato, el Bazh-valan llevaba sutilmente la charla hacia un chico de las cercanías que estaba hecho un hombre, poseía muchas cualidades y era muy apuesto.

En ese preciso instante, si se ponía una sartén en el fuego y se rompían huevos en ella, significaba que la petición había sido aceptada. Por el contrario, si se daba la vuelta a la sartén para colgarla de su clavo, indicaba un rechazo. El Bazh-valan solo tenía que recoger su bastón de retama y marcharse para anunciar la mala noticia.

Gracias a este ritual, a ese *pollice verso*, a ese pulgar al revés silencioso, se atenuaba el sentimiento de humillación del joven rechazado.

Eugène encontraba ridículo ese ceremonial, esas prácticas dignas del siglo XIX, y huía de todo lo que consideraba folclore, como, por ejemplo, las vendedoras de cucharas y las fumadoras de pipa a lo largo de los caminos.

Pero, desde que la balanza pública se inclinara a su favor, Eugène Bérest era considerado un partido prometedor. No era rico, pero no le faltaba de nada. Ciertamente, era pequeño para ser bretón, pero su voz, cuando se dirigía a las multitudes, parecía elevarlo por

encima de sí mismo, dándole unos centímetros adicionales. Tanto es así que un día el Bazh-valan le preguntó:

—¿La urraca no te pellizca la oreja, Eugène?

Eugène agitó la mano en el aire, como si espantara moscas invisibles a su alrededor, y gritó:

—¡En absoluto! ¡Más te valdría ir a cortar pantalones!

Unos meses más tarde, el Bazh-valan insistió en incluirlo en su lista de jóvenes casaderos.

—Déjalo —contestó Eugène—, por desgracia, no sería un buen partido para una mujer. No se mezclan las sábanas de lino con las de seda.

—Eugène —dijo sonriendo el Bazh-valan—, la modestia es la máscara de la arrogancia.

El joven se sintió ofendido, dio media vuelta y le espetó al sastre de Saint-Pol-de-Léon:

—De todos modos, no tengo tiempo, me dedico a La Bretonne.

Efectivamente, Eugène no paraba. Todas las noches, en su casa, en el número 19 de la Rue Cadiou, se hablaba de la reforma de la ley de arrendamientos rústicos, se hablaba del espíritu cooperativo, se hablaba de comprar un local, se hablaba de la pérdida en el transporte de mercancías, se hablaba de exportar a Inglaterra para acabar con el monopolio de los mayoristas franceses, se hablaba de ir a estudiar los métodos comerciales de los Países Bajos, se hablaba de crear una asociación de ayuda mutua contra la enfermedad.

Pero el Bazh-valan era paciente, así que volvió a la carga:

—Eugène, te estás haciendo mayor… Ya sabes, por la mañana la garza desprecia el pescado, y al anochecer el caracol le parece un bocado.

—¡No te preocupes por mí, sastrecillo! No tengo prisa. Y, aunque así fuera, por muy arrugada que esté, una buena manzana no pierde su buen olor.

El Bazh-valan se alejó riendo.

Así estaban las cosas. Todo el mundo en Saint-Pol-de-Léon se hizo a la idea de que la mujer de Eugène era la cooperativa La Bretonne. Y que acabaría solterón.

8
La boda de Eugène

En su infancia, a Eugène le impactó un episodio familiar que le provocó una aversión por los pichones, los guisantes y el matrimonio.

Su abuelo paterno formaba parte de una modesta banda de música local en Saint-Malo. Una noche le entraron ganas de tocar el violín y pidió a su esposa que acudiera al salón a escucharlo. Pero en medio de un movimiento, mientras los arcos rozaban las cuerdas, ella recordó que tenía un pichón con guisantes en el fuego. Así que salió apresuradamente de la habitación, en medio de la pieza, para evitar que se le quemara la cena. Cuando regresó, su marido se había ido. Para siempre. Ofendido y orgulloso como un Bérest. Ella no volvió a verlo nunca más.

Sin embargo, al cumplir los treinta años, Eugène regresó de un viaje acompañado de Theresa, una inglesa huérfana, pobre como una rata, callada y reflexiva. Era morena, de hombros estrechos y frágiles, y sus dos ojos azules parecían verlo todo.

Eugène la instaló en su casa, aunque el contrato matrimonial aún no se había firmado. Aquello hizo murmurar a los sacerdotes, que no

veían con buenos ojos esa infracción de la tradición. Hay que decir que Eugène frecuentaba poco la iglesia, y no gozaba de buena reputación entre los miembros del clero. El movimiento político de Le Sillon, cuyas ideas propagaba, llegaba incluso a cuestionar la autoridad suprema del papa.

Eugène no sentía ningún deseo de celebrar una boda tradicional. A su edad, le parecía ridículo semejante espectáculo. Pero en Saint-Pol-de-Léon uno no se casa solo con una mujer, sino con toda una ciudad y sus habitantes. Por lo tanto, Eugène tuvo que organizar la gran cena, el *koan vraz*, que anuncia oficialmente el compromiso.

Al final de la comida, las mujeres se llevaron a Theresa aparte para ponerle dos monedas en la mano:

—Guárdalas en el delantal hasta la boda, dan buena suerte.

Luego la felicitaron. Theresa no respondió nada, porque era tímida y le avergonzaba su acento inglés, que le parecía feo. Las mujeres pensaron que tenía miedo de casarse. Quisieron tranquilizarla.

—¡No te preocupes! Eugène es muy buen partido… ¡A quién no le gustaría pegar la mejilla a la suya!

—Y no olvides que no hay pescado sin espinas…

Eugène y Theresa no enviaron ninguna invitación: cualquiera que conociera a los novios estaba, lógicamente, convidado al festejo. Al final del verano, cuando llegó el gran día, la multitud se agolpó en la catedral, resplandeciente con los cirios bajo las negras bóvedas góticas. Todo Saint-Pol-de-Léon acudió a la boda de Eugène Bérest, director de la cooperativa La Bretonne.

—Menos mal que la novia es huérfana, porque no habríamos sabido dónde meter a su familia —se murmuraba entre las filas.

Eugène, tieso como una camisa nueva, se había puesto un traje de calle, renunciando a la indumentaria tradicional bretona. Cuando su mirada se posó en el anillo que llevaba en el dedo, se preguntó si todo aquello le estaba pasando realmente a él. Se volvió hacia Theresa, ella era real. Y quizá eso era, a sus ojos, su mayor cualidad. Llevaba el vestido de terciopelo negro bordado con hilos de oro de las novias bretonas. Y sostenía en la mano una vela encendida que vigilaban las mujeres. Si la llama brillaba con fuerza, significaba que el matrimonio sería bendecido. Si se apagaba, significaba que la muerte acechaba.

Al final de la ceremonia, tras los cánticos y el último hosanna, la multitud salió de la catedral y se dirigió, acompañada de música y todos cogidos del brazo, hacia un gran campo donde se serviría el banquete.

—La vela se ha consumido bien —se comentaba por el camino.

A falta de suficientes mesas y sillas, se habían cavado grandes zanjas en la tierra para acoger a todos los invitados. Las mesas se dividieron en dos grupos. Los hombres a un lado y las mujeres al otro. Todos se reencontrarían más tarde en el *dans ar rost*, el baile del asado, que se celebraba entre el momento de servir los callos y el del estofado.

Los niños, aturdidos por unos sorbos de sidra, con las mejillas sonrosadas, se encargaban de repartir las botellas por las mesas.

Después de la comida, los novios se retiraron, dejando que los bailarines siguieran con la fiesta. Los instrumentos de la banda resonaron hasta altas horas de la noche, y la música se oía desde el pueblo vecino. Cuando el eco de las risas se apagó en el bosque, todos emprendieron la retirada, llevándose consigo el *lod ar friko*,

una porción del festín para los que se habían quedado en casa cuidando del ganado.

A la mañana siguiente, Eugène volvió al trabajo, en las oficinas de la cooperativa.

El Bazh-valan murió antes de poder asistir al evento por el que había luchado en vano durante diez años. Al haber tenido solo hijas, el sastre no pudo legar su cargo. Y así fue como la tradición del hombre del bastón de retama se extinguió en las tierras altas de Léon.

En mi ordenador, escribí, por curiosidad: «Cooperativa La Bretonne Saint-Pol-de-Léon». Todavía existía.

«Fundada en 1910…». Una magnífica alcachofa, de un verde intenso, apareció como por arte de magia en mi pantalla. En la parte superior de la página, un número de teléfono. Llamé inmediatamente para explicar mi propósito. A la mañana siguiente, me esperaba un archivo en mi buzón de correo electrónico, compuesto por artículos de periódicos, documentos administrativos y cartas diversas.

Nunca me han gustado las vacaciones, y los cuadernos de Eugène me permitían dedicarme a nuevas indagaciones. Podría pasar el verano sumergiéndome en su historia.

Pedí libros, devoré obras sobre la vida de los campesinos a principios del siglo XX, encontré tesoros, volúmenes antiguos, estudios sobre Léon. En mi habitación, con las persianas cerradas para que no entrara demasiado el sol, me sentía la más feliz de las veraneantes.

A finales de agosto, estaba impaciente por reunirme con mis padres para contarles los resultados de mi investigación. Además, había quedado con ellos para que se ocuparan de mis hijas una

noche. Tenía la presentación de mi libro, *La postal*, en una librería de Lille.

Fuimos a casa de mis padres por la tarde, tomando el mismo RER que antes del verano. Apenas se abrió la puerta, las niñas salieron corriendo al jardín, frenéticamente atraídas por la cama elástica. Ni siquiera saludaron a los abuelos, y tuvimos que gritarles en tono serio para que se quitaran los zapatos.

Luego mi madre, al verme, me miró de esa manera, irguió el pecho y puso esa sonrisa que no era realmente una sonrisa.

Mi padre se quedó en el jardín, vigilando a mis hijas, dos pelotas fluorescentes, dos pájaros alocados en una jaula, que hacían chocar sus alas contra las redes del trampolín. Me quedé sola en la casa con Lélia.

Curiosamente, no encendió un cigarrillo —algo que debería haberme puesto sobre aviso—, y de su boca no salía humo, sino un torrente de palabras apresuradas.

Por primera vez en su vida, mi padre no se había bañado en el mar. En todo el verano. Ni siquiera había ido a pasear por la playa. No había salido de casa. Eso preocupaba a mi madre.

Al regresar a París, Pierre aceptó hacerse análisis de sangre, un chequeo general. El médico acababa de recibir los resultados.

—Los marcadores sanguíneos del ACE aparecen anormalmente elevados.

—¿El ACE? —pregunté.

—El antígeno carcinoembrionario —me explicó— es una proteína que solo producimos cuando somos fetos. Se supone que desaparece después de nacer. Por lo tanto, si esa proteína reaparece

en el análisis de sangre de un adulto, es señal de anomalía —concluyó Lélia.

Salí de casa para respirar aire fresco en el jardín. Mi padre seguía allí, vigilando a las niñas. No se había movido. Pero yo ya no lo veía de la misma manera. En cuestión de minutos, todo el paisaje había perdido su claridad, su luminosidad. La alteración no solo estaba en el cuerpo de mi padre, en sus órganos, sino en todo lo que nos rodeaba, en cada parcela del paisaje, en el ruido amenazante de la cortadora de césped, en los gritos de las cotorras posadas en los postes eléctricos, en la luz de un rayo de sol, rasante en el horizonte, que dibujaba en la hierba una puerta abierta a lo invisible, la idea de un más allá, susurrándome que esta vida nunca sería eterna, que todo tenía un final, que esta casa, algún día, ya no acogería a mis hijas en su jardín, y que, evidentemente, mis padres nunca habían tenido una vida tranquila, y mucho menos eterna. ¿O qué me había creído?

Mi padre debería haberse hecho un chequeo completo hacía mucho tiempo, mi madre llevaba varios años diciéndole que lo hiciera. Pero Pierre siempre tenía pendientes cosas más importantes: una conferencia por preparar, un artículo por escribir, una ecuación por resolver. Mi padre era un hombre joven, un eterno joven, al que no le preocupaban los reconocimientos médicos.

—Tengo que coger el tren, mamá, lo hablaremos mañana, cuando vuelva a por las niñas.

En el RER que me llevaba a la Gare du Nord no me dije nada, no me pregunté qué sentía. En cambio, desvié la vista para mirar por la ventanilla, sumergiéndome a toda velocidad en ese paisaje que había atravesado durante toda mi adolescencia, que conocía de memoria, con el entramado de los suburbios desplegándose uno a uno, los barrios elegantes exhibiendo sus casas de piedras molares, luego el hormigón de las urbanizaciones de viviendas sociales y finalmente los ladrillos rojos de la pequeña circunvalación. Conocía todos los cambios de color de las rocas, que formaban como estratos geológicos al acercarse a París.

Al llegar a la estación, caminé por el andén, aturdida, buscando el número de mi vagón, y me subí al tren. Mi asiento se hallaba orientado en sentido contrario a la marcha, lo que acentuó mi impresión de que todo se estaba yendo al garete, de que yo ya no controlaba nada. No sabría decir por qué, pero la voz del camarero anunciando que la cafetería estaba abierta se sumó a esa impresión de colapso general. Repetía las palabras en mi cabeza: antígeno, proteína, análisis de sangre.

El librero de Lille, Jean-François, me esperaba en la estación, fuimos directamente a su librería, había montones de ejemplares de *La postal* dispuestos en una mesa, junto a un micrófono y un vaso de agua. Era el tercer libro que promocionaba allí, pero nunca había visto tanta gente. La librería estaba llena, la presentación fue muy cordial y las preguntas muy precisas. Hacia el final del encuentro, un hombre levantó la mano:

—Habla mucho de su madre en este libro. ¿Y su padre? No habla de él. ¿Por qué?

Sentí que mi mano se humedecía y resbalaba por el micrófono. Y respondí, sin haberlo formulado nunca antes en mi interior:

—Mi próximo libro estará dedicado a la rama paterna, será un libro sobre Bretaña.

Al llegar a mi habitación de hotel, me derrumbé encima de la cama como si un brazo invisible me hubiera empujado para hacerme caer. Permanecí tumbada mucho tiempo, inmóvil, entumecida, con los ojos abiertos, sobre las sábanas ásperas y blancas. Del cuarto de baño emanaba un molesto olor a detergente, abrí la ventana para ventilar y me quedé dormida.

A la mañana siguiente, me desperté en una habitación helada, con las pestañas pegadas. Antes de abrir los ojos, las palabras, olvidadas durante el sueño, me volvieron a la mente: antígeno, feto, análisis de sangre, cifras anormalmente elevadas.

También volví a ver la cama elástica, el césped, los gritos de las niñas, a mi madre fumando un cigarrillo.

Entonces sentí una angustia, como un huevo metálico, hinchándose en el fondo de mi garganta. Mi cuerpo me parecía pesado, podrido por la humedad, como una toalla olvidada en el fondo de una bolsa de piscina.

Me costó mucho enderezarme y llegar a la ducha, el dispensador de jabón estaba atornillado a la pared, por si se me ocurría robarlo.

Abrí el grifo que tenía delante y una lluvia helada y desagradable cayó sobre mi cabeza. Inmediatamente me sentí humillada por ese

chorro de agua fría. Renuncié a la ducha, me vestí y me fui a la estación.

Al llegar a casa de mis padres, oí a las niñas saltando como locas en la cama elástica.

—Seguramente se trata de una falsa alarma —me dijo Lélia al abrir la puerta.

—¿Qué quieres decir?

—El nivel de ACE. Al parecer, se han equivocado. Nos ha llamado el médico, los nuevos análisis indican que es mucho menos grave de lo que pensábamos.

En el RER de vuelta, con mis dos hijas sentadas frente a mí, pensé que solo había sido una advertencia. Podíamos retomar nuestra vida despreocupada exactamente donde la habíamos dejado. Podría preguntarle a mi padre por su abuela Theresa y su abuelo Eugène. Ni siquiera sabía si los conoció.

9
Eugène, hijo de Eugène

Cuando Theresa se puso de parto, las mujeres echaron a Eugène.

—Venga, váyase a su oficina, señor Bérest, allí será más útil que aquí, estorbando.

Eugène salió a regañadientes. Durante toda la mañana le costó concentrarse. Se decía a sí mismo:

—Cuando un ternero o un potro viene al mundo, ya sabe caminar y mamar de la madre. El niño, en cambio, es un ser incompleto. Hay que instruirlo en todo.

Eugène pensaba en todo lo que podría enseñarle a su hijo —porque sentía que iba a ser un varón—. Al principio, le transmitiría todo lo que sabía. Todo. Excepto el bretón, que ahora estaba terminantemente prohibido. Incluso se veía a gendarmes en la iglesia comprobando que el cura dijera su sermón en francés. Pero, por lo demás, imaginaba a su hijo como una prolongación de sí mismo. Jugarían juntos a «Adivina, adivinanza»:

—¿Qué puede transportar cien troncos de árbol, pero ni una sola aguja?

—¿Qué cruza el río sin mojarse?

—¿Qué va al trabajo riendo y vuelve llorando?

Quería que su hijo descubriera todo lo que le gustaba a él de niño. La diminuta fauna de los campos y los bosques, las carreras de babosas, los grillotalpas, los escarabajos sanjuaneros, el ciclo de las plantas, los secretos de la naturaleza, la influencia de la luna en el crecimiento de las coliflores. Y el *poullig*, ese juego que consiste en lanzar nueces a unos agujeros excavados en la playa.

Mientras Eugène soñaba en su oficina de la cooperativa con su doble, una niña salió del vientre de Theresa. Le pusieron de nombre Marie-Thérèse.

Cinco años más tarde, vino al mundo una segunda hija. Marie-Madeleine.

Hubo que esperar otros cinco años para que llegara el tan esperado hijo, el 2 de diciembre de 1922. El niño nació con una frente ancha. La marca de los Bérest.

Cuando le presentaron al bebé, limpio, envuelto como una pequeña momia con correas y cintas, Eugène sintió un orgullo tan grande que su cuerpo se precipitó hacia delante, como empujado por una mano invisible.

Decidió llamarlo Eugène, a pesar de la superstición de los nombres de Saint-Pol-de-Léon, según la cual «quien da su propio nombre a su descendencia no tendrá más hijos del mismo sexo después de él».

De todos modos, pensó, solo necesito un hijo para que se haga cargo de la cooperativa. Convertirá Léon en la mayor región de campesinos unidos y organizados. Seremos un modelo político y social para toda Francia. Y quién sabe, quizá para toda Europa.

El bebé que acaba de nacer en Saint-Pol-de-Léon en 1922 es mi abuelo Eugène. Tengo muy pocos recuerdos de él.

En mi álbum de fotos, no aparece en ninguna página. Sin imágenes, la memoria falla. Son ventanas, pasajes, los abrimos y nos adentramos en un mundo antiguo, cargado de una vida que aún existe, ahí abajo. Sin esas ventanas, la memoria se mueve a tientas en la oscuridad. Sin embargo, recuerdo dos cosas con precisión. Al final de cada almuerzo, Eugène nos repartía caramelos ingleses. Y tomaba té, siguiendo un ritual minucioso y preciso que no debía interrumpirse. En aquella época, yo aún no sabía que Eugène había tenido una madre inglesa. Y que la memoria, esa materia fluida y tenaz, a menudo sobrevive en el sabor de las cosas que se transmiten. Yo pensaba, sencillamente, que Finistère era así —en cierto modo, ya Inglaterra.

Cuando Eugène cayó gravemente enfermo, se acabó el reparto de golosinas a los niños —estaba postrado en cama y no salía de su cuarto—. Por entonces, ya íbamos a Brest en TGV, que había sustituido al tren Corail. Solo tardábamos cinco horas y media en cruzar Bretaña, lo que nos parecía extraordinario. Llevábamos a

nuestras espaldas mochilas compradas en la tienda para montañeros Le Vieux Campeur. Esas mochilas utilitarias, inspiradas en los modelos militares, reemplazaron las maletas con asa de antaño, liberándonos milagrosamente las manos.

Al llegar a Brest, tras nuestro largo viaje, teníamos que subir a saludar al abuelo, a la habitación del primer piso donde ahora vivía. Eugène nos esperaba detrás de la puerta cerrada. Se me helaba la sangre al pensar en que debía acercarme a él. Me daba miedo la enfermedad de mi abuelo y la cama de hospital que había en su dormitorio. Solo quería salir de allí lo antes posible. Hoy lo lamento. Pero, a falta de fotografías, sus cuatro cuadernos escolares Oxford de hojas cuadriculadas constituyen mi memoria.

10
Eugène quiere ir al colegio Notre-Dame-du-Kreisker

—Adivina, adivinanza: ¿qué puede transportar cien troncos de árbol, pero ni una sola aguja?

—¡El mar! —exclamó Eugène antes de que su padre tuviera tiempo de terminar la frase.

—¿Qué cruza el río sin mojarse?

—¡El ternero en el vientre de su madre! —gritó Eugène.

—¿Qué va al trabajo riendo…?

—¿… y vuelve llorando? El cubo. ¡Estas adivinanzas son demasiado fáciles! Necesito otras más difíciles.

—Muy bien. Déjame pensar… ¿Qué va rápido?

—El viento.

—¿Más rápido que el viento?

—La luz.

—¿Más rápido que la luz?

—El pensamiento.

Todos en Saint-Pol-de-Léon conocían a los dos Eugène. Siempre se les veía caminando uno al lado del otro, contándose historias, charlando sin parar. El padre y el hijo tenían ahora la misma estatura. De espaldas, sus siluetas se confundían en la calle.

Una vez a la semana, salían juntos de su casa en la Place Saint-Pierre para ir a las oficinas de la cooperativa, junto a la estación. Allí, a lo largo de la calle nueva, había surgido un barrio. Se habían instalado hoteles para los mayoristas y distintas delegaciones de las redes de distribución de verduras. Entre esos edificios recientes, se reformó un antiguo granero para albergar las instalaciones de La Bretonne, convertida en un símbolo de la modernización del sector agrícola local. Hasta allí llegaban telegramas tanto de Londres como de Berlín, donde la cooperativa tenía ahora sus representantes.

Eugène padre estaba deseando que su hijo fuera a trabajar con él. Qué felicidad sería para padre e hijo ir juntos a la oficina, deambular entre las mesas abarrotadas de montones de correo mientras el teléfono, uno de los pocos de la ciudad, sonaba entre olores a café y tabaco, cuero y periódicos. Esa vida le parecía la más hermosa posible. Soñaba con ella.

Pero aquel día, al salir de la oficina, ocurrió algo que no había previsto. Se cruzaron con una veintena de chicos que, por la acera de enfrente, caminaban en fila, de dos en dos, con sus mochilas a la espalda. Eugène hijo se detuvo, absorto por aquella visión. Se quedó inmóvil. Sin respiración.

—Me gustaría ir al colegio —le dijo entonces a su padre en un susurro.

—¿Para qué? Yo dejé los estudios al terminar la primaria. Tú harás lo mismo que yo. Te enseñaré todo lo que necesitas saber para trabajar en la cooperativa.

Eugène hijo permaneció quieto unos segundos, en silencio, y luego añadió:

—No. Quiero seguir estudiando.

La conversación se interrumpió en ese momento. Padre e hijo sintieron, por primera vez en su vida, que había entre ambos un posible motivo de discordia. Un abismo hasta entonces desconocido para ellos.

11
Nunca se vio lluvia que no cesara ni viento impetuoso que no amainara

Eugène decidió que su hijo, al acabar la escuela primaria, no iría al colegio. Y punto. Lo llevó a recorrer los diferentes mercados. Frente a la lonja nueva, le contó a Eugène cómo, un día de primavera, mucho antes de que él naciera, se subió a un tonel para animar a los labriegos a defenderse por sí mismos. Y la historia de la balanza que exigió al alcalde de Saint-Pol-de-Léon.

A continuación, Eugène pidió a los campesinos de la cooperativa que enseñaran a su hijo las labores agrícolas. Así, el adolescente aprendió a escardar las malas hierbas, a rastrillar, a cosechar zanahorias y a cortar alcachofas, con sus hojas en forma de lanza y sus reflejos azulados. Al final de la jornada, su padre iba a buscarlo y le hablaba del futuro, de sus visiones, de sus proyectos. La gran idea de Eugène padre era lanzarse a la «agricultura optimizada».

—¿Ves estos campos? Son demasiado pequeños. No son prácticos para las máquinas. Hay que ampliarlos.

—¿Cómo? —preguntó Eugène.

—Bueno, mira y piensa.

El niño contempló los campos delimitados por taludes y zanjas que rompían los vientos. Esos taludes trazaban fronteras donde se

alzaban greñudos helechos y orgullosas amapolas. A veces, los extremos estaban delineados por filas de árboles, o por muretes hechos de piedras recogidas en la playa.

En esos márgenes vivían los animales del bosque y de los prados, las mariposas, los insectos, las arañas, las martas y los zorros rojos. A veces se encontraba algún sapo perdido, pues el agua de lluvia corría por allí como por un canalón natural. Todo un mundo bullía dentro, y Eugène acudía ahí siempre que podía, atraído, como todos los niños, por los taludes para rodar por ellos, deslizarse sentado como en un trineo de hierba tierna, cazar luciérnagas y construir cabañas en los setos de ligustro.

—Habría que destruir los taludes y juntar los campos.

Eugène padre miró a Eugène hijo con orgullo. No se había equivocado, su hijo algún día se haría cargo de la cooperativa y sabría hacerla crecer.

—¡Exacto! Pronto tendremos que destruir todos esos ribazos. Entonces nuestros campos pequeños se convertirán en uno solo, grande y llano, lo que nos permitirá hacer en una mañana el trabajo de tres días. ¿Lo entiendes?

Eugène asintió con la cabeza, pero solo tenía una idea en mente: ir al colegio y llevar una mochila a la espalda.

Pasaron las estaciones. A finales de junio, cuando Eugène comprendió que su padre no lo había preinscrito en el colegio para el inicio del curso en octubre, se apoderó de él un cansancio sordo, y luego cayó enfermo, con fiebre. Su madre se preocupó. Theresa dijo a su marido que debía cambiar de opinión y matricular a su hijo. A

Eugène padre le entraron ganas de gritar: «¡Jamás! ¿Me oyes? Lo mantendré a mi lado, para siempre».

Pero, en lugar de eso, replicó con calma:

—Muy bien, voy a concertar una cita con el director.

12
Solo hay una mancha de diferencia entre lo limpio y lo sucio

Hasta la Revolución de 1789, Saint-Pol-de-Léon fue la sede del obispado; como ciudad santa de la comarca de Léon, aún poseía un gran colegio religioso, Notre-Dame-du-Kreisker, que atraía a casi todos los jóvenes de la región, de todas las clases sociales.

A principios de julio, el director recibió a los dos Eugène.

—Lo he matriculado en sexto de primaria. El inicio del curso será el 1 de octubre.

Al oír estas palabras, el hijo se levantó y exclamó:

—¡No, no quiero repetir curso!

El director y su padre miraron al chico, sin entender lo que quería decir.

—¡Quiero pasar a primero de bachillerato elemental!

—¿Qué estás diciendo? —lo interrumpió su padre.

—No vas a repetir curso, ya que nunca has cursado sexto —añadió el director.

Pero Eugène estaba furioso. Tenía la cara roja y el pecho se le agitaba de la emoción.

—¡Me estudiaré el programa durante las vacaciones! ¡Présteme los libros de texto! ¡Examíneme a principio de curso y verá! Lo habré

recuperado todo.

El director se quedó impresionado por tanta determinación.

—Muy bien. Te prestaré los libros de sexto que necesitas y te haremos un examen de ingreso a comienzos de curso.

Al salir de la cita, Eugène padre y Eugène hijo caminaban uno al lado del otro. El joven llevaba los brazos cargados de libros.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó su padre.

—Al revés. Ya lo tengo todo pensado. Tu amigo, Le Floch, ha aceptado darme clases, iré a su casa todas las mañanas. Se centrará especialmente en enseñarme latín. Te lo prometo, está todo arreglado.

Entonces el chico se echó a reír y dijo:

—¡Me voy corriendo a casa, que tengo que ponerme a estudiar!

Eugène vio a su hijo salir disparado delante de él, entre las casas con tejados a dos aguas, las atalayas y las torretas del viejo Saint-Pol-de-Léon.

«*Se centrará especialmente en enseñarme latín*», repitió para sí mismo Eugène padre. «Pero ¿dónde ha aprendido mi hijo a hablar así?», se preguntó.

El proverbio bretón dice que solo hay una mancha de diferencia entre lo limpio y lo sucio. Eugène pensó que, en efecto, lo que se había interpuesto entre él y su hijo era poca cosa. Pero presentía que esa poca cosa iba a hacerse grande.

13
La ciudad santa

Eugène se pasó el verano entero estudiando. Unos días antes del inicio del curso, se presentó al examen de ingreso acordado con el director diocesano y fue admitido, con buena nota, en primero de bachillerato elemental, en la institución Notre-Dame-du-Kreisker, antiguo colegio de Léon, situado a la sombra de las piedras sagradas, en el viejo convento de las Ursulinas.

El padre se esforzó por pasar el mayor tiempo posible con su hijo. No quería que el colegio los separara demasiado. Lo apuntó al club de fútbol del estadio Léonard, subvencionado en parte por la cooperativa. Y al grupo de teatro aficionado, también fundado a iniciativa de La Bretonne. Asistía feliz a los ensayos de las obras de su hijo, echando una mano, si hacía falta, en el montaje de los decorados.

Los días de marea alta, Eugène padre e hijo se «ataviaban» para ir a pescar gambas. Llevaban viejos trajes de calle raídos, que se remangaban hasta las pantorrillas. Eugène padre se ponía un sombrero de fieltro, y el hijo, una gorra desgastada que le había regalado antaño un viejo liniero. Vestidos como dos dandis, se sentían dichosos, con sus bolsas de pesca al hombro y sus redes. Las gambas tenían que andarse con cuidado cuando rascaban bajo

las rocas, molestando a nécoras y gobios. Una botella de vino blanco, guardada al fresco en un charco entre las rocas, era su recompensa. Eugène pensaba que ningún padre en Saint-Pol-de-Léon quería a su hijo como él al suyo.

Al finalizar el año escolar, Eugène recibió felicitaciones de todos sus profesores. Lo mismo ocurrió los cursos siguientes. Era el primero de su clase en casi todas las asignaturas. Al terminar cuarto, el director convocó a Eugène padre.

—Su hijo tiene una memoria excepcional.

—Tanto mejor —contestó Eugène.

—Estamos pensando en matricularlo en el instituto para que estudie el bachillerato superior.

Eugène padre sintió un pinchazo en el corazón: «¡No! —quería gritar—. ¡Devuélvanme a mi hijo de inmediato!». Pero se limitó a apretar el borde de su sombrero entre los dedos.

—Lo siento, hay mucho trabajo en la cooperativa, a partir de ahora voy a necesitarlo. Gracias a ustedes, ha adquirido conocimientos que le serán muy útiles.

—Lo entendemos. Pero, cómo decirlo, su hijo tiene unas capacidades que rara vez encontramos. Estamos convencidos de que Eugène podría destinarse al seminario mayor.

—¿Usted cree? —se preocupó Eugène Bérest—. Mire… Antes que nada…, habría que hablarlo con él.

—Ya lo he hecho. Y la idea no le desagrada. Quiere hacer el bachillerato superior.

Eugène padre tuvo una reacción nerviosa. Miró por la ventana. Y soltó un suspiro que le hizo bajar los ojos.

—No quisiera alabar nuestros méritos —añadió el director—, pero nuestra institución ha formado a grandes hombres de la Iglesia. Monseñor de Coëtlosquet, obispo de Limoges, monseñor de Poulpiquet, obispo de Quimper y de Léon, monseñor Graveran, monseñor de Leseleuc, obispo de Autun, monseñor Mesguen, obispo de Poitiers… Eugène podría seguir sus pasos.

«¿Será posible que mi hijo quiera ser obispo?», se preguntó Eugène, confuso.

Sintió que se le hinchaba el corazón, sin saber si era de orgullo o por la preocupación propia de un padre.

En la comarca de Léon, nadie discutía las decisiones de la Iglesia, y mucho menos Eugène Bérest, por muy director que fuera de la cooperativa La Bretonne. Su hijo pertenecía ante todo a Dios y a sus siervos. Si los curas querían proteger a Eugène como un ave a su polluelo, él no podía oponerse.

Saint-Pol-de-Léon era catedral antes de ser ciudad. Antigua sede episcopal, fervientemente católica, sumida en el silencio de las piedras medievales, los campanarios y los sueños místicos. En aquel año 1936 todavía se la llamaba «la ciudad santa». En cada cruce de calles, un ejército de Vírgenes Marías, acurrucadas en sus nichos de granito, velaban silenciosamente por los habitantes, con sus rostros llorando lágrimas de lluvia. Eran como las mujeres de esa región, melancólicas y orgullosas.

En los días del perdón, cuando la ciudad se engalanaba con grandes sábanas blancas y mil cestas de flores, cuando los hombres llevaban estandartes y los niños vestían hermosos trajes de primera comunión, el obispo era, en Saint-Pol-de-Léon, más importante que un rey de Francia.

14
Ad usum Delphini

Ciertamente, Eugène había dado muestras de gran facilidad en su aprendizaje del latín, pero el griego fue para él toda una revelación. En realidad, no lo aprendía, lo adivinaba, lo anticipaba, comprendía su lógica, intuía su esencia, como un poema olvidado que, poco a poco, emerge y se recita de memoria con solo releerlo una vez. No aprendía una lengua, redescubría todo un mundo, como si las palabras, los ritmos y las expresiones fueran de una época anterior a su propio nacimiento. El Griego se convirtió en su asignatura favorita.

En el colegio, Eugène estudió las *Historias* de Heródoto, la *Ciropedia* y la *Anábasis* de Jenofonte. Los primeros autores áticos, el *Contra Eratóstenes* de Lisias, así como los textos de Isócrates. Por supuesto, la *Ilíada*, de la que había memorizado versos enteros, el episodio de la despedida de Héctor a Andrómaca y el de las súplicas de Príamo a Aquiles. Más tarde, en el instituto, Eugène descubrió a Sófocles, *Antígona* y *Edipo rey*, a Demóstenes, las *Filípicas* y las *Olínticas.*

Pero nunca, jamás, estudiaron la *Odisea*.

Los profesores de Eugène se aseguraban de que ciertos libros no cayeran en manos de sus jóvenes alumnos. En el caso de las obras

obligatorias del programa de la reválida superior, como las de Voltaire, por ejemplo, los alumnos disponían de un *ad usum Delphini*, literalmente «para uso del Delfín». Este término designaba las versiones expurgadas, bajo el reinado de Luis XIV, que el vástago destinado al trono recibía de su preceptor. Se trataba de ediciones censuradas por un grupo de eruditos, entre los que se encontraban Huet o Bossuet, destinadas a preservar la moralidad y el pensamiento del joven príncipe.

Así, para la institución Notre-Dame-du-Kreisker, *Don Juan* y *Tartufo* ya no figuraban entre las obras de teatro escritas por Molière. Y en la *Esther* de Racine, los versos «Cuando el rey, contra ella inflamado de ira, / la arrojó de su trono y también de su lecho» se convirtieron en «Cuando el rey, contra ella inflamado de ira, / la arrojó de su trono y la alejó un gran trecho».

Eugène tenía cuidado de guardar en su habitación una pequeña edición Nelson de *Los castigos*, cuyo descubrimiento en el instituto sin duda habría provocado su expulsión. Junto a esos poemas satíricos de Victor Hugo, escondía *Sylvie*, de Gérard de Nerval. Y *Las confesiones*, de Rousseau, cuyas páginas sobre la recolección de cerezas eran tan inquietantes, al igual que algunos pasajes dedicados por Proust a Gilberte, en *A la sombra de las muchachas en flor*.

Un día, sin mala intención, Eugène le pidió a su profesor de Griego que le prestara un ejemplar de la *Odisea*. El docente, azorado, le pasó unas hojas fotocopiadas que resumían, capítulo por capítulo,

las aventuras del héroe griego. Pero ni rastro del libro. Eugène, sorprendido, se lo comentó a su padre.

15
Feliz quien, como Ulises

Eugène padre siempre iba encantado a Quimper, le gustaba esa ciudad alegre, jovial y moderna —al contrario de lo que decía Jean de La Fontaine, quien, por una rima fácil, se había atrevido a empañar la reputación de esta ciudad en su fábula del *Carretero atascado*—.

En *Kemper*, el edificio Kodak, símbolo vanguardista, era un inmenso edificio blanco como un paquebote, que abastecía a Finistère de todo lo imaginable en material fotográfico, cintas magnéticas o cámaras cinematográficas.

Igual de impresionante era el garaje del Odet, cumbre de la elegancia, construido íntegramente con un material llamado hormigón, inmenso como una iglesia, que fascinaba a Eugène. Cada vez que volvía a casa, le decía a su hijo:

—No te puedes imaginar lo que es. Los coches se transportan mediante un ascensor y un puente colgante.

Eugène padre visitaba ese garaje como si fuera una construcción utópica de la Exposición Universal, paseando entre los relucientes coches, impecablemente aparcados en espiga. Allí se dejaba llevar por sus sueños y se olvidaba de que su hijo estaba destinado a ocupar altos cargos sacerdotales. Se distraía imaginando a Eugène al

frente de una cooperativa que ya no era local, sino regional, y que representaba a todo el departamento de Finistère. Soñaba con un edificio como ese, con una inmensa cristalera luminosa, ventanas rectangulares, una geometría industrial de líneas sobrias y angulosas. La Bretonne se convertía en una cooperativa «madre» que agrupaba a todas las cooperativas de la región, desde Saint-Pol-de-Léon hasta Concarneau, pasando por Brest y Quimper. En las oficinas del primer piso, comunicadas por pasarelas como en un transatlántico, se veía a sí mismo con su hijo, recibiendo llamadas telefónicas de toda Europa y telegramas del mundo entero. Estaba jubilado, pero conservaba un pequeño despacho, poca cosa, solo para dar consejos y recibir a los empleados de toda la vida. Pero siempre junto a su hijo.

Al salir del garaje, Eugène se dirigió a la librería Le Goaziou, en la Rue Saint-François, cuyo director era amigo suyo. Adolphe y Eugène se habían conocido en Le Sillon. Y Eugène nunca dejaba de ir a saludarlo, aunque se sentía siempre algo incómodo ante todos esos libros que parecían mirarlo. Cerca de esos volúmenes silenciosos, experimentaba la timidez de los autodidactas, a menudo poseídos por una erudición que no se atreven a mostrar, incluso cuando supera la de las personas cultivadas.

—Siempre me he preguntado… ¿Los has leído todos?

Adolphe miró las estanterías antes de contestar:

—¡He leído muchos más, Eugène! Bueno, dime, ¿cómo está tu hijo?

Eugène se entristeció. Adolphe adivinó que su amigo sufría por algo que intentaba ocultarle.

—Oh, el caso es que… se ha empeñado en estudiar. Eso está muy bien, pero…

—¿Pero?

—Pero no sé… Se está planteando entrar en el seminario. Sus profesores lo animan.

Al decir esas palabras, los ojos de Eugène se posaron en un libro en el que reconoció el alfabeto griego.

—Precisamente estoy buscando un regalo de Navidad para mi hijo.

El librero le mostró los dos tomos de la *Odisea*, en una valiosa edición de 1827. Eugène pensó que era una excelente idea.

—¡Mi hijo me ha hablado de este libro! ¿De qué trata?

—Ah… Es la historia de un gran guerrero que se va a luchar durante diez años. Y luego tarda otros diez años en volver a casa, reunirse con su mujer y su hijo.

—¡Diez años! Es horrible —respondió Eugène.

—Sí, siempre hay algo que se lo impide: se pierde, los vientos le son adversos, se encuentra con monstruos terribles, dioses celosos… Y también…

El librero se inclinó hacia el oído de Eugène para susurrarle:

—¡Con mujeres!

Eugène se estremeció y su amigo añadió:

—¡Creo que es el momento adecuado para que tu hijo lea la *Odisea*!

Eugène sacó dinero.

—Te lo compro —dijo, con las mejillas enrojecidas.

El librero pasó detrás de la caja y vio que la encuadernación estaba un poco estropeada. Le propuso a Eugène hacerle un descuento.

—¡Oh, no! —protestó Eugène, como si la idea de obtener una rebaja pudiera restar prestigio a su regalo y disminuir el efecto que tendría en su hijo.

De regreso a casa, Eugène padre apretó contra su pecho los dos tomos de la *Odisea* y recordó las palabras de su amigo: «¡Con mujeres!».

En ese preciso instante, divisó a lo lejos la aguja de Le Kreisker cortando el cielo, como la espada del rey Arturo, a la vez que refrescaba las callejuelas con su sombra medieval, como un manto protector sobre los transeúntes. En cuanto la veía, a kilómetros de distancia, se tranquilizaba. Era como el enfermo que, al saber que el médico está de camino, se siente aliviado del peso de la enfermedad y casi sin fiebre ya.

Ese paisaje lo conmovía. La tierra del norte de Finistère no tenía nada de monótono, nada de gris, nada de la austeridad que a veces se le atribuía. Pensó para sí mismo: «En el fondo, es una suerte que La Fontaine no haya cantado las alabanzas de Bretaña, porque estaría invadida por los turistas».

Entonces Eugène pensó en ese Ulises que tardó diez años en regresar a casa. Una certeza se impuso a él: si ese desafortunado viajero hubiera sido de Saint-Pol-de-Léon, no habría remoloneado.

16
El regalo de Navidad

El sacerdote oficiaba la misa introduciendo aquí y allá unas palabras en bretón, todo un desafío a las leyes de la República. En aquella noche del 24 de diciembre de 1937, la multitud, seria y recogida, se encontraba en la catedral, absorta en los estribillos de los villancicos navideños. Eugène había sido elegido para encarnar a uno de los Reyes Magos del belén viviente y para dirigir los coros de niños, dedicados a los cantos litúrgicos. Cuando las voces se elevaban hasta las bóvedas, el adolescente sentía irradiar en él esa indescriptible sensación de gratitud, mientras que, en las vidrieras, san Pablo Aureliano derrotaba valientemente al dragón de la isla de Batz.

Tras las doce campanadas de medianoche, se abrían las grandes puertas del fondo y los habitantes de Saint-Pol salían a la hostil y fría noche, dejando atrás la casa de Dios, dando la espalda a su luz, a su resplandor en medio de las tinieblas. Las familias formaban grupos fantasmales en la bruma, algunas vestían, para la ocasión, los trajes tradicionales bretones, otras se habían abrigado con largos chaquetones impermeables recién estrenados. Todos caminaban a tientas por el trayecto iluminado por las antorchas, y las siluetas se

besaban en los cruces de caminos para desearse feliz Navidad en medio de la niebla.

Más allá de los campos, se decía que se veían destellos luminosos volando, almas de muertos. En lo más profundo del bosque, en los rincones cubiertos de musgo, se escondían el antiguo reino gaélico, los espíritus de la floresta, los duendes, Drac, Gripi y Fada, el mundo de la diosa Dana, que había dado nombre a las tribus: los *Tuatha Dé Danann*. En Finistère, las creencias se habían mezclado, o más bien acumulado, y las divinidades paganas cedían sus oropeles a los santos católicos. Era habitual que los campesinos resucitaran amuletos druídicos al arar sus campos. Nadie olvidaba que, antes de ser cristiana, la tierra había sido celta.

Las coronas de paja colocadas al pie de los manzanos solicitaban buenas cosechas para la próxima primavera. Para mantener despiertos a los niños, se les contaban leyendas antiguas. Se les decía que, durante la misa de Navidad, cuando todo el mundo está en la iglesia, los animales de las granjas conversan entre sí en la lengua de los humanos.

—Cuando suenan las campanas, el mar se retira y la ciudad de Kir-Is reaparece, revelando la vida que la animaba en otros tiempos.

—Entonces, los menhires salen de la tierra para ir a beber a los arroyos.

Los niños gritaban de miedo, pero también de regocijo.

Al volver a casa, todo el mundo encontraba en la chimenea un tronco, *Kef Nedeleg*, que se reservaba para ese día y que el cabeza de familia rociaba con agua bendita y sal. Se decía que sus cenizas quitaban las verrugas. Se colocaba en la chimenea unos días antes y se decoraba con una guirnalda de hiedra o bolitas de muérdago, ese

muérdago sagrado que antiguamente solo los druidas tenían derecho a recoger, en el solsticio de invierno, el día de la piedra bruta.

A la mañana siguiente, Eugène, al ver el paquete con su nombre, rasgó minuciosamente el envoltorio. Cuando descubrió las tapas de cuero de la *Odisea*, le dio las gracias efusivamente a su padre. Y, sin demora, se puso a traducir.

Desde los primeros capítulos, las palabras le hicieron temblar. Se trataba de Ulises, encerrado por la ninfa Calipso en una cueva donde ella deseaba convertirse en su esposa. Sin cesar, con palabras dulces y halagadoras, lo seducía para que olvidara Ítaca. La lengua griega se convertía en el lenguaje de las caricias.

Eugène veía las rodillas de Circe, redondas como manzanas, doradas por la luz de una hoguera, dos pilares de un templo misterioso que él quería adorar. Le daban palpitaciones, acompañadas de violentos accesos de fiebre, fuertes, de los que salía con la mente confusa, como aturdido por el calor y el cansancio, y el cuerpo dolorido.

17
Orden de movilización general

Eugène aprovechó los últimos días de agosto para pasear, antes de comenzar el curso preuniversitario. Le gustaban esos días, cuando la luz oblicua alarga las sombras y se vuelve más suave, menos cruda que en pleno verano.

A finales de ese año, tendría que tomar una decisión: ir a estudiar al seminario, como lo animaban sus profesores, o no.

En la playa, frente al horizonte, sentía como una caricia magnética en la que se mezclaban el viento, la fuerza del granito y el poder del mar —penetraban en él la leyenda de los siglos, el canto de las sirenas de Ulises y esa feroz sensación de sentirse momentáneamente vivo—. Todo en ese paisaje bretón le recordaba que el hombre debe superarse a sí mismo. Como todas las personas que viven a orillas del mar, soñaba con viajar, con lo desconocido —con reinventarse en otro lugar.

—¡Ya está! ¡Ya está! ¡Han pegado los carteles! ¡Van a anular la reválida superior!

Eugène se volvió hacia el chico que gritaba. Sabía a qué se refería. Llevaba varios días siendo el único tema de conversación en las

calles de Saint-Pol-de-Léon, en los portales, en los cafés, en las tiendas y en las trastiendas. Y ahora ya estaba.

El mundo había cambiado, pero la playa, con su fría belleza, permanecía indiferente a la declaración de guerra. Una ráfaga de viento hinchó su abrigo y Eugène tuvo la sensación de flotar entre las nubes, que de repente se habían vuelto de un color gris lechoso, en un cielo cubierto por la densa bruma del comienzo del otoño.

Eugène padre acudió corriendo, como los demás, a la fachada del ayuntamiento, para ver con sus propios ojos los grandes carteles blancos, adornados con dos banderas francesas:

ORDEN DE MOVILIZACIÓN GENERAL

> Por decreto del presidente de la República, se ordena la movilización de los ejércitos de tierra, mar y aire, así como la requisa de animales, carros, medios de tiro, aeronaves, vehículos automóviles, buques, embarcaciones, maquinaria de manutención y todos los medios necesarios para suplir la insuficiencia de los medios ordinarios de abastecimiento de dichos ejércitos. El primer día de la movilización general es el 2 de septiembre de 1939.

Dio gracias al cielo de que su hijo no tuviera edad suficiente para ser soldado.

18
Es más fácil para el hijo pedirle al padre que para el padre pedirle al hijo

Las noches de Saint-Pol-de-Léon se tiñeron de una atmósfera diferente. Los novios, que hasta entonces esperaban pacientemente su noche de bodas, se apresuraban a acostarse juntos, ya que solo les quedaban unas pocas horas para amarse. Los tímidos enamorados por fin declaraban su amor. Se animaba a las chicas a ser generosas con los chicos que partían al frente. Se formaban uniones inesperadas antes de la partida. Surgían relaciones prohibidas, pasiones extrañas exaltadas por la idea de la muerte. Los destinos cambiaban en pocos días. Se concebían hijos que no deberían haber nacido. Y todas esas existencias, a la vez tan similares y tan distintas, se fusionaron en un solo cuerpo, impulsadas por el curso de la historia.

Eugène se sintió invadido por una especie de rebelión íntima y silenciosa. Tenía esa mirada inquieta de los jóvenes marineros antes de su primer viaje. Esos grumetes que, la víspera de su partida, comprenden de repente que están a punto de sacrificar su juventud. Que su vida se parecerá más a un secuestro que a una novela de aventuras.

Theresa y Eugène no entendían: ¿por qué estaba tan perturbado su hijo? No tenía edad para ser movilizado.

—No te llamarán a filas hasta dentro de al menos dos años. ¡Para entonces la guerra habrá terminado!

Pero Eugène les respondía con frases extrañas, que no tenían sentido. Sus padres a veces lo sorprendían rezando tan fervorosamente que se le saltaban las lágrimas. Theresa no sabía cómo actuar, su hijo ya era demasiado mayor para confiarse a ella.

—Habla con él —le decía a Eugène.

Antes, los dos Eugène se iban durante días enteros, provistos de capucha, botas y calcetines gruesos, a caminar por los taludes o por la playa, y hablar durante horas. Pero, desde hacía algún tiempo, el adolescente prefería estudiar y leer en casa.

Sin embargo, ese día, Eugène aceptó salir con su padre. Parecía estar sufriendo por algo, pero se mantenía extrañamente callado. De repente, empezó a llover y las gotas les azotaban la cara. El padre creyó ver lágrimas mezcladas con el agua de lluvia en el rostro de su hijo.

—Eugène, ¿qué pasa?

—No me atrevo a decirlo.

Al oír estas palabras, el joven pareció finalmente dispuesto a hablar. Se detuvo, como si hubiera divisado un peligro en la lejanía que intentaba repeler o evitar. La lluvia había arreciado, caía a cántaros, tanto que parecía que el cielo hubiese desaparecido. Hubo como un estremecimiento en las profundidades y finalmente Eugène logró decirle a su padre:

—Tú y mamá sabéis cuánto amo y respeto a Dios.

—Por supuesto.

—Siento una fe que llena mi alma.

—Lo sé, hijo mío, pero ¿qué quieres confesarme que te resulta tan difícil?

Eugène se arrodilló, como si se sometiera a una orden superior.

—No tengo vocación sacerdotal.

Luego se tumbó solemnemente en el suelo; parecía como desmayado. Eugène tomó la mano de Eugène. Padre e hijo permanecieron en silencio, uno sentado junto al cuerpo del otro. Eugène padre echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un suspiro de alivio. Se sentía culpable por sentir tanta alegría ante el dolor de su hijo. ¿Era Dios quien le devolvía a su hijo? ¿O era Dios quien lo rechazaba? No importaba. Lo recuperaba.

La lluvia cesó. El silbido del viento se hizo cada vez más suave. En ese crepúsculo otoñal, bajo las nubes negras, se adivinaba la claridad azul de un cielo despejado e inmenso. Y de repente cayó sobre la tierra, iluminando al padre y al hijo, un rayo de sol que rasgó la nube.

La enfermedad se cernía sobre nosotros. A principios de septiembre, hubo que repetir los análisis para explicar la presencia de la ACE, una proteína que solo los fetos pueden producir. Había que desentrañar el misterio de esa anomalía y, para ello, pasar un escáner.

Para mi padre, ir a un laboratorio era algo insoportable. No le daba miedo la prueba, no, no huía de los resultados ni de las conclusiones de los médicos, ni siquiera pensaba en ello. Su problema era que todas esas citas le hacían perder tiempo. Tenía trabajo, tenía que hacer cálculos, informar de sus investigaciones, proponer conclusiones a los holandeses sobre el almacenamiento subterráneo. Eso era mucho más importante.

Crecí en una de esas familias en las que solo se va al médico como último recurso, que nunca acuden al seguro a pedir ayudas y que se olvidan de dónde han dejado la receta. Recuerdo muy bien el momento en que se introdujo la tarjeta sanitaria en Francia. Fue en 1998, antes de la llegada de los teléfonos móviles e internet. Mi madre, Lélia, estaba furiosa. Yo no lo entendía. ¿Por qué estar en contra de una tarjeta que acredita el derecho al seguro médico y

permite el reembolso rápido sin papeleo? Me explicó que le daba miedo que se pudiera rastrear todo su historial médico.

—Es el fin de la noción de privacidad —me dijo Lélia.

En aquel momento, pensé que estaba exagerando.

—Notará un gusto extraño en la boca.

El joven del laboratorio sostenía en la mano una aguja llena de yodo, que clavó en el brazo de mi padre.

—Y una sensación de calor en todo el cuerpo —añadió.

—El yodo, más vale que sobre que no que falte —bromeó mi padre.

El joven sonrió detrás de su mascarilla. Pocos pacientes sabían que la falta de yodo en el cuerpo humano provoca trastornos mentales. Pierre continuó:

—El yodo, elemento químico de número atómico 53 y símbolo I, de color violeta natural, es un oligoelemento pesado y opaco que bloquea el paso de los rayos X.

—¡Sabe usted más que yo! —exclamó el joven—. A mí se me ha olvidado todo, ¡hace tanto que acabé la carrera!

La de Pierre databa de mucho antes, pero tenía una memoria excepcional.

—Voy a poner en marcha la máquina, no se mueva. Solo tiene que pensar que está en una playa de arena fina bajo unos cocoteros. Relájese.

Cuando la ola de calor empezó a invadir su cuerpo, Pierre no pensó en una playa de arena fina ni en cocoteros, sino en la portada del álbum *The Dark Side of the Moon*, de Pink Floyd, un espectro de

prisma que difractaba la luz. Luego visualizó las oscilaciones de las ondas de la máquina, como olas, campos tanto eléctricos como magnéticos, perpendiculares y sinusoidales, girando a su alrededor entre el tubo y los detectores. Se concentró en el fenómeno de los rayos electromagnéticos invisibles irradiando la carne de su cuerpo y desplazándose a la misma velocidad que la luz. Podía imaginar el generador, a pocos centímetros de él, que contenía el ánodo y el cátodo, el filamento de tungsteno atravesado por una fuerte corriente eléctrica, que permitía liberar los electrones en fase de aceleración. Podía imaginar los átomos excitados por los electrones que provocaban una radiación X, como un haz luminoso, en sus desplazamientos.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó el joven.

—Sí. Se me ha ocurrido algo…

—Dígame.

—¿Alguna vez ha relacionado usted los rayos X, que son similares a los rayos ultravioleta, con la palabra «yodo», que proviene del griego antiguo y significa «violeta»?

—No. Nunca, la verdad —dijo el joven.

Y ambos se quedaron en silencio, pensativos.

Luego, mi padre tenía que reunirse con el gastroenterólogo para que le diera el resultado del escáner. Pierre entró en una pequeña consulta sumida en la oscuridad. Vio las imágenes pegadas en pantallas luminosas, de su tórax, su abdomen y su región pélvica. Tuvo el presentimiento de que las noticias no eran buenas.

—Hay manchas anormales en el estómago —confirmó el gastroenterólogo.

Pierre se preguntó cómo se llamaban, en la Antigüedad, esos magos que practicaban la adivinación removiendo las entrañas de los animales sacrificados. Esas pitias masculinas que hurgaban en las vísceras para interrogar al futuro.

—Los arúspices —dijo en voz alta—. Sí, eso es. Los arúspices.

—¿Perdón? —preguntó el gastroenterólogo.

—No… Nada —respondió mi padre—. Pensaba en algo.

Pierre no tenía ganas de escuchar las conclusiones. Quería estar en su despacho, con sus hojas, trabajando.

—Habrá que hacer una tomografía por emisión de positrones (PET) para comprender exactamente qué está pasando —anunció el arúspice—. Eso nos dará información precisa sobre la naturaleza de esas masas anormales reveladas por el escáner.

—Entonces ¿por qué no me ha hecho directamente un escáner PET?

—Las dos pruebas son muy parecidas, pero no proporcionan la misma información. Un escáner permite detectar manchas muy pequeñas, lo que resulta muy útil si se quiere tratar una enfermedad a tiempo. Sin embargo, esas manchitas pueden ser de naturaleza diversa: desde nódulos inofensivos y quistes benignos hasta tumores malignos. Solo un PET nos informa sobre la naturaleza de las manchas. Pero, por desgracia, las detecta únicamente cuando son grandes. Por eso las dos imágenes son complementarias. ¿Lo entiende?

De todos modos, mi padre ya no escuchaba. Haría lo que le pidieran. Pero para el escáner PET se llevaría su ordenador a la sala

de espera y avanzaría en el expediente de los holandeses.

Dos días después, nos reunimos todos para cenar en casa de mis padres, con motivo de mi cumpleaños. A mis cuarenta y tres años, acababa de publicar mi última novela, lo que me daba a la vez grandes alegrías y grandes sobresaltos, como suele ocurrir cuando se edita un libro. Pero todo eso se vio trastocado por algo que nadie a mi alrededor, excepto mi madre y mis hermanas, podía adivinar. La enfermedad de mi padre.

Al ver a Pierre sentado en el salón, fumando un cigarrillo, con su grueso chaleco de lana mexicano de los años setenta, pensé que mi padre era mi padre y que, en nombre de dicha función, no podía pasarle nada. La tomografía por emisión de positrones nos revelaría que las manchas eran benignas. Brindaríamos por Navidad, todos juntos, diciéndonos que por fin todo eso había quedado atrás.

Pensaba en lo mucho que me gustaba contemplar a mi padre con mis hijas, a veces simplemente viendo dibujos animados en la televisión. Me senté junto a ellos, como al borde de un escenario de teatro del que yo era una espectadora silenciosa. Y el tiempo se detuvo, en ese momento tan banal y tan dulce.

En la mesa del comedor, Lélia dispuso unos moldes con patés de arenque y de hígado de ave sobre un mantel bordado, traído de Rumanía. Las chicas charlaban animadamente junto al piano. Mi hermana estaba a punto de dar a luz, en cualquier momento nacería un nuevo ser, la vida iba a brotar y todos bebíamos como cosacos,

nos bebíamos todo lo que teníamos a mano, tanto el vino bueno como el malo, para entrar en calor, para distanciarnos de los acontecimientos.

Desde muy jóvenes, mis padres soñaban con formar una familia que luchara contra toda forma de organización burguesa, sin la ley del patriarcado. Éramos Lélia, Pierre, que era más joven que Lélia, y sus tres hijas. Y los cinco intentamos inventar algo, una pequeña célula familiar, que funcionaba.

Todo iba bien, muy bien, incluso, hablábamos del próximo nacimiento, de la llegada de un nuevo miembro a la familia, una niña, por supuesto.

Esa cena de cumpleaños se parecía a la del año anterior, quizá con un poco menos de apetito, o ni siquiera, todo transcurría con total normalidad en ese ágape familiar. Escuchábamos a The Doors, Bruce Springsteen, fumábamos entre plato y plato, hablábamos de literatura y política.

De repente sentí frío. Pensé que se había abierto una ventana en algún lugar, en el salón, quizá al lado. Me levanté para buscar de dónde venía la corriente de aire helado, pero nada, todo estaba cerrado. Me quedé unos segundos sin moverme, el marco de la ventana dibujaba como un cuadro, una pintura de mi infancia. Nada había cambiado. Esa imagen era la misma de siempre. Todo estaba en silencio, podía ver a los vecinos cenando y adivinar el lejano galimatías de la película que ponían aquella noche. Me veía a mí misma, adolescente, de pie ante esa misma ventana, contemplando ese mismo paisaje, soñando con mi vida.

Cuando volví a la mesa, mi padre estaba enseñando a sus nietas la famosa «piedra de luna», una piedra de forma alargada que gira

sobre sí misma por un lado, pero no por el otro.

Me costaba imaginar que Eugène hubiera estado alguna vez sentado a mi lado, con la cercanía que hoy podía observar entre mi padre y mis hijas, esa figura de un abuelo que se entrega por completo.

Mis hijas tenían la suerte de crecer junto a sus abuelos, de rozar con sus mejillas frescas sus pieles arrugadas, de saborear esa ternura sin límites que se salta una generación. Yo no había conocido eso. Mi abuelo Vicente murió cuando mi madre tenía tres años. Nunca sentí cercano a mi abuelo Eugène. Pero se puede reparar lo que se ha perdido, porque, cuando nos interesamos por ellos, los fantasmas surgen del pasado para hablar con los vivos.

LIBRO II

(1940-1946)

La guerra en los confines del mundo

1
«¡Finistère! ¡Finistère!»

Eugène estaba repasando para la reválida, con su ancha espalda encorvada sobre la mesa de trabajo, cuando de repente un grito procedente del exterior rompió su concentración. Se precipitó hacia la ventana y vio a una joven desmayada en medio de una multitud. Se quedó ahí, paralizado, con una mano apoyada en el travesaño, incapaz de comprender lo que estaba viendo. Desde hacía unos días, una muchedumbre invadía las calles de su infancia.

Theresa salió de la casa, se acercó al gentío y gritó en inglés para que se apartaran. Cuando se dio cuenta de que la joven desmayada estaba embarazada, la llevó a su casa y le dio de beber y de comer.

La joven procedía del este, donde se habían evacuado las grandes ciudades. Reims el 19 de mayo de 1940, luego Péronne, Saint-Quentin, Landrecies. Ella explicó que recibió la orden de hacer las maletas y abandonar su apartamento, y que apenas tuvo dos horas para recoger sus cosas y correr a la estación. Sin poder localizar a su marido, que se había ido a trabajar a París. Contó cómo sus vecinos, mayores, salieron de su casa en pijama, sin zapatos, corriendo desorientados en dirección equivocada. La multitud asustada, desembarcando en un andén repleto de niños y maletas, sin que se les diera ninguna información sobre la hora de paso del próximo tren

ni sobre su destino. Las peleas y los insultos para subir antes que ella al tren.

El jefe de estación pitó y luego amenazó a la muchedumbre compacta y nerviosa para que retrocediera y la locomotora pudiera salir. Vio cómo unos padres se daban cuenta de que uno de sus hijos se había quedado en el andén, demasiado tarde, cuando ya había arrancado el tren.

Veinticuatro horas después, bombardearon los raíles del tren que iban a coger ellos, así que tuvieron que buscar un recorrido alternativo: salieron en plena noche, abandonando el equipaje y tomando a los niños en brazos, atravesaron a pie campos iluminados por la luna, luego bosques, caminaron varios kilómetros y, por fin, de nuevo la espera en otra estación, toda la mañana, y luego bajo el calor del sol del mediodía, rezando para que llegara un tren, con destino desconocido.

Se rumoreaba que todos los trenes partían hacia Bretaña. En todas las conversaciones se oía: «¡Finistère! ¡Finistère os da la bienvenida!». Y esa región, tan desconocida para los franceses, se convirtió de repente en la tierra prometida. Así fue como, tras diez días de viaje, llegó aquí. Y era un milagro.

Muy pronto, en Saint-Pol-de-Léon no quedó espacio para albergar a la legión de desplazados, temporalmente apátridas, esa marea humana que crecía por horas. Los hoteles cerraban las puertas con llave para impedir que entraran por la fuerza, pues ya había varias familias hacinadas por habitación —en los alrededores, los habitantes ofrecían lo que podían: graneros, desvanes, algunos

colchones por el suelo—. Así fue como los franceses del este se convirtieron en «refugiados» para los franceses del oeste. Siempre se es extranjero para alguien. En Finistère, como en otros lugares, hubo quienes compartieron su pan y quienes vendieron su agua a precio de vino.

En medio del caos absoluto que reinaba en el territorio, el Gobierno mantuvo la reválida para todos los alumnos de último curso de bachillerato superior que no vivían en los departamentos evacuados. Esto puede parecer extraño. Cuando todo se tambalea, cuando el orden de las cosas se desmorona, nos aferramos casi instintivamente a fragmentos que, algún día, nos parecerán insignificantes. Más tarde, Eugène se sorprendería de haberle dado tanta importancia a esa prueba. Pero, en aquel preciso momento, el examen ofrecía la ilusión de que la razón aún reinaba en Francia.

2
El bachillerato, promoción de 1940

Theresa, la madre de Eugène, tomó la decisión de acoger a la joven embarazada en la pequeña habitación azul, la misma en la que Eugène tenía instalado su cuarto de estudio. Sería un alojamiento modesto, pero era mejor que nada. Como dueña y señora de su hogar, ordenó a su marido y a su hijo que movieran la cama, retiraran los libros y el escritorio que abarrotaban la habitación, y colocaran sobre una mesa un orinal, una palangana y su correspondiente jarra de loza. Eugène hijo obedeció sin decir palabra. Había heredado el corazón de su madre, un corazón en el que la caridad se imponía como una evidencia absoluta.

Mientras se afanaban en desplazar los muebles, que se deslizaban bajo sus torpes manos, los dos Eugène retomaron, por enésima vez, su conversación sobre la continuación de los estudios del futuro bachiller.

—Escúchame, porque se me ha ocurrido una idea que me parece excelente. Te vas a matricular en la facultad de Medicina de Rennes. Así, cuando termines, te pondré una consulta junto a nuestras oficinas. Todos nuestros miembros acudirán a ti para recibir tratamiento, tendrás mucha clientela. Y trabajaremos juntos para mejorar las condiciones de higiene y de vida.

Pero Eugène lo interrumpió:

—No tengo esa vocación. No voy a estudiar Medicina.

El padre, que esperaba esa respuesta, no se desanimó.

—Entonces estudia Derecho. Es aún mejor. Serás el abogado de la cooperativa, te ubicaré en la oficina de…

—¡No! —interrumpió Eugène—. Tampoco tengo esa vocación.

—¡No tienes vocación para esto ni vocación para aquello! ¿Y qué demonios quieres hacer, si puede saberse?

—Quiero estudiar griego.

Eugène padre dio un paso atrás y arrugó el rostro.

—¿Perdón?

—Tú me preguntas por mi vocación y yo te contesto.

—¡Estudiar griego no es una profesión!

A Eugène padre le entraron ganas de añadir: «Y no veo en qué puede ser útil para nuestra cooperativa». Pero se contuvo. Dejó hablar a su hijo.

—Quiero obtener una licenciatura, quiero ser profesor. La enseñanza es mi vocación.

Eugène hijo cogió uno de sus libros de clase y le mostró la palabra «licenciado» que figuraba debajo del nombre de los autores. Eugène padre acercó la nariz al libro de texto.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Matriculándome en la facultad católica de Angers.

—Ah, no, no, no. ¡Angers está demasiado lejos! —dijo Eugène padre.

—Iré de todos modos.

—¡Eres menor de edad y estás bajo mi responsabilidad!

—Pues bien, si me lo impides, me alistaré como voluntario en el ejército y así estaré bajo la tutela del Estado.

Al oír esas palabras, Eugène quedó conmocionado, como si todo se le hubiera venido abajo; se sentía vacío y desgraciado, incapaz de aceptar la idea de vivir sin su hijo. ¿Así que eso era tener hijos? Cuidarlos día tras día, amarlos más que a nada en el mundo, para que al final se fueran a Angers a cursar «una licenciatura». Definitivamente, la vida no tenía ningún sentido. Theresa acarició la cabeza de su marido y le susurró con su acento inglés:

—Si no querías ver a tu hijo alejarse de ti, no tenías que haberle enseñado a caminar.

Eugène se dio por vencido. Esbozó una sonrisa que significaba una verdad demasiado evidente como para negarla: Theresa tenía razón, como siempre. Añadió con un suspiro:

—De acuerdo con Angers… De todos modos, ¿qué sentido tiene discutir? Ni siquiera sabemos qué nos deparará el mañana. Los alemanes ya avanzan hacia París.

Me resulta difícil describir físicamente a Theresa, ya que nunca he visto ninguna fotografía de la madre de Eugène y, curiosamente, siempre me había parecido que esa inglesa se llamaba Mary. De hecho, así es como la llamaba en los primeros momentos en que empecé a investigar para este libro. Hasta que mis tías, las hermanas de mi padre, me dijeron que estaba equivocada, que se llamaba Theresa.

Cuando nació mi hija mayor, quise ponerle un nombre que no estuviera relacionado con ningún miembro de nuestra familia, un nombre que no estuviera cargado con el peso de los destinos pasados, que no hubiera pertenecido a nadie antes que a ella. Muy pronto, su padre me propuso: Tessa. Y ese nombre me pareció una evidencia. ¿Por qué? Cada vez que me hacían esa pregunta, respondía:

—Me recuerda a una obra de Jean Giraudoux, la historia de una joven música llamada Tessa, que me gusta mucho.

Para mí era la única explicación posible.

Pero trece años después del nacimiento de Tessa, en el transcurso de mis investigaciones, descubrí que mi bisabuela inglesa, esa a la que yo tomaba por Mary, se llamaba en realidad Theresa, nombre

cuyo diminutivo es Tessa. ¡Y yo que me jactaba de haber elegido un nombre virgen de toda memoria!

Al igual que Edipo, ese rey que, en su desesperado intento por huir de su destino, se entrega a él sin saberlo, elegí para mi hija el único nombre que ignoraba que perteneciera a mi linaje. Creyendo ingenuamente que me liberaba de las tradiciones familiares, me metí de lleno en ellas. Queriendo afirmar mi deseo de emancipación, me perdí en los sinuosos meandros de la herencia. Ironías del destino.

Eugène nunca hablaba de su madre en los cuadernos de colegial que Lélia me había confiado. Era extraño. Solo hablaba de su padre, ese amor intenso, a veces rudo, que invadía las páginas. Theresa, por su parte, estaba ausente, disuelta en el silencio. ¿Era la expresión de una relación tan evidente que no necesitaba palabras? ¿O tal vez la figura del padre había sido tan esencial que había devorado todo lo demás, incluso hasta devorar a la madre?

Yo leía con avidez los cuadernos de Eugène: los dejaba junto a mi cama, siempre ahí, y los retomaba cada noche.

Eugène estaba allí, todo entero, en esas páginas. Como si él lo hubiera sabido, como si hubiera presagiado que algún día yo los tendría en mis manos. Esa idea vivía en mí, me habitaba, me sostenía, me obligaba.

Gracias a los cuadernos, me parecía que mi abuelo me cogía de la mano; ahora estábamos unidos el uno a la otra. Al leerlos, me parecía que me acercaba a otra realidad, donde la vida no era esa línea recta que trazamos, creyendo que avanza sin retorno, sino un complejo tapiz de hilos que se entrecruzan, donde cada punto, cada

nudo, conecta a los vivos con los muertos, donde, cuando nuestros recuerdos de ellos se desvanecen, sus deseos siguen vivos en nosotros.

Llegué al momento en que, una vez concluida la reválida, Eugène padre decidió llevar a su hijo a Quimper. Así es como relata Eugène dicho episodio, que copio aquí:

> Los griegos creían mucho en el papel de la suerte en la vida de los hombres, y tenían una palabra para decir «suerte», que también quería decir «buena suerte»: *Τύχη*. Tyche. Esa suerte iba a intervenir y cambiar todos mis planes.
>
> Resultó que mi padre y yo fuimos a visitar, sin ningún objetivo concreto, a uno de sus amigos que era librero en Quimper.
>
> Durante la conversación, nos preguntó, sin ninguna intención particular, qué pensaba hacer yo después de la reválida superior. Le dije que mi vocación era la enseñanza.
>
> —Bien, ¿y cómo te las vas a arreglar?
>
> —Quiero hacer una licenciatura.
>
> —¿Dónde y cómo?
>
> —En la facultad católica de Angers.
>
> —¿Eso? ¿Estás loco?
>
> —Entonces ¿qué debo hacer?
>
> —Matricularte en un curso preuniversitario de excelencia, en París.
>
> Era la primera vez que oía hablar de algo que luego iba a escuchar tantas veces en mi vida.

3
La chica de la Rue de Siam

Ciertamente, Eugène padre se había mostrado reacio a la idea de que su hijo se marchara a Angers, pero la perspectiva de París era diferente. Percibía en ese proyecto una ambición que superaba todo lo que había podido imaginar. Aceptaba que la cooperativa agrícola se privara del talento de su hijo a condición de que ese sacrificio estuviera al servicio de un porvenir fuera de lo común. Y esas misteriosas palabras, «preuniversitario de excelencia», que le costaba incluso decir de un tirón, le parecían a la altura de tal destino. Siguiendo el consejo de su amigo librero, escribió inmediatamente a un tal señor Bregon, que los ayudaría en los trámites.

En Brest, el hombre los recibió con gran amabilidad. Redactó una carta de recomendación dirigida al director de un instituto llamado Henri IV. Y les dio la dirección de una pensión cercana al instituto, donde Eugène podría alojarse. La admisión del joven parecía una simple formalidad. Juntos hicieron una lista de los libros que debía comprar y leer antes del comienzo del curso, así como del material necesario para el año escolar. La inversión era importante, pero nada

era demasiado para su hijo, pensaba Eugène con orgullo. La ciudad de Brest estaba alborotada aquella mañana de junio de 1940. Cada hora que pasaba, aumentaban los rumores acerca de la marcha de los alemanes hacia Bretaña. A lo lejos, se oían los aviones de la Luftwaffe sobrevolando los transatlánticos de la rada.

Los dos Eugène se adentraron en la Rue de Siam, una calle estrecha como una prenda demasiado ajustada, una manga larga y en pendiente, que debía su nombre a un prodigioso desfile que tuvo lugar allí a finales del siglo XVII.

Padre e hijo se mareaban en esa calle más agitada que un día de mercadillo. Las principales emisoras de radio habían sido saboteadas, y los periódicos nacionales, bloqueados por la paralización del ferrocarril, por lo que había que fiarse de los rumores de la ciudad, que circulaban de casa en casa, de barrio en barrio, tan rápido como una onda magnética. Los comerciantes, apostados en las escaleras de sus tiendas, charlaban con marineros de permiso, mientras las mujeres, asomadas a las ventanas de edificios apiñados como dientes, interpelaban a los clientes de los hoteles. Los soldados franceses deambulaban perdidos.

La calle, demasiado estrecha, se congestionó, abarrotada como una tienda de curiosidades. De repente, Eugène hijo vio a una joven de ojos azules y cabello castaño rojizo y sedoso que subía por la calle en dirección contraria. Sonriente, hablaba con su hermana mayor, indiferente a la multitud. Con gracia, lograron abrirse paso entre grupos de marineros con pompones azul cereza y desaparecieron entre el gentío, donde había que esquivar las ballenas de los paraguas plegables.

Eugène se volvió, en medio del caos, para verla caminar. Pero era imposible quedarse quieto para observar algo, entre los cazadores alpinos que regresaban de Noruega, derrotados en Narvik, y otros soldados en desbandada. La joven reapareció detrás de un tranvía que estaba bloqueado, parado. Luego la multitud la engulló de nuevo.

Las sirenas de la iglesia de Saint-Marc comenzaron a sonar en el cielo de Brest. Había que encontrar refugio lo antes posible. En medio de aquel tumulto, en el que el pánico se sumaba al nerviosismo, Eugène padre tuvo una revelación: algún día, su hijo tendría grandes responsabilidades en Bretaña. En cuanto a Eugène hijo, tuvo otra certeza. Volvería a ver a aquella joven.

4
La joven

La vida en Saint-Pol-de-Léon estaba ahora difractada, dividida. Los alemanes imponían sus leyes a los habitantes: toque de queda, hora alemana, requisiciones, control de abastecimiento, cartillas de racionamiento, prohibición de reuniones. Los campesinos debían entregar la mayor parte de su cosecha, pero también sus caballos y todo lo necesario para alimentarlos: trigo, paja, heno, avena. Privados de su fuerza motriz, cosechaban con mayor dificultad sus verduras, que también eran confiscadas para enviarlas a París para los ocupantes, o a Alemania.

La costa de la comarca de Léon se convirtió en un paso estratégico. Con un pequeño barco pesquero se podía llegar a las costas inglesas en apenas diez horas. Los alemanes sembraron el terror allí. Volaron casonas en Roscoff, arrasaron el instituto marítimo y detuvieron a numerosos civiles sospechosos de pertenecer a la Resistencia. En todas las playas aparecieron casamatas y búnkeres.

Sin embargo, la vida seguía. Eugène padre se dispuso a pedir un permiso para viajar a París y presentar la solicitud de matrícula de su hijo en el instituto Henri IV. Lo que antes era tan sencillo, tan obvio,

ahora se había convertido en algo difícil: desplazarse, obtener el derecho a comprar billetes de tren. Todo resultaba incierto.

Para Eugène hijo, los minutos se alargaban, interminables, vertiginosos, y, en esa abominable lentitud, el adolescente percibía que algo estaba pasando, sin saber exactamente qué. Y así transcurría el día, al ritmo de las horas vacías, ociosas, de espera, en las que nada parecía servir para nada.

Cuando por fin llegó la autorización para trasladarse a París, Eugène se dejó convencer por sus compañeros para pasar la tarde en la playa.

Los niños nadaban hasta el barco-trampolín, se subían a la cadena de fondeo y se lanzaban al agua desde tres metros de altura, disfrutando de la sensación de vértigo. Se oían sus gritos desde las casetas de baño rodantes.

Eugène se fue al otro lado y, tumbándose boca arriba, sumergió la cabeza en el agua, hacia atrás, para que todo se callara por fin. Dejó que su cuerpo flotara en el mar. Solo quedaba el silencio y el amplio cielo azul, la ingravidez de un domingo como cualquier otro. Tuvo la extraña sensación de que, por un instante, la guerra había dejado de existir. Entonces pensó que todo en el cuerpo humano era intermitente, discontinuo. Los latidos del corazón, el parpadeo, la respiración, todo se detenía y volvía a empezar.

Cuando salió del agua para reunirse con sus compañeros, que esperaban impacientes en la arena, vio que había agitación. Unos soldados alemanes habían venido también a disfrutar de los placeres

de la playa. Su llegada provocó la marcha de varias personas, incluido un grupo de jóvenes de Brest que Eugène no conocía.

Entre ellos, Eugène reconoció inmediatamente a la chica de la Rue de Siam. Vio su cabello castaño de reflejos rojizos y ondulado, luego su forma de girar la cara y sonreír. Quedó cautivado.

Al día siguiente, volvió a la playa. Ella no estaba allí. Tampoco los días siguientes. Se preguntó si volvería a verla. Cientos, miles de personas llegaban cada día, como olas, tras abandonar las grandes ciudades, buscando refugio en la retaguardia, para luego desaparecer en la incertidumbre del momento.

La víspera de su partida hacia París, Eugène fue por última vez a la playa. Esperó durante mucho tiempo junto a una anciana bretona vestida de negro, sentada en un taburete de ordeñar, que observaba a unos niños pequeños entretenidos jugando en la arena, a lo lejos.

Ella le dijo una frase en bretón. Y, al ver que él no la entendía, se la tradujo: «Hay que esperar a la noche para decir que el día ha sido bonito».

5
Una casa para todos

El padre y el hijo obtuvieron la autorización para tomar el tren el último día de agosto de 1940. Al salir de la Gare Montparnasse, lo primero que llamó la atención de Eugène fue el olor de París, un olor cálido y dulzón, a alquitrán.

No se les pasó por la cabeza coger un taxi, ya que no había ningún coche disponible debido al racionamiento y la escasez de combustible. Existía la opción del bicitaxi, pero les pareció un poco ridículo subirse a una caja de madera con ruedas.

Eugène padre optó por el metro. La primera clase estaba ahora reservada a los alemanes, que viajaban sin necesidad de comprar billete. La segunda era para los franceses, que se apiñaban en ella a las horas punta. Pronto habría una tercera clase, el vagón reservado a los judíos.

Al salir de la estación de Luxembourg, ascendieron por la Montagne Sainte-Geneviève hasta llegar al instituto Henri IV, donde el padre le preguntó al hijo:

—¿Qué significa su lema, *Domus omnibus una*?

—Una casa para todos —respondió Eugène.

—Es un buen augurio —dijo su padre sonriendo.

Los dos Eugène cruzaron el patio del instituto, una antigua abadía medieval cuyo claustro, con su campanario, su pequeño jardín y sus galerías cubiertas, no difería mucho del que había en el colegio de Saint-Pol-de-Léon. No se sintieron desubicados ni impresionados. En el primer piso encontraron la placa: «DESPACHO DEL SEÑOR DIRECTOR, SR. JOLIBOIS».

—Es un nombre muy bonito —dijo Eugène padre antes de llamar, seguro de sí mismo, a la puerta del despacho.

El director los invitó a sentarse y se sumergió en el expediente de Eugène. Leyó la carta de recomendación del señor Bregon y las últimas notas de Eugène, antes de dejar las gafas sobre la mesa. De repente, todo su ser parecía tan agotado como apenado:

—Mire, seré sincero con usted. Tiene excelentes notas, ha recibido premios y menciones en ambas reválidas, y lo felicito por ello. Pero debe comprender que Bretaña no es París. Y sus notas son relativas al nivel de su clase. No se lo tome a mal, pero los jóvenes que son aceptados en el curso preuniversitario de excelencia del Henri IV son casi todos el número uno de su promoción.

—Pero el colegio Notre-Dame-du-Kreisker de Saint-Pol-de-Léon no es un centro como los demás —replicó Eugène padre—, es, con diferencia, el mejor de la región, y ha formado a más de un arzobispo.

El señor Jolibois arqueó las cejas. No quería parecer desagradable, pero se sabía de memoria ese tipo de letanía: cuando no era Saint-Pol-de-Léon, era Curcuron, Bagnères-de-Luchon, Rocamadour o Saint-Jean-Pied-de-Port. Cómo hacer comprender a este padre de familia, tan orgulloso de su descendencia como un granjero de su ternero el día del concurso agrícola, que, aunque no dudaba de la

calidad de la enseñanza de «Notre-Dame-du-Kreisker-de-Saint-Pol-de-Léon», él, el señor Jolibois, era el director del instituto «Henri-IV-de-París», y eso era otro cantar.

—Lo siento —dijo el señor Jolibois cerrando el expediente de Eugène—, pero creo que les haría un flaco favor a ustedes admitiéndolo en Henri IV.

Pronunció ese «ustedes» dirigiéndose al padre y al hijo, como si ambos aspiraran a ser admitidos en la clase preparatoria para la selectividad.

—Por eso, muy a mi pesar y por su propio bien, le digo que no puede matricularse en nuestro centro.

El padre y el hijo se levantaron con las orejas rojas, acaloradas, y un nudo en la garganta. Colocaron sus abrigos sobre los antebrazos al mismo tiempo y luego extendieron la mano con un gesto que pretendía ser franco, casi arrogante, para ocultar su emoción. Entonces el director añadió:

—De todas formas, vuelvan al final de la tarde. Tengo que hablar con el censor, quizá él tenga otra opinión.

Al cerrar la puerta, el señor Jolibois se arrepintió inmediatamente. ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué les había dado esperanzas? ¿Se había vuelto loco o qué?, pensó mientras volvía a sentarse en su escritorio para poner un poco de orden en la caótica organización del inicio del curso escolar.

Tenía ante sí la carta de un tal Ephraïm Rabinovitch, padre de Jacques Rabinovitch, alumno del instituto Henri IV. Debido a las circunstancias, Jacques no volvería a clase, ya que la familia se

quedaría unos meses más en Eure. Había que enviar su expediente a un centro de Évreux. El señor Jolibois pensó en todos los alumnos judíos de su instituto. Sin poder explicar por qué, temía por ellos.

—¿Qué es un censor? —preguntó Eugène a su hijo mientras caminaban juntos por los pasillos de la «casa para todos» que, sin embargo, no quería saber nada de ellos.

—La verdad es que no me he atrevido a preguntar —contestó Eugène—. Lo único que sé es que en Roma el censor era el magistrado encargado de elaborar la lista de senadores.

Al oír esas palabras, Eugène padre tuvo el reflejo de quitarse el sombrero, como si ese importante personaje fuera a aparecer de repente bajo las bóvedas del antiguo claustro. Luego se quedaron callados, contrariados por la negativa del director. Eugène hijo pensó en la fiebre de grandeza que se había apoderado de él. Le había costado a su padre los billetes de tren, el hotel donde dormir y el restaurante que habría que pagar esa noche.

—Yo quería…

—Nada, nada —interrumpió el padre, como si hubiera leído los pensamientos de su hijo—. Vamos a terminar lo que hemos empezado. Esperaremos la respuesta del censor y te registraremos en la pensión que nos ha indicado el señor Bregon.

Antes de salir a la calle, le preguntaron al conserje cómo llegar a la pensión Ozanam, en la Rue Notre-Dame-des-Champs. Este les dio una indicación somera, con un vago gesto de la mano, pero que resultó muy eficaz.

6
El hombre murciélago

El director de la pensión Ozanam miró al padre y luego al hijo, pensando que sería mejor que los dos se marcharan por donde habían venido.

—¿De dónde salen ustedes? —preguntó, exasperado.

—De Saint-Pol-de-Léon —respondieron con orgullo los dos bretones.

Entonces el director se levantó para mostrarles la puerta, antes de añadir:

—Lo siento, pero estoy completo.

Los dos Eugène se encontraron de nuevo en la calle, aturdidos y callados. La humillación era total. Pero entonces Eugène vio a su padre guiñar ambos ojos y fijar la mirada en la silueta de un hombre que caminaba hacia ellos. Cuanto más se acercaba el hombre, más sonreía su padre. Cuando estaba a un metro apenas, el hombre abrió los brazos, y su capa oscura hizo que pareciera un murciélago desplegando sus alas. Abrazó a Eugène efusivamente:

—¡Eugène Bérest! ¿Qué haces aquí?

—Estoy con mi hijo. Estamos buscándole una pensión.

—Muy buena elección, conozco al director.

—Pues prácticamente se ha reído en nuestra cara. Dice que está completo.

El hombre dejó de sonreír, como quien suelta por fin una maleta llena de piedras. Levantó las cejas, gruesas y pobladas, y preguntó:

—¿De verdad?

Sin esperar la respuesta, exigió al portero que llamara al director de la pensión.

—Anuncie a Paul Simon, diputado de Finistère.

Los dos Eugène esperaban en la acera cuando por fin reapareció Paul Simon. Volvió a abrir los brazos, en un gesto amplio y protector, y exclamó:

—Todo arreglado. Eugène tiene una habitación. Ahora vamos a tomar una cerveza a la Brasserie Lipp.

7
En la Brasserie Lipp

Chucrut, codillo, arenques marinados y jamón de York: desde 1880, el menú del día no había cambiado en Lipp, a diferencia de su nombre, que había sufrido varias modificaciones. La Brasserie des Bords du Rhin, rebautizada como Brasserie Lipp durante la última guerra —para que sonara menos germánica—, plantaba cara al Café de Flore haciendo gala de una sencillez más provinciana.

Al entrar en el abarrotado local, los dos Eugène y el diputado de Finistère tuvieron que prometer que comerían rápido para dejar libre la mesa.

—Así están las cosas. En París ya no hay nada en las tiendas y las cartillas de racionamiento no dan para mucho. Los que pueden van al restaurante…

—¿Y los demás?

—Los demás… adelgazan.

En Saint-Pol-de-Léon, la gente conseguía alimentarse más o menos bien. De repente, Eugène tuvo una visión de su hijo flaco y hambriento… Se preguntó si no sería mejor que el censor rechazara su admisión.

Eugène hijo observaba la cervecería, cuyo ambiente estaba a medio camino entre un gran restaurante y una casa de juego. En las

paredes, los espejos encastrados reflejaban las cuatro esquinas de la sala, así como los azulejos, dando la impresión de un caleidoscopio de reflejos verdes, amarillos y marrones. El blanco de los manteles resplandecía, salpicando los delantales y las camisas de los camareros. En las paredes, paisajes de destinos exóticos, con extrañas aves de plumas verdes, copetes azules y crestas amarillas, dialogaban con las lámparas de araña de la Belle Époque, evocando una edad de oro. La cristalería, la vajilla, la porcelana, la loza: todo brillaba. Si no hubiera sido por la presencia de los uniformes alemanes, se habría podido pensar que Francia no había perdido la guerra.

—¿Qué le gusta a este joven? —preguntó el diputado de Finistère mientras sumergía su bigote en la espuma blanca de una cerveza.

—¡Le gusta el griego! ¿Verdad, Eugène, que te gusta el griego? —respondió el padre en lugar del hijo, bebiéndose de un trago un coñac Godet.

El diputado miró a Eugène directamente a los ojos:

—Ten cuidado, chico, debes respetar el toque de queda. Es lo más importante. ¡No quiero recibir una llamada de tu padre para ir a sacarte de comisaría!

Eugène hijo miraba a su alrededor a los personajes de ese teatro parisino. Las mujeres llevaban turbantes para ocultar su cabello, sucio por falta de champú, producto que se había vuelto casi imposible de encontrar.

Su padre y el diputado de Finistère hablaban del Gobierno de Vichy y del mariscal Pétain.

—Entonces —preguntó Eugène padre—, cuéntame qué pasó. ¿Estabas presente el 10 de julio? ¿Votaste?

Paul Simon negó con la cabeza de izquierda a derecha y suspiró, desolado.

—Por supuesto que estaba en Vichy.

Ese día, la Cámara de Diputados y el Senado habían otorgado plenos poderes al mariscal Pétain.

—Los bretones no tienen nada de que avergonzarse —declaró el diputado—. De la minoría de parlamentarios que votaron en contra de Pétain, siete procedían de Finistère. ¿Me oyes, Eugène? ¡Siete!

Al final del día, Eugène recordó a su hijo que tenían que volver al instituto Henri IV para reunirse con el famoso censor. En el patio vieron a un hombre bajito, gris, de rostro apagado y aspecto insulso. Su apariencia distaba mucho del personaje importante que se habían imaginado. Se presentaron ante él.

—Ah, sí, sí —dijo el hombre gris—, he cogido su expediente. El curso comienza dentro de dos días. Empieza usted a las ocho de la mañana, nos vemos aquí, en el patio.

Eugène pensó en Kairós, ese dios griego para el que no existe equivalente en francés. A falta de algo mejor, se le podría llamar «dios del momento oportuno». Antes de su paso, es demasiado pronto. Después de él, ya es demasiado tarde. Los antiguos lo representaban como un hombre casi calvo con un único mechón de pelo en la frente, como una última oportunidad que aprovechar antes de que se pierda para siempre.

Al día siguiente, Eugène se lo explicó a su padre, que se rio de buena gana al imaginar el mechón de pelo.

—¡Cuéntamelo otra vez! —le pidió a su hijo.

Luego, en el andén de la Gare Montparnasse, tuvieron que despedirse, y ambos se quedaron con el corazón roto.

8
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

El día del inicio del curso, según la tradición, todos los alumnos del preuniversitario de excelencia comenzaban con una traducción del latín, ejercicio que permitía a los profesores evaluar el nivel de los estudiantes.

Tras el examen, la clase de Eugène conoció a su profesor de Historia, el señor André Alba, que gozaba de un enorme prestigio. Todos los libros de texto llevaban en la portada la mención «Revisado por Alba».

Cuando entró el profesor, los chicos se levantaron, entre ellos Eugène, que se santiguó llevando dos dedos a la frente, luego al pecho y de un hombro al otro, como solía hacer al comienzo de cada clase, en el colegio Notre-Dame-du-Kreisker.

El señor Alba se quedó paralizado y lanzó una mirada asesina a Eugène.

—¡Siéntese! —gritó.

Se oyeron risas ahogadas.

—¡Y cállense! —añadió Alba.

El eminente profesor de Historia suspiró antes de abrir su cartera.

9
¿Cómo se escribe «Kierkegaard»?

Después de la clase de Historia, llegó la hora de Filosofía. El profesor, el señor Alexandre, dejó la cartera en la mesa, colgó el abrigo en el perchero y se volvió hacia los alumnos.

—Siéntense por orden alfabético —pidió.

Los alumnos se levantaron y ocuparon sus asientos.

—Sin hacer ruido —añadió mientras escribía algo en la pizarra: «¿Qué significa tener un cuerpo?»—. Tratarán este tema para la semana que viene.

Eugène frunció el ceño.

—¿Es el tema de la redacción? —le preguntó a su vecino.

—Claro…

Eugène pensó que era imposible responder a esa pregunta.

—Y, para la próxima clase —prosiguió el profesor—, les ruego que traigan *La enfermedad mortal*, de Kierkegaard.

En ese momento, el señor Alexandre miró a Eugène, que, debido al orden alfabético, se encontraba frente a él.

—¿Por qué no apunta? —le preguntó.

Eugène garabateó apresuradamente unas letras minúsculas en su cuaderno, pero la verdad es que nunca había oído hablar de Kierkegaard y no tenía ni idea de cómo se escribía su nombre.

—Y también me vendrán con las *Meditaciones metafísicas* de Descartes —añadió el señor Alexandre, cogiendo de su escritorio su ejemplar de la colección Pléiade, en cuya portada aparecía un retrato del filósofo—. ¿Sabe lo que le está diciendo, Bérest, al mirarlo a usted?

—No, señor.

—Por supuesto que no lo sabe. Y no lo sabe porque es una consecuencia de su lema. ¿Y sabe cuál era su lema?

—No, señor.

—*Larvatus prodeo*, ¿puede traducirlo?

—Avanzo… bajo una falsa apariencia…, enmascarado…

—Al menos habla latín, algo es algo. Pero ¿entiende lo que quiere decirnos Descartes?

Eugène permaneció en silencio.

—¿Quién lo sabe?

Se levantaron varios dedos. Eugène no tenía ni la más remota idea. En filosofía, conocía los grandes principios de Aristóteles. Dominaba el tomismo, esa elevada arquitectura intelectual construida sobre los escritos de santo Tomás de Aquino. Pero, fuera de esos ámbitos, reinaba el silencio. Los curas de Saint-Pol-de-Léon no se aventuraban más allá.

10
¿Alain qué más?

A la hora del almuerzo, Eugène se enteró de que no se decía «el examen», sino «el exa», ni «la redacción», sino «la reda», y que todos los profesores tenían apodos, como, por ejemplo, el profesor de Literatura de los alumnos de último curso, el señor Georges Pompidou, al que, debido a sus cejas extraordinariamente pobladas, llamaban «el Gorila».

Eugène aprovechó para hacer una pregunta a sus compañeros. Había visto en el aula una fotografía en blanco y negro, el retrato de un hombre con un bonito bigote, raya en medio y un mechón rebelde que se le enroscaba en un extremo de la frente. Preguntó quién era. Los muchachos abrieron mucho los ojos para mostrar su sorpresa. Y respondieron desdeñosos:

—¿Quién va a ser? ¡Alain!

—¿Alain? —repitió Eugène—. Pero ¿Alain qué más?

Luego preguntó si se trataba del antiguo director del instituto, y la mesa volvió a estallar en carcajadas.

11
La barca es tan pequeña y el mar es tan grande

Ese primer día de preuniversitario dejó a Eugène abatido, con un nudo en la garganta y avergonzado. Se sentía como un extranjero en ese mundo nuevo, perdido en un torrente de palabras que parecía ser el único en no entender.

La tarde resultó tan penosa como la mañana. Su profesor de Literatura mencionó a un novelista y filósofo originario de Europa central, autor de una obra cuya lectura era «imprescindible», pero del que Eugène, una vez más, nunca había oído hablar. Tuvo que consultar *Le Petit Larousse* para comprender quién era ese Franz Kafka y de qué trataba *El proceso*. Su profesor citó otro nombre, el de un tal Apollinaire, supuestamente «el mayor poeta de la lengua francesa». Eugène no había leído ese nombre durante el bachillerato; a decir verdad, conocía a un Apolinar, el que figuraba en su gran misal, san Apolinar, el primer obispo de Rávena, en la fecha del 12 de septiembre.

Todo aquello era humillante. Eugène volvió a pensar en las palabras del director, el señor Jolibois: «Lo siento, pero creo que les haría un flaco favor a ustedes admitiéndolo en el Henri IV».

Recordó su orgullo herido al oír esa frase. Ahora comprendía que el director solo había querido advertirle.

La noche fue larga y cruel. Eugène tenía el alma destrozada. Su padre había entregado al director de la pensión Ozanam tres meses de anticipo, que no eran reembolsables. Por no hablar de que en el restaurante de Lipp había sido su padre quien había pagado, para agradecer al diputado que los hubiera sacado del apuro. Cuando llegó la cuenta, Eugène vio cómo a su padre se le salían los ojos de las órbitas. Estaban en París y eran tiempos de guerra. La cantidad era excesiva.

Eugène pensó en fugarse a Inglaterra. Desaparecer para siempre. En una pequeña barca. Volver diez años después, como los marineros, con los brazos cargados de regalos para sus padres.

A la mañana siguiente, acudió a clase con las piernas pesadas y el corazón encogido. El profesor de Latín dio los resultados de la prueba del día anterior. El primer nombre que dijo en voz alta fue el suyo:

—¡Señor Bérest!

El profesor le entregó el examen, donde solo había unos pocos errores, y algunos eran simples descuidos sin importancia.

—No está mal —dijo el profesor.

Eugène tuvo la mejor nota. El pequeño bretón de Saint-Pol-de-Léon aún no había dicho su última palabra.

Como a mi abuelo Eugène, la llegada a París para estudiar el curso preuniversitario de excelencia en el instituto Fénelon me dio la impresión de una ruptura. Aunque mi viaje fue más corto y más fácil, reviví las mismas impresiones que Eugène.

Nadie, salvo quienes viven en los suburbios, puede entender realmente la experiencia que supone cruzar la circunvalación de la capital, un cambio geográfico, una ruptura ontológica, una inmersión en un universo cuyos códigos y costumbres no tienen nada que ver. Es como un salto entre dos órdenes del mundo. Los suburbios son una zona gris, con sus propias normas vestimentarias y culturales.

No éramos ni parisinos ni claramente provincianos. Inmediatamente me sentí una paleta, una «*plouc*», palabra que proviene de Finistère y designa a los habitantes de los municipios cuyo nombre comienza por «*plou*». Pero pronto supe adaptarme a ese nuevo universo, aprendiendo instintivamente a cambiar mi forma de vestir, a peinarme e incluso a expresarme. Como conté en *La postal*, supe hacer realidad el sueño de Ephraïm Rabinovitch, mi bisabuelo venido de Rusia: me convertí poco a poco en una auténtica parisina.

De hecho, la promoción de ese libro me llevó a recorrer Francia, salía todos los fines de semana, a salones literarios o librerías, para hablar con los lectores y las lectoras. Siempre me han gustado esos momentos, los encuentros, las grandes mesas en los restaurantes, estar rodeada de escritores y escritoras, de libreros, el ambiente alegre, cuando todo el mundo habla alto, al mismo tiempo, entre olores a chucrut, patatas fritas y entrecots con mantequilla y perejil.

Pero ese día, en medio de las risas, solté el tenedor. Mi madre acababa de enviarme un mensaje para decirme que no había uno, sino dos cánceres. Es lo que habían revelado la tomografía por emisión de positrones y los análisis complementarios.

Miré hacia el suelo de mosaico bajo mis pies y pensé en los amantes petrificados de Pompeya, atrapados por la lava mientras dormían. Eso era lo que sentía, la enfermedad de mi padre era una lava caliente y lenta que fluía sobre mi vida. Así que pedí vino y, de repente, el mundo se puso patas arriba, la gente tenía la cabeza al revés en la *brasserie* y, a lo lejos, oí en los altavoces esa canción de Alain Bashung que tanto me gustaba. Me pareció una señal.

—¿Va todo bien?

Por supuesto, respondí que todo iba bien. Todo iba siempre bien. Me recompuse interiormente y, como otros antes que yo, sonreí para no dejar que mi tristeza se contagiara a los demás. Había que seguir adelante y, como dicen los bretones, *Ober Ha tevel*. Actuar y callar. Así es mi carácter, templado en el frío mar de Finistère.

La palabra «cáncer» tiene su etimología en la observación de los tumores «en forma de cangrejo» por Hipócrates, el médico de la

Antigüedad. Unos siglos más tarde, Claudio Galeno continuó con esa investigación y atribuyó la enfermedad del cáncer a un exceso de bilis negra, la «melancolía», característica de las personas coléricas y ansiosas. Con el tiempo, ese humor viscoso acababa creando acumulaciones de tejido en el interior del cuerpo, los escirros, que poco a poco se solidificaban entre sí. Galeno recomendaba, para combatir la enfermedad, comer ajo, col, manzana, higo y ortiga.

Me preguntaba cómo iba a combatir mi padre esos cánceres. Fue él quien me enseñó a pescar cangrejos con las manos, sin que me pellizcaran, agarrándolos por el caparazón, por detrás de las pinzas. Había que confiar en él.

Uno de los dos cánceres era un tumor muy raro, una curiosidad médica única y original. Los doctores le preguntaron a mi padre si accedía a participar en un protocolo terapéutico experimental.

Él aceptó.

Yo no.

Necesitaba saber más, así que pedí a mi alrededor recomendaciones, ayuda, referencias. Quería «entender».

Quedé con un oncólogo, que consintió a verme en la cafetería de su hospital. Me pareció extraordinariamente joven para ser médico. Me explicó las cosas con claridad y precisión: no hay equivalencias entre un cáncer y su cura.

—Si tiene una infección urinaria, le recetaré antibióticos, según el germen que se sospeche, y punto, no hay muchas opciones. Sin embargo, con el cáncer es diferente. No se puede decir que «el cáncer de pulmón se cura con tal quimioterapia o con tal

radioterapia». El papel del médico es crear la mejor terapia posible, casi inventarla, proponiendo dosis, combinaciones, un ritmo, modos de actuación. Los principales son, en primer lugar, la cirugía, que consiste en extirpar el tumor del cuerpo; en segundo lugar, la quimioterapia, que ataca las células enfermas y evita que proliferen; en tercer lugar, la radioterapia, que destruye o, al menos, daña el ADN de las células cancerosas.

—¿Cuál es la diferencia entre la quimioterapia y la radioterapia?

—No es fácil de explicar. Imagínese que tiene que luchar contra un ejército de soldados. La química mata a los soldados, pero puede causar daños colaterales. Los rayos los hieren, de modo que ya no pueden usar sus armas ni reproducirse para engendrar nuevos soldados.

—Entiendo. ¿Y en cuarto lugar?

—En cuarto lugar, están las hormonas. También tiene la inmunoterapia o las terapias dirigidas. A partir de todas estas posibilidades, el médico es como un capitán del ejército: decide qué, en qué orden, en qué dosis y según qué combinaciones. Ningún tratamiento es igual que otro. No hay una «verdad» y, sobre todo, nada está ganado de antemano.

—Por eso es muy importante elegir bien al médico —expliqué a mis padres.

Los tres estábamos sentados en su salón. Les conté la cita que había tenido con el médico, las metáforas bélicas. Luego les di una lista de nombres de doctores que me habían recomendado.

—Ahora necesitaría el historial médico —añadí—, para obtener más información. Después, me encargaré de contactar con los servicios y de organizar las citas.

Mis padres inclinaron la cabeza hacia un lado. Luego me miraron con esa expresión que yo conocía bien. Era la misma que ponían siendo yo una niña, cuando tenían que decirme cosas difíciles:

—Eres muy amable, pero lo único que te pedimos, «ahora», es que nos dejes tranquilos.

Hubo un largo silencio.

—Lo que queremos es que estés con tus hijas, que trabajes, que lleves una vida normal… No te preocupes por el resto.

—Muy bien. Lo entiendo —les respondí, un poco molesta, mientras rompía mis listas y números de teléfono, como para hacer desaparecer el ridículo que sentía.

Luego me eché a reír. Lo bueno de mi familia es que siempre acabábamos riéndonos.

12
La manifestación de los estudiantes de secundaria el 11 de noviembre de 1940

Unas semanas después del inicio del curso escolar, el señor Jolibois, director del instituto Henri IV, recibió la orden de retirar los libros de texto de historia conocidos como «Malet e Isaac», revisados por su profesor, el señor Alba. Había que «desjudaizar» Francia.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Alba.

—Nada. Nuestros alumnos conservarán sus libros de texto.

—Los franceses se han vuelto locos —dijo Alba.

—A quién se lo dice… —respondió el director.

En su escritorio había otra misiva recién llegada, procedente del rector de la Academia de París, dirigida a los directores de los centros educativos: «De conformidad con las decisiones del Gobierno, el 11 de noviembre no será festivo, sino un día laborable normal, y no se celebrará ninguna manifestación especial en los centros educativos».

¿Se prohibía la ceremonia del 11 de noviembre? No importaba. Los días siguientes, varios estudiantes de secundaria decidieron organizar una manifestación, por pura provocación. Irían a la Place de l'Étoile, a la tumba del soldado desconocido, para depositar coronas de flores.

La víspera, los alumnos del último curso de bachillerato pasaron por las aulas de preuniversitario, donde se encontraban Eugène y sus compañeros. Les entregaron una hoja de papel cuadriculado en la que estaba escrito:

> Estudiante de Francia:
> El 11 de noviembre sigue siendo para ti un día de Fiesta Nacional.
> A pesar de la orden de las autoridades opresoras, será una Jornada de Recogimiento.
> No asistirás a ninguna clase.
> Irás a honrar al Soldado Desconocido a las 17.30.
> El 11 de noviembre de 1918 fue el día de una gran victoria.
> El 11 de noviembre de 1940 será la señal de una victoria aún mayor.
> Todos los estudiantes se solidarizan para que Viva Francia.
> Copia estas líneas y difúndelas.

—¡Manos a la obra, chicos! Copiadlo, difundidlo y mañana nos vemos aquí a las cinco de la tarde.

Eugène y sus compañeros copiaron el panfleto, igual que hicieron decenas y decenas de estudiantes de secundaria ese día.

La mañana del 11 de noviembre, alumnos ajenos al centro entraron en el instituto Henri IV y les dieron en mano nuevos panfletos para distribuir. El alumno Michel Cournot se encargó de colocar un folleto en cada silla, justo antes de la clase del señor René Maublanc, su profesor de Filosofía. Este último cogió un panfleto. Después de leerlo, dijo a la clase:

—¿Me dejan convertirme en estudiante de secundaria hoy?

El director Jolibois animó a su profesor a acudir a la manifestación para ayudar, socorrer y prevenir, si fuera necesario.

—Solo le pido que no avise a los alumnos de que voy a cerrar las puertas a las cinco de la tarde. Los más espabilados pasarán por detrás, ya lo sabemos. Los demás… Entiéndame… Estoy orgulloso de nuestros chicos…, pero también soy responsable de ellos. Si pasara algo esta tarde, no me lo perdonaría.

Eugène y sus compañeros se reunieron, como estaba previsto, a la hora y en el lugar acordados. Dos alumnos, Le Cloarec y Jorge Semprún, les explicaron la situación:

—¡Jolibois nos está encerrando! Cabrón. Obedece a los «boches». No podemos salir. Tendremos que ir por detrás.

Al fondo del segundo patio del instituto, después del campo de fútbol, había un muro que se podía escalar y una farola que facilitaba el descenso a la Rue Thouin.

—Después, cogemos el metro hasta la Place de l'Étoile, pero en pequeños grupos, porque la policía está muy nerviosa. Iremos de dos en dos, de tres en tres, no más. Y no mostréis que os conocéis… Vamos.

Los estudiantes se dirigieron hacia la parte trasera del instituto, caminando tranquilamente para no ser descubiertos. No podían imaginar que los profesores y el director sabían perfectamente lo que estaba pasando. Eugène los seguía con el corazón palpitante. Al llegar frente al muro que debían escalar, se preguntó: ¿no era una tontería ir en contra del dictamen del director? ¿No corría el riesgo de ser expulsado del instituto? ¿Y si los alemanes los arrestaban? ¿Y

si la policía los enviaba a la cárcel? Pensó en su padre, que se había sacrificado tanto por él.

—¿Qué haces, Eugène? ¡Sube!

En la Place de l'Étoile, Eugène se encontró en medio de una multitud en la que cientos y cientos de estudiantes de secundaria, quizá dos mil, se agolpaban en dirección al Arco del Triunfo. Ese día, el 11 de noviembre de 1940, fue la primera manifestación de civiles franceses contra el ocupante. Y esa revuelta era la de los chicos, que se atrevían a desobedecer ante la capitulación de los adultos.

A la cabeza del cortejo, los alumnos de Janson-de-Sailly llevaban una corona de flores resplandeciente como los fuegos artificiales del 14 de julio, inmensa, desmesurada, de al menos dos metros de altura, con forma de cruz de Lorena. Al llegar al umbral del monumento, depositaron la ofrenda sobre la tumba del soldado desconocido, mientras a su lado unas jóvenes entonaban «La marsellesa» y otros gritaban: «¡Viva Francia!» o «¡Viva De Gaulle!».

Pero, de repente, los cánticos de los adolescentes se vieron interrumpidos por una columna de soldados alemanes uniformados que les apuntaban con sus fusiles. Al otro lado, los estudiantes del Jeune Front, un grupúsculo pronazi, vestidos con uniformes azules y botas amarillas, se lanzaron contra los alumnos con barras de hierro. Eugène comprendió que tenía que llegar hasta una calle transversal y correr.

Ni siquiera sabía adónde iba, en aquella ciudad que no conocía. Cuando se detuvo para recuperar el aliento, pensó en su padre, en el dolor que le habría causado si le hubieran disparado como a un

conejo los soldados alemanes. Y Eugène se acurrucó, con la espalda apoyada contra una puerta cochera, y se echó a llorar a lágrima viva con la cabeza entre las manos.

13
Decirse no a sí mismo

Aquella mañana, el señor Alexandre, profesor de Filosofía, anunció a sus alumnos que quería hablarles de algo que no estaba en el programa.

—Mi maestro, el filósofo Alain, que fue profesor aquí mismo, decía que pensar es decir no. El hombre que dice no dice no a los tiranos, a los predicadores. Pero también a su propio pensamiento. Se dice no a sí mismo. Porque quien se conforma con su pensamiento ya no piensa nada. Quien se conforma con creer lo que ve piensa que el Sol tiene el mismo tamaño que la Luna y que gira alrededor de la Tierra. Hay que frotarse los ojos y sentir que la mente no debe obedecer.

Mientras decía aquello, el director, el señor Jolibois, entró en el aula. Alexandre se interrumpió para dejarle hablar.

—Tengo que darles una triste noticia. Las diferentes administraciones, y en particular la de Educación, se ven obligadas a aplicar las medidas que afectan a los judíos. Por lo tanto, el señor Alexandre ya no puede seguir ejerciendo sus funciones en el instituto Henri IV.

Se produjo un silencio inusual y grave en la clase. De repente, uno de los alumnos se levantó, seguido por todos los demás. Los dos

hombres miraron a los adolescentes.

—Aunque estoy obligado a hacer cumplir esta orden, quiero decir a toda la clase que las medidas que afectan a los judíos me parecen absolutamente vergonzosas. El señor Alexandre, su profesor de Filosofía, proviene de una familia que lleva varias generaciones honrando a Francia. Espero que nuestro país recupere pronto el sentido común. Ahora les dejo terminar la clase.

El señor Jolibois salió. El señor Alexandre permaneció largo rato de cara a la puerta, sin moverse, antes de decir en un susurro:

—Esta es nuestra humanidad.

Una mañana —escribe Eugène en sus cuadernos—, un alumno, un excelente compañero, Pierre Cochery, me llevó aparte. Me explicó que existía un grupo de resistentes que reunía a alumnos de varios institutos y me invitó a unirme a ellos. Me animó a asistir, si estaba de acuerdo, a una primera reunión, donde me encontré, para empezar, con los del Henri IV. No me iba a sentir desubicado, ya que, salvo a los Topos, debía conocerlos a todos.

El trastero se convirtió en el centro de reunión de todos aquellos que, de una forma u otra, al menos en la medida de sus posibilidades, querían aportar su granito de arena a la lista clandestina. El material de propaganda se fue acumulando poco a poco. Policopiadoras, panfletos y, sobre todo, un periódico, *Résistance*, del que había cientos de ejemplares almacenados permanentemente. Sabíamos que uno de los principales redactores del periódico era Krux. Teníamos puntos de distribución para los panfletos y el periódico. Íbamos en bicicleta, con los portaequipajes cargados de carteras repletas. Desde la primera reunión a la que asistí, di mi consentimiento. Todos mis compañeros ya estaban allí y, además, perduraba el recuerdo vivo de la escena con Alexandre. Nuestra organización se llamaba Voluntarios de la Libertad.

Eugène pasó tres años en el instituto Henri IV, pero al final suspendió la selectividad, que le habría permitido ingresar en la Escuela Normal Superior, entre otras cosas, por sus malas notas en Filosofía. Escribió una conmovedora carta a su padre en la que decía:

> Tras tres años de trabajos forzados, voy a acabar con un suspenso. Estos días están siendo atroces para mí, no tanto por los nervios del examen oral como por la sensación de haber fracasado en mi objetivo. También me da miedo la decepción que seguramente sentirás al ver que, después de haberme brindado todas las oportunidades, no lo he conseguido.

Yo viví exactamente la misma experiencia, tres años de clases de preuniversitario de excelencia en París, en el instituto Fénelon, y suspendí el examen de entrada a la Escuela Normal Superior, entre otras cosas, por culpa de la Filosofía. Esa asignatura enigmática, hecha de conceptos abstractos y argucias complejas, se me escapaba, se negaba a quedarse grabada en mi memoria.

En mi defensa, diré que en el último curso mi profesor era un anciano al que la edad había vuelto tan grotesco como libidinoso. Deambulaba por el aula con aire de depredador perdido, interesado menos por los conceptos y las ideas que por la proximidad física de

las jovencitas. Murmuraba sus clases como un sonámbulo, escupiendo fragmentos de pensamientos que él mismo parecía no comprender, con los ojos iluminados por sus propios pensamientos repugnantes.

De ese año no retuve nada, o casi nada, salvo una creciente desconfianza hacia esa materia.

Para Eugène, la filosofía se presentó bajo el disfraz de una censura puritana. Para mí, por el contrario, fue la intrusión brutal de deseos inapropiados. Para ambos, esta disciplina supuestamente ajena a las pasiones humanas conllevaba una inevitable carga física.

Al suspender yo también dos veces seguidas la prueba de acceso a la Escuela Normal Superior, seguí los pasos del linaje de Eugène.

Quien observe la constelación de sus antepasados descubrirá repeticiones que a veces le parecerán evidentes y otras sorprendentes. Los relatos familiares construyen estos legados. Pero quizá también llevemos en nuestro interior herencias imperceptibles. El gusto por ciertas cosas. Nunca sabré si a Eugène le gustaba tanto como a mí sentir en sus papilas gustativas el extraño y turboso amargor del regaliz. O la acidez picante de un sorbete de limón.

Debería poderse rastrear, en la savia de un árbol genealógico, los sutiles caminos de los sentidos y los placeres que se transmiten de generación en generación. ¿No serán el deslumbramiento ante una pieza musical o el éxtasis que nos embarga ante un paisaje reminiscencias de una memoria antigua? Habría que sondear las transmisiones silenciosas de nuestras inclinaciones, de nuestras predilecciones, de las atracciones que nos unen a las cosas y que, tal

vez, tejen vínculos con nuestros fantasmas. Quizá heredamos fantasías, formas singulares de querer, de hacer el amor y de desear. Veo, en la idea del *dibbuk* judío, esa alma errante que se apodera del cuerpo de un vivo para revivir, a través de él, las delicias de la vida terrenal, un eco de esas transmisiones de placeres.

Tras suspender el examen, en junio de 1943, Eugène no regresó a Saint-Pol-de-Léon. Como miembro de la «clase 22», es decir, nacido en 1922, estaba sujeto al Servicio de Trabajo Obligatorio, conocido como STO, cuyo objetivo era enviar a los jóvenes franceses a trabajar a Alemania. Negarse a cumplirlo acarreaba graves consecuencias: detenciones, amenazas e incluso represalias contra las familias. Sin embargo, muchos optaron por la clandestinidad para escapar de tal obligación. Fue el caso de Eugène.

Encontró refugio en Dijon, en casa de un amigo de su padre, quien le ofreció un puesto de contable en su cooperativa. En ese puesto, destacó tanto que aquel hombre le propuso un empleo estable y responsabilidades importantes dentro de la cooperativa agrícola. Eugène, que siempre se había negado a trabajar en La Bretonne, estuvo a punto de aceptar la oferta. Pero, al cabo de unos meses, fue denunciado y tuvo que volver a Saint-Pol-de-Léon para esconderse.

14
Una aparición

Aunque los rumores sugerían que los alemanes estaban al borde de la derrota, Eugène padre le rogaba a Eugène hijo que tuviera cuidado, que no llamara la atención, que se escondiera bien. Había habido tantas detenciones en Saint-Pol-de-Léon. Aquí todo se sabía, todo lo que ocurría detrás de las paredes, en las casas, no había secretos para nadie, ya no había certezas, ni bandos, ni amigos, todo se enredaba, todo se desbordaba.

Sin embargo, durante las horas tranquilas, Eugène cedía a veces a la tentación de pasear por la playa.

Fue allí, al final de la guerra, donde Eugène volvió a ver a la chica de Brest de la Rue de Siam, en la playa de Kersaliou. Ella, una joven de piel pálida, se fundía con el horizonte de aquella extraña extensión de arena blanca. Eugène observaba desde la distancia su silueta, que se destacaba entre las demás, sus rodillas, que imaginaba redondas, como las de la maga Circe. Le pareció un espejismo, como cuando los rayos atraviesan el aire caliente y difuminan las líneas.

Consiguió averiguar, a duras penas, que la joven tenía diecisiete años, que se llamaba Odile Mailloux, que su padre, Émile, era

capitán de barco, de Brest, y que su familia había ido a refugiarse de las bombas a Saint-Pol-de-Léon, justo por encima de la playa de Pempoul.

Odile era una joven seria. Preparaba la reválida y repasaba concienzudamente las lecciones antes de que cayera la noche, debido a los cortes de electricidad.

El 6 de junio de 1944 recibió la nota, que fue excelente. La joven expresó su deseo de matricularse en Historia en la Sorbona. Quería ser profesora o bibliotecaria, según le dijo a su madre. Esta última se preguntó si era buena idea enviar a una joven sola a estudiar a París.

15
«Se dice» suele ser mentira

Dos meses después, el 4 de agosto de 1944, Odile se dirigió al centro de Saint-Pol-de-Léon para hacer unas compras para su madre y su hermana. La acogió un clamor mezclado con gritos de alegría. Se decía que los alemanes habían abandonado el hotel de Les Voyageurs, que los retratos de Adolf Hitler volaban por las ventanas y que se había izado una bandera francesa en la pared del ayuntamiento, en lugar del letrero «KOMMANDANTUR». Los alemanes se habían marchado todos al amanecer.

También se decía que un grupo de jóvenes resistentes había logrado capturar a tres de ellos y los habían obligado a desfilar por la Grand-Rue, con las manos atadas, bajo los abucheos de los habitantes, reunidos para asistir a esa procesión inesperada. Se decía también que todos sacaban sus instrumentos musicales, violines, *binioùs* y acordeones, para organizar un gran baile en la plaza.

Odile subió por la Rue des Minimes, porque quería ver si todo eso era cierto.

Pero, de repente, oyó gritos: «¡Los alemanes! ¡No avancéis! ¡Escondeos!». En cuestión de segundos, la calle quedó desierta. Y,

como la guerra le había inculcado unos reflejos instintivos, Odile se tiró al suelo cuando oyó, a lo lejos, una ráfaga de metralleta.

Un primer destacamento de soldados alemanes desembarcó en la Rue Pont-Neuf y disparó contra todo lo que se movía, hiriendo a los transeúntes que aún no se habían refugiado en sus casas. Al mismo tiempo, un segundo destacamento de soldados alemanes apareció al otro lado de la ciudad, con un cañón antitanque. También ellos mataban a los hombres y mujeres que se encontraban a su paso, remontando la Grand-Rue, ahora vacía y silenciosa.

Bajaron del camión, se alinearon en columna y exhibieron sus metralletas. Los soldados instalaron el cañón junto al pórtico de la catedral. Un primer disparo partió en dirección a la carnicería. La carne quemada, desmenuzada, salió volando por los aires. Las casas de los alrededores se estremecieron.

El segundo tiro hizo explotar el escaparate del almacén Kerguignou. A continuación, los dos soldados lanzaron una granada a la librería Cocaign.

Los soldados, con sus metralletas, apuntaban a los habitantes que se asomaban a las ventanas para ver de dónde venían los disparos. Los que se habían escondido en la farmacia Rannou fueron arrestados por los alemanes y salieron a la calle con las manos en la cabeza. Los soldados gritaron:

—Terroristen!

A continuación, los alemanes tomaron rehenes y los reunieron en la Place du Petit-Cloître. De esos rehenes, cinco fueron fusilados en el acto, entre ellos el alcalde de Saint-Pol-de-Léon. Los demás fueron amontonados en camiones y asesinados luego fuera de la ciudad.

Odile volvió a casa con las mejillas rojas, ardientes, los ojos brillantes, y contó, sin aliento, con el cuerpo inclinado hacia delante y las manos sobre las rodillas, lo que había visto. Luego anunció que se iría a estudiar Historia a París, que no era más peligroso que Saint-Pol-de-Léon. Y que no iba a esperar a que nadie le diera permiso.

Había rehenes en la plaza, entre ellos el alcalde, el secretario del ayuntamiento, un padre y su hijo, un joven de dieciséis años, el marmolista de Saint-Pol-de-Léon y su mujer, que volvían de pescar berberechos. Todos fueron fusilados, en la plaza misma o en Ploujean. Fue muy duro. La columna alemana disparó incluso a gente que se encontraba en la ciudad, en la carretera o en sus propios jardines, solo porque estaban a tiro.

¿Que si tuve miedo? No. Creo que no tenía demasiado miedo. Cuando una es joven, no tiene la impresión de que… puede morir. Se considera algo así como invencible.

Recuerdo que, cuando me fui a estudiar a París, mi tío me dijo durante una de sus visitas: «¡Cómo ha podido tu madre dejarte venir a estudiar en París!». Hay que decir que las dos guerras provocaron auténticas revoluciones en las familias, cambios culturales.

En 2008, mi abuela Odile me contó sus recuerdos de la guerra, siendo ella una adolescente: la llegada de los alemanes a Brest, la desaparición del Richelieu, el buque de guerra de su padre, la marcha a Saint-Pol-de-Léon… Para aquella ocasión, compré una pequeña grabadora y microcasetes antes de ir a su casa. Pasamos unos días juntas en Brest, el único encuentro a solas de nuestra vida. Y recuerdo que esa repentina intimidad me agobió, como si nos estuviéramos saltando los límites. Pero ¿qué límites?

Creo que, debido al silencio que rodeaba a mi familia materna, judía, necesitaba ir al encuentro de los vivos, de quienes aún estaban aquí para hablar. Mi abuela Myriam había fallecido hacía quince años, y no quería perderme a Odile, la única que me quedaba. La bretona.

Pero aquello no sucedió por casualidad. A los veintinueve años, no decides cruzar Francia para interrogar a tu abuela durante horas sin motivo. Cuando tienes que construir tu vida, tener hijos, vivir amores, sumergirte en la memoria de tus antepasados no es algo baladí. Necesitas un germen, una intención a veces silenciosa u oculta, incluso desconocida para ti misma.

16
La estratagema de Eugène

Eran veinticuatro los jóvenes de Saint-Pol-de-Léon que comenzaban el curso universitario en París. Entre ellos estaban Odile, matriculada en Historia en la Sorbona, y Eugène, que debía prepararse para la oposición de profesor agregado de Letras.

Pero, en septiembre de 1944, tomar el tren hacia la capital no era fácil, había que justificar los desplazamientos y las plazas eran limitadas. Los futuros estudiantes tuvieron que dividirse en dos grupos. Doce de ellos tomarían el primer tren de la mañana, y los otros doce, el siguiente. Eugène padre propuso poner a disposición de todos los jóvenes un camión de La Bretonne para transportar sus maletas hasta Morlaix. Eugène hijo se encargó de la intendencia. Pasó por las casas de unos y otros para organizar el convoy del equipaje. En casa de una tal Pauline, se encontró con la joven de ojos azules, la chica de Brest a la que había vuelto a ver en la playa. Ella no iba a coger el mismo tren que él, y se sintió desesperado.

Entonces, como Ulises, ideó una estratagema. Y consiguió cambiar su billete por el de un amigo.

Todo comenzó allí, en un tren, en medio del estruendo infernal de la locomotora. En el andén, el revisor se quitó la pipa de los labios y la sustituyó por un silbato de guisante. Cuando Eugène y Odile oyeron el agudo sonido surcando el aire, a ambos les pareció que era el anuncio de una partida hacia algo que, por fin, se parecería a la vida de verdad.

Permanecieron en silencio durante todo el viaje, sentados el uno frente a la otra. Eugène sacó de su mochila un viejo Bailly cuyas páginas había pegado él mismo. Odile se concentró en leer *La Côte de Jade*, de Francis de Croisset, que había empezado unos días antes. De vez en cuando, levantaban la vista, la una hacia el otro, como si despertaran en medio de un sueño, empapados en sudor.

Quizá gracias a ellos, a Eugène y a Odile, me gusten tanto los viajes largos en tren. Siempre me han parecido portadores de una promesa de otro espacio, sensual, erótico, del comienzo de otra vida…, el lugar posible de un encuentro.

17
París, ciudad sin mar

Cuando llegaron a París, los chicos se ofrecieron a llevar las maletas de las chicas en el metro. Odile se negó al principio, pero luego aceptó que Eugène la ayudara hasta el Institut Serviam, en la Rue Gay-Lussac, un edificio comprado por unas monjas, a dos pasos de la Sorbona.

En una gran mesa de madera de la residencia, las hermanas colocaban el correo de las jóvenes. Unos días después del comienzo del curso, Odile vio su nombre en una hoja de papel. Eugène Bérest quería volver a verla. Le proponía quedar para dar un paseo a orillas del Sena.

En su encuentro, Odile le habló a Eugène de su infancia en Brest, le contó de la tienda de telas de sus abuelos cerca de la Rue de Siam, de su padre, que era capitán de barco, de su año en Cherburgo, adonde lo trasladaron a él y a su familia —y donde ella se aburrió muchísimo—; también le habló de Argel y del Pollux, el rompehielos del que se ocupó su padre para acompañar a Jean Charcot en una misión científica en Groenlandia. Había navegado entre los

esquimales. A Eugène le pareció una chica fascinante. La invitó a salir la otra semana, y luego las siguientes.

Las religiosas de la residencia para jovencitas escribieron a los padres de Odile. Ella salía con un chico, «siempre el mismo», precisaron en su carta.

—¡Deberían estar contentas de que sea siempre el mismo! —gritó Odile a las monjas.

Furiosa, abandonó la residencia y se instaló en la pensión Oasis, regentada por dos ancianas, hermanas y solteras, junto a Le Bon Marché.

Las señoritas Gicquello disponían de un saloncito, alrededor del cual habían dispuesto unas sillas tan rígidas como estacas. Los novios tenían derecho a sentarse uno al lado de la otra, bajo la severa mirada del busto de Juana de Arco, que los vigilaba desde la chimenea. Las señoritas Gicquello se preocupaban por la buena reputación de su pensión y cuidaban de que las parejas no subieran a las habitaciones. La moda parisina de las suelas de madera, que apareció con la restricción del cuero, facilitaba la vigilancia. Se oía el ruido de los zapatos de las chicas en las escaleras, en todos los pisos.

Odile y Eugène fueron al teatro a ver *El zapato de raso*, de Paul Claudel, *Antígona*, de Anouilh, y a ver actuar a Charles Dullin en el Teatro Sarah Bernardt. La joven, gracias a sus abuelos, siempre iba elegantemente vestida en esas salidas nocturnas. Eugène, por su parte, llevaba trajes hechos con retales de ropa vieja y raídos hasta la trama, y mantenía siempre las piernas cruzadas para ocultar los remiendos de sus pantalones.

A Odile no le gustaba París. Le parecía extraña esa ciudad sin horizonte, sin posibilidad de salida, rodeada no por agua, sino por otras ciudades. Le resultaba rara, una ciudad sin mar, sin puerto, sin marineros uniformados bajando de los barcos con sus gorros de pompón. El aire no olía a sal. Odile hablaba de viajes, contaba los realizados por su padre a través de todo el mundo. Quería hacer como él y como su tío navegante, partir a la aventura. Sabía tantas cosas. Un día le explicó a Eugène cómo, en el Polo Norte, el hielo envuelve los barcos como un corsé. Cuando terminó su explicación, él le preguntó si aceptaba ser su esposa.

18
Regreso a Brest

Fueron juntos a Brest para anunciar su compromiso a los padres de Odile. Ella encontró su ciudad parcialmente destruida, convertida en un montón de escombros y chatarra. Las bombas Tallboy, utilizadas contra las bases alemanas, habían penetrado en el suelo antes de explotar, provocando algo parecido a un seísmo.

En el centro de la ciudad, las fachadas eran como esqueletos sobre edificios reventados, en una maraña de muros derrumbados y calcinados que se elevaban apenas unos centímetros del suelo. Algunos barrios estaban completamente arrasados. La Rue de Siam y su tranvía habían desaparecido.

Entre los cascotes, en los charcos de barro, al pie de los montículos, se encontraban cadáveres en descomposición de hombres, soldados, perros y caballos. Lo más extraño era el silencio de los pájaros, ya no se oía ni a las gaviotas ni a los alcatraces. Odile pensó que sería difícil reconstruir esa ciudad que había tardado diez siglos en encontrar cierto equilibrio entre sus sinuosas calles. Pero no imposible.

Al final del muelle, de pie sobre el espigón, la joven miró hacia el mar, sacó valor y, juntos, Eugène y Odile hicieron una promesa,

frente a los cascotes de la ciudad de Brest. Participarían en su reconstrucción.

19
La boda de Eugène y Odile

Cuando Eugène anunció a sus padres que quería una boda discreta y, sobre todo, que se entrometieran lo menos posible, Theresa dijo sonriendo a su marido:

—*The apple doesn't fall far from the tree.*

La boda se anunció mediante invitaciones en cartulina y se celebró con una pequeña reunión el 21 de diciembre de 1946 en la catedral de Saint-Pol-de-Léon. Odile no llevó el tradicional vestido de terciopelo negro de las mujeres bretonas, sino una capelina blanca de armiño que le habían prestado, sobre un vestido de raso color crema que su familia había conseguido adquirir a pesar de las penurias.

Al final de la ceremonia, tras los cánticos y el último hosanna, los novios salieron a la plaza, donde se tomaron fotografías. A continuación, la alegre comitiva se dirigió a casa de Eugène y Theresa, en la que recibieron a todos los invitados.

Al ver a su hijo llegar del brazo de una mujer, Eugène tuvo una impresión extraña. Pensó que la vida había pasado muy deprisa. No hacía mucho tiempo, él mismo era un joven soltero que quería hacer grandes cosas por los habitantes de la localidad de Saint-Pol-de-Léon. Ahora dejaba en manos de su hijo la tarea de reconstruir la

ciudad de Brest. En medio de la comida, le susurró al oído a su esposa:

—Me gustaría que mi nieto se llamara Eugène. Lo educaría para trabajar en la cooperativa.

Theresa se echó a reír al escuchar esas palabras y, a continuación, negó con la cabeza, pensando que su marido era más terco que una mula.

Los recién casados encontraron en Brest, de alquiler, un «estudio con cocina», en el número 52 de la Rue de la République. Allí comenzaron Eugène y Odile su vida de pareja, con un pequeño hornillo de gas debajo de la tina de la colada y una cocina económica *strakenn*. Sin cuarto de baño, solo un grifo de agua fría en la cocina y retrete común en el rellano.

> Me dieron un cubo viejo, una sartén y una cazuela. Como era fin de año, hacían falta cupones para el abastecimiento. Yo no sabía cocinar. ¡Lo que me interesaba eran los libros! Por supuesto, la vida cotidiana era un poco complicada. Pero éramos muy felices. Ese invierno nos leímos las obras completas de Tolstói y de Dostoievski».

Esto último me lo contará Odile a lo largo de una de nuestras conversaciones. Eugène y Odile tuvieron primero una hija, Elizabeth, y luego un niño, mi padre, que nació en Brest el 10 de marzo de 1950, en una ciudad en reconstrucción. Decidieron llamarlo Pierre, el nombre del tío de Odile, un navegante y aventurero al que ella

adoraba. Theresa, la abuela inglesa, acudió al ayuntamiento para inscribir al recién nacido. Omitió el acento en la *e* de Bérest, lo que provocó una confusión administrativa, una bifurcación original, como un sello de nacimiento.

Tres semanas después del nacimiento del bebé, Odile recibió esta carta de su tío:

> Mi querida, mi pequeña Dillon:
>
> Encontré tu carta al llegar a Saigón y te felicito por el hermoso ahijado que me has dado. Un niño es algo muy importante en la familia.
>
> Después de ahuyentar con petardos a los malos espíritus que merodean por aquí, he podido consagrarme por completo a la alegría de esta noticia.
>
> En primer lugar, no quiero que sea un viejo loco como su padrino, pero, bueno, quién sabe si navegará. Quizá incluso venga por aquí y remonte este hermoso río que tantos esfuerzos me cuesta y cuyos nueve dragones (Cuu Long Giang) se niegan a revelarme sus secretos.
>
> Si se detiene cerca de cierto arrozal, es posible que vaya a quemar unos palitos de incienso verde en el altar de su viejo tío y que tu padre no lo vea, porque solo ha navegado por aguas de esquimales.
>
> Tu viejo tío, que piensa en ti,
>
> PIERRE

No se formulan deseos impunemente sobre la cuna de un recién nacido. Sobre todo, cuando lleva tu mismo nombre. Toda la vida de mi padre estará marcada por Vietnam. Él remontará los ríos de los que hablaba su padrino, para realizar misiones científicas. Yo mismo fui allí con mi madre y mis hermanas a finales de los años noventa. Él quería que descubriéramos ese país que tanto amaba.

Los dos cánceres en el cuerpo de mi padre no podían tratarse al mismo tiempo. Atacaban como dos ejércitos enemigos a los que había que combatir por separado. Los tratamientos no eran compatibles, había que alternar las sesiones dedicadas a uno y las consagradas al otro. Mi padre recibió un calendario de diez ciclos, cada uno dividido en días de lucha química y días de respiro. Un ritmo impuesto por los médicos, por la ciencia, por el propio límite de las cosas.

Los productos de la quimioterapia atacan las células cancerosas desenmascarando su comportamiento anárquico, ya que las células enfermas actúan de forma desordenada. Liberadas de toda regla, se dividen y proliferan a una velocidad desenfrenada, muy lejos del equilibrio de las células sanas. Pero siempre hay excepciones, porque a la naturaleza le gustan las excepciones.

Algunas células de nuestro cuerpo, en el ejercicio mismo de su función vital, imitan ese caos, reproducen ese frenesí: ellas también, aunque están perfectamente sanas, se multiplican y se renuevan más rápido que las demás. Así ocurre con los tejidos del sistema piloso, la boca, el tubo digestivo y la médula ósea, que se convierten en el objetivo del tratamiento, víctimas de una confusión que la química aún no ha logrado evitar.

Entonces aparecen los efectos secundarios, la caída del cabello, la anemia. Como si la guerra tuviera que llevarse inevitablemente un poco de inocencia junto con la culpabilidad.

Después de su primera sesión de quimioterapia, mi padre solo tuvo náuseas. Ese fue el único efecto secundario. No había ningún otro rastro, ninguna marca en su cuerpo. Se había llevado los artículos que tenía que escribir al hospital y pudo terminarlos al volver a casa.

El médico tranquilizó a mis padres: la ausencia de efectos secundarios no significaba que el tratamiento fuera ineficaz. Simplemente, que mi padre lo toleraba bien.

En ese momento, pensé que mi padre superaría el paso por la enfermedad como Ulises había superado el paso por los Infiernos. Después de hacer sacrificios y libaciones, aprendería algunas verdades sobre sí mismo y sobre la proximidad de la muerte, y luego volvería, *lleno de experiencias, lleno de conocimiento*, a vivir entre los suyos el resto de sus días. Pensé que todo eso no era tan grave, que lo superaríamos, que las tinieblas acabarían por disiparse. Y un deseo prendió en mí, como por milagro: era la esperanza. Porque, en el fondo, todo era exactamente como antes, con un poco menos de apetito por las cosas, y ni siquiera. Lo que había cambiado era nuestra mirada, nuestra atención al menor signo, nuestra idea de la enfermedad. Los colores eran más vibrantes, la tristeza se desplazaba, algunas cosas parecían ahora insignificantes y otras, por el contrario, muy importantes. No cambiábamos las cosas, sino su escala. Éramos nosotros los que habíamos desviado nuestra mirada hacia otra parte, nos nutríamos de nuevos deseos, de placeres antes

despreciados. La enfermedad no estaba allí, sino su idea. Eso bastaba para convertirnos en seres ligeramente diferentes.

Éramos felices. Y así debíamos seguir viviendo, con la certeza de que esos momentos de gracia, en los que estábamos todos juntos, vivos, eran frágiles. La idea de los meses venideros, cuyo contenido intuíamos, parecía difuminarse en la lejanía. Yo tenía la certeza de que estábamos alejando la enfermedad, que la manteníamos a raya.

Mi padre y yo nunca habíamos logrado hablarnos de verdad. A menudo, nos comunicábamos a través de libros o películas. Yo podía criticar una novela solo porque a él le había gustado. O al contrario. A menudo, forjaba mis gustos en reacción a los suyos, para que captara la indirecta. Ahora esperaba que el libro en el que estaba empezando a trabajar nos permitiera tener una conversación entre líneas sobre nuestra relación padre-hija. Pero esa conversación nunca llegaba. No conseguía encontrar ese momento de intimidad entre nosotros. Aunque las relaciones entre las personas nunca son definitivas, parecía que mi relación con mi padre se había estancado. Sin embargo, me resultaba imposible explicar por qué.

Vivir junto a una persona callada es una experiencia singular. Cada gesto es un mensaje; cada mirada, un fragmento de relato. El silencio, lejos de ser un vacío, se llena de cosas dichas, donde nada se revela por completo: todo es a la vez claro, límpido y ambiguo. Convivir con alguien que apenas habla es conocer otro lenguaje, el del imperceptible estremecimiento de la transmisión de pensamientos. Una extraña comunión, de una belleza austera y discreta, que nunca se fundamenta en cosas seguras.

A pesar de todo, tuve el valor de explicarle mi deseo de recomponer una gran epopeya bretona. De construir la contrapartida paterna de mi libro anterior, *La postal*. Pareció contento de oírlo. Le propuse mantener una serie de conversaciones con él. Aceptó. Y, cuando le pregunté si había algo de lo que le apeteciera especialmente hablar, un tema de su vida, me respondió con toda sencillez, con la mayor naturalidad del mundo, que quería abordar su compromiso político con los trotskistas. Me sorprendió.

—¿Formaste parte de esa organización?

– Sí. De la Liga Comunista.

Mi padre nunca me había hablado de esa etapa de su vida. Era la primera vez que hacía alusión a ello.

Para él, todo comenzó en Brest, en 1968. Acababa de aprobar la reválida superior de Ciencias. Y cursaba su primer año de Ciencias exactas en el instituto donde su padre, Eugène Bérest, era profesor de Francés, Latín y, por supuesto, Griego.

LIBRO III

(1968)

Retrato de mi padre de joven

1
Marguerite Duras, la anciana con el jersey naranja de cuello alto que fumaba cigarrillos

—¿Quieres venir a mi casa? —preguntó Madeleine—. Te enseñaré mis discos…

Cohibido, Pierre se tocó la nuca, rapada a maquinilla. Bajo los dedos, notó su pelo, muy corto, en punta —no le apetecía nada ir a casa de esa chica que vivía en el mismo barrio que él, que hacía el mismo trayecto que él a diario, y que le resultaba aburridísima.

Pierre era un adolescente alto y delgado, cuyos músculos finos, longilíneos, palpitaban bajo la piel. Sus gafas de cristales gruesos ocultaban su rostro, como para revelarlo mejor. Poseía una belleza insolente, inconsciente, ajena al efecto que producía. Un joven pálido, serio, con la mirada de un azul cielo glacial, y con cierto aire inglés. De niño, se apasionó por los juegos de construcción, por las casitas de madera. Luego, un día, descubrió un mundo en el que ahora vivía día y noche: las matemáticas. Era el único lugar donde se sentía bien.

—Vamos… —insistió Madeleine—, he preparado la merienda.

—De acuerdo, pero solo un rato —contestó Pierre.

Ahora seguía a Madeleine, los vapores del puerto comercial saturaban la atmósfera de Brest con olores pesados, a azufre y maíz quemado —Pierre se maldecía por haber aceptado—. Mientras caminaba, se aseguraba de mantener las distancias con Madeleine y su gruesa trenza, interminable, larga como un mes sin domingos, una cola de sirena, viva, animal, desde la nuca hasta la cintura. Se mantenía igualmente alejado de su falda trapecio, que le llegaba justo por debajo de la rodilla, por decoro, diseñada a partir de un patrón de *Femmes d'Aujourd'hui.* Su jersey verde musgo de cuello alto y su medalla del bautizo no ayudaban. Esa chica de piel lechosa tenía un aire de otro siglo y todo parecía envejecer al contacto con ella. Las cosas, las partículas, el aire, todo pasaba de moda, se marchitaba, se enmohecía.

Pierre subió de cuatro en cuatro los peldaños de la gran escalera estilo Napoleón III pensando que sería muy fácil dejar ahí a Madeleine, darse la vuelta y decirle: «Lo siento, no puedo quedarme, tengo que cuidar de mis hermanas pequeñas». Pero no le salían las palabras. Y ya era demasiado tarde, los dos habían entrado en la casa de la joven.

Madeleine salió de la cocina con un delantal de encaje alrededor de la cintura. Enarbolaba un pastel en el que había escrito torpemente:

10 DE MARZO DE 1968

18 AÑOS

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó ella con un entusiasmo desbordante.

Pierre se sentía terriblemente incómodo, no le gustaba que las chicas hicieran cosas de chicas, que se dedicaran a coser o a tejer. Quería que las chicas salieran de las cocinas y que los chicos dejaran de fumar en pipa para parecerse a sus padres. Ese mundo lo oprimía. No le gustaba la pesca con caña, ni tampoco los coches, el bricolaje, las mujeres con delantales, ni todos esos gestos ni la obediencia al orden de las cosas que conllevaban. Esa repetición constante. Ese aburrimiento mortal. ¿De qué servía vivir esta vida, si ya se conocía la música de los domingos? Una larga sonata monótona y triste.

Sin saber qué decir, le propuso a ella ver la televisión.

La joven se levantó, giró uno de los botones y ajustó la antena.

Una señora mayor apareció en la pantalla. Solo se le veía el jersey de cuello alto naranja, la camisa caqui y unas gafas grandes de carey. Fumaba un cigarrillo mientras preguntaba a la cámara:

—¿Qué edad tienes?

Su voz era particularmente lenta, como si cada una de sus frases anunciara el fin del mundo.

—Dieciséis años —respondió un joven sentado frente a ella.

—¿En qué clase estás?

—Sexto de bachillerato.

—¿Por qué se hace política a los dieciséis años?

—Consideramos que hay ciertos problemas sobre los que tenemos derecho a expresarnos.

La mujer asintió con seriedad.

Pierre se acercó a la pantalla del televisor.

—¿Puedes subir el volumen? —le pidió a Madeleine.

—No, lo siento, el botón está roto.

Entonces Pierre se acercó aún más.

—¿La política te impide estudiar bien? —preguntó sonriendo la mujer del jersey de cuello alto, como si ya supiera la respuesta.

El joven de dieciséis años se dirigía ahora a una multitud de adolescentes que habían acudido a escucharlo en el salón de actos de un instituto. Era guapo, se parecía a Antoine Doinel en *Los cuatrocientos golpes*. Denunciaba su expulsión del instituto:

—Al no aceptar esta medida, decidí recurrir al consejo de disciplina: una ignominiosa parodia de la justicia.

La cámara filmaba la sala, llena, con todos los estudiantes de secundaria escuchándolo atentamente.

—El motivo es haber defendido ideas socialistas dentro de un centro educativo.

La multitud de estudiantes aplaudió.

—Nuestro papel, a nivel nacional, no es ir a Vietnam a luchar. Es hacer la revolución en Francia. La consigna principal es libertad de expresión.

Una joven estudiante se levantó en el estrado para tomar la palabra. Tenía el pelo negro, cortado a lo chico, su piel era mate y sus ojos verdes, con pupilas amarillas. Era muy guapa. Pierre nunca había visto a una muchacha como ella. Denunciaba unos hechos: unas chicas, alumnas, habían sido amenazadas con la expulsión temporal por un asunto relacionado con las batas.

La señora con el jersey naranja de cuello alto reapareció en la pantalla, sonriente, triunfante, orgullosa de esos chicos como si fueran hijos suyos. Afirmó, frente a la cámara:

—Hacer política es dejar de soportar el mundo.

Entonces, otro joven dijo:

—En cada instituto, la voluntad organizada de los alumnos debe oponerse al poder administrativo. En cada instituto, hay que crear un comité de acción representativo. Ahora os toca a vosotros, camaradas.

Pierre se quedó inmóvil. Dejó de respirar.

No vio aparecer el nombre de Marguerite Duras en los créditos. Ni el de Romain Goupil, el muchacho de dieciséis años.

Ya estaba en otra parte.

Ya se había levantado.

Ya se había ido.

Sin despedirse. Sin darle las gracias a Madeleine. Cruzó la calle a toda velocidad, dando la extraña impresión de deslizarse sobre el suelo, impulsado por una ligereza casi irreal. Al llegar a su casa, subió las escaleras, se encerró en su cuarto y escribió en una hoja de papel: «En cada instituto, la voluntad organizada de los alumnos debe oponerse al poder administrativo. En cada instituto, hay que crear un comité de acción representativo».

Tras escribir estas palabras, tuvo la sensación de que su cuerpo, incandescente, en llamas, irradiaba calor. Entonces alineó en el papel una sucesión ininterrumpida de propuestas, ideas y planes. Y todo parecía encajar con una claridad luminosa en su mente.

A la mañana siguiente, Pierre quedó con los gemelos Lesneven en los servicios del instituto.

2
Los servicios: cuartel general

Todo el mundo en el instituto conocía a Jean y Louis Lesneven. Eran más jóvenes que Pierre, repetían sexto de bachillerato y llevaban chaquetas de aviador de cuero que encontraban en tiendas de excedente militar. Y, sobre todo, era de dominio público que su padre era uno de los dirigentes del Partido Comunista, militante en la célula de Brest.

Los servicios del instituto de Kerichen no escapaban al estado de deterioro de todos los aseos de los institutos de Francia: estaban sucios y olían a heces, las paredes estaban garabateadas con jeroglíficos obscenos e insultos grabados con un compás. Pero era allí, a salvo de los oídos del jefe de estudios —«el poli bueno»—, donde se podía fumar cigarrillos y hablar libremente.

—Chicos, ¿habéis oído hablar de los comités de acción? —preguntó Pierre mientras les ofrecía su paquete.

La luz del mechero brilló como un relámpago en los ojos de los dos hermanos.

—Es curioso, precisamente comentamos eso hace poco, ¿a que sí?

—Sí. Ayer mismo.

—Podemos lanzar uno aquí los tres juntos, si os parece bien.

—¿Por qué no? —dijo Jean, abriendo la boca como un pez para escupir el humo.

—He estado dándole vueltas —dijo Pierre sacando un papel del bolsillo—, y he pensado que deberíamos escribir al director, decirle, en primer lugar, que necesitamos un aula. Si queremos montar un comité, nos haría falta un lugar solo para nosotros, donde pudiéramos reunirnos, sin vigilancia.

—Estoy de acuerdo —añadió Jean.

Los gemelos quisieron estrechar la mano de Pierre, en señal de pacto. Pero Jean, en el último momento, se pasó la mano por el pelo para peinárselo hacia atrás.

—Espera —dijo—. Solo una pregunta.

—Adelante —respondió Pierre, un poco molesto.

—¿Tu padre es el profesor Bérest?

Todo el mundo sabía que Pierre era hijo del señor Bérest, profesor de Literatura, Griego y Latín del instituto.

—Sí, es mi padre.

—Y no será el concejal, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Bueno… Podría plantearnos problemas. No me fío.

Pierre no se inmutó.

—No me hagas reír. ¿Vosotros hacéis todo igual que vuestro padre? Porque, en ese caso, yo tampoco me fío.

—¿No te gustan los comunistas?

—Sí. Pero creo que el PCF no siempre se comporta de acuerdo con los principios que defiende, ya veis a qué me refiero.

—Vale… ¡Entendido! No te enfades. Pero una cosa sí te diremos: tienes una pinta horrible con ese chaquetón.

Pierre bajó la cabeza para mirar su abrigo azul marino.

—¿Ah, sí? ¡Qué intransigentes!, todavía está impecable. Hace solo dos años que lo tengo.

—No te preocupes, ya lo arreglaremos.

3
El director llama a Eugène a su despacho

—¿Reconoce usted la letra?

Eugène Bérest se puso las gafas y acercó el rostro al papel cuadriculado que le tendía el director.

—Efectivamente, la reconozco.

Era la letra de su hijo Pierre, pequeña, redondeada y minuciosamente dibujada.

> Señor director:
>
> Por la presente le informamos de la creación de un comité de acción estudiantil. No se trata de la creación de un sindicato ni de una organización juvenil de un partido, sino de una asociación independiente y autogestionada.
>
> Para ello, le pedimos que nos conceda una sala donde podamos reunirnos y que organizaremos de forma colectiva. Además, aprovechamos para solicitar una mejora del sistema de ventilación y calefacción de las aulas, así como de los almuerzos en el comedor, porque las cantidades son insuficientes, especialmente los días de tortilla.

La palabra «tortilla» hizo reír a Eugène, pero el director no estaba de humor para bromas. Así que Eugène recobró la compostura y preguntó:

—¿Quiere mi opinión?

—No. Tengo la mía, y me basta. Pero quiero que le pida a su hijo que cuide sus amistades.

Al salir del despacho del director, Eugène pensó en Pierre, un chico serio que había aprobado la reválida de Ciencias con matrícula de honor y estaba terminando su curso preuniversitario de Ciencias exactas en el instituto para presentarse a las pruebas de acceso de las escuelas superiores de ingenieros. No tenía nada que reprocharle.

Entró en su aula, dejó la cartera en la mesa, colgó el abrigo en el perchero, tal y como solía hacer su antiguo profesor de Filosofía, el señor Alexandre. Sentía un amor y un respeto infinitos por sus antiguos profesores. Sacó de su cartera la vieja edición de la *Odisea*, la que su padre le regaló por Navidad mucho antes de la guerra, y repartió fotocopias en las que figuraban unos treinta versos en griego. Luego escribió *πάντα δέ τοι ἐρέω ὀλοφώϊα δήνεα Κίρκης* en la pizarra antes de preguntar a los alumnos:

—¿Qué significa esto?

—«Te voy a explicar todos los funestos recursos de Circe».

—Muy bien. Traducid lo que sigue. Coged vuestros diccionarios.

Le gustaba ver a sus alumnos con la versión Belin, dirigida por Maurice Lacroix, su profesor de Griego en el instituto Henri IV, el mismo al que apodaban «Krux» y que había sido miembro de la Resistencia.

Los adolescentes empezaron a morder sus lápices. Concentrados ante la hoja, los alumnos no vieron que su profesor sonreía solo, al recordar la palabra «tortilla» con la que terminaba la carta de su hijo.

Y, *además*, pensó, estos jóvenes tienen toda la razón al plantear esas reivindicaciones. Hace mucho frío en invierno en estas aulas.

4
El que desea comer la semilla de la nuez deberá romper la cáscara

Esa misma noche, cuando se reunieron todos alrededor de la mesa para cenar, Eugène no mencionó ni la carta al director ni los rumores que todo el asunto estaba provocando en los pasillos del instituto. Solamente le hizo esta pregunta a Pierre y esperó a ver qué contestaba su hijo:

—¿Cómo te ha ido el día?

Y Pierre se mostró evasivo. Eugène preguntó:

—Enseguida tendrás que preparar los impresos para el año que viene, ¿no?

Pierre asintió con la cabeza, pero los trámites administrativos no eran su fuerte.

—He hablado con tu profesor de Matemáticas —prosiguió Eugène —, y cree que deberías probar suerte en los institutos de París, y no en Rennes. Yo, ya sabes, cuando fui a París para cursar el preuniversitario de excelencia…

—Prefiero ir a Rennes —cortó Pierre.

—De todos modos, presenta una solicitud en el instituto Louis-le-Grand, podrías prepararte para las pruebas de acceso en París.

Pierre no respondió nada.

—Y deberías aprovechar el verano para sacarte el carnet de conducir.

Esta observación contrarió al propio Eugène. No le gustaba verse haciendo exactamente lo mismo que había reprochado a su padre: entrometerse en las decisiones de su hijo, decirle lo que debía hacer. Pero, desde hacía algún tiempo, le daba la impresión de que su padre lo había poseído.

Esa noche, Eugène cogió una fotografía de la estantería que tenía enfrente. En ella se veía a su padre, Eugène, con un bombín, de pie en el hipódromo de Saint-Pol-de-Léon. Pensó que hacía exactamente veinte años que había muerto. Veinte años.

Y los recuerdos volvieron a la superficie de su memoria, como mensajeros. Eugène sintió un escalofrío, una emoción que lo invadió por completo. Comprendió que, desde hacía unos años, se iba abriendo una brecha entre él y su hijo. Pierre se alejaba, se oponía sistemáticamente a todo lo que él era. Nunca de manera ruidosa, nunca con rebeldía, sino de forma sibilina, silenciosa; con el tiempo, se había instalado una distancia entre ellos, desde que Pierre entró en el colegio, y luego en el instituto.

Sin embargo, él siempre quiso hacer lo correcto dejándole vivir su vida secreta, sin estar encima de él, sin buscar esa fusión que a él le había asfixiado en el pasado. Pero, ahora que Pierre tenía dieciocho años, se preguntaba si, al fin y al cabo, había hecho lo correcto. Se le hizo un nudo en la garganta y pensó que aún estaba a tiempo de rectificar. Sin embargo, veía como una mano que se acercaba a él en la sombra para impedírselo. ¿Qué nombre darle a esa mano?

Pudor.
Timidez.
La fuerza de la costumbre.
Orgullo.
Miedo.
Era todo eso a la vez. Y era poderosa.

5
Una revelación

—¿De dónde ha sacado ese atuendo? —preguntó el director. Pierre llevaba una vieja chaqueta de aviador que no gustó nada al director del centro. Este cogió su paquete de cigarrillos Gauloises especial para los militares, en el que se podía leer la mención «EJÉRCITO».

—Su petición no solo es descabellada, sino también inadmisible.

El director encendió el pitillo y dio la primera calada. Le gustaban esos Gauloises de soldado, sabían al servicio y a la vida de cuartel, que tanto le habían gustado.

—Pueden retirarse.

Pero los tres chicos permanecieron de pie, sin moverse, sin querer temblar ni pestañear ante la autoridad.

—Tenemos reivindicaciones —dijeron los hermanos Lesneven.

—Somos un grupo estudiantil, y como tal tenemos derecho a ser escuchados —añadió Pierre.

—¿Qué edad tiene usted? —preguntó el director.

—Tengo dieciocho años —contestó Pierre.

—¿Y ustedes?

—Diecisiete años.

—Entonces los tres son menores de edad. Los menores no deben meterse en política, y menos aún dentro del recinto del instituto. Fin de la discusión.

—No tenemos derecho a votar, pero sí a ser llamados a filas. ¿Le parece normal? —preguntó Pierre.

El director no supo qué responder, porque el chico tenía razón en el fondo, pero esa no era la cuestión. Se levantó y abrió la ventana para tirar la colilla.

—¿Qué ven ustedes aquí? —preguntó el director—. Yo veo a unos alumnos que quieren aprobar los exámenes y programar su futuro.

Luego se volvió hacia los tres chicos y añadió:

—Y, frente a mí, veo a tres payasos agitándose como peces fuera del agua. ¿Entendido?

Al oír estas palabras, Pierre tuvo una revelación.

En el pasillo, explicó a los hermanos Lesneven que el director tenía toda la razón. Ser tres no servía de nada. Había que ser cien. Había que ser mil.

—Vamos a hacer panfletos y a repartirlos. Entre los tres, podemos fabricar varias docenas de aquí a mañana.

Los hermanos Lesneven respondieron con una gran sonrisa.

—Tenemos una idea mejor. Ven a nuestra casa, te enseñaremos algo.

6
El Rolls de los ciclostiles

El ciclostil presidía la mesa del comedor de los Lesneven. Pesaba casi treinta kilos, era negro como un gran escarabajo y tenía una manivela en el costado derecho. El señor Lesneven lo frotó con la manga para sacarle brillo.

—Es una Gestetner, el Rolls-Royce de las multicopistas. Os voy a enseñar cómo funciona. Os lo advierto: esta máquina se ha utilizado para fabricar panfletos contra los alemanes. Así que no hagáis tonterías con ella. No quiero que tenga que avergonzarse.

Loïc Lesneven hablaba con ese acento de Brest propio de los obreros de los arsenales, que no tienen tiempo que perder y hacen chocar las consonantes contra el ruido del viento, esa forma de hablar rápida y entrecortada de los marineros del puente levadizo de Recouvrance, de esos que dicen «brizzznas de sierrrra» en lugar de «serrín» y «verrrtedero» en vez de «basura».

—¿Cómo se llama el amigo?

—Me llamo Pierre Berest.

El padre Lesneven hizo una mueca. Conocía ese nombre.

—¿Tu padre es Eugène Bérest? Trabaja en el ayuntamiento.

Pierre asintió con la cabeza.

—¿No te da miedo andar con nosotros, en las barracas? ¿Qué dice tu padre de que te juntes con comunistas?

—Mi padre siempre ha respetado a los comunistas. Y nunca ha dicho nada malo de las barracas.

—Más le vale.

—¡Ya basta, papá, eres un tocapelotas! Déjalo en paz.

Lesneven padre se echó a reír:

—Bueno, hijos, no os cabreéis, ¿eh? Bien, os voy a enseñar, es bastante sencillo. Escribid aquí vuestro mensaje.

Pierre se acercó a la máquina de escribir y, con un dedo, pulsó cada tecla y apareció el siguiente texto:

NO A LOS INSTITUTOS-CUARTELES

LIBERTAD DE EXPRESIÓN PARA LOS ESTUDIANTES DE SECUNDARIA

Lesneven padre sacó la hoja del cilindro de la máquina y, con gesto seguro, se volvió hacia los chicos:

—Esto es un esténcil, una hoja perforada…

Se acercó al ciclostil.

—… la deslizáis así, en la cinta entintada. Una vez que el esténcil está bien colocado, giráis la manivela. La transferencia de tinta se realiza gracias a esta solución a base de alcohol. ¡Adelante! —le dijo a Pierre—. ¡Dale!

Pierre agarró la manivela e inició la maniobra.

—¿Cuántos panfletos se pueden producir por hora? —preguntó.

La precisión de la pregunta hizo sonreír al señor Lesneven. Era una pregunta inteligente, el tipo de pregunta que hacía suponer que la persona que la formulaba podía ser útil a la causa.

—Si tenéis buenos brazos y os turnáis, podéis producir quinientos panfletos por hora.

Pierre calculó; eso significaba unos siete segundos por panfleto. A ellos les habría costado tres semanas.

—Vamos, chicos, voy a traeros algo de beber.

Lesneven padre volvió con una botella y cuatro vasos. Aún no había cumplido los cincuenta años, pero ya se percibía el hombre recto y robusto en que se iba a convertir. Tenía el pelo blanco, la mirada viva y unos bigotes que le caían a ambos lados de los mofletes. A los veinte años había combatido como un demonio contra los alemanes y se habría merecido todas las medallas, pero precisamente eso, los premios, no le interesaba. En cambio, repetía con gusto sus recuerdos a sus hijos, que se cansaban de escucharlo.

—Ay, no, papá, nos lo has contado cien veces. Déjanos en paz.

Entre padres e hijos existía una lucha silenciosa, pues aquellos padres habían sido dioses, héroes de leyenda, habían combatido el Mal sin que nadie pudiera dudar un ápice de la pureza de sus combates. Eran padres insuperables, inalcanzables.

Y por las venas de sus hijos corría la sangre de la lucha, agitada por los relatos de esa guerra de Troya. Ahora que esos hijos se habían convertido en adultos, ellos también querían pelea.

7
Las barracas

Provisto de sus trescientos panfletos recién salidos del ciclostil, Pierre decidió volver a casa a pie, ligeramente embriagado por los olores a alcohol que desprendía el papel. Los Lesneven vivían en las afueras de Brest, en Le Polygone Butte, el barrio de las «barracas». Tardaría una buena hora en llegar andando a casa.

Tras la guerra, en Brest, ciudad reventada por los bombardeos, hubo que encontrar soluciones para realojar a los habitantes. Trajeron casitas prefabricadas de madera desde Estados Unidos, Suiza y Suecia, en contenedores especiales, repartidas en cajas. A continuación, cuatro o cinco hombres tenían que montarlas y ensamblarlas. Poco a poco, fueron surgiendo barrios de cabañas a los que se denominó Lambé, Le Bouguen, Le Polygone, Poul-ar-Bachet, Le Landais… Y esos barrios se convirtieron en pueblos que parecían recién salidos de una película del lejano Oeste, con sus suelos de tierra, hasta donde alcanzaba la vista.

Aquellas casas improvisadas se llamaron «barracas» y se les añadió, para suavizar, el calificativo de «provisionales». Las escuelas eran provisionales, las bibliotecas, las administraciones y las cámaras de comercio eran provisionales, y también las iglesias, las panaderías y las carnicerías. Era bonita esa palabra, tenía el encanto de los

seres efímeros, que entran en nuestras vidas, las alegran por un momento y tienen la amabilidad de marcharse un día, antes de que llegue el aburrimiento. Había algo pasajero en todo aquello que producía una sensación de eternidad. Una impresión de precariedad tan duradera como una pareja que, tras decidir no casarse nunca, pasa toda una vida amándose.

En ningún otro lugar había tantas fiestas, ferias dominicales, bailes populares y conciertos organizados como en esas ciudades provisionales de la posguerra. Los cumpleaños se celebraban el día 30 del mes, el día de la paga. El barrio vibraba entonces con una alegría especial. La Clique, una banda cuyos músicos vestían de blanco, iba de barrio en barrio hasta que acababa cubierta de polvo, al final del día.

Los niños vivían en pandillas, al aire libre, y solo volvían a casa para comer. Cuando veían pasar una bandada de estorninos, gritaban al unísono «¡capucha!». Formaban la sociedad de los chavales de las barracas, donde todos eran primos, cuando no hermanos y hermanas. Los mayores jugaban a la petanca con bolas de hierro, los más pequeños se divertían en la explanada delante de las abuelas, las *mamm-gozh*, que se entretenían remendando. Detrás de las casas, los campos de zarzas, como melenas de pelo enmarañado, eran el paraíso de los niños, que se atiborraban de moras hasta ponerse malos, y atrapaban escarabajos y luciérnagas en cajas de cerillas.

Allí, los bretones convivían con españoles e italianos, sin sentirse, en el fondo, más «franceses» que esos extranjeros. Michel Di Giulio vendía helados con su carrito. Y la señora Gomez, pastelitos de

queso blanco. Era una vida de proximidad, solidaridad y diversidad. Una sociedad ideal, concebida para ser efímera.

Ricos o pobres, todos vivían ahora en igualdad, en una comunidad que carecía de todas las comodidades. No se podía envidiar al vecino: nadie, en kilómetros a la redonda, disfrutaba de un centímetro más de jardín.

En 1968, ya no quedaban muchas barracas, puesto que la mayoría habían sido destruidas para dar paso a torres de hormigón. Quienes las construyeron nunca habrían imaginado que, veinte años después, algunos de sus habitantes estarían dispuestos a luchar para que no los desalojaran, para que no destruyeran esas viviendas de paja, para que no construyeran en su lugar edificios de arena y cemento.

—Que venga el ayuntamiento a buscarme y verán lo que es bueno —decía, amenazador, Lesneven padre.

8
Brest la Roja

Al abandonar los barrios de las barracas, Pierre se dirigió hacia su ciudad de hormigón, bautizada como «Brest la Blanca» después de la guerra. Una ciudad concebida para renacer del caos con una arquitectura ordenada, diáfana y de una blancura impecable.

Tal fue la ambición de sus arquitectos a finales de la década de 1940: hacer de Brest la encarnación de un mundo nuevo. De las ruinas surgieron entonces amplias avenidas, listas para acoger los automóviles recién salidos de las fábricas.

Las líneas eran perpendiculares. Su rigurosa ortogonalidad borraba los dolorosos recuerdos del pasado. Los edificios bombardeados, enredados en un desorden desgarrador, dieron paso a construcciones funcionales, a bellas edificaciones contemporáneas, a materiales industriales y robustos.

En el centro de la ciudad surgieron barrios nuevos, sencillos y sólidos, inmuebles monumentales, edificios administrativos inmensos e imperturbables, que enmarcaban una zona de tráfico moderno, como un atrio olímpico, con redes de transporte público planificadas para satisfacer las necesidades de una ciudad en plena expansión.

Pero los arquitectos no habían pensado que, si las calles de antaño serpenteaban, era para romper las ráfagas de viento que

llegaban del mar.

Ahora, el vendaval se adentraba sin dificultad en la nueva Rue de Siam y en las avenidas, que en teoría eran amplias y cómodas, pero que en realidad estaban expuestas a las rachas del temporal que azotaban el rostro. Algunos días de tempestad, era literalmente imposible avanzar contra el viento. Los paraguas salían volando, los sombreros planeaban y los abrigos se hinchaban como paracaídas.

La ciudad, antes alabada por su belleza moderna, fue volviéndose poco a poco objeto de desdén. Y, sin embargo, seguía siendo la misma, nada en ella se había arrugado ni hundido. Había cumplido su promesa de solidez. Pero el impacto provocado por la génesis de un paisaje absolutamente nuevo había pasado. Ahora, la arquitectura se percibía como monótona, estándar. Y «Brest la Blanca», antaño admirada y alabada, se había convertido en «Brest la Gris».

Pero al ver pasar a Pierre, ese adolescente de piernas larguiruchas, que escondía en su abrigo trescientos panfletos para repartir, se podría decir que a veces también era «Brest la Roja».

9
El rizoma estudiantil

—¿Puedo firmar la petición?

Pierre dio un respingo. Siempre igual con Madeleine. Aparecía de forma inesperada.

—Quizá deberías leer primero el panfleto antes de firmar.

Madeleine leyó en voz alta:

NO A LOS INSTITUTOS-CUARTELES
LIBERTAD DE EXPRESIÓN
PARA LOS ESTUDIANTES DE SECUNDARIA
HAY QUE TOMAR LA PALABRA
ESTE OBJETIVO REQUIERE
LA OBTENCIÓN DE UNA SALA AUTOGESTIONADA
POR LOS ALUMNOS Y RESERVADA PARA LOS ALUMNOS
SIN SUPERVISIÓN DE LOS ADULTOS
SI ESTÁS DE ACUERDO, FIRMA LA PETICIÓN

—Habéis puesto dos veces «alumnos», resulta un poco repetitivo…

Pierre le quitó el panfleto, molesto.

—Vaya, vaya. ¿No se puede criticar? —preguntó Madeleine mientras cogía la petición—. Ahora en serio, creo que es una iniciativa muy buena.

—Me alegro de que te guste —respondió Pierre.

—¿Quieres que se lo cuente a mis amigas?

Pierre no supo qué responder. Así que asintió con la cabeza, dando a entender que «por qué no».

Madeleine demostró ser una captadora sin igual, y consiguió que firmaran treinta chicas del instituto en un solo día. Al mismo tiempo, en otros institutos de Francia, otros Pierre y otras Madeleine empezaban a movilizarse, como por generación espontánea, y pronto formarían un rizoma, tejido por cientos de miles de raíces subterráneas, que conectaría ideas y destinos en una maraña indisociable.

Cuando recibió la petición, firmada por doscientos seis alumnos de su instituto, el director exclamó, exasperado:

—¡Que les den una sala, que se encierren allí y que no se vuelva a hablar del tema!

A continuación, se encendió un Gauloise y se tomó una copa grande de whisky, de textura densa y pesada.

10
Una partida de ajedrez con Bakunin

El tipo que se acercó a Pierre llevaba gafas de montura redonda, tenía los pómulos altos y el pelo enmarañado como estopa. Era un joven de piel olivácea, apagada por la falta de sueño y el exceso de tabaco. Sus ojos, brillantes y negros, reflejaban un pensamiento claro y preciso. Un torrente de inteligencia. En el fondo, parecía lo que era: un estudiante de primer año de Filosofía.

Pierre ya se había fijado en él a la salida del instituto. Supuestamente, iba a vender revistas a los estudiantes, pero eso no era más que una excusa para otras actividades secretas. Exhibía el periódico *Nous les garçons et les filles*, editado por el Partido Comunista, una especie de versión comunista de la revista *Salut les copains*.

Por eso, a Pierre no le sorprendió cuando el tipo le preguntó:

—¿Te interesa la política?

Él le dio una palmadita amistosa en el hombro y respondió:

—Pues sí, me interesa la política. Pero tu revista… No te lo tomes a mal, camarada… No es seria…

Pierre dijo deliberadamente «camarada» para que el tipo no se equivocara sobre sus intenciones. Se explicó:

—Queréis criticar *Salut les copains* y toda la ideología de la industria capitalista estadounidense que la sustenta. Pero utilizáis el mismo diseño y la misma tipografía que ellos.

—¿Y qué?

—… ¿Y qué? Que no se puede acusar ni contradecir a quien se imita. Para mí, eso te desacredita de entrada.

El tipo sonrió.

—¿Eres tú Pierre Berest?

—Sí.

—Te gusta el ajedrez, según dicen.

—Te han informado bien.

—¿Te apetece ir al parque de al lado? Podríamos jugar una partida.

Pierre simplemente asintió con la cabeza y siguió al muchacho.

—¿Nos sentamos aquí? —propuso el estudiante señalando un banco del parque.

Pierre tuvo la impresión de estar acudiendo a una cita concertada hacía mucho tiempo. El estudiante dejó espacio entre ellos para colocar un tablero de ajedrez plegable, de madera de pino, que sacó de su vieja bolsa de cuero.

—¿Así que tú diriges el comité de acción del instituto? —preguntó el estudiante mientras abría el tablero.

—No —respondió Pierre, incómodo.

Odiaba a los jugadores charlatanes. Para él, el ajedrez se jugaba en silencio.

—¿De verdad? ¿Estás seguro? —insistió el tipo—. Sin embargo, te he visto repartiendo panfletos.

—Hay dos errores en lo que dices. En primer lugar, el comité de acción del instituto lo estamos creando, aún no existe oficialmente. En segundo lugar, yo no dirijo nada, no hay jerarquía entre nosotros.

—¿Sois anarquistas?

El estudiante volcó todas las fichas y Pierre se dio cuenta inmediatamente de que faltaban tres piezas blancas en el juego. No necesitaba contarlas: lo veía.

—No —se molestó Pierre—, no somos anarquistas… Creo que te faltan peones.

—Pero, si creáis un comité de acción en el instituto, eso te va a llevar mucho tiempo… ¿No te da miedo suspender los exámenes?

El muchacho rebuscó durante un buen rato en su bolsa para intentar encontrar los peones que faltaban.

—No.

—¡Te estás preparando para entrar en la Escuela Politécnica! Eso significa que quieres formar parte de la élite…

—No. Solo significa que soy bueno en mates —lo interrumpió Pierre—. Si quieres, yo cojo las blancas, ya que faltan. Empiezo yo, peón blanco en e4 —dijo, cerrando los ojos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el tipo.

—Voy a jugar a ciegas, si no te importa. Solo tienes que decirme tus movimientos.

—Si eso te hace feliz… Peón negro en e5 —dijo el estudiante, antes de añadir—: ¿Has oído hablar del Comité Vietnam Nacional?

—Caballo en f3. No —respondió Pierre, que había iniciado las hostilidades—. ¿Puedes jugar?

—Perdona. ¿Te acuerdas hace quince días, en París, de los jóvenes que atacaron el banco estadounidense American Express?

—Sí, lo recuerdo… ¿Juegas?

—¿Y qué opinas?

—Los apoyo. ¿Puedes anunciar tu posición?

—Caballo en c6. Bueno, esos son los tíos del Comité Vietnam Nacional. Luchamos. No aparentamos. Estamos organizados. Llevamos a cabo acciones. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, lo entiendo, alfil en c4 —respondió Pierre.

—¿Te interesaría conocer a los muchachos del Comité Vietnam Nacional de Brest? —preguntó el tipo, a la vez que avisaba que su caballo estaba en f6.

Pierre se enderezó ligeramente y, con aparente indiferencia, anunció:

—¿Por qué no? Mi peón avanza a d4.

—Muy bien —dijo el tipo sonriendo y, de repente, se comió el peón de Pierre.

Pierre no replicó de inmediato. Se limitó a asentir con la cabeza antes de anunciar su peón en e5. El estudiante se llevó el dedo índice a la boca y se puso a pensar seriamente en cómo bloquear su posición. Empujó su peón a d5. Era el error que Pierre estaba esperando. Ahora las blancas sonreían, él sabía exactamente cómo iba a desarrollarse todo. Era implacable, respiró hondo y envió su alfil a b5, su adversario retrocedió y frunció el ceño. Su caballo avanzó a d7, amenazando al caballo blanco. Entonces Pierre anunció el enroque corto. El estudiante apretó los dientes. Su alfil saltó a c5. Pierre, imperturbable, colocó delicadamente su alfil en g5.

—Jaque —dijo Pierre.

El estudiante miró el tablero de ajedrez y luego miró a Pierre, que acababa de hacerle jaque mate en pocas jugadas, a ciegas, con tres

peones menos. Pero lo más importante era que no parecía sentir ningún orgullo. El estudiante se sintió reafirmado en su decisión. Pierre Berest sería una buena captación para su Comité Vietnam Nacional. El estudiante sacó un papel de su bolsa, escribió una dirección y se la mostró a Pierre.

—Mañana, a las seis de la tarde. Reunión del Comité Vietnam Nacional.

—Allí estaré —respondió Pierre.

El tipo cogió su mechero y quemó el trozo de papel para borrar cualquier rastro de la dirección.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Pierre.

El tipo se quedó callado. Miró a lo lejos, adoptó un aire misterioso y contestó:

—En nuestro grupo nos llamamos por nombres en clave. Si quieres, puedes llamarme «Bak».

—¿Bak como… Bakunin?

—Sí. Hasta mañana.

11
Minos, Éaco y Radamanto

La puerta estaba entreabierta, así que Pierre se coló discretamente, como un espectador entrando en un teatro cuando la obra lleva un buen rato empezada.

Bak estaba en plena reunión con otros dos muchachos de su edad. Uno de ellos, bajito, sentado cómodamente en unos cojines, parecía triste: tenía la estatura de un niño, pero un cuerpo poderoso y robusto, muslos de carnicero y una cara grande y redonda encajada directamente en su torso. Un mechón rubio y rizado le caía sobre la frente, y, en cuanto hablaba, se le adivinaban una inteligencia densa y homogénea, unos conocimientos sólidos y un método de pensamiento organizado y racional. Tenía aires de un emperador de la Antigüedad.

El otro chico era alto y delgado, con un rostro extraordinariamente achatado. Desde un ángulo en concreto, recordaba a esos extraños peces que tienen los dos ojos en el mismo lado. Sus largos incisivos le caían sobre los labios y alteraban su dicción, haciéndole parecer más tonto de lo que era, porque, en realidad, sabía cosas sobre la vida y sobre el funcionamiento de los seres humanos, esas cosas que no se aprenden ni en los libros ni en la escuela, sino durante una infancia marcada por el sufrimiento.

Esos tres jóvenes eran felices cuando se encontraban reunidos en la misma habitación, solos, bastándose a sí mismos. La palabra «hermanos» les sentaba bien a los tres; parecían haber vivido ya varias vidas juntos, era fácil imaginárselos como tres grumetes encargados de las faenas marineras diarias, o tres soldados durante la Primera Guerra Mundial, jurándose antes de morir que se volverían a encontrar en una próxima vida.

Hablaban por turnos, de uno en uno, mientras los otros dos escuchaban solemnemente, con profunda atención y ojos brillantes. Se miraban con admiración, disfrutando de las cualidades del uno que compensaban las carencias del otro, sin eclipsarlo. Sabían que eran más fuertes los tres juntos, y los invadía ese amor tan poderoso de las amistades de juventud, que ningún gran amor posterior, ninguna pasión erótica, podría superar, ni siquiera igualar. Un gran amor, por muy intenso que sea, siempre acaba siendo sustituido por otro. Mientras que los amigos que desaparecen de tu vida dejan, en tu pobre corazón, un gran vacío, una herida abierta, una magulladura, que nada ni nadie puede colmar.

Durante la noche, Bak había sufrido un terrible brote de acné que le devoraba las mejillas, ahora rojas y purulentas. Se puso a preparar té, abrió una bolsita de tela con sus dedos amarillentos del tabaco y con uñas largas y ganchudas, y deshizo en briznas la hierba seca. Mientras vertía el agua caliente, daba caladas a su cigarrillo y el brillo de la colilla intensificaba el momento. La habitación parecía un campamento, llena de colillas, tazas de café vacías y migas de pasteles. En las ventanas, unas telas rojas, clavadas directamente a los marcos, daban a la habitación un aire de burdel y de iglesia ortodoxa.

Durante un momento que a Pierre le pareció largo, nadie le dirigió la palabra. Los tres chicos hablaban entre sí, como si él no estuviera allí, discutiendo en voz baja, a menudo con circunloquios o insinuaciones, como para proteger secretos que solo ellos debían conocer. Parecían una asamblea de generales en pleno consejo de guerra. Y flotaba en el aire esa extraña inquietud que precede a las batallas, cuando se es consciente de que todo puede cambiar en los días siguientes.

Los tres chicos hablaban del «malestar estudiantil». Constataban, en ese inicio de curso, que el número de matriculados en las universidades se había triplicado con respecto a la década anterior. En Brest, como en el resto de Francia, se habían construido universidades a toda prisa para descongestionar las facultades de Nantes y de Rennes, pero sin el equipamiento necesario para acoger a todos esos nuevos bachilleres.

En cuestión de meses, ya no había suficientes medios, suficientes profesores ni suficiente material. Las facultades estaban bajo presión y los cuerpos comenzaron a agitarse, por fricción, por calentamiento.

En Brest y en Rennes, los estudiantes se sentían menospreciados por París. Tenían la sensación de estar a la zaga en cuanto a subvenciones, inversiones… Al igual que los obreros y los campesinos de la región, que protestaban contra la bajada de los precios comunitarios de la carne y la leche, pero sobre todo acusaban al Gobierno francés de descuidar a los pequeños y medianos ganaderos en beneficio de los grandes explotadores de cereales y remolacha de la cuenca parisina.

El sentimiento de abandono de los bretones era tan grande que decidieron movilizarse durante un día entero para expresar su enfado frente a París. Toda Bretaña estaría en huelga. El movimiento tenía sus consignas: «El Oeste quiere vivir», «Bretaña no quiere morir».

—¿Y qué fecha se ha elegido? —preguntó Bak a los otros.

—El próximo 8 de mayo.

—Perfecto. Eso nos da tiempo para prepararnos. Los estudiantes bretones deben movilizarse junto a los obreros y los campesinos.

—El secretario general de la Federación Regional de los Sindicatos de Agricultores del Oeste es muy favorable al apoyo de los estudiantes al problema campesino.

—¿Quién?

—Bernard Lambert. Está animando a las universidades a movilizarse para la jornada de huelga.

—Debemos defenderlos, pero también defender nuestra propia causa.

En ese momento, el tipo de estatura infantil se volvió hacia Pierre y pareció descubrir su presencia.

—Vamos a empezar.

Abrió un maletín y sacó varios ejemplares de periódicos, *Courrier du Vietnam*, y unos panfletos.

—Llevamos un tiempo observándote. Y nos gustaría que te unieras a nuestro Comité Vietnam Nacional, si te interesa.

—Me interesa —contestó Pierre.

—¿Y por qué?

Bak lanzó una mirada alentadora a Pierre, quien comprendió que era el momento de tomar la palabra.

Pierre permaneció en silencio unos segundos; admiraba a las personas que saben formular con pocas palabras todo lo que hay que decir. Comparaba la claridad de la expresión con esas hermosas ecuaciones matemáticas que, en un problema muy complejo, aportan un resultado sorprendente por su simplicidad.

Se quitó las gafas, con ese aire tímido de quien quiere eclipsarse cuando lo miran. Luego se lanzó:

—La guerra de Vietnam ha sido una descarga eléctrica que ha disipado la ilusión de que la moralidad y la democracia eran los principios rectores de la política exterior. Los estudiantes estadounidenses han reaccionado. Pero nosotros, los franceses, también estamos afectados…

Cuando hablaba ante un público, a Pierre se le marcaban los nervios y los tendones, y se le hinchaban y deshinchaban las venas.

—… Los combatientes de Vietnam están ahí para recordar a los estudiantes de las naciones opulentas que su comodidad se basa en la explotación imperialista de los países poscoloniales. Tenemos la suerte de no sufrir la guerra en nuestro país. Los combates tienen lugar en otros sitios, por lo que debemos ser los resistentes de una guerra que se libra en otro territorio, y nuestra participación en el mundo implica un compromiso y una lucha activa en Francia. Debemos ser, en cierto modo, el vehículo a través del cual se manifiesta la historia.

Los tres chicos reconocieron en Pierre un pensamiento preciso, erudito y sólido que les gustó. Debía ser uno de los suyos. Y poner su inteligencia al servicio de su causa.

—¿Has oído hablar del movimiento del 22 de marzo?

—Sí, he seguido las reivindicaciones de los estudiantes de Nanterre.

—¿Cómo te ves en el futuro?

—No tengo ni el deseo ni las ganas de formar parte del futuro de Francia. Todo eso no es más que aburguesamiento. Hay que salir de esa vida. Quiero formar parte de un mundo mejor, que no se base en la sociedad de consumo.

—¿Qué opinas del Estado?

—Nos gobiernan viejos y policías.

—¿Quién escribió «cambiar la vida»?

—Arthur Rimbaud.

—¿Y «transformar el mundo»?

—Karl Marx.

—¿Conoces a Tạ Thu Thâu?

—No.

—¿Qué te molesta?

—¡Hay tantas cosas que me enfadan!

—Pon un ejemplo.

—No sé… Las apuestas.

Los tres chicos se echaron a reír, lo cual era buena señal.

—¿Por qué las apuestas?

—No aguanto el juego. Se distrae la atención de la gente haciéndoles interesarse por cosas tan estúpidas como la quiniela, por ejemplo, para que dejen de reflexionar y solo piensen en el dinero.

Bak lo miró con extrañeza y le hizo una pregunta que lo dejó perplejo:

—¿Te gusta pelear?

Pierre tuvo de repente la sensación de encontrarse ante Minos, Éaco y Radamanto, los jueces del tribunal de los muertos, situado en el Campo de la Verdad, un lugar inaccesible a la mentira. No quería decepcionarlos, pero al mismo tiempo quería decir la pura verdad de su alma.

—No me gusta pelear —respondió él.

—¿Y si te atacaran? Sabes que los grupúsculos fascistas odian a los antiimperialistas.

—Lo sé.

—Si te aceptamos, queremos que seas consciente de los riesgos físicos que corres.

—Entonces diría, para dejar clara la idea, que no me gusta pelear, pero que sé defenderme. ¿Os parece bien?

Los tres chicos asintieron con la cabeza.

—¿En qué consiste vuestra acción? —preguntó Pierre.

—Informamos. También realizamos acciones simbólicas.

—Hace unos días, en París, se izaron banderas del Vietcong en el Arco del Triunfo y en el segundo piso de la Torre Eiffel.

—Nos gustaría hacer lo mismo en Brest.

Pierre hizo un gesto con la cabeza, como un movimiento de su alma, para mostrarles que tenía ganas, que estaba dispuesto a unirse a ellos.

—Bueno, damos esta sesión por terminada. Te aceptamos en el Comité Vietnam Nacional de Brest.

Le entregaron material, pintura, revistas y panfletos.

Para Pierre, fue el principio de la clandestinidad. Nunca se había sentido, en toda su vida, tan vivo en la sombra. Y cayó la noche, vistiendo al joven con un atuendo de combate.

Mi padre empezaba a sentir cierto cansancio y también pérdida de apetito —lo que le hacía adelgazar—, consecuencias directas de la anemia provocada por la disminución de sus glóbulos rojos. Sin embargo, mantenía una actitud decididamente combativa, encontrando consuelo en el hecho de que algunos tratamientos de quimioterapia podían administrarse en casa gracias a una bomba y un pequeño dispositivo automático que funcionaba con una batería recargable. Luchaba contra la quimioterapia, que lo debilitaba. El cáncer se inmiscuyó en nuestra vida cotidiana, hasta el punto de impregnar cada momento.

Al mismo tiempo, yo estaba viviendo el lanzamiento de mi libro. Mi novela, *La postal*, tenía éxito.

Y, sin embargo, nadie, absolutamente nadie, habría podido adivinar la existencia del hacha clavada en la parte posterior de mi cráneo, partiendo en dos mi cabeza, mi ser entero. Porque, a pesar de esa gran felicidad, nada, absolutamente nada, podía impedir que me sumiera en una tristeza tan profunda como insondable. Tenía miedo por mi padre. Muchísimo miedo.

Anuncié a mis amigos que mi padre estaba enfermo y, al mismo tiempo, les pedí que nunca me sacaran el tema, que no me preguntaran por él, simplemente que me ayudaran a no pensar en ello, porque era lo único que hacía en todo el día, así que, si eran mis amigos, tenían que ayudarme a evadirme.

Vivía en el país del Cangrejo. Todos los que acompañan a un enfermo conocen ese país incierto, en los confines del mundo. Las manecillas del reloj ya no giran al mismo ritmo. La gravedad no es la misma que para los demás.

Todo parecía ralentizado, los sonidos externos tardaban más en llegar hasta mí, la gente parecía hablarme desde muy lejos.

Paradójicamente, algunas cosas cambiaban para mejor, ya no aceptaba que se me molestara por teléfono, aprendí a decir que no. La enfermedad de mi padre también tenía esa incidencia en mi vida, jerarquizaba los acontecimientos, me daba una excusa para aislarme del mundo. Lo que antes me resultaba complicado se volvía muy sencillo: coger el tren con las niñas después del colegio para ir a cenar temprano a casa de mis padres entre semana y volver. Nunca lo hacía cuando no vivía en el país del Cangrejo.

En ese país, los momentos ya no escapaban a su propia verdad. Eran *la* verdad.

La enfermedad, con su traje de profesor, nos conminaba a vivir, pero, sobre todo, a vivir bien.

Pensé que mi padre y yo habíamos pasado de largo el uno de la otra durante todos esos años. Tenía la sensación de que ya no me quería. ¿Quizá era un simple malentendido que bastaría con aclarar? Quería entender en qué momento lo había decepcionado, en qué momento había empezado a desconfiar de mí, en qué momento se

había sentido incómodo en mi presencia. La enfermedad llegó para obligarnos a hablar, a dirigirnos la palabra, a reparar el silencio y lo no dicho, los malentendidos. Todas las cosas que no se habían revelado durante tantos años. Por fin íbamos a conocernos, mi padre y yo. Habíamos dejado de callar.

Pasé por casa de mis padres. Mi padre estaba viendo la final del torneo Seis Naciones con mi hermana Isabel. Ellos tenían esa conexión, en torno al rugby, que yo no tenía. Mi padre y yo no teníamos ningún ritual. Debía recomponer la relación con él, que se había distendido con los años.

Me encantaba observar a ese hombre tan joven, desviar la mirada hacia él, sumergirme en su interior, comprender a ese chico tímido ante las mujeres, silencioso. Porque crecí con ese joven —aunque para mí fuera todo menos un joven—, era mi padre. Así que tenía que retroceder en el tiempo para conocerlo. Debía desplegar concienzuda y metódicamente nuestra historia, como esos mapas apilados en las guanteras, que desplegábamos meticulosamente en el interior del coche. Los pueblos que tenían la desgracia de encontrarse en un pliegue veían sus nombres borrados para siempre. Sí, buscaba un mapa en el que trazar lo que nos unía a mi padre y a mí, los sinuosos caminos que dibujarían la topografía de nuestra historia. En uno de esos viejos mapas de carreteras, con sus vías principales de color rojo sangre, que hacían que su red se pareciera a las arterias de una lámina anatómica.

No podía cambiar nada de lo que habíamos vivido juntos hasta entonces, él y yo, pero podía trazar el retrato de mi padre, el de un ser misterioso y silencioso que fascinaba a sus amigos, compañeros de trabajo y familiares, hasta el día de hoy. Para ello, tenía que remontarme muy atrás en el pasado. Mucho antes de mi nacimiento. Intentar comprender los momentos en los que la historia había comenzado a escribirse, para él, para mí. Nuestros puntos de encuentro, más allá del tiempo. Comprender por qué las cosas se habían vuelto tan difíciles entre nosotros. Por qué ya no conseguíamos hablar, cenar uno frente al otro, besarnos. Por qué, de alguna manera, nos habíamos distanciado, por qué habíamos sido incapaces de pronunciar una sola palabra de afecto hasta la actualidad, durante todos esos años en los que habíamos convivido, por qué nuestra relación se había vuelto problemática sin ninguna razón aparente, por qué a veces habíamos sido infelices juntos, sin llegar a conocer la causa de nuestro dolor. ¿Qué había pasado? ¿Por qué lo que parecía tan fácil para algunos había sido difícil para nosotros?

12
La perfección firma el crimen

En el cruce de la Rue Victor Hugo y la Rue de la République, en el muro junto a la panadería, Eugène vio una frase escrita con pintura negra:

VIVA LA REVOLUCIÓN VIETNAMITA

Entonces se acercó. La escritura era perfecta, como si alguien hubiera trazado cada línea con una regla. Y esa perfección era la firma del crimen.

Era su hijo quien había escrito ese eslogan en las paredes.

De camino al instituto, en la pequeña calle que bordeaba el ala derecha del edificio, leyó:

LIBERTAD ES UNA PALABRA VIETNAMITA

Le pareció muy bonito. Pero, por supuesto, no le dijo nada a su hijo.

13
Reunión del Movimiento finisterrano

Desde niño, a Pierre le gustaba sentarse en los peldaños de la escalera de la casa de sus padres y escuchar las reuniones políticas que se celebraban en el salón. Así fue como se formó en el discurso militante, oyendo a los adultos. Las voces le llegaban con mayor o menor claridad. Hablaban de lucha, de combates que librar, eran tensas y graves, y Pierre las había absorbido.

Ese domingo, Eugène acogió en su casa una reunión del Movimiento finisterrano, del que era secretario, que luchaba por el fin del aislamiento de Bretaña. Eugène invitó a algunos representantes sindicales, a miembros de la cooperativa agrícola La Bretonne y a los principales animadores de Le Cabro, el Comité de Acción de la Bretaña Occidental.

—Tenemos que hablar de la jornada de movilización del 8 de mayo. Será nuestro principal punto del orden del día.

Odile, presente, no estaba allí solo para servir el café. Escuchaba atentamente, observando a todos. Desde el pacto que hicieron en su día, ella se había convertido en la compañera de su marido, compartiendo, de forma discreta pero firme, sus compromisos políticos.

—El Gobierno francés nos ignora. No le interesa nuestro futuro económico regional.

—Pedimos la ampliación del aeropuerto: no hacen nada.

—La construcción de carreteras de doble carril: tampoco hacen nada.

—Nuestros agricultores se sienten sacrificados. Despreciados. Hay que apoyarlos.

—Queremos que De Gaulle nos haga caso.

—Una huelga de veinticuatro horas. Total. En defensa de toda Bretaña, de todos sus gremios. Campesinos. Obreros.

—¿Y los comerciantes?

—Van a llegar a acuerdos para llevar a cabo una operación «ciudad muerta». No abrirá ni una sola tienda.

—Los sindicatos de la región del Loira querían colaborar con nosotros. Pero nos hemos negado.

—¿Por qué?

—Los problemas de Bretaña son específicos de Bretaña y no se pueden comparar con los de otras regiones.

—Me he enterado de que los estudiantes quieren unirse.

—Sí, creo que los sindicatos de trabajadores y los sindicatos de estudiantes están negociando.

—Y a vosotros, Eugène, ¿cómo os va en los institutos?

—Todos los centros cerrarán, Kerichen, el Harteloire… Y sé que los centros privados también se sumarán a la huelga.

—Los padres de los alumnos estarán todos en la manifestación.

—Al menos, los alumnos de último curso tendrán un día más para repasar la reválida.

«No estoy seguro de que se queden tranquilamente en casa a repasar para la reválida», pensó Pierre mientras los escuchaba. Luego, sin hacer ruido, cogió su abrigo y salió de la casa para dirigirse al cuartel general. Lo que había oído le había dado una idea.

14
La comitiva de estudiantes

Cuando entró en el aula en penumbra, con sus efluvios de cerveza y de mollera estrujada, Pierre sintió la misma emoción que la primera vez: la impresión de llegar a un lugar con el que había soñado. En la pared, alguien había escrito con rotulador negro una cita de Karl Liebknecht, compañero de Rosa Luxemburgo: «LA JUVENTUD ES LA LLAMA DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA».

Pierre explicó sin demora que, con el cierre anunciado del instituto el 8 de mayo, veía una oportunidad única para movilizar al alumnado. Bak estuvo de acuerdo y propuso integrarlos en la marcha de los estudiantes de Brest. Pero Pierre insistió:

—No. No lo entendéis. Me gustaría que, por primera vez, los alumnos del instituto desfilaran bajo su propio estandarte.

Los tres estudiantes consideraron que era una idea excelente y nombraron a Pierre responsable y líder del movimiento.

15
Abrir las puertas de la percepción

—¿Quieres venir a mi casa? Podríamos trabajar en los eslóganes para la manifestación.

Pierre se pasó la mano por la nuca. No se había cortado el pelo en varias semanas, era agradable sentir su longitud bajo los dedos.

—Vamos, anda… —dijo Madeleine arrastrando las palabras.

A Pierre no le apetecía nada ir a su casa, pero con esa chica siempre pasaba lo mismo, y, sin poder explicar por qué, acababa diciendo:

—De acuerdo, pero solo un rato.

Siguió a Madeleine por la Rue de la République. Iba vestida con unos pantalones vaqueros y su medalla del bautizo había desaparecido. Llevaba el pelo suelto. Las fragancias del puerto comercial saturaban el aire con olores cálidos, olores a azúcar quemado. Al llegar a su casa, Madeleine le mostró a Pierre dos libros que estaban cuidadosamente envueltos en papel de periódico para ocultar los títulos a su madre. Un libro de Wilhelm Reich sobre sexualidad y otro de Herbert Marcuse.

En el salón, Madeleine cogió una llave escondida en un reloj y abrió un imponente armario de madera oscura. Luego sacó una gran sábana de lino blanco de su abuela, que olía a naftalina.

—Solo hay que cortarla. Dará para varias pancartas.

—¿Tienes pintura?

Madeleine sonrió. Le tendió el bote que había escondido detrás de las pilas de ropa y abrió la ventana para ventilar, mientras Pierre dibujaba unas letras mayúsculas de perfil abombado.

Cuando terminaron, en silencio, Madeleine le hizo una señal para que la siguiera.

—Mientras se seca, ven, te voy a poner algo que quiero que escuches —le dijo al llegar a su habitación.

Cogió un disco.

—Tienes que tumbarte y cerrar los ojos.

Pierre respondió que ni hablar. Eso hizo reír a Madeleine.

—Paso, en serio —respondió Pierre con firmeza—. ¿Qué estás haciendo?

—Enciendo velas e incienso.

Luego Madeleine abrió la maleta del tocadiscos, cuya tapa contenía el altavoz. Colocó el vinilo en el plato y bajó delicadamente el brazo del aparato.

—Espera, al menos escucha esto.

La canción comenzaba como un raga indio, una música embrujada por redobles de platillos sobre una guitarra solitaria, inspirada, envolvente. El cantante tenía una voz cálida y sensual, con el suave crepitar de un fuego lejano en lo más profundo de su garganta. Anunciaba que era el final, como un lamento perdido en el desierto de Thar o de Mojave, como un beso fresco y húmedo en unos labios ardientes.

Pierre tuvo la sensación de que el interior de su cuerpo se elevaba, bajo el efecto lancinante de la guitarra imitando un sitar, al

comienzo de una noche de otoño. Los punteos arrítmicos del instrumento le provocaron un vuelco al corazón, ya solo oía el silbido del viento, el canto de una niebla psicodélica procedente del mar.

Pierre pensó en el rostro de la estudiante, la del pelo corto, que había visto en el programa de televisión, el día de su cumpleaños. Se quedó callado, turbado por sentirse turbado. Luego le preguntó a Madeleine:

—¿Cómo se titula?

—«The End». Y el grupo se llama The Doors.

Pierre le pidió que lo volviera a poner.

Esta vez, él aceptó tumbarse en el suelo y quitarse los zapatos. Madeleine empezó a bailar. A veces sentía su aliento, su respiración sobre él. Ella no intentó besarlo.

Madeleine, al recordar ahora sus ingenuos sueños del pasado, se sentía avergonzada. Había entendido que lo que le interesaba entonces de las representaciones del matrimonio no era el matrimonio en sí, sino la sexualidad que autorizaba. Y que podría conseguir esto sin necesidad de aquello.

Me intimidaba la idea de dialogar con mi padre para escribir este libro. De repente, me di cuenta de que ya no estaba acostumbrada a estar a solas con él. Hacía muchos años que no teníamos una conversación íntima, una charla entre padre e hija cara a cara. Al menos desde que nacieron mis hijas.

—En tu libro tienes que hablar de la mecánica analítica —me dijo aquel día.

Me sorprendió. Mi padre sabía muy bien que la mecánica analítica no podía ser el tema de mi libro, que yo quería escribir una novela sobre él y su familia, no una obra científica. Además, intelectualmente no estaba capacitada para comprender un tema así. ¿Era un desafío, una forma de eludir el tema o de ponerme a prueba? Pero él parecía decidido, y empezó:

—He trabajado mucho en lo que en inglés se denomina *snap-through* —me dijo mi padre—. El comportamiento *snap-through* es una inestabilidad en los desplazamientos de una estructura. El desplazamiento salta de una configuración a otra, sin aumento de la carga externa. Se dice que hay una «bifurcación».

—¿Fuiste tú quien inventó esta teoría?

—No, quien trabajó en esto fue un matemático, René Thom, hijo de un tendero de Montbéliard, que se dedicó a la teoría de las

catástrofes.

—¿Por qué a la «teoría de las catástrofes» y no a la «teoría de la bifurcación»?

—En matemáticas, la palabra «catástrofe» está relacionada con el concepto de bifurcación. El término «catástrofe» designa el lugar donde una función cambia bruscamente de forma. Según René Thom, existen siete catástrofes elementales del espacio-tiempo.

Yo pensaba en las células del cuerpo de mi padre. Ellas también se rebelaban, se negaban a funcionar como de costumbre. Y todas esas células insubordinadas, poco a poco, se estancaban, se aglutinaban, se amontonaban y tomaban direcciones que nunca antes habían seguido.

—Para una estructura, hay siete modos de cambiar bruscamente de forma. Es como si te dijera que, para ir del punto A al punto B en una piscina, puedes moverte nadando a braza, a espalda o a mariposa. Pues bien, las siete catástrofes elementales corresponden a la descripción de siete modos: «el pliegue», «el fruncido», «la cola de golondrina», «el ombligo hiperbólico o la cresta de la ola», «el ombligo elíptico o el pelo»…

—¿En serio? ¿Se llama «el ombligo elíptico o el pelo»?

—Sí, estoy de acuerdo, el término es complejo. Sobre todo porque, cuando miras esa forma, se parece más a una cometa. Luego tienes «la mariposa» y, por último, «el ombligo parabólico o el hongo». René Thom trabajó en ello después de recibir la medalla Fields en 1958. Ya se habían realizado investigaciones al respecto, pero René Thom fue más lejos. Hasta entonces, los investigadores no habían integrado en el sistema lo que se denomina «cambios bruscos y discontinuos». Cuando hay singularidades.

—¿Y tú te interesaste especialmente por esa cuestión?

—Sí. Porque, metafóricamente, se trata de una revolución. Y a mí me interesan las revoluciones. De hecho, lo relaciono con el concepto de condensación de Marx. Él toma como ejemplo un sistema en el que hay vapor de agua en el aire. El agua está presente, pero no se ve. Si enfrías el sistema, el agua que no veías…

—… aparecerá en forma de gotas.

—Exactamente. En cierto modo, se produce una bifurcación.

—Pero has introducido un enfriamiento.

—Efectivamente, pero no hay cambio de masa.

—Interesante. ¿Y qué conclusión saca Marx?

—Que se puede aplicar la teoría de la condensación a los movimientos sociales.

Sonreí. Pensé que mi padre quería cambiar de tema. Pero, al contrario, todo estaba relacionado.

—Ahora te contaré la historia del telegrama —me dijo.

16
El misterioso telegrama

BEREST ESPERADO PARÍS SÁBADO URGENTE.

El telegrama llegó el jueves 2 de mayo de 1968 a la Rue de la République. Eugène pensó que se iba a celebrar una reunión de crisis en las oficinas de la Unión por la Defensa de la República (UDR), sin duda debido a las próximas elecciones europeas. Desde que su propio movimiento, la JR, es decir, la Liga de la Joven República, se uniera mayoritariamente a la Unión de la Izquierda Socialista, el nuevo partido de centroderecha, de orientación gaullista, le rondaba.

Eugène decidió partir a la mañana siguiente, es decir, el viernes, para comprender qué se esperaba de él y aprovechar para entregar el expediente de Pierre en el instituto Louis-le-Grand.

Cuando Pierre vio el telegrama en la mesa del comedor, tuvo una sensación extraña.

17
Un incendio devasta el local de la asociación de estudiantes de Filosofía y Letras de la Sorbona

Eugène tomó el primer tren del viernes 3 de mayo y se detuvo a comprar los periódicos en el quiosco de la estación de Brest, cuyo vendedor era un tal Léonard —charlaron sobre la región, la destrucción del mercado municipal y, por supuesto, sobre las nuevas instalaciones deportivas del estadio—.

En el tren, un artículo llamó la atención de Eugène: se hablaba de seis estudiantes izquierdistas de Nanterre, citados a comparecer ante el consejo de gobierno de la universidad. «Se les acusaría de agresión y lesiones, así como de insultos a profesores y conferenciantes». Además, su líder estaba acusado de «amenazas verbales de muerte condicionales, y agresión y lesiones voluntarias».

Como profesor, a Eugène le costaba imaginar que las relaciones con los estudiantes pudieran degenerar tanto. Es cierto que notaba cierta agitación entre sus alumnos del curso preuniversitario. A veces se mostraban más insolentes que antes. Pero eso se resolvía bastante rápido, si se tomaba el tiempo de hablar con ellos, de entender el origen del problema. Otro artículo del periódico *Le Monde* lo dejó preocupado:

Este jueves por la mañana se ha producido un incendio en la Sorbona, en el local de la Federación de los Grupos de Estudiantes de Filosofía y Letras, la organización estudiantil de la facultad de Filosofía y Letras de París.

Dichas instalaciones se encuentran justo encima de la biblioteca universitaria. El incendio se ha producido alrededor de las 7.45. Los bomberos, alertados por un bedel que vive al lado, han intervenido casi de inmediato. Sin embargo, el fuego ha devastado una sala de reuniones y ha destruido el mobiliario y el material de oficina (máquinas de escribir y multicopistas), así como las ventanas de dicha sala.

Por otra parte, el teléfono ha sido arrancado. Los daños se estiman en un mínimo de diez mil francos.

Al parecer, el incendio ha sido provocado por elementos de extrema derecha. De hecho, en la chimenea de la sala ha aparecido pintado un círculo tachado con una cruz, emblema del movimiento Occident.

Eugène conocía ese local, situado en la quinta planta del edificio B, ya que había pasado muchas horas allí, de estudiante. La idea de que la gran chimenea hubiera sido mancillada con el símbolo de esos jóvenes fascistas le heló la sangre. ¿Había gente tan loca como para provocar un incendio dentro de una universidad tapizada íntegramente con madera? ¿Junto a una biblioteca?

El incendio parecía responder a lo que estaba sucediendo en Nanterre. Los fascistas del grupo Occident aplicaban el terror y la intimidación para contrarrestar a los estudiantes de izquierda. Formaban parte de las redes nostálgicas del Tercer Reich, una mezcla de antiguos paracaidistas, hijos de obreros animados por el odio al comunismo, jóvenes de buena familia, aristócratas sin dinero e intelectuales torturados cuya libido se alimentaba en parte de la mitología de los años de la Ocupación. Soñaban con el renacimiento francés, con una Europa que hiciera frente a la amenaza soviética, defendían la civilización blanca y un Estado autoritario, popular y

descentralizador. Coleccionaban de manera fetichista objetos del Tercer Reich, tenían *Mein Kampf* en su biblioteca, odiaban tanto a los judíos como a los árabes, a los que apodaban «yupines» y «moros».

Independientemente de su origen social, todos compartían la impresión de haber perdido algo desde la guerra, la sensación de que el mundo entero les había robado, y aún esperaban obtener reparación.

Al llegar a París, Eugène comprobó que las obras de la Gare Montparnasse habían avanzado mucho. Ahora veía alzarse en las alturas un barrio ultramoderno, con impresionantes bloques de construcciones de formas a veces insólitas, inmensos edificios de acero y cristal que parecían dar la bienvenida a los viajeros directamente al año 2000. Eugène pensó que su padre habría estado orgulloso de esa estación futurista que conectaba París con Bretaña, él, que nunca dejaba de alabar la modernidad del garaje del Odet.

18
¡Es un caos, cerramos!

—¡Llega usted justo a tiempo, estamos cerrando el centro! —anunció el conserje del instituto Louis-le-Grand.

—Ah, ¿sí? ¿Pero por qué?

—Ay, ay, ay… ¡Hay un gran revuelo en el barrio! El director nos ha dicho que tenemos que cerrar antes.

—¿Cree que podría hablar con él un momento? Es para que admita la preinscripción de mi hijo en el curso preuniversitario de Ciencias exactas.

—¡Imposible! ¡Esto es un caos, vamos a cerrar!

El conserje señaló a dos jóvenes:

—¡Mire eso! Esto es el acabose… Chicas y chicos besándose en plena calle como si estuvieran en un dormitorio… ¡Qué tiempos!… Vamos, ya me encargo yo del expediente de su hijo. Estoy seguro de que es un buen chico que no da problemas. ¿No es así?

Eugène sonrió y asintió con la cabeza.

19
Reivindicación del comité de acción estudiantil

Como el cuarto de Pierre era demasiado pequeño para acoger a todo el mundo, tuvieron que apretujarse unos contra otros: Madeleine con sus amigas, los gemelos Jean y Louis Lesneven y cuatro estudiantes de secundaria que se habían ofrecido voluntarios para esa reunión del sábado por la tarde. Pierre se quedó de pie, mientras los demás se apiñaban en la cama.

—El orden del día: redactar el texto que servirá para crear el comité de acción estudiantil.

—Todo el mundo tiene que aportar ideas y se votará a favor o en contra.

Madeleine levantó la mano.

—¡Yo tomaré notas!

Y la sesión de trabajo dio comienzo, entre el olor a café y las volutas de humo.

> ¿Qué pide nuestro comité de acción estudiantil?
>
> Principalmente: libertad de expresión.
>
> El CAE quiere tener derecho a reunirse para debatir sobre política dentro del instituto. Derecho a colocar carteles, a presentar nuestras ideas y a repartir panfletos. Derecho de reunión.

El CAE pide que se elijan delegados a partir del mes de septiembre, para que los representantes del alumnado puedan asistir a los consejos de clase y defender la voz de sus camaradas. Los delegados también podrán asistir a los consejos de disciplina y defender a los alumnos juzgados.

El CAE pide que se hagan públicos todos los consejos de clase.

El CAE también pide la creación de un periódico escolar independiente, escrito por los alumnos y sin la intervención de los profesores.

El CAE pide la abolición de los «institutos-cuarteles», donde todo parece gris, triste, viejo y feo.

El CAE reclama el derecho a llevar el pelo largo y la libertad en la vestimenta.

El CAE pide menos clases magistrales y más trabajos prácticos.

El CAE pide una organización inteligente de los horarios, con la programación de las clases «importantes» por la mañana y las clases más ligeras por la tarde.

El CAE quiere modificar las relaciones jerárquicas entre profesores y alumnos. El profesor debe ser un tutor, una brújula, pero en ningún caso un «maestro». La primera evolución de las relaciones en el centro pasa ante todo por el lenguaje: alumnos y profesores deben tutearse.

El CAE rechaza una enseñanza que desperdicia el talento intelectual en beneficio de una necesidad inmediata de mano de obra. No a una política educativa que aleja a los hijos de la clase obrera de los estudios superiores.

El CAE exige relaciones con el mundo laboral para que cada estudiante de secundaria sepa lo que es la explotación capitalista.

—¿Y qué hacemos ahora con este texto?

—Lo vamos a distribuir en todas las clases del instituto, desde primero de bachillerato hasta preuniversitario, para que todos comprendan la necesidad y el objetivo del CAE.

—¿Y después?

—Después, elegiremos un delegado del CAE por clase. Y organizaremos reuniones para que la Administración aplique

nuestras ideas.

Pierre tomó la palabra:

—Una vez dicho esto, tengo que hablaros de la manifestación del 8 de mayo. Es dentro de cinco días. Nosotros, los estudiantes de secundaria, vamos a desfilar bajo nuestro propio estandarte.

Al mismo tiempo, en París, Eugène se dirigía a la estación de metro Luxembourg. De repente, de entre las rejas del Jardin du Luxembourg surgió un enjambre de insectos zumbadores, tenebrosos, vestidos de negro y armados con barras de hierro, mangos de hachas y puños americanos. Llevaban gafas de sol y pasamontañas que les ocultaban el rostro, algunos con brazaletes negros en los brazos.

Eran cien, quizá el doble, una auténtica milicia, que avanzaba en filas cerradas entre los coches y los atónitos transeúntes. Entre ellos, sin duda, los incendiarios de la Sorbona. Otros bordeaban el Observatorio y el Boulevard Saint-Michel.

—¡Matemos a los comunistas!

Eugène se detuvo. Uno de ellos vestía el uniforme del Jeune Front —azul con botas amarillas—, un grupúsculo francés pronazi fundado al comienzo de la Ocupación. Recordó el día 11 de mayo de 1940, cuando esos fascistas franceses esperaban con barras de hierro a los estudiantes que huían de los fusiles alemanes.

20
La bula del papa Gregorio IX, *Parens scientiarum*

Jean Roche, rector de la Universidad de París, decidió llamar al ministro de Educación Nacional para explicarle que deseaba la intervención de la policía.

—Los estudiantes de Nanterre están haciendo una sentada en la Sorbona. Algunos llevan cascos y palos.

—¿Qué espera de mí?

—Quiero que avise al Ministerio del Interior para que intervenga la policía.

—¿En la Sorbona? ¿Está seguro?

—Sí.

El ministro de Educación Nacional, Alain Peyrefitte, colgó el teléfono e hizo lo que le había pedido el rector.

Cuando el prefecto de policía de París recibió la orden de enviar a sus agentes a la Sorbona, pensó que algo no iba bien. Maurice Grimaud, muy diferente de su predecesor, el prefecto Maurice Papon, que había ocupado el cargo durante casi diez años, dudó.

—No estoy convencido…

—¿Por qué?

—En Francia, la policía no puede entrar en una universidad.

Esta particularidad se remontaba al siglo XVIII y tenía su origen en una bula del papa Gregorio IX, que quería proteger a los estudiantes y profesores de las universidades, por entonces instituciones eclesiásticas.

—Bueno. Quiero una requisición firmada por el rector —acabó cediendo el prefecto.

—Se la envío.

Poco antes de las cuatro de la tarde, la comisaría del V distrito recibió la siguiente orden: «Jean Roche, rector de la Academia de París y presidente del consejo de la Universidad, solicita a las fuerzas policiales que restablezcan el orden en el interior de la Sorbona, expulsando a los alborotadores».

El comisario puso mala cara: la última vez que entraron unos uniformados en la Sorbona fueron los de la Wehrmacht. Pero, al fin y al cabo, las órdenes eran las órdenes.

—Evacúen la Sorbona. ¡Se les autoriza a entrar en el centro!

Eugène se encontró de repente en una calle donde las sombras de los uniformes se extendían como una marea negra. Entonces, de pronto, se hizo un silencio grave y solemne. Delante, detrás, en cada calle adyacente, los policías permanecían inmóviles, rígidos, alineados en columnas, y sus botones brillaban con un resplandor metálico, al igual que sus botas. Eugène recordó aquel 11 de noviembre de 1940, cuando él y sus compañeros gritaron «¡Viva De

Gaulle!» ante la tumba del soldado desconocido. Hoy, los chicos gritaban lo contrario, pero algo perduraba, irreductible: la rebelión de una generación que desafiaba a los adultos. Y, frente a ellos, como única respuesta, armas y policías.

Al mismo tiempo, dentro de la Sorbona, el comisario de policía pidió hablar con el servicio de orden de los estudiantes, una veintena de chicos armados con cascos y mangos de hachas, que vigilaban las salidas para asegurarse de que todo transcurriera sin incidentes. Les dijo:

—Hemos recibido la orden de entrar. Por el bien de todos, les pido que saquen a todos los estudiantes. No les pasará nada. Solo queremos que todo transcurra con calma.

Pero unos gritos interrumpieron la conversación. Trescientos policías entraron en la Sorbona con sus cascos, escudos y porras. Incluso el comisario tuvo la sensación de que se estaba cometiendo un sacrilegio. Los altavoces comenzaron a retumbar:

—¡Evacuación del recinto! ¡Verificación de documentos de identidad!

El rumor se extendió por todo el barrio.

—¡La policía ha entrado en la Sorbona!

—¡La policía está deteniendo a los camaradas!

Más de siete siglos antes, el 13 de abril de 1231, el papa Gregorio IX había concluido su bula pontificia prohibiendo la intervención de fuerzas externas en las universidades con estas palabras: «Que nadie infrinja esta decisión, constitución, concesión, defensa y prohibición y no ose oponerse a ella con audacia temeraria. Y si

alguno lo osare y atentare contra ella, que sepa que atraerá sobre sí la indignación de Dios todopoderoso y la de los bienaventurados Pedro y Pablos».

21
Las madres de los chicos de Mayo del 68

Odile escuchaba las noticias en la radio, con una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra, cuando Pierre entró en la cocina. Ella exclamó:

—¡Ayer la policía entró en la Sorbona! ¡Hubo seiscientas detenciones! No tienen derecho, ¿sabes?

Para Odile, ese acto era tan sacrílego como si la policía hubiera entrado en una iglesia.

Pierre sintió una turbación que nunca había experimentado. Siempre había sabido, aunque de forma vaga, que su madre había tenido su edad y que había sido estudiante en la Sorbona, en París. Sin embargo, jamás intentó imaginar, realmente, a esa joven sentada en un anfiteatro, inclinada sobre sus libros de historia. Solo la había conocido en el papel que ella misma se había forjado ante él: una madre, una mujer responsable, que llevaba el peso diario de la casa y los hijos.

Pero aquella mañana, alrededor de la radio donde se relataban los acontecimientos, a aquellas madres no les parecía mal que sus hijos alterasen el orden establecido. En silencio, les habían transmitido el deseo de que el mundo cambiara. No eran ajenas a todo aquel jaleo.

22
La conmoción del telegrama

Eugène se dirigió a la sede parisina de la UDR, que encontró casi vacía. Nadie lo esperaba. Sorprendido, le mostró el telegrama a la persona que estaba de guardia, que le comentó:

—Debe de haber un error. ¿Está seguro de que era para usted?

En el tren de vuelta, Eugène pensó en la palabra «conmoción», que había estudiado en sus clases de estilística, hacía tiempo. Esa palabra lo fascinaba por todos los conceptos que abarcaba. En arquitectura, se denominaba así a una grieta causada en una pared por un impacto o una explosión; en joyería, se refería a una fisura en un diamante después de un golpe; los veterinarios hablaban de «conmoción» de los cascos de un caballo si un accidente producía una hemorragia interna; y, cuando las piedras se rompían por las llamas, se denominaba «conmoción por fuego».

Lo que experimentaba Eugène ante ese telegrama era precisamente eso: una conmoción, una especie de impacto profundo, un tumulto, un aturdimiento en su mente que le impedía comprender y le producía un abrupto cambio de ánimo. Sin embargo, Eugène sentía que la solución era obvia, que estaba ante sus ojos.

23
Los padres no se caen de un guindo

Mucho más tarde, una vez en Brest y ya en la cama, Eugène le daba vueltas y más vueltas al problema del telegrama, hasta que cayó en la cuenta. Se levantó de un salto, inclinó el cuerpo hacia delante y dijo en voz alta:

—¡El telegrama era para Pierre!

Encendió la lámpara de la mesilla y cogió un Craven. Odile hizo lo mismo, un mechón de pelo le cayó sobre la nariz mientras su marido le pasaba el mechero. Se le había quedado una brizna de tabaco en los labios. Eugène volvió a ver a la joven que había conocido en su día y le pareció tan guapa como entonces, quizá incluso más.

—¿Estás preocupado? —preguntó Odile.

Eugène pensó en lo que había visto, los chicos golpeados, perseguidos por la policía. Odile supo inmediatamente lo que pensaba su marido en ese momento.

—Quizá no sea tan buena idea que Pierre se vaya solo a estudiar a Louis-le-Grand —dijeron Eugène y Odile, casi al mismo tiempo.

—¿Has presentado la solicitud?

—Sí. Incluso le he pedido al conserje que se lo recomiende especialmente al director.

—¿No estamos metiendo a nuestro hijo en la boca del lobo?

—Buena pregunta.

Eugène pensó que ser padre era sin duda el oficio más difícil que existía. Y que los hijos solo se daban cuenta el día en que ellos mismos se convertían en padres.

—Deberías llamar a tu antiguo alumno, ese al que trasladaron a París.

—¿Bernard Le Corre?

—Sí, ¿no está ahora en la prefectura de París?

—Sí.

—Le mostrarás el nombre y el número de teléfono que figuran en el telegrama.

—Muy buena idea. Lo haré el lunes por la mañana, a primera hora.

Cuando pasó por delante de la puerta de sus padres, Pierre vio un haz de luz y se sorprendió al sentir un fuerte olor a tabaco. Pero, como todos los chicos, que siempre piensan que sus padres son unos ingenuos, se imaginó que Odile y Eugène estarían organizando las próximas vacaciones.

24
Un error de interpretación

En su despacho de la prefectura de policía de París, Bernard Le Corre reconoció inmediatamente la voz familiar de su antiguo profesor. Las clases del señor Bérest le habían dejado una huella indeleble. Él, que antes solo sentía un interés moderado por la literatura, se había abonado a la Comédie-Française nada más llegar a París. Así que, cuando el señor Bérest le pidió ayuda para desentrañar el misterio del telegrama, Bernard no dudó ni un segundo antes de ponerse manos a la obra.

—Parece que su hijo ha sido contactado por una organización política que está causando alboroto entre los estudiantes de Nanterre y la Sorbona.

—¿A qué se refiere?

—La JCR, la Juventud Comunista Revolucionaria. Son ellos quienes llevaron a cabo parte de las operaciones que tuvieron lugar el viernes en París.

—¿Ah, sí?

—Le aconsejo que mantenga a su hijo tranquilo en Brest. No es muy recomendable que venga aquí a juntarse con esos tipos.

Eugène se tomó la noche para reflexionar. Y, al día siguiente, decidió decirle la verdad a su hijo: era a él a quien esperaban en

París.

—¿Quién? —preguntó Pierre, desconcertado.

—¿Te suena la JCR?

Por supuesto. Pierre acababa de entrar en la organización como simpatizante. Pero no tenía derecho a decírselo a su padre. Ni a nadie más, por cierto.

Mantendría ese secreto oculto a sus amigos, a su mujer y a sus hijos durante las siguientes cinco décadas.

25
El día 8 de mayo de 1968

Brest despertó en silencio, con una espera flotando en el aire, sin saber si se trataba de una amenaza o de una promesa.

La ciudad conservaba en su memoria las manifestaciones obreras de 1950, que concluyeron de forma sangrienta. Édouard Mazé, de veintiséis años, fue asesinado por la policía de un disparo en la cabeza.

Desde el amanecer, Brest se paralizó. En la estación, ya no salía ningún tren. En el puerto, las lonjas permanecían vacías, los arrastreros, fijos en el agua, inmóviles. Poco a poco se formó una marea humana que reunió a sindicatos obreros, campesinos, profesores, estudiantes e incluso a la Iglesia. Los obispos de Quimper y Saint-Brieuc apoyaron públicamente el movimiento y los sacerdotes, después de la misa, leyeron llamamientos a la movilización. En la Place du General Leclerc, rebautizada ese día como «plaza del Pueblo», se reunieron ferroviarios, estibadores, trabajadores de las conserveras y del arsenal, profesores, estudiantes, campesinos, monjas, todos se habían dado cita allí. Los rostros estaban serios, unidos por una resolución colectiva. Los tractores, cargados de leche y de patatas ofrecidas por los campesinos de la comarca de Léon, formaban una imponente

columna alrededor de la ciudad, bloqueando el tráfico durante kilómetros. Todos compartían el mismo sentimiento de abandono: el de una región relegada a un papel de decorado para turistas con sus segundas residencias, sin perspectivas para quienes vivían en ella.

A medida que avanzaba el día, la lluvia se sumó a la fiesta, pero a nadie le importó. Todos sabían que esa manifestación pasaría a la historia. La ciudad bretona de Brest había plantado cara, no con violencia, sino con una solidaridad inquebrantable. Se rumoreaba que la movilización traspasaría las fronteras de la región, que inspiraría a otras ciudades, tal vez incluso a París.

Pierre lideró a los estudiantes de secundaria, tras la sábana de la abuela de Madeleine, en la que habían pintado el eslogan en rojo. Cuando miró a la joven, con el pelo cortado a la altura de los hombros, del brazo de los gemelos, la encontró formidable. Al frente del cortejo, tuvo la sensación de ser arrastrado por una ola irresistible, en un movimiento que iba más allá de sí mismo.

A su lado, las banderas rojas ondeaban al viento, enarboladas por los estudiantes de la Juventud Comunista Revolucionaria, cuyo color escarlata contrastaba con el gris del cielo. Intentando ponerse a la cabeza de la marcha, cantaron con entusiasmo «La Joven Guardia». Pero, unos pasos por detrás de ellos, los trabajadores de la CGT replicaron entonando «La Internacional». El intercambio, inicialmente tenso, acabó provocando sonrisas.

Al día siguiente, los titulares de los periódicos se harían eco de ese día histórico en el que Bretaña, unida, había hecho oír su voz.

26
La noche de las barricadas

Dos días después, el 10 de mayo, las manifestaciones se extendieron por toda Francia. Los estudiantes de secundaria se unieron a los universitarios. En París, los enfrentamientos se prolongaron hasta la madrugada. Al día siguiente, *Le Monde* titulaba en letras mayúsculas a toda página: «NOCHE DRAMÁTICA EN EL BARRIO LATINO», y en el subtítulo precisaba: «La policía toma al asalto sesenta barricadas», para luego informar del gran número de heridos en ambos bandos.

La barricada remitía a la Comuna de 1870, a la idea de la defensa de un territorio libre e insurreccional. Las imágenes de la televisión exaltaban el corazón de Pierre, al igual que las fotografías de montones de adoquines, coches volcados y jóvenes lanzando cócteles molotov. Se culpaba por haberse perdido esa noche revolucionaria.

Cambió de opinión sobre su futuro. Si lo aceptaban, iría a estudiar a París.

—Entonces, si lo entiendo bien, ¿entraste en la JCR a través del Comité Vietnam Nacional?

—Era, en buena lógica, el siguiente paso, efectivamente. Los tipos te captaban así. Te observaban, veían de lo que eras capaz.

—¿Y luego?

—Primero te proponían ser simpatizante. Después, tenías que participar en acciones.

—¿Como cuáles, por ejemplo?

—Anne, no te lo puedo decir.

—¿Por qué?

—Porque, desde el momento en que entras en la JCR, pasas a la clandestinidad.

—Pero, papá… Eso fue hace casi sesenta años… ¡Ya ha prescrito!

—No. La lógica del silencio es para toda la vida.

—Pero tú puedes hablar en tu nombre.

—El individuo no tiene cabida en esta historia. Hablar de mí es hablar de todos.

LIBRO IV

(1968-1970)

Los años rojos

1
La levadura que hace crecer el pan

Cuando miraba por la ventanilla del tren, Pierre no veía un paisaje, sino una combinación de fenómenos. Un arcoíris le contaba la difracción de la luz solar en valores angulares. El azul del cielo le hablaba de las leyes de la física ondulatoria y, en la claraboya de su ojo, el mundo entero se organizaba en cuerpos, en sistemas mecánicos, en trayectorias: todo eran masas, cifras, relaciones de transmisión, combinaciones de estructuras materiales, distribuciones de peso.

Ese domingo, el último domingo de agosto de 1968, víspera del inicio del curso escolar, todos los trenes que se dirigían a la capital transportaban a la cohorte de provincianos, torpes y rústicos, con sus mochilas a la espalda, que descubrían los pasillos del metro, la ambición social, y el miedo a quedarse en el andén. Pierre tomó el primer tren de la mañana de Brest a París, como Eugène un cuarto de siglo antes. Tenían la misma edad, dieciocho años, procedían del mismo lugar y seguían la misma trayectoria. Y, sin embargo, no era exactamente igual. Y las escasas diferencias entre los seres, por ínfimas que sean, se convierten en abismos cuando se trata de las que distinguen a padres e hijos.

Cuando el tren entró en la estación, Pierre guardó en su bolsa el libro de Daniel Bensaïd y Henri Weber, que acababa de salir: *Mayo del 68, un ensayo general*. El libro se había publicado a toda prisa durante el verano en la editorial Maspero y planteaba la pregunta de por qué la mayor huelga de la historia de Francia no había dado lugar a un cambio profundo en la sociedad. La respuesta estaba en el título: porque los acontecimientos de mayo no eran más que el ensayo general de una gran revolución que se avecinaba en suelo francés. Pero para llegar a ella habría que luchar. Pierre no tomó el metro, porque Léon lo esperaba fuera de la estación: Léon, el chico con cuerpo de niño, su contacto con la JCR de París.

Caminaron en silencio, uno detrás del otro, como solían hacer por las calles de Brest. Para pasar desapercibido, Pierre se había puesto su chaquetón azul marino y, antes de partir, regaló a Madeleine su chaqueta de aviador. Ella, mirándose en el espejo, dijo que le quedaba «dabuti». Pierre asintió.

Pierre y Léon entraron en un bar de la Rue Gay-Lussac. Al fondo, dos muchachos sentados en un rincón apartado, a salvo de las miradas, guardaron unos papeles en los que habían dibujado unos esquemas. Uno encendió una pipa y el otro le preguntó al joven bretón:

—¿Sabes algo de la historia de la JCR?

Pierre negó con la cabeza. Tenía esa inteligencia instintiva de los tímidos: saber callar y parecer menos instruido de lo que realmente era.

—La Juventud Comunista Revolucionaria, cómo decirte, fue creada hace uno o dos años por jóvenes que ya no se reconocían demasiado en la línea del Partido Comunista, ¿entiendes?

—Básicamente por la guerra de Argelia.

—Fue nuestro camarada Alain Krivine quien fundó esta organización, tras ser expulsado de la Unión de Estudiantes Comunistas. Ya lo conocerás, es un tipo que sabe lo que se hace.

—Luego, el Gobierno disolvió la JCR, el pasado mes de junio, después de los acontecimientos de mayo. Desde entonces, estamos intentando poner en marcha, en la sombra, una nueva organización unificada.

—Así que, por el momento, hacemos las cosas de forma subterránea, muy clandestina.

—Ya sabes que, a diferencia del PC, nosotros no tenemos secretario general ni presidente, sino una dirección colegiada, formada por siete miembros. En algún momento recurriremos a ti, si te interesa.

Pierre asintió con la cabeza.

—Va a llevar un poco de tiempo. Mientras tanto, no dejes que la OCI se te acerque.

—Si a esos tipos se les ocurre ir a verte, ignóralos.

—La Organización Comunista Internacionalista, los lambertistas, son unos viejos. Su líder, el abuelo Mégot, hasta se inventa citas de Lenin.

—Pero, desde un punto de vista ideológico, ¿cuáles son vuestras diferencias? —preguntó Pierre—. Ellos también son trotskistas.

—Tienen una organización mucho más jerárquica que la nuestra. Son cerrados. Denuncian a Stalin, pero están muy burocratizados.

—Y siempre andan buscando gresca.

—Nosotros estamos a favor de la violencia, pero hasta cierto punto.

Uno de los tipos le pasó *Mi vida*, de León Trotsky.

—Tienes que familiarizarte con varios conceptos importantes. Los tres principales que debes recordar son estos: la revolución permanente —dijo Léon.

—Contra la idea del socialismo en un solo país —añadió el otro tipo.

—Y la democracia obrera —concluyó el último.

«Siempre la cifra es tres», pensó Pierre.

—Cuando te avisemos, tendrás que ser muy reactivo.

—Mientras tanto, lee todo lo que puedas.

—Vas a entrar en Louis-le-Grand, ¿verdad?

Pierre asintió.

—Busca a Werter, suele estar en la sala 15, dile que vienes de parte de Pero, que soy yo.

—Lo que tienes que entender es que quizá no seamos muchos, pero ya verás…

Se interrumpieron, enmudecidos y serios, como si de repente calcularan la inmensidad de la tarea que los esperaba. La gramola dejaba escapar una melodía triste. Dos siluetas espectrales, León Trotsky, con un piolet de alpinista clavado en el cráneo, y Rosa Luxemburgo, envuelta en su vestido de ahogada, bailaban una balada lenta para aquellos chicos llenos de esperanza. Daban vueltas, abrazados, y el aire comenzó a vibrar intensamente.

Entonces, uno de los muchachos susurró, como para sí mismo:

—Seremos la levadura que hace crecer el pan.

2
Los tres medios y los cinco medios

Pierre salió del bar con pena. Había sentido, junto a Léon y Pero, esa fraternidad inmediata que une a los militantes, esa sencillez del vínculo que hace la vida más fácil. Le hubiera gustado seguirlos al local donde iban a fabricar panfletos y fumar cigarrillos mientras hablaban de la revolución. Pero el internado del instituto Louis-le-Grand iba a cerrar pronto, así que bajó rápidamente por la Rue Gay-Lussac.

En el dormitorio reinaba un ambiente de orfanato. Las duchas solo estaban abiertas dos tardes a la semana, los alumnos disponían de un único cuarto de baño por planta y unos cuantos lavabos, donde meaban los internos. Y así, generación tras generación, ríos de orina ácida atacaban la porcelana, dejando marcas verdosas que el detergente de mala calidad no conseguía borrar.

Todos esos chicos parecían flotar en cuerpos que habían crecido demasiado rápido. Eran chavales dotados de una inteligencia prodigiosa. Habían pasado su juventud encerrados en bibliotecas y aulas estudiando griego clásico y matemáticas, profundizando en los conceptos de infinito y de cosecha de trigo en la Antigüedad.

Su memoria era formidable, pero sus cuerpos, a menudo, frágiles. La distribución nacional de un vaso de leche a la hora del recreo no

siempre había sido suficiente, los habían atiborrado de hierro, yodo, lecitina y Viandox, como si fueran animales de granja.

Junto a la cama de Pierre, un muchacho se esforzaba por rebanar un salchichón sobre la tapa dura del manual *Lagarde y Michard* de literatura del siglo XVIII, que hacía las veces de tabla de cortar. Llegó otro, un antiguo alumno, para explicar las normas del dormitorio. La clase de Ciencias exactas se dividía entre los nuevos, apodados «los tres medios», y los antiguos, apodados «los cinco medios».

—En clase de mates, los tres medios no tienen derecho a intervenir.

—Solo los mayores tienen derecho a levantar la mano y salir a la pizarra.

Un veterano cogió una almohada y se la lanzó a Pierre.

—¿Has oído eso?

Pierre no se movió, no respondió, concentrado en la lectura de *Mi vida* de Trotsky.

Pierre era diferente a la mayoría de los chicos de su dormitorio. No había ido a París para enorgullecer a su familia ni para cambiar el curso de su destino. Su proyecto no era individual, sino colectivo: había llegado a París a hacer la revolución.

«Te avisaremos», le habían dicho los tipos de la JCR. Así que esperaría.

3
Las nuevas salas son demasiado viejas

Eugène no propuso a su hijo acompañarlo a París para el inicio del curso escolar, como hiciera su padre veintiocho años antes.

Quería darle a su hijo una educación diferente a la que él había recibido, aunque en secreto deseaba que Pierre se le pareciera en todo. Él era consciente de la paradoja.

En ese último día de vacaciones, antes de regresar a Brest, quiso ver el avance de las obras del nuevo mercado municipal de Saint-Pol-de-Léon.

El ayuntamiento había decidido modernizar los circuitos comerciales mayoristas. Se trataba, ante todo, de mejorar las condiciones de distribución de los productos alimenticios. La ciudad estaba en plena transformación, con colores, formas novedosas y materiales modernos.

Esas «lonjas nuevas» que se estaban demoliendo habían albergado el mercado de verduras durante más de cien años. Se construyeron en 1860 para sustituir a las antiguas lonjas de madera, que se habían quedado pequeñas debido al éxito de las verduras bretonas.

Eugène quiso grabar en su memoria el vasto pabellón de piedra, de estilo neoclásico, con una entrada arquitectónica en forma de

arcada, protegida por una gran verja de hierro forjado, donde su padre había fundado el primer sindicato de campesinos de la comarca de Léon.

Eugène pensó que la destrucción del mercado produciría un vacío momentáneo en la ciudad, que se rellenaría, como un olvido en la memoria colectiva. Se preguntó en qué momento, exactamente, dejaron de existir los Johnnies, que antaño iban en bicicleta a Inglaterra a vender sus montañas de cebollas. Su hijo nunca conocería a los recolectores de sargazos de la bahía de Pempoul, ni a las mariscadoras con sus cestas en la cabeza. Habían desaparecido, al igual que las casetas con ruedas de la playa de Sainte-Anne, o Marie Bustor, que vendía sus cangrejos cocidos mientras fumaba en pipa, o el bazar de la Grand-Rue. Jamás oiría hablar de Marie-Anne Floch, la hermana del abad Floch, que se convirtió en profesora después de la guerra porque faltaban hombres. Nunca sabría la historia de la fuente milagrosa de Lenn ar Gloar. Jamás entraría en la relojería Daniélou, que «lo reparaba todo». Y eso no era ni bueno ni malo, simplemente era así. Lo vivo acababa por morir.

4
El señor Ramis, conocido como «la Rata» o «Raminagrobis»

Raminagrobis no estaba allí para divertirse. Tenía que preparar a sus alumnos para el examen más difícil, exigente y prestigioso de Francia: la prueba de acceso de la Escuela Politécnica. El señor Ramis solo se ocupaba de los mejores de la clase, los antiguos alumnos, a los que él mismo había «formado».

El primer día, según la tradición, Ramis comenzaba planteando un problema matemático que sabía que era demasiado difícil. Un problema que ninguno de sus alumnos había estudiado nunca en el programa, ni con él ni con nadie. Su única intención al hacerlo era desanimar a los más flojos. Y animarlos a abandonar su clase y a limitarse a preparar el ingreso en la universidad.

—Les doy cinco minutos para resolverlo en la pizarra, mientras tanto voy a pasar lista.

El señor Ramis comenzó. Después de cada nombre de un antiguo alumno, modulaba la voz y luego alzaba la vista para saludarlo en la distancia. Por el brillo de su mirada, más o menos intenso, se podía adivinar la nota que había obtenido el alumno en el examen del curso anterior. En cambio, pasaba rápidamente por los nuevos, sin

siquiera molestarse en levantar los ojos hacia ellos. Tras el último nombre, una vez que terminó, preguntó:

—¿Quién sube a la tarima para resolver el problema?

Luego añadió en tono amenazante, pero con ese acento irresistible, el acento del sur, pronunciando las erres vibrantes:

—¡Y se lo advierrrto, nada de bullabesas!

Pierre hizo un gesto, tranquilo, seguro de sí mismo, sin ninguna vacilación.

El señor Ramis extendió el brazo, en cuyo extremo temblaba la larga tiza blanca, anticipando la furia que se abatiría sobre el inconsciente que se había atrevido a levantar la mano ante las narices de los veteranos.

Pierre hizo chirriar su silla al ponerse de pie y subió al estrado bajo las miradas atónitas de los demás alumnos. La tiza chirrió en la pizarra, provocando risas en la clase y la exasperación del profesor. Pierre cogió la tiza de otra manera y, sin dudar un momento, escribió la resolución del problema.

Luego volvió a sentarse, antes de que el profesor lo invitara a hacerlo. La rapidez con la que expuso su demostración no perturbó la insolente calma de su cuerpo. El silencio reinaba en el aula.

Pierre pertenecía a esa rara categoría de seres capaces de captar al instante todos los conceptos que les presenta un profesor: las nociones nuevas parecen depositarse en su mente con una claridad y nitidez perfectas e indelebles. Estos seres son un enigma para los demás. Parecen haber vivido vidas anteriores de las que han conservado, en algún lugar de su memoria, no los recuerdos, sino

los conocimientos; como si solo tuvieran que sumergirse en sí mismos para abrir cajones llenos de experiencia adquirida y encontrar al alcance de la mano todo el saber del mundo almacenado, entendido y digerido.

Al infringir las reglas de los novatos en la clase del señor Ramis, conocido como «la Rata», Pierre había dado muestras de su insolencia y cometido una transgresión. Los cinco medios lo vieron como un rival al que derrotar. Por el contrario, se convirtió en la mascota de los tres medios, que lo encontraban absolutamente genial.

5
Base-Grand

A diferencia de Eugène, para quien el primer día de clase en el Henri IV había sido un camino lleno de obstáculos, Pierre no llegaba a un mundo hostil. Ser miembro de una red clandestina significaba tener hermanos en todas partes. Adondequiera que fuera, Pierre encontraba a jóvenes a los que no necesitaba presentarse, tipos que no le preguntaban, con aire de entendidos, si prefería a los Beatles o a los Rolling Stones. Eran camaradas.

Cuando entró en la sala 15, lo primero que vio fue a unos alumnos de sexto de bachillerato muy ocupados. Se acercó a ellos:

—¿Qué estáis haciendo?

—Panfletos. Proponemos que la hora de gimnasia se convierta en una clase de defensa personal.

Pierre les deseó buena suerte. Luego se abrió paso para reunirse con su grupo, que había localizado al fondo de la sala:

—¿Werter? Vengo de parte de Pero —dijo.

Werter era un chico de preuniversitario, con ojos negros y manos que se agitaban alrededor de su cabeza cuando hablaba.

—¿De dónde vienes?

—Sección de Brest.

Se dieron la mano.

—Los bretones sois gente seria.

De repente, los interrumpió el ruido de un viejo transistor Mambo, manipulado por el grupo Izquierda Proletaria, jóvenes con chapas con el retrato de Mao, estudiantes de la Escuela Normal Superior de la Rue d'Ulm, que solían reunirse allí cuando sus propios locales estaban ocupados. Apodaban la sala 15 de su antiguo instituto «Base-Grand», su base en Louis-le-Grand.

—¡Oh! ¡Silencio, voceras! —gritó Werter.

Pero nadie respondió, porque en ese día de vuelta a clase todos estaban demasiado ocupados como para pelear. Werter explicó a Pierre que, por el momento, estaban en plena reorganización.

Pronto vería la luz un nuevo periódico, para mantener la información durante ese periodo de transición entre la disolución de la JCR y el nuevo movimiento que iba a surgir. El periódico se llamaría *Rouge*, «Rojo». Necesitarían ayuda para garantizar su difusión. Para ello, tenían previsto crear grupos específicos, a los que llamarían «círculos rojos».

Werter le preguntó a Pierre si, mientras esperaban a que todo eso se pusiera en marcha, quería participar en sus reuniones de estudio e información. Pierre asintió con la cabeza. Werter le explicó que en ese momento estaban analizando el discurso del Che en Argel. Se reunían los jueves a la hora del almuerzo. En las reuniones, el grupo se repartía el trabajo de forma que cada uno hacía una presentación ante los demás.

Se planteó la cuestión de los recursos: ¿tenía documentación u obras en su poder? Pierre admitió su falta de material. Entonces le sugirieron que fuera a «*chez* Masp», donde podría encontrar libros. Pierre se quedó perplejo, sin entender qué significaba Masp. Sonó el

timbre. Antes de marcharse, Pierre echó un vistazo a los eslóganes que cubrían las paredes de la sala.

NO QUEREMOS UN MUNDO EN EL QUE
LA GARANTÍA DE NO MORIR DE HAMBRE EQUIVALGA AL RIESGO DE MORIR DE ABURRIMIENTO.

NO REIVINDICAREMOS NADA, NO PEDIREMOS NADA.
TOMAREMOS, OCUPAREMOS.

NO TRABAJÉIS NUNCA.

EL HOMBRE NO ES NI EL BUEN SALVAJE DE ROUSSEAU,
NI EL PERVERSO DE LA IGLESIA
Y DE LA ROCHEFOUCAULD.
ES VIOLENTO CUANDO SE LE OPRIME,
ES AMABLE CUANDO ES LIBRE.

DEBEMOS SEGUIR SIENDO INADAPTADOS.

EXÁMENES = SERVILISMO, ASCENSO SOCIAL,
SOCIEDAD JERÁRQUICA.

CUANTO MÁS HAGO EL AMOR,
MÁS GANAS TENGO DE HACER LA REVOLUCIÓN.
CUANTO MÁS HAGO LA REVOLUCIÓN,
MÁS GANAS TENGO DE HACER EL AMOR.

NO DIGAS: SEÑOR PROFESOR, DI: ¡MUÉRETE, CABRÓN!

Werter lo invitó a añadir algo, como una especie de rito iniciático. Entonces Pierre escribió con su letra perfecta:

LA TIERRA

EL TRABAJADOR.

KARL MARX

Luego añadió «ES» en mayúsculas entre «la tierra» y «el trabajador».

6
Maspero's books

Al terminar las clases, Pierre se reunió con Werter delante del instituto. Que alguien lo esperase era una sensación que experimentó por primera vez con Bak, en Brest. Era algo único.

Caminaron por el barrio. Pierre volvió a ver en su mente el rostro de la estudiante de pelo corto, la que había vislumbrado en la pantalla del televisor. Se encontraba en algún lugar de esa ciudad; estaba convencido de que algún día se tropezaría con ella, en un cruce de calles o en la terraza de un café.

Werter lo acompañó a Maspero, conocido como «Masp», ese librero cuyo nombre le evocaba a algún héroe perdido de una tragedia shakespeariana. Su librería, abierta todos los días hasta medianoche, había adquirido un aura casi mítica. En 1956, había pasado por allí Aimé Césaire a firmar su *Discurso sobre el colonialismo*, y las estanterías albergaban las publicaciones de *Présence africaine*, la revista de Alioune Diop.

El escaparate de La Joie de Lire desvelaba a Pierre un universo ignoto. En él figuraban principalmente autores africanos, árabes y españoles, como una cartografía de las luchas y las esperanzas del mundo. Su expositor mostraba que la vida de verdad transcurría en otros lugares. Y que los acontecimientos importantes que tenían

lugar en África, en América Latina, podían ser pensados, reflexionados y analizados por los intelectuales de esas latitudes. Ninguna librería, en ningún lugar, se parecía a aquella. Al no encontrar algunos libros que le hubiera gustado leer, François Maspero decidió fabricarlos él mismo, y así se convirtió en editor, en una pequeña oficina situada en el sótano de su librería.

Pierre empujó la puerta, intimidado. En las paredes, las filas de estanterías donde dormían los volúmenes apretujados unos contra otros parecían llevar las huellas de los combates del pasado y del presente. Pierre sintió una paz extraña, como si el simple hecho de estar ahí fuera un primer acto de resistencia. Ya era existir de otra manera. Werter mostró a Pierre a una mujer joven de unos treinta años, con el pelo largo, y que hablaba con acento del este.

—Mira, es Clélia —dijo.

Se refería a Janette Habel, la amiga de Michèle Firk que, en Guatemala, se descerrajó un tiro en la boca cuando la policía fue a detenerla, para no caer en la tentación de traicionar.

—Conoció al Che antes de que muriera, deberíamos hablar con ella.

Pierre la miró, impresionado. Solo llevaba un día en París, y ya había vivido muchas cosas. Tenía la extraña sensación de que la materia de las horas ya no era la misma, y pensó en la teoría de la relatividad de Einstein, según la cual el tiempo pasa más lentamente cerca de una gran masa como la Tierra. Y que la velocidad de desplazamiento modifica el paso del tiempo.

7
El otro Pierre

Las primeras semanas de septiembre se diluyeron en el trabajo. Nada apartaba a Pierre de su trayectoria, salvo las reuniones de los jueves con su grupo; se quedaba en su rincón, rehuyendo los ambientes de dormitorio colectivo y sus rituales.

Las clases comenzaban todos los días a las ocho y terminaban a las cinco. Entre clase y clase, el timbre provocaba un gran desplazamiento de todos los grupos del instituto, que se rozaban, seguían sus trayectorias respectivas, como esas especies acuáticas que se mueven en bancos, agregándose unas a otras en las profundidades del mar.

De vez en cuando, durante las clases, se oía el alboroto lejano de los alumnos Mao-spontex, que siempre encontraban alguna forma de llamar la atención. Cruzaban el patio en bicicleta ondeando banderas rojas, como una caballería durante un asalto. Pierre debía admitir que esos tipos tenían un gran sentido del espectáculo.

En el comedor, observaba en silencio a sus compañeros. Era un mundo sin chicas, las pruebas de acceso a las escuelas superiores de ingenieros ni siquiera estaban abiertas a ellas. Estaban los matemáticos y los literatos, los hijos de burgueses y los hijos de obreros, los que leían a Sartre y los que leían a Nizan, los que

enarbolaban el *Libro rojo* y los que llevaban los escritos de Trotsky asomando del bolsillo. Los que iban a jugar al *flipper* en Chez Jeannette, el bar de la Rue Saint-Jacques, y los que no iban. Los que lanzaban *petit-suisses* por el comedor y los que los recibían en la cabeza. También estaban los que llevaban batas y los que iban trajeados, los que vestían vaqueros y los que exhibían corbata, los que lucían pantalones nuevos y los que iban con parches en las rodillas, los que fumaban en pipa y los que consumían cigarrillos ingleses, los que aún parecían niños, con sus bermudas de pana, y los que se comportaban ya como viejos decrépitos, vagando por el dormitorio en zapatillas y batín de cuadros. Los que tocaban un instrumento y los que les pedían que dejaran de hacerlo. Los que recibían cartas a diario. Y los que nunca recibían ninguna. Los que compartían sus paquetes de comida y los que escondían sus pastillas de Cogitum. Los que jugaban a las cartas y los que jugaban al ajedrez. Y luego siempre había un tío que hacía cosas raras, que no se parecía a nadie. Ese año, tocó un tipo que se pegaba a las paredes porque pensaba que andar por en medio del pasillo le traería mala suerte.

Entre esos jóvenes de la promoción de 1968 estaba mi padre. Y también otro Pierre, de piel oscura y cabello negro, que observaba desde la distancia al chico reservado, solitario, siempre encima de los libros, que se bastaba a sí mismo y se llamaba como él. Deseaba hablarle, saber de dónde venía y, tal vez, convertirse en su amigo abriéndose camino hasta su corazón cerrado.

8
Virilidad, Erudición, Tenacidad

Al acercarse las vacaciones de Todos los Santos, se produjo un robo en el dormitorio. Desapareció una revista *Pilote*, un billete de cien francos con la efigie de Pierre Corneille y dos paquetes de cigarrillos de la marca Marigny, cuyo eslogan publicitario decía: «Un negro, sí, si es Marigny». Se registraron todas las habitaciones y se encontró el botín debajo del colchón de un chico.

Había que hacer justicia.

Se ató al ladrón a una silla, con los ojos vendados. Y una banda de adolescentes taciturnos, insomnes debido al exceso de trabajo, se convirtió en una manada. Se organizaron, formando un círculo alrededor del líder, como una corona trenzada en el espacio. Resonó el lema del Louis-le-Grand: *Virilidad, Erudición, Tenacidad*.

Pierre se negó a participar en aquella procesión viril. Los llamó fascistas. Salió al patio y encendió un cigarrillo. Un chico que lo había seguido le pidió uno. Pierre le tendió el paquete y el fugaz destello de la llama del mechero iluminó la mitad de su rostro, como en un cuadro de Caravaggio:

—¿Cómo te llamas?

—Pierre Berest de Brest. ¿Y tú?

—Pierre.

—¿Pierre qué más?

—Pierre François.

Luego se les unieron otros chicos, a quienes tampoco les gustaba el ambiente de los dormitorios ni la excitación marcial que se respiraba en ellos. Y se convirtieron en una pandilla, la pandilla de los dos Pierre, unida ante la dificultad, apoyándose mutuamente hasta las pruebas de acceso.

—¿Te refieres a Jean-François, Jean-Marc, Jean, Michel…, esos amigos tuyos que yo conozco?

—Sí.

—¿Los frecuentabas en aquella época?

—Así es —respondió mi padre haciendo anillos con el humo del cigarrillo.

No tenía ni idea de que se habían encontrado a los dieciocho años en los dormitorios del Louis-le-Grand. Para mí, eran simplemente los amigos de mi padre. Pero hay que reconocer que no sabemos nada de nuestros padres, porque nos cuesta mucho imaginarlos jóvenes.

Pasaron juntos por todas las etapas de la vida. Habían estado presentes en las bodas, los nacimientos de los hijos, luego las bodas de los hijos y, a día de hoy, en los nacimientos de los nietos.

Crecí oyendo sus voces animadas, sus conversaciones entretejidas, durante las vacaciones o en las cenas en casa. Esos hombres fueron figuras importantes de mi infancia, como tíos de una familia elegida.

Desde que se anunció la enfermedad de Pierre, sentía su preocupación, palpable. Y esa inquietud en sus rostros me paralizaba.

9
El episodio de la bata

—¡Que se identifique el culpable! —gritó el director, señor Praud, mostrando una bata blanca pintada con las letras «SS» escritas con rotulador negro.

Todos los alumnos del Louis-le-Grand habían sido convocados en la sala de descanso del instituto, porque la bata de Ramis, el profesor de Matemáticas, esa bata símbolo de los maestros de la Tercera República, uniforme de los pilares de la nación, había sido profanada.

El silencio reinaba en la sala.

—¡Que levante la mano quien haya escrito este insulto!

Y el silencio se prolongaba, insoportable.

—¿Quieren que los castigue a todos?

Ninguno de los alumnos se movió.

—Nos quedaremos encerrados en esta sala hasta medianoche si es necesario.

Entonces Pierre se levantó y dijo en voz alta:

—He sido yo, señor.

—¡Será severamente castigado y recibirá una amonestación! ¡Y, por supuesto, correrá con los gastos de limpieza de la bata!

—Sí, señor —respondió Pierre.

—¿Por qué te acusaste? —le pregunté a mi padre.

—Porque al asumir esa responsabilidad, al hacerla mía, me sentía libre.

—¿Sabías quién era el culpable?

—Sí, fue una acción de los maoístas.

—Precisamente, estaba preguntándome: ¿cómo explicarías las diferencias entre los estudiantes maoístas y los trotskistas? Porque, en el fondo, teníais muchas cosas en común…

—¡No! Nuestras divergencias eran reales. Los maoístas, es decir, la Izquierda Proletaria, seguían el pensamiento de Mao Zedong, el *Libro rojo*, y abogaban por una revolución popular basada en el campesinado y la lucha armada. Nosotros seguíamos las ideas de León Trotsky y preconizábamos la organización de la clase obrera urbana y de los consejos de trabajadores para instaurar un Gobierno obrero democrático.

—Esa es la teoría. Pero en la práctica, no veo mucha diferencia.

—Digamos que, en 1968, en los institutos, los maoístas solían proceder de las clases de Literatura. Eran más románticos, diría yo. También más inquietos. Para mí, eran chicos poco serios. En el sentido de que querían llamar la atención, alardear, que los admirasen, que todo el mundo se fijara en ellos en el patio de

recreo. Nosotros, en cambio, trabajábamos en la sombra, preparando realmente la revolución. ¡Te doy mi punto de vista de aquella época! ¡No digo que sea la verdad! En el Louis-le-Grand, los trotskistas procedían del grupo Rouge, y nosotros éramos minoría. Los maoístas, por su parte, se dividían en varias ramas. Por un lado, estaban los anarcomaoístas, apodados «Mao-spontex» por sus oponentes, y, por otro lado, los maoístas ortodoxos marxistas-leninistas prochinos.

—Imagino que ellos, a su vez, no eran muy amables con vosotros. ¿Qué pensaban los maoístas de los trotskistas?

—Decían que no estábamos cerca del pueblo, que queríamos ser «vanguardistas», es decir, esnobs. Nos consideraban poco radicales en nuestras acciones. Y nada divertidos. Para ellos, éramos ratas de biblioteca, empollones, intelectuales de la revolución, todo el día sentados en los bares discutiendo sobre textos. Mientras que ellos se ponían físicamente en peligro. Nosotros queríamos tener una estructura, un programa. Ellos pensaban que había que realizar acciones espectaculares para provocar «espontáneamente» una revolución. Hay que reconocer que entre los maoístas había tipos valientes, que iban muy lejos en sus acciones. Estudiantes que lo dejaban todo y se ponían a trabajar en una fábrica, y eso no era moco de pavo. Yo sentía respeto y admiración por los proletarizados.

10
Expulsión del instituto

Cada tarde, a las cuatro en punto, el señor Praud sacaba una manzana de su cajón. La miraba, la frotaba con la manga de su chaqueta e hincaba los dientes en su piel roja y tersa. Luego salía de su despacho para dar una vuelta por el establecimiento.

Por encima de todo, al señor director le gustaba escuchar el ruido de las clases en plena actividad. Sentía, más allá de los muros del centro, la intensidad del Barrio Latino, del Collège de France, de los estudiantes de la biblioteca Sainte-Geneviève y de la Sorbona y, a unos cientos de metros, de los alumnos del instituto rival, el Henri IV. El barrio albergaba los centros más prestigiosos de Francia, condensando una idea del mérito, del orden republicano, del trabajo, del esfuerzo, de la que se sentía orgulloso.

Su itinerario era siempre el mismo. Cuando el director terminaba su ronda por el pasillo que conducía a la majestuosa aula de dibujo, su manzana era un corazón, y de la fruta solo quedaba el sabor amargo de las pepitas.

La pared que bordeaba el aula de dibujo estaba completamente cubierta de madera antigua que olía a sotobosque umbrío y a incienso. Los ventanales que daban al patio trazaban rectángulos de luz que se desplazaban según las horas del día.

Ese día, el señor Praud vio un cartel. Furioso, el director trituró el rabo de la manzana entre los dientes y, con las mandíbulas apretadas, se acercó con las manos a la espalda, inclinó la cabeza, guiñó los ojos y leyó:

ADMINISTRACIÓN-POLICÍA

TENEMOS RAZÓN AL LANZAR TOMATES

A LOS PROFESORES Y A LOS CELADORES-POLICÍAS,

AUNQUE LO ENSUCIEMOS TODO

El autor del cartel, un Mao-spontex alumno de preuniversitario, fue fácilmente identificado. El director decidió expulsarlo provisionalmente. En respuesta, unos sesenta alumnos invadieron su despacho. Volcaron los libros de las estanterías y ataron al director a su sillón con una cuerda.

—¡Con una cuerda!

—Sí.

—Pero eso es muy violento.

—En aquel momento no nos pareció violento.

—¡No me digas que tú fuiste uno de los alumnos que ataron al director!

—Sí.

—¿Te expulsaron?

—Sí. Una semana.

—¿Y qué hiciste durante la semana de expulsión?

—No paré… Repartí el periódico *Rouge*, que había empezado a publicarse en septiembre. Se imprimía en un pequeño taller, en la Rue Burq, cerca del metro Abbesses. Iba al local, le dábamos a la manivela del ciclostil y luego salíamos al amanecer a repartir los periódicos a la salida de los institutos, las universidades, el metro… Y todos los días iba a robar libros a Gibert Joseph.

—¿Robar libros?

—Sí. Para luego dejarlos en la librería de François Maspero.

—Pero ¿por qué?

—Algunos chicos saqueaban La Joie de Lire, sabiendo perfectamente que Maspero nunca avisaría a la policía. Así que

nosotros compensábamos.

—¡Pero robar en Gibert también era robar en una librería!

—Sí. Pero en una librería que representaba el capital.

—Francamente, la diferencia es sutil.

—Lo sé. Todas esas pequeñas acciones pueden parecer ridículas. Pero eran la expresión de nuestro estado de ánimo. Debes comprender que, por insignificantes que fueran, significaban que estábamos dispuestos a hacer cosas más importantes, significaban que cada uno de nuestros gestos, cada una de nuestras acciones más íntimas se orientaban a cambiar la sociedad y a mostrar a nuestros enemigos que eran nuestros enemigos. En el fondo, había cierta nobleza en aquellos pequeños actos, significaban que estábamos siempre alerta, que no nos rendíamos. Que nuestra conciencia y nuestra lucha no bajaban nunca la guardia.

11
Almuerzo con Eugène

Odile encontró a su hijo cambiado durante las vacaciones de Navidad. Eugène la tranquilizó, no estaba preocupado, estaba cursando los estudios más exigentes de Francia, y era lógico que su carácter se viera afectado momentáneamente. Él mismo recordaba los regresos a Saint-Pol-de-Léon durante las vacaciones, cuando su cuerpo, agotado, se derrumbaba en la cama. No tenía fuerzas para hablar con sus padres ni valor para ver a sus amigos del colegio; como un convaleciente, se quedaba encerrado en su cuarto.

En marzo, Eugène tuvo un compromiso en París. Quiso aprovechar la ocasión para invitar a su hijo a almorzar en Lipp. ¡Qué placer sería compartir un chucrut y una buena cerveza! Pero Pierre se negó. Le parecía que la *brasserie* estaba demasiado lejos del instituto, tenía que repasar para el examen-ensayo de la prueba de acceso, y cada hora, cada minuto, contaba.

Se reunieron en un bar cerca del instituto. Y Eugène quiso hablarle de sus recuerdos en el Henri IV, durante la guerra, pero Pierre parecía ausente.

—Te he hablado poco de tu abuelo Eugène, y lo lamento. Te habría caído muy bien.

Pierre no parecía muy convencido.

—Lo único que sé es que tiene su foto en la entrada del Crédit Agricole, en Saint-Pol-de-Léon.

—¡Pues claro! Contribuyó a la implantación de ese banco, que fue de gran utilidad para los campesinos, gracias a los créditos para emprendedores rurales.

—No deja de ser un banco.

—¿Qué quieres decir?

—El crédito bancario facilita el acceso al capital para inversiones, con el fin de que los capitalistas amplíen su producción y maximicen sus beneficios.

—No me niegues que los campesinos han ganado en comodidad y bienestar material. Gracias a los créditos, han podido comprar maquinaria, mejorar sus condiciones de vida.

—Marx reconoce una dualidad en la función de los bancos: sin duda, facilitan el desarrollo de las fuerzas productivas al proporcionar créditos, y no dudo de que la vida de los obreros y los trabajadores agrícolas haya mejorado gracias a ello; pero, a largo plazo, los bancos contribuyen a la fragilidad sistémica del capitalismo por su papel en las crisis financieras.

Eugène se sintió profundamente ofendido.

—Escucha, Pierre, entiendo que la política ocupe un lugar importante en tu vida, y sabes lo importante que es para mí. Pero yo no me dediqué a la política hasta después de obtener mi título de profesor de Letras. Y después de casarme con tu madre. Era nuestro proyecto común, y, créeme, ser dos ayuda. La política puede

absorberte por completo, y hay que tener unas bases sólidas. Es importante conocer a las personas, su sociedad, haber tenido superiores, haber trabajado, haber experimentado las dificultades concretas de los seres humanos. No te digo esto para hacerte callar, ni porque tema que te involucres en movimientos extremistas, confío en ti y en tu criterio. Te lo digo porque yo he pasado por eso y quiero transmitirte mi experiencia. Matricúlate en la Escuela Politécnica, o en cualquier otro sitio si descubres otra vocación, no te estoy presionando. Y luego, con un poco de experiencia, te integrarás plenamente en un movimiento o un partido.

Los dos hombres lo dejaron ahí. Eugène acompañó a Pierre hasta la entrada de su instituto y, en el último momento, sacó de su maletín un regalo envuelto en papel.

—Feliz cumpleaños —dijo Eugène.

—Gracias —respondió Pierre.

—Ábrelo en tu habitación. Es de parte de mamá y mía.

—Sí. Gracias.

—Mira, te ha puesto dos latas de paté Hénaff.

Luego se dieron la mano. Pierre esperó en el vestíbulo.

Al cabo de unos segundos, asomó la cabeza para ver la silueta de su padre alejándose. Entonces salió y se dirigió a la Montagne Sainte-Geneviève. Había quedado con su círculo.

Esa noche, cuando Odile le preguntó a su marido cómo había encontrado a Pierre, Eugène se tomó un tiempo para pensar antes de responder: «Cambiado».

12
Reunión del círculo rojo

Cuando Nouk abrió la puerta, a Pierre le dio un vuelco el corazón. Se parecía a la estudiante de pelo corto que había visto en el reportaje de la televisión. Era muy guapa, con sus cejas pobladas, su tez mate, sus ojos negros delineados con kohl y ese aire salvaje que le había llamado la atención.

—Ven, te voy a enseñar dónde puedes dejar tus cosas.

En el pasillo se cruzaron con una muchacha.

—Te presento a mi hermana.

Pierre había oído hablar a menudo de las hermanas Brisac, chicas del instituto Fénelon, valientes y temerarias, aporreadas más de una vez por la policía durante las manifestaciones; conocían, tan bien como los chicos, los pasillos de los hospitales y las celdas de las comisarías.

Para ocultar su nerviosismo, le tendió las dos latas que le habían regalado sus padres:

—Toma, esto es para la reunión con los camaradas.

Y Nouk, que nunca había visto un paté Hénaff en su vida, se echó a reír ante la seriedad del joven.

—Muy bien, camarada. Voy a untar unas rebanadas de pan.

Había unas veinte personas en el salón. Pierre reconoció al joven de dieciséis años que había visto en el mismo programa de televisión. Era extraño encontrarse con él en persona, con su enorme sonrisa, la misma que mostró frente a Marguerite Duras. Sus ojos negros y risueños parecían no tomarse nada en serio, salvo la búsqueda del placer en cada cosa. También estaba Ludo, un tipo alto y moreno, con nariz de boxeador.

Hablaban entre ellos, eran los «dirigentes» del círculo. Se conocían bien, se burlaban el uno del otro, se imprecaban, sabiendo que los escuchaban y los observaban, y sin duda disfrutando de ello, pensó Pierre. A su alrededor, como lugartenientes, se encontraban los militantes, que participaban en las conversaciones. Y más al margen, los simpatizantes, que tenían derecho a hablar, pero no a votar las decisiones.

Ludo abrió la reunión:

—Lleváis seis meses oyendo hablar del tema, ahora se está concretando. En unas semanas se creará el nuevo partido que sustituirá a la JCR.

—No podemos deciros dónde ni cuándo, porque la policía está especialmente alerta —añadió el joven de dieciséis años, que se hacía llamar Georges.

—¿Cómo se llamará?

—La Liga Comunista. Por el momento, es confidencial.

Todos asintieron en silencio. Pierre pronunció las iniciales, LC, y tuvo la impresión de oír *elle sait*, «ella sabe».

—El nombre se le ha ocurrido a Jean —dijo Ludo.

—En homenaje a la organización a la que se afiliaron Marx y Engels cuando estaban en París, en 1847.

—Se está debatiendo mucho sobre cómo se va a organizar el nuevo partido… Hay discrepancias, ya habéis podido leer las líneas generales en los boletines internos de los redactores de *Rouge*.

—Resumiendo, los debates giran en torno a la cuestión de la adhesión a la IV Internacional.

—¿Debemos ser un «partido programa» o un «partido proceso»?

—Os invitamos a leer o releer *¿Qué hacer?*, el libro que Lenin subtituló *Problemas candentes de nuestro movimiento*. Hay muchos retos que siguen siendo los mismos para nosotros hoy en día. Os interesará.

—Queremos retomar la tradición bolchevique del debate libre. Pronto elegiremos delegados en las asambleas de base. Y esos delegados participarán en el congreso de fundación del nuevo partido.

—Así que, si estáis de acuerdo, os llamaremos.

—Eso es todo. Ya sabéis lo esencial.

—Tenemos que hablar del boletín de los redactores de *Rouge*.

—Y de las fechas de las próximas asambleas generales sectoriales.

—Y de la manifestación del próximo sábado.

—Os recordamos el principio de los puntos de encuentro secundarios para despistar a los espías.

—Y no queremos que se produzcan enfrentamientos pueriles con la policía. Ya han pasado bastantes militantes nuestros por el hospital. No sirve de nada. Es mejor escapar que darles el gusto de sacudirnos.

A Pierre ya solo le importaban esas reuniones, que se prolongaban durante horas interminables. Salía de ellas con las manos entumecidas de tomar notas febrilmente y mareado por el olor a incienso y a bidis, esas hojas de tabaco indio enrolladas con un hilito de algodón rosa, que yo también fumaría más tarde, a la misma edad que mi padre, para hacerme la interesante.

13
Una semana de repasos

Pierre le propuso a Pierre François que lo acompañara a su casa de vacaciones, cerca de Saint-Pol-de-Léon. Allí podrían repasar juntos los exámenes de preparación para la prueba de acceso y disfrutar del aire puro de Bretaña.

Los dos Pierre se dirigieron a la Gare Montparnasse. Cada vez que cruzaba ese barrio Pierre se sentía avergonzado por el folclore bretón. Ya fuera en la Crêperie de Pont-Aven o la Crêperie Traou Mad, con sus camareras con cofias de encaje, en el bistrot À la ville de Morlaix o en el restaurante Le Rendez-Vous des Bretons, había algo ahí que le desagradaba. No quería que su amigo pensara que aquello era Bretaña: mujeres haciendo creps disfrazadas con campanas de encaje en la cabeza.

Nada más llegar, Pierre quiso llevar a su amigo a la playa para mostrarle su belleza salvaje. Era grande como un país, la marea se había retirado tanto que había que caminar mucho antes de llegar al agua. Se quitaron los zapatos después de remangarse los pantalones.

Por la noche, durmieron en camas demasiado pequeñas para sus cuerpos grandes, con mantas de lana que les picaban en las piernas. Hojearon viejos tebeos de *Quick et Flupke*.

Al día siguiente, se cambiaron de ropa y se vistieron para ir de pesca: pantalones de pescador, vaqueros cortados a tijera por encima de la rodilla, chaquetones descoloridos por la sal y la lluvia, viejos chubasqueros que apestaban a caucho. El olor de la ciudad iría desapareciendo poco a poco de su piel.

Pierre mostró a su amigo los lugares que le gustaban, la playa de Le Dossen, la de Pempoul. Todos los días repasaban para el examen, paraban para ir a nadar y se colgaban al cuello las toallas que no habían tenido tiempo de secarse desde el día anterior. Pesaban mucho sobre sus nucas y olían a perro mojado.

En Saint-Pol-de-Léon, subieron a Le Kreisker y compraron *croûtes à thé*, las famosas «costras de té» bretonas. Pierre François dijo que todas las casas de granito parecían construidas con piedras de iglesias medievales. Y Pierre pensó que tenía razón.

Le mostró las calas que servían de refugio contra el viento. También dieron paseos por el bosque en viejas bicicletas arregladas.

Pierre le enseñó al otro Pierre las palabras de su infancia: el fondeo con boya y muerto, el reflujo, los salabres, los *brinics*, es decir, las lapas… Todo un diccionario. Hasta entonces no había sido consciente de que solo se conocía ese paisaje si se vivía allí. Era agradable mostrarle a un amigo los lugares de su infancia, era como traducirlos, verlos con otros ojos, explorar la profundidad de su significado. En definitiva, contemplarlos de verdad, como nunca los había mirado. Pierre preguntó a Pierre si sabía hablar bretón. Y Pierre se rio y contestó que no, en absoluto.

Al mostrarle a su amigo la tierra de la comarca de Léon, Pierre se sintió feliz, y se percató de lo apegado que estaba a esa región austera y salvaje.

14
El señor Lagarde, del manual *Lagarde y Michard*

La semana del simulacro de examen comenzó el lunes 24 de marzo de 1969 a las ocho de la mañana. La perspectiva de las pruebas acentuaba el nerviosismo de la clase, tanto como el de los profesores. Todos tenían la vaga sensación de que, tras ese ensayo general, la suerte estaría echada.

El señor Ramis vigilaba a los alumnos de Ciencias exactas y su colega, el señor Lagarde, a los alumnos de Letras. De repente, la puerta del aula se abrió y unos gritos rompieron el silencio:

—¡Esta prueba es un sistema represivo!

André Lagarde se levantó e intentó calmar los ánimos. En el pasado, en el Instituto de Estudios Occitanos, había tenido amigos comunistas. Pensó que sabría resolver esa insurrección gracias a las virtudes de la conversación.

—Cuando se es minoría, a veces se tiene razón. Dicho esto, les aconsejo que huyan del sectarismo, porque nunca tendrán razón lanzando ultimátums.

Pero, mientras el señor Lagarde hablaba en vano, los alumnos maoístas en el aula lanzaron entre gritos hojas al aire:

—¡Liberad los folios en blanco!

En medio de las risas, Lagarde permaneció imperturbable.

—La acción no debe someterse a la obediencia, porque nadie está en posesión de la verdad ni del derecho a imponerla.

Pero, de repente, uno de los insurgentes gritó:

—Lagarde: ¡fascista!

Al oír estas palabras, el profesor sintió un sabor extraño en la boca, seguido de un dolor que le oprimía el pecho. Se encontró tendido en el suelo de la tarima. Los adolescentes, muertos de risa, pasaban por encima de su cuerpo para salir de la sala. Solo unos pocos se inclinaron sobre él:

—… ¿Está bien, señor?

Apenas tuvo tiempo de decir:

—Creo que estoy teniendo un infarto.

Por la noche, corrió el rumor de que Lagarde había muerto, y los líderes maoístas, los chicos de preuniversitario que habían iniciado la revuelta, se reunieron en el dormitorio del instituto Louis-le-Grand para celebrar una reunión.

—Tíos…, hay que largarse. Pero ¿adónde?

—¡A Siracusa! —gritó una voz desde el dormitorio.

Los chavales se miraron entre sí.

—No hay huevos.

Partieron al amanecer, sin equipaje, sin dinero, sin brújula, haciendo autoestop en dirección al sur. Se cancelaron todos los exámenes preparatorios para las pruebas de acceso. El señor Praud decidió cerrar el instituto y visitó al profesor, que, desmintiendo los rumores, había sobrevivido.

Los muchachos, apodados «los siracusanos», se convirtieron en leyenda en el instituto. Y, aunque eran «chinos», Pierre no pudo evitar reconocerles cierto carisma.

15
La Liga Comunista

Unos días más tarde, entre el 5 y el 8 de abril de 1969, en el más absoluto secreto, los miembros de la antigua JCR se reunieron en Mannheim, Alemania, para escapar de la vigilancia de la policía francesa. Trescientos delegados durmieron en sacos de dormir, en el suelo, en un hangar, para dar origen al nuevo movimiento. Se eligió un comité central, del que formaba parte Pierre Franck, antiguo secretario de Trotsky. Así se creó la Liga Comunista.

Para los militantes trotskistas, entre ellos Pierre, la verdadera vida estaba a punto de comenzar. Aún no imaginaban hasta dónde los llevaría.

16
«Krivine presidente»

«Dejo de ejercer mis funciones como presidente de la República. Esta decisión entra en vigor hoy a mediodía».

Este anuncio, en plena noche, dejó estupefactos incluso a los enemigos del general De Gaulle, y la tristeza de aquel hombre recorrió las ondas de Francia como un escalofrío. Pero la emoción se disipó rápidamente, y es que es muy cierto que sufre solo quien penas tiene.

En abril de 1969, Alain Krivine estaba haciendo el servicio militar en Verdún. El antiguo fundador de la JCR, que se convirtió en la LC, de veintisiete años, no era un soldado como los demás. Vigilado de cerca por sus superiores, estaba asignado a una oficina, donde se encargaba de tareas de contabilidad: con columnas de números no podría fabricar cócteles molotov a escondidas.

Tras el anuncio de la dimisión de De Gaulle, el joven recibió una misiva secreta en la que se le pedía que acudiera urgentemente a París.

—El comité central te informa de que la Liga Comunista va a presentar un candidato a las elecciones presidenciales anticipadas —le anunciaba el camarada Bethel.

—¡Os habéis vuelto locos! ¡La revolución está en contra de las urnas! ¿Habéis olvidado: «Elecciones, engaño de bufones»? —respondió Alain Krivine.

—Hay que atacar al sistema con las armas del sistema. Por lo tanto, te informamos de que has sido designado candidato.

El recluta se echó a reír, pero uno de sus camaradas del comité central le dijo:

—Alain, esto no es una broma. Hablamos muy en serio.

—Los periódicos pasan de nosotros.

—Nos censuran.

—Si te presentas, podrás hablar de la Liga Comunista ante millones de personas en televisión.

—¡Es la ley! El mismo tiempo de intervención para todos los candidatos. No podrán callarnos.

Alain Krivine asintió con la cabeza. No era una idea descabellada y entendía su razonamiento. Pero quedaba una pregunta:

—¿Por qué yo?

Hubo un momento de silencio y seriedad.

—Todos te hemos elegido porque tú no lo has pedido.

—Hay que delegar el poder en quienes no quieren el poder.

—Tú lo sabes.

Así fue como el soldado Krivine se convirtió en candidato a las elecciones presidenciales por el partido de la Liga Comunista. Poco a

poco, en todos los comités, de militantes o simpatizantes, en todos los círculos rojos, en todas las reuniones, en todos los mítines, se escuchaban los mismos argumentos, las mismas frases, las mismas conversaciones, repetidas incansablemente.

Y Pierre se sumergió en la efervescencia de una campaña presidencial, por muy loca, improbable y absurda que fuera. Los ciclostiles escupían sin parar panfletos, folletos babeantes de tinta espesa y grasienta. Se consultó a Pierre en las reuniones del comité «de militantes» porque, habiendo visto a su padre preparar las elecciones municipales, podía dar consejos. Al fin y al cabo, solo era una cuestión de escala. Ahora estaba en el corazón del reactor. La prueba de acceso de la Escuela Politécnica le parecía secundaria.

17
Diez años de gaullismo son demasiado, un año de izquierdismo también

El anuncio de la candidatura de Alain Krivine divirtió a una parte de los votantes franceses, pero exasperó a los militantes de extrema derecha. Los izquierdistas tenían de repente visibilidad oficial, se les escuchaba en la radio, en los periódicos, se expresaban ante millones de franceses. Esa idea les resultaba insoportable.

Las juventudes fascistas seguían esperando que los enfrentamientos con los izquierdistas provocaran una verdadera guerra civil que, a su vez, condujera a un cambio radical en el mundo, a un nuevo orden. Para ello, era necesario recurrir a la violencia.

¿Cómo sería ese nuevo mundo? Un mundo que había existido en el pasado y que les habían arrebatado.

Un mundo donde Argelia era francesa.

Donde las mujeres no abrían la boca sin parar.

Donde los hombres eran hombres, de verdad, sin pelo largo ni prácticas pederastas.

Donde los criados negros llevaban guantes blancos.

Donde no se mataba a los niños en el vientre de las madres.

Donde los judíos no podían apropiarse de todas las riquezas ni infiltrarse en todos los estamentos de poder.

Un mundo en el que todo estaba en su sitio. Cada uno en su casa. Y Dios en la de todos.

El viernes 3 de mayo de 1969, justo un año después del inicio de los «acontecimientos», una macabra manada vestida de cuero negro, con grandes abrigos que evocaban el uniforme nazi, guantes en las manos y botas en los pies, entró en el recinto del instituto Louis-le-Grand. No se les veía la cara, llevaban cascos, otros se ocultaban detrás de pañuelos. En sus manos, porras y garrotes de milicianos temblaban de impaciencia, como perros de ataque a los que se excita antes de soltarlos.

—¡Un año de izquierdismo es demasiado! —gritaban.

Fue el comienzo de una batalla campal. En la cafetería, volaron las sillas y un ruido ensordecedor llenó la sala. En la furiosa refriega, algunos buscaban refugio debajo de las mesas o se pegaban a las paredes. Otros se lanzaron a la pelea, desafiando a los agresores.

Un profesor se puso a gritar:

—¡Hemos avisado a la policía!

Entonces los lobeznos decidieron desaparecer. En su huida, uno de ellos lanzó una granada explosiva, que un estudiante de secundaria, Gabriel Rebourcet, quiso recoger para lanzarla de nuevo. Pero la granada le explotó en la mano.

Cuando el director llegó corriendo, se arrodilló ante el chico y vio cómo se desangraba. Le dolió como si se tratara de su propio

cuerpo. Esos alumnos eran niños. Sus niños. Su deber era protegerlos. Y había fallado.

Unos días después de aquel ataque, que obligó al director a cerrar las puertas del instituto, Alain Krivine pronunció su discurso como candidato en la televisión. Las reglas eran las mismas para todos los participantes: no más de tres tomas, un plano fijo, una cortina de fondo, un escritorio, una jarra de agua. Y siete minutos de tiempo de intervención. «Por primera vez, un militante revolucionario tiene la oportunidad de expresarse ante ustedes, gracias al extraordinario movimiento de diez millones de trabajadores en mayo de 1968».

Al escuchar al camarada Krivine expresarse en televisión, Pierre sintió vértigo. Había cosas mucho más importantes que sus exámenes. ¿Por qué encerrarse en una sala, sentados en mesas perfectamente alineadas, vigilados por capos?

De repente, todo eso ya no tenía mucho sentido. La vida real estaba en otra parte.

Y, sin embargo, al día siguiente comenzaban las pruebas de acceso.

18
La prueba de natación

Pierre esperaba en la humedad libidinosa de una piscina municipal, donde el nerviosismo de los candidatos contrastaba con el habitual torpor del lugar. Estaban en fila india, vacilantes y frágiles como flamencos rosados, solo unos centímetros de tela sintética ocultaban su desnudez, para sugerirla mejor, para revelarla. El olor a cloro, un aroma astringente a limpieza y desinfección, les picaba en la nariz. En medio de los lánguidos vapores de la lejía, el socorrista encargado de la prueba hizo sonar el silbato.

—¡Recordatorio de las instrucciones! ¿Ven el cono naranja situado a cinco metros de la orilla?

Todos los chicos giraron la cabeza hacia el objeto cilíndrico.

—Les recuerdo que la prueba de natación es obligatoria y eliminatoria en caso de nota inferior a cuatro. Un candidato que no nade hasta el límite señalado por el cono será inmediatamente eliminado de la prueba de acceso, independientemente de sus resultados en las demás materias.

Entonces se sucedieron los silbidos y los alumnos se iban zambullendo uno tras otro. Los oídos de Pierre se acostumbraron a la regularidad de los pitidos estridentes. Se concentró en la nuca del joven que tenía delante, fijó la mirada en el nacimiento del cabello a

ras del cuello. Vio que el sudor le traspasaba la piel, formando como un rocío perlado, febril —las gotitas que le resbalaban por el vello se hacían cada vez más numerosas, hasta mojar toda la superficie de los hombros.

De repente, el chico que iba delante de él retrocedió hacia la pared, como para aferrarse, antes de susurrar, con los ojos muy abiertos:

—No sé nadar.

Pierre le aconsejó que avisara al vigilante. Pero el chico no lo escuchaba, aterrorizado, viendo un abismo negro en lugar de los azulejos azul cielo del fondo de la piscina. Aquello era como hundirse en los infiernos, la promesa de su desaparición.

—¡Más rápido! —gritó el examinador.

Con los hombros encorvados, en una lúgubre resignación, el chico sudoroso se acercó a la piscina. Respiró hondo, en un último impulso de determinación echó a correr y se lanzó al aire para caer lo más lejos posible en el agua. Sus largas piernas se agitaron, grotescas y trágicas, como las de una araña enloquecida.

Sus brazos se defendieron, comenzaron a moverse en todas direcciones, provocando ligeros remolinos. Era un cangrejo violáceo, con largas patas peludas, de carnes blandas, incapaz de gritar socorro. No dejaba de hundirse, pero, gracias a sus obstinadas tentativas, siempre volvía a salir a la superficie. Y los últimos tres metros que le quedaban por recorrer, esos últimos tres metros, les parecieron interminables a todos.

El socorrista extendió su larga pértiga armada con un doble gancho para que el chico se asiera a ella. Pero el imbécil —o el

valiente— no la agarraba. Seguía agitándose como un poseso para alcanzar el cono naranja del que dependía su destino.

Al final, se aferró a la pértiga.

El ahogado se subió al borde de la piscina, con el bañador chorreante de humillación, y caminó entre las burlas susurradas y el hedor de las miradas desafiantes.

Pierre François no soportó esas risas. Sus pies se helaban. Esa escena, sin que pudiera explicar por qué, lo concernía directamente.

19
La victoria del Gorila

La noche del 1 de junio, cuando Eugène se enteró de que Georges Pompidou iba a suceder a De Gaulle, recordó que, en otra época, se había cruzado en los pasillos del Henri IV con aquel profesor de Literatura, apodado «el Gorila», que fumaba tres paquetes de Lucky Strike al día y castigaba las faltas de sus alumnos con multas simbólicas de cinco céntimos.

Así era la vida: algunos rostros olvidados, simples sombras del pasado, reaparecían un día bajo los focos. Mientras que otros, que se creían destinados a vidas excepcionales, se apagaban silenciosamente, desaparecían en ciudades, en mundos, donde nunca más se oiría hablar de ellos. Eugène pensó en Ananké, la diosa de la necesidad, de lo inevitable, para quien lo que tenga que pasar pasará.

Aquella noche, observó en silencio a su hijo, que había regresado a Brest, agotado tras las pruebas que tal vez decidieran su destino. Sintió una punzada en el corazón al pensar en la ausencia de su propio padre, que se habría sentido orgullosísimo. Habría tenido grandes ambiciones para Pierre. Lo habría animado. Eugène se comportaba de manera muy diferente: había dejado a su hijo libre de crecer a su ritmo, sin agobiarlo. ¿Hizo lo correcto? Quién sabe. Y

Pierre, por su parte, no podía sospechar el tormento silencioso que provocaba en su padre.

20
A la espera de los resultados

Los dos Pierre regresaron a Saint-Pol-de-Léon, a la casa de Le Dossen, para repasar los exámenes orales, a la espera de los resultados de las primeras pruebas. Los chicos sentían una gran angustia en el alma y en el corazón. A veces, Pierre dejaba de respirar sin darse cuenta. Ante la inmensidad de la naturaleza, tuvieron la misma vaga sensación de que su vida era extraña, ya que habían pasado su adolescencia encerrados entre cuatro paredes, trabajando sin descanso. Y nadie les devolvería jamás esas horas perdidas lejos de los juegos y los placeres de su edad.

La playa parecía llevarlos, las corrientes telúricas actuaban sobre sus cuerpos tanto como el viento, se sentían atravesados por ondas magnéticas en las que se mezclaban la fuerza de la masa de agua, la influencia de la luna sobre el flujo de las mareas, la vibración del azul del mar chocando con el gris del cielo y las radiaciones del granito absorbidas por los bancos de arena. La memoria de sus pupilas reconocía ese paisaje de unos tiempos muy antiguos, donde la vista se vuelve loca ante la infinitud. Un paisaje perfectamente mate, en el que solo brillaban las algas negras húmedas, el interior nacarado de las conchas y el resplandor de los feldespatos. Y de repente todo se invertía, el cielo húmedo dejaba caer su aguacero,

el mar volvía a rugir, la arena comenzaba a brillar y la playa ya no era sino un gran espejo fosforescente.

Pierre soñaba con viajar a Latinoamérica e incluso pensó en escribir una carta a Régis Debray. El otro Pierre soñaba con fiestas desenfrenadas, libertinaje y abandono en el alcohol, para aturdirse. Divagaban como dos marineros atrapados en un barco invisible para los demás, pero del que ellos sentían las cuerdas, las paredes y la inmensidad del mar a su alrededor.

Una noche, Pierre le dijo a Pierre François:

—Te voy a contar un secreto que nunca le he contado a nadie. Tenía un hermano pequeño. Se llamaba Marc. Y murió. Eso es todo. No quiero volver a hablar de ello nunca más.

Nunca había preguntado a mi padre por su hermano pequeño desaparecido. Era como si esa pregunta fuera impronunciable, como si estuviera condenada al silencio. De hecho, soy incapaz de decir en qué momento supe de la existencia de Marc, o más bien de su muerte. A día de hoy, sigo sin saber ni la edad que tenía cuando falleció ni la causa de su muerte. Ese tema sigue siendo tabú en la memoria familiar.

Solo recuerdo que un año, siendo yo una adolescente, mientras pasábamos las Navidades en casa de mis abuelos, en Brest, mi abuela Odile había colocado una fotografía de ese niño en el aparador del comedor. Lo percibí como un gesto importante y deliberado, como si, al colocar esa imagen a la vista de todos, se rebelara contra el olvido. Para mí fue un momento de una intensidad turbadora. Admiraba a mi abuela por haber hecho ese gesto.

En mi familia, como sin duda en todas las demás, los fantasmas de todas las edades y de todos los lugares iban y venían, rozando nuestro día a día con su silenciosa presencia. Mi padre perdió a su hermano pequeño cuando era un niño, y me parece que parte de su misterio provenía de ahí. Que ese duelo ocultado se había fundido con su ser.

Se dice que quienes pierden a un hermano o una hermana en la infancia desarrollan una propensión al misterio, a las existencias dobles, a veces antagónicas, como si buscaran encarnar varias vidas a la vez. Mi padre llevaba dentro esa dualidad. En cierto modo, vivió por dos. Por un lado, era un estudiante serio que se preparaba para entrar en la Escuela Politécnica. Por otro, tenía un nombre en clave, una identidad clandestina, y participaba en acciones políticas secretas de las que, hasta la fecha, nunca había revelado ningún detalle, a nadie.

21
Brest, verano de 1969

Mi padre no superó la prueba de acceso de la Escuela Politécnica. Fracasó en París, como su padre antes que él.

Quiso volver a Brest, solo, para ver a sus antiguos compañeros, Bak, los hermanos Lesneven y Madeleine.

Primero fue a casa de Madeleine. Cuando ella abrió la puerta, le pareció que había cambiado, tenía aspecto de mujer, llevaba una cinta que le ceñía la cabeza y una extraña chaqueta con flecos. Madeleine se sorprendió al ver a Pierre, no había dado señales de vida en un año. Luego se disculpó por no poder invitarlo a pasar, estaba a punto de marcharse, hacía la maleta para irse a Estados Unidos.

—¿A Estados Unidos? —se sorprendió Pierre.

Madeleine, con una sonrisa, le contó que había conocido a una estadounidense muy divertida, que había llegado a Brest en barco; quería reunirse con ella, había ahorrado todo un año para comprarse el billete y asistir a un festival en el que actuarían artistas famosos como Bob Dylan, Joan Baez y Jimi Hendrix.

Pierre le preguntó por los hermanos Lesneven. Pero Madeleine respondió que hacía tiempo que no tenía trato con ellos. Le explicó

que ahora prefería la compañía de sus amigas a las relaciones con hombres. Luego cerró la puerta con una carcajada.

Pierre llamó a la puerta de los gemelos Lesneven y fue su padre, Loïc, quien abrió:

—Vaya, vaya, muchacho, ¿qué te trae por aquí?

—He venido a ver a los gemelos.

—¿A los gemelos? Están muy lejos, ¡en Aviñón!

—¿Ah, sí?

Loïc asintió con la cabeza.

—Han conocido a una chica que forma parte de una compañía de teatro «revolucionario».

—¿En serio? ¿Y cuándo se fueron?

—Ayer. No has coincidido con ellos por muy poco.

Pierre recordó que los padres de Bak tenían una droguería detrás de la Rue de Siam. Cuando empujó la puerta de la tienda, se sorprendió al encontrarse con el propio Bak, que tenía un aspecto curioso con su bata azul.

—¡Es para mí, papá, un amigo! Voy a tomarme un receso de cinco minutos.

Bak salió de la tienda con Pierre y encendió un cigarrillo.

—¿Qué tal?

—He suspendido el examen de entrada a la Escuela Politécnica.

—Oh, no pasa nada. ¿Vas a volver a presentarte?

—No lo sé. ¿Y tú?

Bak explicó que iba a ayudar a sus padres en la tienda durante todo el verano. En septiembre tenía previsto irse a Rennes. No para continuar sus estudios, sino para trabajar a tiempo completo en la Liga Comunista, cuya sede se encontraba allí.

El padre de Bak salió de la tienda:

—¡Eh! ¿Va a durar mucho el descanso?

—No, papá, ya voy —dijo Bak.

Luego le susurró a Pierre:

—Vuelve una tarde, al final del día, jugaremos una partida de ajedrez, como antes.

Pierre lo envidió. Él también pensaba a veces en comprometerse por completo. ¿Y por qué no? Su vida sería mucho más útil al servicio de la revolución que en la Escuela Politécnica.

Pierre pasó unas semanas en Brest, en la casa vacía. Sus padres y sus hermanas se habían ido a Le Dossen, cerca de Saint-Pol-de-Léon.

Una inmensa y dolorosa fatiga invadió su cuerpo. Dejó de llamar a sus padres, dejó de pasear por el barrio, pensó en escribir una carta a las hermanas Brisac, pero no lo hizo. Pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo o sumido en un extraño letargo, entre el sueño y la realidad. Cuando volvió en sí, salió de su casa y descubrió en la portada de *Ouest France* que dos astronautas estadounidenses habían logrado aterrizar en la Luna. «¡Fantástico!», titulaba el periódico. «Armstrong y Aldrin han alunizado en el día de ayer a las 21.17. Todos los científicos esperan su recolección lunar». Y Pierre

recordó que, de niño, le dijo a su hermano pequeño que algún día podrían pilotar una nave espacial.

22
De Gaulle tenía razón

—Os informo de que deseo convertirme en militante a tiempo completo. Convertirme en cuadro del partido, trabajar en la organización o, por qué no, en el servicio de orden.

—No, tienes que entrar en la Escuela Politécnica.

—Necesitamos a personas como tú dentro del sistema.

—Donarás tu salario a la organización.

—Serás más útil para la revolución siendo ingeniero que pasando horas accionando la manivela del ciclostil.

—Incluso podrías, de paso, presentarte a la ENA, la Escuela Nacional de la Administración, donde se forman las élites.

—Muy bien —respondió Pierre—. Lo entiendo.

Pierre volvió a presentarse al examen por segundo año consecutivo y fue admitido en la Escuela Politécnica en la promoción de 1970. No sintió vanidad ni orgullo. Había hecho lo que tenía que hacer. Por la revolución. ¿Acaso no había afirmado el general De Gaulle: «Lo más difícil no es salir de la Escuela Politécnica, sino salir de lo común»?

23
Sabotaje

El 25 de octubre de 1970, un alumno de la promoción de Pierre fue expulsado durante quince días por vestir de forma desaliñada. Se consideró que llevaba el pelo demasiado largo. Sus compañeros organizaron una «huelga del uniforme» y una gran asamblea general para votar la supresión del estatuto militar de la escuela.

Unas semanas más tarde, el director de la Escuela Politécnica inauguró una máquina de un tipo completamente nuevo.

—Se trata de un dispensador de billetes de banco. Se llama «distribanco». Gracias a una tarjeta con varias bandas magnéticas, ahora se pueden retirar hasta quinientos francos a la semana sin pasar por el banco. Solo hay treinta en toda Francia.

Al día siguiente, Pierre y su grupo decidieron inutilizar esa «herramienta del capital». Llenaron la ranura del cajero con migas de galletas del comedor de la escuela para que los billetes no pudieran salir. Nunca se supo quiénes fueron los vándalos.

—También tapiamos el despacho de uno de los oficiales de la Escuela Politécnica.

—¿Perdón?

—Sí, lo encerramos en su despacho y lo tapiamos. Era corriente en aquella época hacer eso.

—¡Estabais locos!

—Quizá. No sé. Nosotros no nos veíamos así.

—¿En qué momento dejas esas actividades en la Liga Comunista?

—Diría que… primero pasé por una toma de conciencia, durante el servicio militar.

—¿Qué quieres decir?

—Allí frecuentaba a muchachos de mi edad, jóvenes obreros, jóvenes campesinos que no se interesaban en absoluto por mis discursos. Ni por mis visiones políticas. Les hablaba durante horas de Trotsky, de la revolución permanente, y me miraban como si estuviera loco. Nos encontraban ridículos con nuestras grandes frases, nuestras grandes ideas… Comprendí que robar en las tiendas no era «atacar al capital», sino simplemente robar. Y que una bata no era un «uniforme de los mandarines burgueses», sino una prenda modesta que permitía luchar contra el desgaste del tiempo y ahorrar dinero.

—¿Así que poco a poco te fuiste alejando de los círculos rojos?

—Sí, así es. Seguí interesándome por la política, pero digamos que ya no militaba como antes en los círculos clandestinos.

—¿Y a la ENA? ¿Te presentaste?

—Me preparé, pero no me presenté al examen.

—¡Y yo que creía que eran los lambertistas los que querían integrarse en el sistema!

—Los lambertistas se infiltraban en los partidos. Eran topos. Yo preparaba la ENA sin ocultar mi pertenencia a la Liga. Es muy diferente.

—¿Y después?

—Después conocí a tu madre. Y ese fue el comienzo de otro compromiso.

—¿Qué edad tenías cuando la conociste?

—Veintidós años, más o menos.

LIBRO V

(1972-1979)

Y apareció la noche

1
Encuentro de dos investigadores en torno a un inclinómetro

—¿Qué está calculando?

La mujer que se inclinó hacia Pierre tenía una melena rebelde, al estilo español, ningún maquillaje, ningún artificio, ni la más mínima vacilación en la mirada. Pierre se ajustó las gafas y permaneció en silencio. Entonces ella insistió sonriendo:

—Sus ecuaciones me intrigan…

Habían pasado dos años desde la incorporación de Pierre a la Escuela Politécnica. El general De Gaulle había muerto de un aneurisma mientras jugaba al solitario, y Jim Morrison, de una sobredosis en una discoteca de París. Con ellos, los años sesenta desaparecieron de golpe, barridos, dejando paso a una nueva década, la de la energía nuclear, la aeronáutica y las promesas calculadas del progreso racional.

No era la primera vez que Pierre se fijaba en aquella mujer morena sentada en la mesa del Polytech, el bar de enfrente de la escuela. Cada vez que aparecía, lo hacía rodeada de un grupo de jóvenes profesores y de doctorandos. Hombres de entre veintiocho y treinta y cinco años que vestían pantalones acampanados,

chaquetas de pana marrón y jerséis de cuello alto color mostaza, signos evidentes de su pertenencia al mundo de las ideas.

Pero, ese día, la joven morena estaba sola y se sentó junto a Pierre, en la cafetería casi vacía, a una hora en la que la gente seria trabaja y los demás tienen la sensación de vivir momentos robados, al margen del mundo. Le recordaba algo a Nouk y también a la chica de la televisión, con esos aires de joven felina.

—Hago estos cálculos para un amigo —terminó respondiendo Pierre.

Luego se tomó unos segundos para pensar, frunciendo el ceño.

—Ese amigo ha inventado un inclinómetro. Y ahora, precisamente, me ha pedido que calcule la inclinación del Louvre.

Había algo irresistible en ese joven reservado que hablaba con seriedad de su trabajo. En la rigurosidad de su mente y el encanto de sus rasgos, su piel blanca y suave, sus ojos azules como los de las muñecas.

—¿Del museo del Louvre?

—Sí, se inclina. Se inclina incluso varias veces al día. A intervalos regulares. Excepto por la noche.

La mujer sonrió, adoptó una actitud desafiante y sacó un cigarrillo del paquete. No esperó a que Pierre le tendiera su mechero, sabía hacerlo sola. Luego se pasó la mano por el pelo mientras exhalaba el humo de la primera calada y lo invitó a continuar.

—Mi amigo observó ese fenómeno al instalar su inclinómetro en uno de los balcones.

—¿Se inclina por culpa de los visitantes?

—No. Porque el momento en que se inclina más es entre las siete y las ocho de la mañana, antes de la apertura al público. Así que…

Mi amigo me ha pedido que lo ayude a encontrar la causa.

—¿Y ha dado con ello?

—Sí.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Es muy sencillo. Compré un tíquet, me senté en uno de los bancos de la gran galería, frente a los cuadros. Reflexioné sobre todo lo que me rodeaba. Sobre todo lo que podía actuar en el museo, desde la influencia de fenómenos espaciales, como la luna y los planetas, hasta las fuerzas subterráneas. Al cabo de una o dos horas, lo comprendí.

—¿Y bien?

—Es el metro.

La mujer morena se echó a reír.

—¡El metro! ¡Claro! ¡Cómo no se me había ocurrido!

—El Louvre se inclina cuando el metro se detiene en la estación Palais-Royal.

—… Por eso… Entre las siete y las ocho de la mañana: ¡en hora punta!

—Exacto. Ahora que he encontrado la causa, tengo que calcularla.

La mujer morena dio un paso atrás y miró al joven, impresionada.

—¿Cómo se llama su ciencia?

—Mecánica analítica.

—¿Pero en qué consiste exactamente?

—Sería largo y complicado de explicar.

—Complicado… Yo también he estudiado Matemáticas. Ya le diré si me aburre.

—Bien. Ya que insiste.

Pierre respiró hondo, guiñó los ojos y reflexionó unos segundos.

—Si lanzara mis gafas al otro lado del bar, se podría calcular fácilmente su trayectoria.

—¿Lo intentamos? —preguntó la mujer morena.

—No, prefiero no hacerlo —respondió él, sujetándoselas firmemente contra la nariz—. Pero si «imagináramos» que las lanzamos, calcularíamos su trayectoria en función…

—… del peso de las gafas, de su forma, de la fuerza con la que las ha arrojado y de la masa muscular de su brazo. Ya sé todo eso —dijo la mujer morena.

—Muy bien. El movimiento de las gafas es fácil de calcular. Pero, en algunos casos, los cuerpos se mueven en el espacio de una manera más compleja, más enigmática. Diría incluso que dichos cuerpos «evolucionan» durante su desplazamiento. Es lo que se denomina «grados de libertad». Y ahí es donde interviene la mecánica analítica racional, mi especialidad.

—Fascinante —asintió la mujer morena—. ¿Y a qué cuerpos se refiere, cuando habla de esos «grados de libertad»?

Para Pierre, el ejemplo más fácil de entender era el de los planetas. Habló de Johannes Kepler, el primero en comprender que los planetas no describen círculos, como se creía entonces, sino elipses. Explicó cómo sus trabajos visionarios inspiraron a Isaac Newton, quien elaboró las leyes fundamentales del movimiento y permitió calcular con precisión las trayectorias planetarias. Sin embargo, la complejidad de tales cálculos hacía que fueran difíciles de transmitir. Pierre mencionó a Joseph-Louis Lagrange y la forma en que aportó una nueva luz a la mecánica newtoniana al introducir métodos de cálculo elegantes y simétricos. Ello condujo al

descubrimiento del «principio de mínima acción», según el cual los cuerpos siguen sistemáticamente el camino más corto.

—El principio de mínima acción permitió otros descubrimientos en el ámbito de la física, como las ecuaciones de Albert Einstein sobre el campo de la gravedad en el espacio cuatridimensional. Un espacio en el que el tiempo es variable.

La mujer morena miró su reloj, un pequeño reloj Maty con una correa fina y negra, al que había que dar cuerda una vez al día.

—Por desgracia, para mí el tiempo no es variable, ¡y mis alumnos me estarán esperando! Tengo que irme.

La mujer morena le tendió la mano sonriendo.

—Hasta pronto.

Pierre asintió con la cabeza y la vio alejarse. Luego se quitó las gafas, se secó el sudor que se había acumulado en las patillas y se dio cuenta de que tenía muchas ganas de volver a ver a aquella mujer.

2
She thinks he is very handsome

Los días siguientes, Pierre no volvió a ver a la mujer morena. Cuando él salía del bar, ella llegaba unos instantes después, y muy a menudo ocurría lo contrario, él entraba cuando ella acababa de salir, como si una mano oscura los mantuviera alejados al uno de la otra. Poco a poco, la idea de su encuentro dejó de pasar por su mente, se desvaneció por completo, hasta que su imprecisa existencia hizo de aquel recuerdo un sueño.

De repente, una noche, al cruzar la puerta del Polytech, sin siquiera mirar los rostros desconocidos que se mezclaban allí, sin esperanza ni expectativas, en el bullicio de una sala animada, la vio reaparecer por fin, con toda su pandilla.

—¿Podría prestarme su mechero? —le preguntó ella con una sonrisa distraída.

Por la forma en que le habló, Pierre se preguntó si no se habría olvidado de él. Le tendió el mechero, sin mirarla, esperando que sus manos no parecieran temblar.

—¿Cómo le va desde la última vez? —le preguntó ella.

Se acordaba de él. Entonces Pierre sintió que se le aceleraba el corazón.

Se excusó por haber hablado solo de sí mismo la última vez. La mujer morena se sorprendió, no era muy corriente que los hombres se dieran cuenta de ese tipo de cosas. Inclinó la cabeza para encender su cigarrillo con el mechero de Pierre. Lo intentó varias veces antes de dar una larga calada y llenarse los pulmones de humo. Luego se pasó la mano por el pelo y continuó:

—Estudié un año de Ciencias exactas, eso ya se lo conté la última vez. Después cambié de rumbo, como sus planetas sinusoidales, y evolucioné hacia lo que se llama «gramática generativa». ¿Sabe de qué se trata?

—No.

—La teoría de la gramática generativa afirma que el lenguaje humano se basa en reglas innatas inscritas en la mente, capaces de producir una infinidad de frases a partir de estructuras fundamentales.

—¿Tiene un centro de investigación en la Escuela Politécnica?

—Nuestro centro de investigación no está aquí, sino en la universidad de París-Jussieu. Aquí impartimos clases; nuestra investigación sobre ordenadores interesa mucho a la escuela. Trabajo bajo la dirección de Maurice Gross, el tipo que está ahí, en ese extremo de la mesa. ¿Lo ve?

Pierre se inclinó. Ya había visto varias veces en ese café a ese viejo profesor de la Escuela Politécnica, siempre rodeado de un grupo de doctorandos y de ayudantes.

—Soy la profesora de prácticas, aquí y en el centro universitario de Vincennes. Formo parte de su Centro de Investigación Blaise Pascal, también conocido como «Centro automático documental y lingüístico».

Ese centro de estudio estaba especializado en la traducción automática de idiomas, evaluando la posibilidad de traducir mecánicamente del francés al inglés mediante un sistema de codificación.

—¿Y cuáles son las aplicaciones prácticas?

—Pues bien, algún día ya no tendremos que aprender idiomas. El ordenador dará la respuesta de forma inmediata. Usted escribirá «Lo encuentro muy atractivo» en el teclado y, en un segundo, aparecerá en la pantalla: *I think you're very handsome*.

Pierre se turbó. En ese momento, Pierre François se acercó a su mesa. La joven se dirigió a él como si lo conociera de toda la vida:

—¿Dónde se había metido? Lo estábamos esperando.

Pierre François comprendió enseguida que Pierre había dado por fin con su mujer morena.

Se oyó un ruido: Maurice Gross y su grupo se estaban poniendo los abrigos para marcharse. La mujer morena apagó el cigarrillo en el cenicero y se levantó.

—Tengo que irme —dijo ella—. ¿Cómo se llama?

—Pierre.

—¿Y usted?

—Pierre también.

Esto hizo reír a la mujer morena, que concluyó antes de marcharse:

—He conocido a los dos Pierre. Encantada.

Una vez que desapareció volando con el grupo que la acompañaba, Pierre François miró a Pierre:

—¿Es ella?

Pierre asintió con la cabeza. Luego se puso a pensar frunciendo el ceño y dijo, muy serio:

—Deberíamos haberle preguntado cómo se llamaba.

—Vaya. Tienes razón.

—¿Qué edad crees que tiene?

—Oh… Es mayor que nosotros. Yo diría que unos veintiocho años.

—¿Crees que a esa edad una mujer puede interesarse por un joven como yo?

Pierre François miró a su amigo Pierre y respondió:

—Creo que le gustas muchísimo.

—¿De verdad?

Pierre le agradeció al otro Pierre que le diera esa respuesta, aunque fuera contraria a la evidencia. Lo apreció aún más por esa amistad que, con su aliento constante, tal vez algún día transformaría la inexactitud en verdad.

—Mamá, ¿te acuerdas de cuando conociste a papá?

—¡Sí! Como si fuera ayer.

—¿Por qué quisiste hablar con él?

—Me parecía muy guapo. Y muy inteligente, diría incluso que el más inteligente.

—¿Y sabías de sus actividades clandestinas en la Liga Comunista?

—Sí, acabé sospechándolo. Pero él no hablaba de ello. Y yo respetaba su silencio.

—¿Tú formaste parte de un grupo de izquierdas?

—No exactamente. Colaboré con un grupo. Más tarde supe que eran lambertistas: organizaban fines de semana durante los que nos formaban, asistíamos a conferencias… Pero enseguida me cansé.

—¿Por qué?

—Los chicos eran demasiado serios, incluso peligrosos. Además, eran misóginos. No querían que fuéramos revolucionarias, sino más bien las mujeres de los revolucionarios. No, ya sabes que yo me uní a los movimientos feministas, estuve en el MLAC y luego en el MLF, que comenzó en Vincennes. Mi lucha era por los derechos de las mujeres.

3
Se llama Lélia Picabia

Por un curioso azar, tras haber pasado semanas sin verse, al día siguiente se cruzaron de nuevo en los pasillos de la Escuela Politécnica. Los dos Pierre expresaron su remordimiento por no haberle preguntado su nombre el día anterior. La mujer morena se limitó a responder con sencillez: Lélia, un nombre que significa «la noche» en hebreo. En cuanto a su apellido, era de origen español: Picabia.

—Creo que hay un pintor que se llama Picabia, ¿no? —preguntó Pierre François, intrigado.

Lélia se encogió ligeramente de hombros:

—Quizá…, sí… Era mi abuelo.

Su respuesta, sucinta y distante a la vez, no dejaba lugar a dudas. Lejos de sentirse orgullosa de ese antepasado, parecía mostrar una indiferencia sincera.

A Pierre le resultaba extraño ver a la mujer morena en plena tarde, por los pasillos de la escuela. Solo se habían cruzado por la noche o en la oscuridad de un café sin ventanas. Quizá animados por la repetición de aquellos encuentros fortuitos, los dos Pierre la invitaron a tomar una copa en el Polytech. Pero Lélia, apurada por sus obligaciones, declinó la invitación: tenía que ir a Vincennes para

dar una clase de lingüística. Los dos Pierre confesaron que nunca habían estado allí.

—¡Hay que salir del Barrio Latino, chicos! ¡Vamos, os llevo! Voy a buscar el coche. Nos vemos delante de la Brasserie Balzar.

Lélia los esperó en el cruce de la Rue des Écoles y el Boulevard Saint-Germain, en su pequeño automóvil. Fumaba un cigarrillo con el codo apoyado en la ventanilla. Su cabello suelto se agitaba a su alrededor. Cuando Pierre vio su rostro, enmarcado por la ventanilla, como en un cuadro, le pareció muy guapa. Ella tiró la colilla al exterior, arrancó y lanzó un autoritario «Vamos allá» que impresionó a los muchachos.

—Súbete delante —dijo Pierre François sin darle otra opción a Pierre.

Sentado junto a Lélia, Pierre sintió confusamente que todo iría bien en su vida mientras esa mujer estuviera ahí, a su lado, al volante de su coche.

Circularon hasta el Bois de Vincennes. De repente, en medio del bosque, como en los cuentos de hadas, aparecieron grandes edificios, construcciones modulares prefabricadas de hormigón y madera, organizadas en largos rectángulos minimalistas y geométricos, con líneas de igual grosor y colores apagados. Pierre apreció la armonía visual de las formas, metódicamente calculada, la repetición de los modelos.

—¡No se parece en nada a una facultad! —exclamó Pierre François.

Lélia se echó a reír.

—¡Eso es lo que queríamos! Reinventarlo todo. De hecho, diría que se trata más bien de un lugar experimental, un lugar de protesta y resistencia. Funcionamos en régimen de autogestión.

Lélia se volvió hacia Pierre, cogió el cigarrillo que él acababa de encender y se lo llevó a los labios.

—La ideología de Vincennes es la libertad académica. Y no solo eso, la universidad está abierta a quienes no tienen el bachillerato, a los trabajadores, hay clases nocturnas. Todo está pensado para ir en contra de la política de selección social del poder. Se abre todo: las ventanas, la enseñanza…

Lélia hizo aquello en un único movimiento: conducir, mirar la carretera, decir las palabras «libertad académica», coger el cigarrillo para darle una calada y devolvérselo a él. Pierre estaba fascinado.

—No hay jerarquía entre estudiantes y profesores. Se han suprimido las clases magistrales.

La mera existencia de aquella mujer era un milagro. Él, que luchaba por un mundo mejor, acababa de encontrar lo mejor que el mundo podía ofrecer.

Pierre se llevó a la boca el cigarrillo que ella acababa de colocar entre sus labios. Dio una larga calada. Fue el cigarrillo más excitante de su vida.

4
Vincennes

A lo largo del camino que conducía a la facultad, los chicos vieron un pequeño patio con un tobogán y una rayuela pintada en el suelo. Preguntaron, atónitos, si se trataba de una guardería.

—¡Sí! E incluso hay una guardería en la universidad, abierta de ocho de la mañana a diez de la noche, para que las mujeres, ya sean estudiantes o profesoras, no se vean penalizadas por la carga de los hijos.

Se notaba allí una ingeniosidad sorprendente, una inteligencia en la forma de replantear el espacio que reordenaba la vida misma; la arquitectura modificaba las relaciones entre los seres, estaba al servicio de las mujeres en la sociedad; era la primera vez que veían algo así.

Salieron del coche, avanzaron por unos pasajes cubiertos y entraron en los edificios. Lélia iba delante, con sus botas altas, su falda con motivos indios que flotaba al viento y su chaleco de piel vuelta. Llevaba en las manos las llaves de su aula, se sentía en casa, parecía emanar del lugar, como si hubiera sido inventada por ese espacio utópico. Se volvió hacia los dos Pierre:

—La clase de Deleuze está a punto de comenzar. ¿Queréis escuchar?

La sala ya estaba tan llena de gente que se vieron obligados a apretujarse contra una pared. Había una multitud de todas las edades, estudiantes con micrófonos, empleados deseosos de retomar sus estudios, alumnos de universidades extranjeras atraídos por el prestigio de los profesores.

—¿De qué año es esta asignatura? —preguntó Pierre.

—¡No hay cursos ni niveles! Estamos en contra de la jerarquía. Lo importante es lo que produce cada uno intelectualmente.

—¡Shhh! —protestó un vecino.

La sala desafiaba las convenciones habituales de una clase. Aquí no había alumnos sentados en filas a un lado y un profesor entronizado en una tarima al otro. El conjunto evocaba más una asamblea general o una reunión política que una clase universitaria.

Gilles Deleuze entró, abriéndose paso entre la multitud. Se disculpó con voz suave, casi sin aliento, tratando de hacerse oír sin autoridad:

—Son muy amables, me alegra ver que hay tanta gente, pero tendrían que hacerme un poco de sitio para que pueda dejar mis libros.

Su rostro ascético estaba iluminado por unos pómulos ligeramente salientes y enmarcado por unas gafas de montura metálica fina. Un mechón de pelo cuidadosamente peinado sobre una incipiente calvicie era la única concesión a cualquier tipo de coquetería, ya que el resto de su aspecto delataba un completo desinterés por la

vestimenta. Dejó sus cosas y se lanzó a dar una clase que no era tal, sino más bien un diálogo interior que expresaba en voz alta. No parecía saber lo que iba a decir, ni seguir un plan concreto con la intención de enseñar nada; daba la impresión de buscar el desarrollo de una palabra, de un razonamiento, sin recurrir a notas, y su intervención parecía espontánea, aunque muy elaborada. A su alrededor, el público, fascinado, parecía estar pendiente de la forma en que articulaba sus ideas, mientras una energía intelectual casi tangible impregnaba el aire.

Lo que ocurría en aquella sala ya no era una transferencia de conocimientos, sino un proceso que trastornaba el ser, que no se contentaba con depositar una idea en la mente, sino que agitaba su naturaleza, la materia misma.

La clase de Lélia estaba a punto de comenzar. Los tres subían por el pasillo del edificio de Matemáticas cuando se abrió una puerta. Apareció un anciano. Los dos Pierre se detuvieron al mismo tiempo. Atónitos. Estaban tan impresionados como si hubieran visto a David Bowie surgir de repente por un pasillo de la facultad.

Lélia les preguntó qué sucedía. Se trataba de Claude Chevalley. Uno de los fundadores del grupo Bourbaki, conocido por su teorema sobre los conjuntos densos de Zariski «que tiene importantes aplicaciones en geometría diofántica», precisó Pierre.

Del mismo modo que Ziggy Stardust proponía una forma radicalmente nueva de ver el mundo, Claude Chevalley exploró y construyó estructuras matemáticas abstractas, ofreciendo así una comprensión de las simetrías y de los objetos complejos.

El hombrecillo que avanzaba lentamente por los pasillos de Vincennes era, al igual que Ziggy, el extraterrestre andrógino, un emblema de la reinvención y de la disconformidad del mundo.

Lélia abrió su aula y dejó entrar a sus alumnos, que no eran mucho más jóvenes que los dos Pierre.

Comenzó su clase sobre los distintos tipos de adjetivos y escribió un ejemplo en la pizarra: «El apuesto Pierre come la manzana verde».

Esto hizo sonrojar a Pierre. Y sonreír a Pierre François.

—Así que poco a poco te alejas de tus actividades militantes en la Liga…

—Así es.

—¿Por qué?

—Sin duda hay varias razones. Digamos que uno de los puntos de inflexión en la historia de la izquierda revolucionaria francesa (sobre todo para los maoístas) fue la muerte de Pierre Overney, en enero de 1972. Eso nos marcó mucho a todos.

—¿Me puedes explicar qué pasó?

—Pierre Overney era un antiguo trabajador de las fábricas Renault, tenía veinticuatro años y era hijo de un obrero agrícola; fue despedido por activismo político y se unió a la Gauche Prolétarienne (Izquierda Proletaria)… Así que, en enero de 1972, va a repartir panfletos a la entrada de la fábrica Renault de Boulogne-Billancourt. La dirección de la fábrica sabe que va a haber tensiones y envía un servicio de orden. Y Pierre Overney recibe un disparo en pleno corazón. Su muerte desencadenó una fuerte reacción, fuimos todos a su entierro. Todos. Porque todos estábamos unidos contra las milicias patronales.

—¿Por qué dices que este acontecimiento fue un punto de inflexión?

—Para mí, como para otros, es el comienzo de una reflexión crítica. Nos preguntamos hasta qué punto somos responsables de esas muertes y hasta dónde llegarán las cosas. ¿No estarán los dirigentes arrastrando a la gente a un torbellino de violencia incontrolable?

—¿Quieres decir que se plantea la cuestión de la responsabilidad?

—Sí. Porque había muertos durante las manifestaciones. Historias trágicas.

Nuestras conversaciones se habían vuelto más breves, yo no me alargaba mucho porque notaba a mi padre cansado por el tratamiento de quimioterapia. Le gustaba recordar viejos tiempos, pero a veces le costaba hablar debido a un producto que le producía aftas. Me sugirió que nos centráramos más en su trabajo como investigador. Comprendí que quería desviar nuestra conversación acerca de la Liga, y que ahora prefería introducirme en el universo de sus investigaciones.

Como estaba cansado, le propuse que parte de nuestra conversación fuera por Zoom y luego por correo electrónico. Entonces le pregunté cómo había comenzado su carrera de investigador en la Escuela Politécnica y qué decisiones lo habían llevado a dedicarse al estudio de los sistemas de almacenamiento y a la influencia de la luna en las mareas terrestres. Como la fatiga le impedía contestarme en persona, me envió un correo electrónico al día siguiente.

> Me di cuenta de que la cuestión de los residuos radiactivos iba a cobrar mucha importancia, así que creé un equipo para trabajar en el tema que

creció rápidamente, hasta contar con unas quince personas. En aquella época, los alemanes nos llevaban la delantera —ahora es todo lo contrario—, y eso hizo que, en cierta medida, creciéramos en oposición a su enfoque. Evidentemente, se trata de un tema muy amplio, y que sigue siendo de gran actualidad; de hecho, observo que los novelistas (Houellebecq) tienden a abordar este tipo de temas sociales.

No me atrevía a confesarle la verdad. A mí lo que me interesaba era descubrir cómo habían sido mis padres en el pasado, unos amantes, un joven y una joven abrazándose con deseo. Una fascinación inquietante me atraía hacia su historia. Lo que más me gustaba era dibujar, en mi página en blanco, una puerta, una cerradura, para fijar en ella mi mirada ávida, como un voyeur atraído por un mundo que nunca debería haber vislumbrado. Era Tom el Mirón.

5
Cómo calcular un litro y medio de agua con una cazuela y una regla doble

Lélia y los dos Pierre se reunían todos los días en el Polytech. A los dos Pierre les gustaba la forma en que ella ponía orden en una existencia que le había sido dada en desorden. Era de esas mujeres que caminan solas, con arrojo, un paso tras otro, independientes, avanzando con alegre determinación, esbozando cada día una vida que no debía nada a nadie.

Les habló del «movimiento de las mujeres» en el que militaba. Decía que había que «educar a los hombres» y ellos estaban de acuerdo con esa idea. Trabajaba para centros de planificación familiar, ayudaba a las jóvenes a conseguir anticonceptivos y organizaba abortos, gracias a los estudiantes de Medicina. Decía: «Son formidables». Formaba parte del MLAC (Movimiento por la Libertad del Aborto y la Anticoncepción) y les explicaba la importancia de una ley que autorizara el IVG (Interrupción Voluntaria del Embarazo).

Esa mujer que hablaba con acrónimos los impresionaba. No sabían muy bien qué significaban, pero intuían que eran importantes y asentían con aire serio mientras contemplaban cómo salía de su boca el humo de los cigarrillos.

Lélia y los dos Pierre se hicieron inseparables. Su triángulo dibujaba un espacio que nadie podía traspasar. Para ellos, la verdadera camaradería residía en respetar los misterios del otro. Cada uno procedía de un país recóndito, aquel en el que vivía solo. Habían reconocido en el otro los mundos ocultos en los que no hay que entrar, las puertas que hay que dejar cerradas. Hay amistades que se basan en el silencio, romperlo sería una traición. Entre ellos había más que un vínculo clandestino, era casi un pacto.

Se parecían: tres provincianos que querían fundirse con París, borrar las huellas de las ciudades lejanas donde habían crecido. Su infancia pertenecía a mundos que ahora les parecían países extranjeros. París era su gran refugio, un espacio compartido donde cabían muchos.

Al igual que las hermanas Brisac, con su aire de jóvenes fieras, todas esas mujeres de un género inaudito tenían en común el hecho de diseñar espacios diferentes, proyectaban mundos nuevos, parecían hacer posibles —por su manera de pensar, de concebir la existencia— otras formas de vivir la vida. Eran libres.

Una noche, Lélia invitó a Pierre a cenar a su apartamento de la Rue de la Harpe. Pero le precisó que quería que fuera solo. Pierre se lo contó al otro Pierre, quien lo animó a aceptar lo que parecía una cita en toda regla.

Pierre, intimidado, llegó puntual, con una botella de vino en la mano. Pero, cuando Lélia abrió la puerta, le preguntó por qué había llegado tan pronto, ya que tenía que terminar un artículo y aún no estaba lista ni vestida.

—¿Podrías cocinar tú la pasta y avisarme cuando esté preparada?

Pierre se encontró en la cocina, inmóvil como un general observando el campo de batalla antes del asalto. Leyó en las instrucciones del paquete que para cocinar la pasta se necesitaba «un litro y medio de agua». Lo primero que tenía que hacer era encontrar una cazuela. Luego, Pierre buscó un vaso medidor. En vano. Lélia no tenía ninguno.

—¿Tienes una regla doble? —preguntó Pierre, tras asomar la cabeza por la puerta del despacho.

Los dedos de Lélia dejaron de teclear en la máquina de escribir. Estaba guapa, iluminada por una tenue lámpara, con el cigarrillo entre los labios.

—Sí, ¿para qué la necesitas?

—Para calcular un litro y medio de agua.

Pierre volvió a la cocina, midió la profundidad y el diámetro de la cazuela. Luego, pensando que el volumen de un cilindro se calcula con la fórmula «V es igual a π multiplicado por el radio al cuadrado multiplicado por la altura», concluyó que la cazuela contenía tres litros de agua. Por lo tanto, debía llenarla hasta la mitad para obtener un litro y medio.

El agua empezaba a hervir en la olla cuando Lélia entró en la cocina. No le pidió a Pierre que abriera la botella de vino, lo hizo ella. Él esperaba, con el paquete de pasta en la mano, observando el fino hilo de evaporación del agua que iniciaba su metamorfosis, con las moléculas vibrando bajo el calor, rompiendo finalmente las fuerzas de atracción que las mantenían en forma líquida. Buscó un tema de

conversación, pero la timidez lo volvía torpe. Así que cogió el salero y echó dos pizcas en el agua, con la precisión de un técnico de laboratorio, observando cómo se disolvía cada grano en el infinito. Luego dejó caer la pasta en el agua. El vapor se adhirió a sus gafas. Ya no veía nada, pero sintió las manos de Lélia cogiéndolo del brazo para guiarlo hacia ella.

Cuando se despertó, en mitad de la noche, en la cama de Lélia, se sintió protegido. El corazón de aquella mujer era tan profundo que podría albergarlo por completo. Y, en ese escondite, nadie vendría a molestarlo.

6
El viaje a Céreste

El verano se acercaba como una amenaza. Eso significaba separarse. Así que, unas semanas antes de las vacaciones, Lélia propuso a los dos Pierre pasar diez días en el sur de Francia, en casa de su madre.

Lélia escribió una carta a Myriam para avisarle del día de su llegada. Antes de firmar, precisó que iría «con dos amigos». Lélia tuvo la sensación de estar gastando una mala pasada a su madre, sin saber muy bien por qué. Lélia y los dos Pierre se reunieron en el andén. Se acomodaron en un tren Mistral, en un compartimento de segunda clase con asientos de terciopelo coronados por fotografías de paisajes. Ataviada con un vestido abotonado que dejaba ver por momentos sus piernas, Lélia se levantó para abrir la ventana de guillotina con un gesto seguro y preciso.

—¿A tus padres no les molesta que vayamos los tres juntos? —preguntó Pierre François.

—No son mis padres. Quiero decir: Yves no es mi padre.

—Pero ¿dónde vive tu padre?

—Murió cuando yo tenía tres años.

—¿De qué murió?

—No lo sé.

La vida de Lélia parecía siempre una novela.

Llegaron a Aviñón a última hora de la tarde. Al bajar del tren, quedaron sorprendidos y deslumbrados por la luz de Provenza, que bañaba la explanada de la estación y a sus viajeros.

Lélia se dirigió hacia los autobuses de la compañía Jourdan, que se encargaban de la conexión entre Aviñón y Digne. Preguntó por el autobús a Céreste a un conductor, que se secó la frente bajo la gorra con un pañuelo y le respondió: «Soy yo, Céreste», con acento del sur.

En el autobús, durante el trayecto, Pierre oyó por primera vez en su vida el estridente canto de las cigarras. Fascinado por ese zumbido incesante, no tardó en buscar su origen, preguntándose por las vibraciones del sonido, las frecuencias y los fenómenos ondulatorios.

Al llegar al pueblo, el autobús se anunció estrepitosamente con repetidos toques de claxon. Lélia giró la cabeza y reconoció las siluetas de Myriam e Yves, que estaban esperándolos. Se subieron al coche. Por los caminos pedregosos que conducían a la colina, intercambiaron trivialidades sobre el viaje, la comodidad del tren, el tiempo que hacía en París y el que haría durante su estancia.

En la parte de atrás, Lélia y los dos Pierre se apretujaban, hombro con hombro, rodilla con rodilla. Pierre François vio que la pierna de Lélia estaba apoyada contra la de Pierre y que ella no la apartaba. Entonces comprendió que algo había cambiado.

7
Myriam e Yves

Las primeras horas fueron de júbilo. De placer por verse reunidos, de deseo por que todo saliera bien. Pero, cuando cayó la noche, las conversaciones se volvieron más secretas. Lélia contó:

—No sé nada de mi padre. Solo que se llamaba Vicente.

—¿Por qué no lo hablas con tu madre?

—Porque es imposible. Sería como invocar la tormenta. Ella se derrumbaría. Y sé que algún día, cuando muera, se llevará todos sus secretos consigo.

—¿Cómo se conocieron Yves y ella?

—Durante la guerra, mis padres vinieron a esconderse a esta región. En una casa, no muy lejos, «la casa del ahorcado». Y allí conocieron a un joven de la zona, Yves. Que luego se convirtió en el segundo marido de mi madre.

Desde hacía treinta años, Myriam e Yves formaban una pareja muy unida. En cuanto uno se sentía atacado, acosado por las preguntas, la otra lo protegía, y viceversa.

—No canses a tu madre con tus preguntas.

—¿Por qué remueves viejas historias? Son cosas del pasado.

8
El pueblo

A la mañana siguiente, Lélia y los dos Pierre se levantaron temprano para ir al mercado de Céreste. Había que cruzar por el bosque a pie, pasando entre los robles plateados. Lélia parecía haber vivido siempre en la naturaleza. Conocía el nombre de cada planta, de cada árbol de la colina donde creció. Avanzaba por los senderos, morena como un boletus, y Pierre sentía su fuerza vital.

Al salir del bosque, tomaron el camino del pueblo, que antes era de tierra batida. Entraron en la panadería, donde Lélia preguntó:

—¿Ahora hacen baguettes?

—¡Con los turistas hay que adaptarse!

Luego, Lélia y los dos Pierre recorrieron las callejuelas, bordeadas de casas, algunas de las cuales parecían abandonadas. Lélia explicó que el pueblo se estaba muriendo, cada vez más pobre y aislado. Aquí no había fábricas ni pequeñas industrias, y los terrenos no tenían ningún valor. Los jóvenes nacidos en el pueblo se marchaban, por falta de trabajo y de condiciones de vida adecuadas, especialmente las mujeres. Se iban a la ciudad, dejando solos a los hombres.

—Pero ¿eras feliz en este pueblo? —preguntó Pierre François.

—No. En primer lugar, porque era pobre. Eso no me gustaba. Y, en segundo lugar, porque me consideraban una extranjera.

—Pero tú eres francesa…

—Sí. Pero para la gente de aquí era más complicado. Mi madre nació en Rusia. Mi padre tiene apellido español. Y además…

Lélia pareció dudar.

—Un día me tiraron piedras. Y, en el patio del recreo, oí «sucia judía».

Los dos Pierre se quedaron callados.

—¿Eres judía?

—Sí —dijo Lélia—. Toda mi familia murió en los campos de concentración.

Esa frase impresionó a Pierre.

9
Recuerdo de la cifra tres

Una mañana, muy temprano, Lélia y los dos Pierre tomaron el camino del valle de Serre que conduce al fuerte de Buoux, un bloque de tierra con rocas monumentales que caen en picado desde la montaña. Lélia sentía la presencia de algo que no podía explicar, como un recuerdo contenido en las piedras.

Los dos Pierre guardaban silencio. Lélia percibía la densidad de ese silencio, le daba vértigo. Le parecía que eran los tres últimos seres humanos en el planeta, que el resto del mundo no era más que un leve ruido, un lejano zumbido de insectos. Lélia recuperaba una atmósfera que había precedido su existencia, revivía las condiciones de su llegada al mundo, se identificaba con su madre, Myriam, caminando entre dos hombres, Vicente e Yves.

Luego les mostró los burones, esas casitas de piedra que parecen nidos de pájaros volcados.

Cuando Lélia y los dos Pierre penetraron en su interior, tuvieron el reflejo de callarse. Al principio, el contraste entre la luz deslumbrante de fuera y la oscuridad de dentro los dejó ciegos. Lélia sintió una mano buscando la suya, Pierre le agarró la punta de los dedos para apretarlos con fuerza. Ella, por primera vez en su vida, se sintió completamente feliz.

10
Gabriële

Isabel, hija de Pierre y Lélia, vino al mundo el 11 de enero de 1973. Pierre François pasó por la casa con una botella de champán, le puso dos gotas detrás de las orejas al bebé a modo de bautismo. Y se convirtió en su padrino.

Llegó con una joven rubia, que sonreía con los ojos y se llamaba Laurence. Pierre y Lélia la encontraron aburrida, pero no se atrevieron a decírselo a su mejor amigo.

La noticia del nacimiento de Isabel se difundió, sin que se sepa muy bien cómo.

Lélia recibió una carta de Jeannine Picabia, su tía, a quien no conocía:

> Querida Lélia:
>
> Mi madre, Gabriële, y yo estaríamos encantadas de verte para que nos presentaras a tu hija, ya que la familia crece.
>
> JEANNINE

Lélia se dirigió con su capazo al número 11 de la Rue de Chateaubriand. Resultaba extraño verse recibida por una familia que no se había comportado como tal. Tenía casi treinta años y, desde su nacimiento, su abuela Gabriële Buffet-Picabia nunca se había interesado por ella.

Recibieron a Lélia y su bebé en el salón, donde nada resultaba familiar. Ni los olores, ni los libros de la biblioteca, ni los objetos acumulados en las estanterías desvencijadas. A Lélia le dio la impresión de haberse colado como una ladrona.

Jeannine había comprado regalos. Un vestidito de recién nacida para Isabel y una funda para cheques de cuero negro, lisa y elegante, para Lélia. Quería recuperar el tiempo y las ocasiones perdidas:

—¡Qué felices estamos de verte! Hace tanto tiempo que deberíamos haberte llamado.

Lélia no decía nada, permanecía en silencio, no por timidez, sino por rebeldía.

Lélia se negaba a rendirse ante la belleza, ante el significado de ese momento, que reunía a cuatro generaciones: Gabriële, Jeannine, Lélia e Isabel. La primera había nacido en 1881, la última en 1973. Estas mujeres trazaban una línea temporal, un siglo, una sedimentación de momentos vividos, de figuras, de visiones. Lélia rechazaba con todas sus fuerzas ese vínculo invisible que las unía. Le resultaba insoportable.

En un rincón oscuro de la sala se encontraba Gabriële, de noventa y dos años. Parecía una mariposa a punto de desintegrarse en cenizas, pero su mirada era tan eléctrica como en 1913, cuando desembarcó en Nueva York con ese genio de marido, Francis Picabia. Seguía poseída por esa antigua energía que emanaba del espíritu demiúrgico, que no se había sometido a ningún hombre ni al tiempo.

Llevaba un broche, una espiral de bronce dorado, regalo de su amigo Alexander Calder. Al colocárselo sobre el corazón, Gabriële demostraba que seguiría siendo para siempre un ser incandescente. Para demostrarlo, se volvió hacia su nieta y de su boca salieron palabras crueles, afiladas como cuchillos.

Lélia tomó en silencio el capazo de su hija bajo el brazo y salió de la habitación. Sin dar las gracias ni despedirse. Pensó que no tener familia la había entristecido durante mucho tiempo. Pero la había hecho libre.

11
Lo mejor que puede ofrecer el hombre

Pierre celebró su vigésimo tercer cumpleaños el 10 de marzo de 1973, mientras que por toda Francia los estudiantes de secundaria salían a las calles, animados por un fervor contestatario, para proclamar su rechazo a la ley Debré. Habían pasado cinco años desde Mayo del 68. Las hermanas y los hermanos pequeños de ayer, que habían visto a los mayores hacer su revolución, se habían convertido en adolescentes que también pretendían derrocar el orden establecido.

Pierre observaba los engranajes de esos movimientos. Los comités de acción de los estudiantes se vieron sustituidos por «comités de huelga». Más organizados, más supervisados. Echaba de menos la poesía evanescente de las consignas de su generación. Los tiempos eran más duros.

Para él, aquello no era ni el fin de la inocencia ni el comienzo de las renuncias. Pero sí algo que podía compararse con el desvanecimiento de un deseo carnal, como cuando un cuerpo ya no te excita, cuando el deseo se apaga, pero lo cambias por otra belleza, diferente.

Ahora tenía una familia, una mujer y un hijo.

Ese mismo año, el Gobierno prohibió la Liga Comunista. Por supuesto, resurgiría, al igual que la JCR había resucitado, pero Pierre sabía que la disolución de un sistema conlleva la separación de los átomos.

En la desintegración, los elementos pierden poco a poco su brillo y su calor y, al hacerlo, desaparece su fuerza de atracción.

Pierre terminó sus estudios en la Escuela Politécnica en el cuerpo de Minas, siendo uno de los mejores de su promoción. Era un joven con un futuro prometedor, podría haber formado parte de la élite, como se suele decir. Pero ni el dinero ni el poder ni el prestigio lo excitaban. No había venido a esta vida para poseer cosas, para comprarse coches grandes; de todos modos, se negó a sacarse el carnet de conducir. Su deseo era comprender las leyes del universo. Quería ser investigador en mecánica analítica racional.

Ya no sería militante. Ya no formaría parte de ninguna organización. No cambiaría a la humanidad. Pero intentaría ser un hombre ejemplar en su forma de vivir.

Todos los cuerpos se mueven en el espacio según unas reglas, sin las cuales sería imposible jugar al billar. Dichas reglas son difíciles de vislumbrar y asimilar, ya que algunos cuerpos evolucionan durante su desplazamiento, como los seres que, al penetrar en ciertos lugares, modifican sus comportamientos habituales. Las leyes del movimiento se deducen, por lo tanto, de un principio variacional, lo

que las hace complejas de calcular. Y eso era lo que le interesaba a Pierre.

12
Pierre prefiere confiar en la ciencia

Pierre y Lélia querían tener otro hijo. Pasó un año. Luego varios. El niño no llegaba. A principios de 1979, finalmente decidieron consultar a un especialista, el doctor Mignonne.

—Nos vemos dentro de dos meses —dijo al final de la consulta.

—Dos meses es mucho tiempo —protestó Lélia.

Pero el especialista ni se inmutó, demasiado ocupado redactando una receta con su letra cuneiforme, llena de aristas y puntas, heredada de sus años de Medicina.

—El tiempo necesario para hacer estos análisis, y tome esto.

El doctor deslizó lentamente la receta de un lado a otro de su enorme escritorio.

Lélia pensó en un buque cruzando el Atlántico sobre un mar tranquilo y oscuro.

Durante las semanas siguientes, se dejó guiar por la medicina, obediente y disciplinada. Todos los días bebía un líquido de sabor amargo, contenido en una ampolla marrón que rompía por los extremos. Pequeños fragmentos de vidrio se incrustaban día tras día en la pulpa de sus dedos. Esa docilidad no era propia de ella.

Una noche, unos días antes de la nueva cita con el doctor Mignonne, mientras se desabrochaba el sujetador con una mano, sintió su pecho pesado, caliente e hinchado, y sus pezones como dos volcanes efervescentes cuya energía procedía de las profundidades de la carne.

—Estoy embarazada —le dijo a Pierre—. No hace falta ir a la cita para la revisión.

Pero Pierre respondió con su voz suave a Lélia:

—Preferiría que nos basáramos en la ciencia.

13
Las dos noticias del doctor Mignonne

—Tengo una buena y una mala noticia que darles —dijo el doctor Mignonne.

Se le veía nervioso. La punta de su uña rozaba nerviosamente la esquina de una hoja de papel.

—Empiece por la buena.

El doctor Mignonne fijó la mirada en un punto borroso, situado en medio de la pared frente a él, y anunció:

—La buena es que está embarazada.

—¿Puedo fumar un cigarrillo antes de escuchar la mala? —preguntó Lélia.

—Por supuesto —respondió el doctor.

Mignonne abrió un cajón de su escritorio de estilo Imperio y extrajo un cenicero grande y pesado. Luego sacó un mechero de su bolsillo de parche, un viejo Dupont de plata deslustrada. Se levantó para encender el cigarrillo de su paciente, y el mechero hizo el característico «clic» metálico. Lélia dio la primera calada antes de decir:

—Está bien, doctor, puede ir a por la mala.

—Hay una anomalía en los resultados de los análisis de sangre. Es muy probable que tenga cáncer.

Al oír la palabra «cáncer», Lélia exhaló el humo por la nariz, y Pierre fijó la mirada en el cenicero del doctor, tallado en una piedra translúcida, pálida y luminosa, mientras murmuraba:

—El espato es un cristal límpido, una piedra diáfana. Puede producir luz polarizada. Los yacimientos están casi agotados.

El doctor Mignonne no se sorprendió. Estaba acostumbrado a que los hombres tuvieran reacciones extrañas en su consulta de ginecología. Continuó:

—Tendremos que hacer nuevas pruebas.

Las manos de Pierre se tensaron. Mignonne precisó:

—Si es cáncer, los tratamientos para curarlo serían perjudiciales para el bebé.

—El embrión —interrumpió Lélia—. Si no le importa, prefiero que utilicemos los términos correctos.

El doctor Mignonne se echó hacia atrás en su silla. Suspiró:

—En ese caso, le practicaré un aborto terapéutico.

Lélia le corrigió:

—En ese caso, yo misma decidiré qué hacer.

El doctor Mignonne no esperaba tal reacción.

—En resumen, es mi cuerpo y quiero disponer de él.

El doctor Mignonne se quedó callado, sorprendido. Luego se volvió hacia Pierre y se dio cuenta de que no llevaba alianza. Un joven con el pelo largo y una mujer con el pelo corto: un mundo al revés solo puede generar desorden, pensó el hombre de la bata blanca, que se levantó para acompañar a la pareja hasta la puerta de su consulta antes de abrir la ventana, encender un cigarro Niñas, fumarlo y relajarse.

Desde lo alto de su segundo piso, Mignonne vio a Pierre y Lélia saliendo del edificio y cruzando el bulevar, como dos figuritas despreocupadas y apresuradas.

«Qué inconscientes», pensó.

Esta nueva generación que no había conocido las privaciones de la guerra era una pandilla de niños mimados. En Mayo del 68, el doctor cogió manía a las caricaturas del general De Gaulle que cubrían las paredes de París. Toda aquella arrogancia lo repugnaba hasta el punto de provocarle náuseas. Despreciaba a aquellos jóvenes caprichosos y sin memoria.

«Aunque… —pensó el doctor—, aunque ya no sean tan jóvenes». Habían pasado más de diez años desde «los acontecimientos».

«Incluso los izquierdistas acabarán envejeciendo», se dijo. Y esa idea lo animó, con ese consuelo que se siente al observar las desgracias ajenas y que los alemanes llaman *schadenfreude*.

Mignonne cerró la ventana de su consulta. Dos pisos más abajo, en el Boulevard Raspail, Pierre y Lélia se metían en una cabina telefónica de cristal y acero, una cabina que presagiaba lo que vendría en la década siguiente. Introdujeron unas monedas en la ranura, compartieron el auricular, envueltos en el humo de sus propios cigarrillos, y marcaron un número que se sabían de memoria:

—Ven a cenar, Pierre, tenemos una buena y una mala noticia que darte.

14
La novia de Pierre François, a la que habíamos olvidado

Esa noche, mientras las copas de whisky se llenaban de un color turbio, Lélia explicó lo que había pasado, las buenas y malas noticias del doctor Mignonne. Estaba embarazada, pero también era posible que tuviera cáncer. Lélia encendió un cigarrillo, se bebió el resto de su copa de un solo trago y contó lo que le había dicho al médico: «Es mi cuerpo y quiero disponer de él».

Pierre François sintió calor en los oídos, le zumbaban, pero no por el whisky, no, sentía que algo subía por su interior, como savia, porque, de repente, las palabras de Lélia hablaban de él. Le dio un mareo, levantó la cabeza y dijo en voz alta:

—Yo también.

Se echó a reír, azorado. Y añadió:

—Sabéis perfectamente lo que quiero decir. Hace años que lo sabéis.

Se bebió la copa de un trago, miró a Pierre y a Lélia, y luego a su novia. Antes de salir del apartamento.

Hasta entonces, nadie le había prestado realmente atención. Sin embargo, aquella joven tan discreta había estado ahí desde el

comienzo de la cena, incluso llevaba allí varios años, sentada entre Pierre y Lélia.

Se había enamorado de Pierre François, con su elegante uniforme y su bicornio negro con la escarapela tricolor. Era ingeniero y estaba en edad de casarse. Era una promesa, una magnífica promesa. Pero las promesas solo comprometen a quienes las escuchan.

Ahora lloraba desconsoladamente mientras miraba el fondo de su copa de alcohol.

Luego susurró:

—Es una lacra social, pero se puede curar, es como el alcoholismo o como ciertas enfermedades mentales. Si se esforzara, podría conseguirlo.

Lélia encendió un cigarrillo y luego, con calma, ordenó a la joven que se fuera de su casa.

La novia dejó de llorar, sofocada, y la miró con preocupación.

—Te pido que cojas tus cosas y te largues —insistió Lélia.

15
La redada

Pierre François bajó las escaleras en silencio. Caminaba en la noche, imaginando, a sus espaldas, la ventana iluminada del piso de Pierre y Lélia.

Su cuerpo irradiaba bajo la camisa, un deseo ardía en él, como un milagro. Cruzó el Sena hacia el Louvre, sus piernas nunca lo habían llevado tan rápido, y al ver las rejas del Jardin des Tuileries, supo que a partir de ese día entraría en la clandestinidad. Pero había que vivir o morir.

Avanzó junto a unos arbustos, donde unas siluetas se movían entre el ruido de las hojas como zorros en las lindes del bosque. Nada parecía real. Un joven apoyado en una barandilla fumaba un cigarrillo, indiferente, con un pañuelo en el bolsillo trasero. Pierre sabía que era allí, en ese cuerpo, donde encontraría su cita crepuscular.

—¡Mierda! Una redada —gritó el joven—. ¡Lárgate!

Pero Pierre François no tuvo tiempo de reaccionar, los faros del furgón de policía avanzaban por la alameda. Se quedó solo, en

medio de las sombras que huían; una linterna frente a su cara le cegaba los ojos.

—Queda detenido por acto contrario al pudor con personas de su mismo sexo —gritó la voz.

Pierre François entró en la comisaría con las manos esposadas. Luego pasó ante el fotógrafo, que lo captó de frente y de perfil. Los flashes lo deslumbraron. Pero Pierre François sonreía a la luz de los destellos blancos, ya no tenía nada que ocultar, se lo había contado todo a su novia, no habría explicaciones, ni más mentiras. Eso era, pensó, la libertad. Poder estar en una comisaría sin tener que rendir cuentas a nadie. Se había liberado de la necesidad de ser otra persona. Le preguntaron si quería avisar a algún familiar. Dio el número de Lélia.

Pierre François salió al amanecer y, para él, el día llegaba como si hubiera conquistado la noche. Y el día era hermoso, resplandeciente.

Cuando vio que su amigo Pierre lo esperaba en la terraza del café de enfrente, se acercó a él, lo abrazó y se echó a llorar. Pero no era de tristeza. El aire llenaba sus pulmones de aplomo y audacia, tenía veintinueve años y ese era el comienzo de un proyecto audaz: su vida.

16
El triángulo rosa y la estrella amarilla

Pierre François trabajaba en el Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos, en un edificio de hormigón en forma de L, pegado a Malakoff. Esa torre de doce pisos contaminada por el amianto —una fibra serpentina aislante del frío y del calor— exponía lentamente a sus empleados a partículas nocivas.

Un día, su superior jerárquico recibió una diligencia de comunicación de la policía. Comenzó a correr el rumor de que Pierre François había sido fichado por crimen contra la moral y escándalo público. Él explicó a Lélia que había sido «denunciado» por *maricón* en su lugar de trabajo. Ella le recordó que fue el mariscal Pétain, con la ley del 6 de agosto de 1942, quien restableció el delito de homosexualidad en el ámbito de los atentados contra el pudor.

La Francia de 1979 aún vivía bajo el yugo de Vichy, con sus redadas y sus denuncias.

—Deberías ponerte en contacto con las asociaciones de inmediato.

Pierre François adoraba a Lélia porque era rebelde y organizada a la vez. Entre ellos existía un vínculo clandestino, el triángulo rosa y la estrella amarilla. En el caso de Lélia, al igual que en el de Pierre François, «eso» no se veía. Y quizá ese fuera el origen del problema. No para ellos, sino para los demás.

17
El protocolo del Hôtel-Dieu

Lélia abrió el sobre y vio la palabra «cáncer». Entonces comprendió que el doctor Mignonne le recomendaba un servicio especializado en el hospital del Hôtel-Dieu, que realizaba investigaciones sobre mujeres embarazadas. A modo de advertencia, había añadido a mano: «No pierda tiempo».

Sin pensarlo dos veces, Lélia salió a la calle, dejando atrás las paredes de su apartamento, demasiado estrechas para contener su inquietud. Se asfixiaba. Lélia caminó sin rumbo por las callejuelas del Barrio Latino, aturdida, pensando que tenía treinta y cinco años, un segundo hijo en su vientre y el orgullo de haber conquistado una existencia que había tenido que arrancar al caos de su infancia. Paso a paso, año tras año, había enderezado su vida, se había desprendido de la negra melancolía del suicidio de su padre y de la desaparición de los Rabinovitch. Con una fuerza increíble, había cruzado la calle para elegir el lado soleado, había forjado a la mujer que había soñado ser, una mujer libre, independiente, una intelectual segura de sí misma. Se negaba a que le arrebataran esa vida que acababa de empezar.

Unos días más tarde, se reunió con el jefe del servicio médico del hospital.

—Durante el embarazo, usted produce células para el embrión. Por lo tanto, también va a producir células malignas, que aceleran el cáncer.

—Lo entiendo. Tener al niño es precipitar mi enfermedad.

—Por eso el doctor Mignonne le ha propuesto un aborto terapéutico. E, independientemente de lo que se pueda pensar de él, es lo que cualquier médico le habría aconsejado en su lugar: cure su cáncer y luego tendrá todo el tiempo del mundo para volver a quedarse embarazada en buenas condiciones.

—¿Es eso lo que me propone usted?

—No. Nuestra unidad de investigación médica, aquí, en el Hôtel-Dieu, está trabajando en este fenómeno de multiplicación celular durante el embarazo. Por lo tanto, si es consciente de los riesgos y está dispuesta a tener al niño, nos gustaría observarla. Vendrá aquí una vez al mes. Todo mi equipo y mis estudiantes la acompañarán. Le prestaremos mucha atención. Y, si de repente observamos que la enfermedad se agrava, podremos tomar decisiones en tiempo real. Juntos, por supuesto.

A la investigadora le pareció fascinante la idea de convertirse ella misma en objeto de investigación. Se incorporó al protocolo del hospital y fue recibida, cada mes, como una reina en el Hôtel-Dieu.

18
La boda de Pierre y Lélia

Pierre y Lélia decidieron casarse. Solo hubo seis personas reunidas en el ayuntamiento. Ellos, sus dos testigos, un amigo y su hija Isabel.

La novia iba vestida de rojo. Celebraron una gran fiesta en la casa de la Rue de la Harpe. A las cuatro de la madrugada prepararon pasta y, al amanecer, Pierre compró todos los cruasanes calientes que había en la panadería.

Cuando la noticia llegó a Brest, Odile y Eugène se sintieron muy tristes.

—¿Habremos hecho algo que haya herido a nuestro hijo sin darnos cuenta?

—No lo sé. Quizá.

—Al menos podrían habernos invitado al ayuntamiento, nos habríamos comportado con discreción.

Eugène tomó a Odile de la mano.

—¿Recuerdas cuando nos casamos?

Odile volvió a sonreír.

—Oh, sí, nuestros padres querían controlarlo todo.

—Querían una boda por todo lo alto y nosotros les respondimos: «¡No! Queremos algo sencillo».

—¿Sabes lo que habría dicho tu madre?

—Theresa habría dicho: «La manzana no cae lejos del árbol».

—Exacto, «de tal palo, tal astilla».

19
El pantalón corto vaquero

Ciertos compañeros de Pierre François empezaron a notar que algo había cambiado en él, sin poder explicar qué; era una sensación, una impresión. Algunos pensaban que era su forma de vestir. Otros murmuraban que se maquillaba. Pero la verdad es que brillaba.

El verano de 1979 fue especialmente frío y húmedo, en cualquier parte, se hiciera lo que se hiciese, todo el mundo se sentía atrapado. Y Francia, como un gran cuerpo sumergido durante demasiado tiempo en un baño de agua helada, tenía dificultades para entrar en calor. A mediados de julio, milagrosamente, subió la temperatura. Esa mañana, Pierre llegó a la oficina con un pantalón corto vaquero, recortado con tijeras.

—Mire —le dijo su superior—, ya no estamos en los años cincuenta, eso es cierto, todo el mundo tiene derecho a una vida privada. Pero la idea general es que siga siendo privada, así que vístase decentemente. Molesta a sus compañeros. Les cuesta hacer sus estadísticas.

Ese mismo día, Pierre François compró un billete para Estados Unidos.

Había descubierto que existía un lugar en el mundo donde los homosexuales podían pasear cogidos de la mano y besarse en la

calle. Era el barrio de Castro, en San Francisco.

Después de su viaje, en lugar de volver directamente a París, se detuvo en México para visitar a su amigo Pierre, que estaba allí en una misión científica.

La catedral de México, construida sobre los sedimentos de un lago, se inclinaba. Los ingenieros mexicanos habían pedido a los geofísicos franceses Pierre Berest y Pierre-Antoine Blum que los ayudaran con su inclinómetro y sus cálculos.

Los dos Pierre quedaron en verse en una de las tabernas de Coyoacán, donde, felices de encontrarse, pidieron pan dulce y tequila.

Pierre François se parecía a esas almas deslumbradas por un milagro, que necesitan resucitarlo con palabras, como si contarlo una y otra vez certificara su realidad y disipara la duda que amenaza con empañar el brillo de lo que han vivido. Cuando comenzó su relato, empezó a sudar, no por el calor, sino porque la simple evocación de San Francisco hacía reaccionar los poros de su piel.

—Lo que tienes que entender es que no se trata solo de poder abordar a un hombre sin miedo…

—Entonces ¿de qué se trata?

—De una nueva era en el mundo.

Contó cómo, en el avión, su vecino, después de encender un cigarrillo, se volvió hacia él y le dijo: «Hola, me llamo Andy Davidoff, soy homosexual, ¿y tú?».

Pierre se había quedado sin palabras. El estadounidense, percibiendo su desconcierto, le aclaró sonriendo: «No intento ligar. Solo me estoy presentando». Tras un momento de vacilación, Pierre acabó articulando estas palabras: «Yo soy Pierre François y también

soy homosexual». Se le llenaron los ojos de lágrimas y Andy le preguntó con dulzura: «¿Es la primera vez que dices esa frase?». Pierre asintió con la cabeza y murmuró: «Sí».

Luego describió a Pierre ese lago ardiente que era el barrio de Castro. Los chicos en pantalones cortos y patines, parejas de hombres cogidos del brazo, vestidos con camisetas cortadas hasta el ombligo, algunos con las uñas pintadas de todos los colores. Otros llevaban quimonos de seda, abrigos amarillos sobre camisas de franela, chaquetas de leñador o camisetas Dyn-O-Mite.

Todos tenían un pin con la inscripción «*Anita Bryant sucks oranges*».

—¿Qué significa eso? —preguntó Pierre.

Pierre François explicó que Anita Bryant era una antigua miss de Oklahoma, famosa por rodar anuncios de zumo de naranja.

Un día, declaró en televisión: «Si la homosexualidad fuera lo normal, Dios habría creado a Adán y Bruce».

—La muchacha tiene talento para las frases ingeniosas —replicó Pierre riéndose.

—¡Y tanto! A continuación, Anita Bryant añadió: «Si se conceden derechos a los gais, después tendremos que dar derechos a las prostitutas, a las personas que se acuestan con perros sambernardo y a los que se muerden las uñas».

Pierre François intentó explicar cómo había penetrado la ciudad en él. Le encantaba pasear por las calles y que la gente pensara que vivía allí, que pertenecía a ese lugar. Fue a casa de Andy, el tipo que había conocido en el avión. Contó el olor a cera caliente de los interiores estadounidenses, debido a las velas colocadas por todas

partes, y las piedras energéticas rosas y naranjas, de poderes inciertos.

Andy le había presentado a su novio, diciendo: «Este es mi marido». Era la primera vez que Pierre oía la palabra «marido» pronunciada por un hombre.

Pierre François le habló a Pierre de Harvey Milk, de su asesinato y de la nueva alcaldesa de la ciudad, que se llamaba Dianne Feinstein.

—¡La alcaldesa de la ciudad! ¿Una mujer? —preguntó Pierre.

—¡Sí! ¿Te imaginas? ¿Recuerdas cuando mi jefe me dijo: «Mire, ya no estamos en los años cincuenta»?

Pierre François se levantó y se echó a reír a carcajadas.

—¡Pero Francia sigue el siglo XIX comparada con California! Uno de cada seis habitantes de San Francisco es homosexual. ¡Es una potencia política! Luchan para que los salarios sean los mismos para todos, hombres, mujeres y homosexuales… ¿Entiendes? Lo llaman «el movimiento homosexual».

—¿Como el movimiento de las mujeres? —preguntó Pierre.

Pierre François asintió con la cabeza, como diciendo: Lo has entendido todo.

Los dos Pierre pensaron en Lélia, que estaba lejos, en París, a quien echaban de menos y cuyo vientre empezaba a parecerse a un huevo.

—Son ellas las que han abierto el camino —dijo Pierre François.

20
Las manchas mongólicas

Lélia sintió algo mojándole el interior de los muslos, una humedad como la de las lluvias templadas de principios de verano.

Dejó de escribir en su máquina Olympia Traveller, cogió el cable del teléfono y lo remontó como si fuera un río: el auricular de baquelita estaba escondido debajo del puf de bolitas con forma de Barbapapá. El agua corría entre sus piernas, un líquido dulzón. Rápidamente, giró el dial circular del teléfono en una dirección, luego en la otra, tac, tac, tac, tac, tac, hacía un ruido entrecortado como el de una ametralladora… Dejó que sonara en el vacío, una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces.

—¡Contesta! —suplicó Lélia cerrando los ojos.

—Chez Dédé, dígame —respondió una voz cansada.

—Avisa a Pierre —dijo Lélia—, estoy rompiendo aguas.

Oyó al dueño del café gritar al otro lado del aparato:

—¡Pierre! ¡Tienes que dejar las ecuaciones!

A Pierre le gustaba trabajar en los bares. Hacía sus cálculos mientras se comía un bocadillo de jamón con mantequilla y pepinillo, el sabor se mezclaba con el del café caliente, el bullicio lejano lo ayudaba a

mantenerse concentrado, incluso el sonido metálico del *flipper*, las conversaciones de los clientes y el ruido de la cafetera formaban a su alrededor un halo que le hacía visualizar mejor las fórmulas. De vez en cuando, alguien metía una moneda en la gramola. Pierre se detenía para escuchar, encendía un cigarrillo y hacía anillos de humo.

—¡Pierre! ¡Lélia ha roto aguas!

Tomó un sorbo de café que le quemó la garganta, antes de acercarse lentamente a la barra, sin prisas, siempre tranquilo ante cualquier situación.

—Pregúntale si me da tiempo a acabarme el bocadillo.

Lélia, que lo oyó a través del auricular, se echó a reír:

—¡Que se lo termine por el camino!

Al colgar, ella se calzó un par de zuecos suecos negros y brillantes, se puso la chaqueta de piel vuelta y fue a llamar a la puerta de Michelle, la vecina:

—Isabel sale del colegio a las cuatro. Si puedes, le compras algo para merendar y os venís a la maternidad.

Pierre llegó corriendo, subiendo los escalones de cuatro en cuatro, con su bocadillo envuelto en una servilleta de cuadros en la mano. Lélia miró a Pierre, su hermoso rostro pálido, su mezcla de calma y estupor. Le gustaba todo de él. Su belleza, su extrañeza, su complicada relación con las cosas sencillas de la vida.

Pierre y Lélia respiraron hondo y se dirigieron al Hôtel-Dieu, a pie. Se detuvieron en el camino, debido a las contracciones que impedían a Lélia seguir adelante. Ella miró sus enormes pies hinchados, la carne que sobresalía de sus zuecos, abultada, como un pastel recién salido del horno. Luego observó a Pierre, que comía tranquilamente

su bocadillo sin que nada pudiera distraerlo del hambre, del placer que contenía ese trozo de baguette. Entonces, Lélia soltó una carcajada, lo que se convirtió en una violenta contracción. Agarró la muñeca de Pierre y la apretó con todas sus fuerzas.

—¡Tenemos que darnos prisa! O voy a dar a luz en la calle.

—Creo que esto ha empezado ya —dijo Lélia a la comadrona al llegar al hospital.

—Tranquilícese, señora, hay tiempo… Siempre hay tiempo. La examinaré en unos minutos.

La comadrona estaba curada de espanto. Pero, al introducir los dedos en la vagina de Lélia, sintió mi cráneo y un mechón de pelitos negros que se mezclaban con el vello púbico de mi madre. La comadrona abrió los ojos de par en par:

—¡Este tiene prisa!

«Ya te digo», pensó Lélia.

Dio a luz sin epidural, sin episiotomía, sin analgesia inhalada… Dio a luz con dolor, según lo prescrito.

Pierre esperó fuera de la sala de partos, fumando metódicamente su paquete de cigarrillos, uno tras otro, en los pasillos. Al cabo de veinte minutos, vinieron a buscarlo y le entregaron un gorro quirúrgico. Pierre apagó su Marlboro rojo en el cenicero atornillado a la pared y abrió la puerta, tambaleándose. El obstetra le dio unas tijeras.

—Esto es cosa del padre —dijo a Pierre con aire desafiante.

El filo de las cuchillas brilló ante los ojos de Pierre. Deslizó los dedos por las anillas, inseguro, se acercó al recién nacido y tuvo la impresión de encontrarse ante un trozo de carne de venado congestionada, con la piel veteada de sangre roja. Le pareció que

estaba en la trastienda de una carnicería. Pierre se sintió abatido, la melancolía de las ruinas se apoderó de él.

—¿Es normal que tenga esas manchas? —preguntó a la comadrona.

Pierre había visto en la parte baja de mi espalda unas manchas azules, del tamaño de dos nueces, parecidas a dos hematomas, o dos manchas de tinta.

La comadrona quiso tranquilizarlo:

—Son manchas mongólicas, señor, desaparecerán.

Pierre se echó a temblar. La comadrona, comprendiendo la situación, le agarró la muñeca y le dijo con tono firme:

—No pasa nada, señor, solo es una señal de que su mujer tiene sangre eslava.

Mi padre me miró a la cara y se mareó. En los ojos de un recién nacido está todo el universo.

Pierre François, por su parte, había regresado a San Francisco. No se hallaba en la misma zona horaria, ni en el mismo siglo.

No nos vio a Lélia y a mí en la maternidad, impactadas por la furia del parto, oscilando entre el cansancio de la prueba y el entusiasmo de nuestro encuentro, con nuestro cabello negro revuelto que destacaba frente a la pared blanca del hospital. Ahora estaba a cien mil leguas de todo aquello. En otra parte.

Durante diez años, los dos Pierre lo habían hecho todo juntos, lo habían compartido todo, la preparación de la prueba de acceso, el ingreso en la Escuela Politécnica, la llegada de Lélia, el nacimiento de Isabel…, pero ahora vivían en dos realidades diferentes.

Y, mientras Pierre, mi padre, me daba el primer biberón de leche con una mano y garabateaba ecuaciones con la otra, Pierre François bailaba en un club nocturno de Polk Street con un tipo muy delgado y ligeramente musculoso, dulce como un pastel, que no tenía nombre.

Los dos Pierre estaban unidos el uno al otro, como dos rectas colocadas una junto a otra en la línea de salida, y que terminan alejándose a medida que avanzan hacia el infinito del horizonte.

Al día siguiente del parto, Lélia se sometió a una serie de pruebas. El jefe del servicio médico del Hôtel-Dieu constató algo sorprendente: en ocho meses, la enfermedad no había avanzado ni un milímetro. Las células malignas no se habían multiplicado. El cáncer se había detenido.

—Es increíble —dijo el doctor Mignonne—, esto es un milagro.

Un milagro. Había hecho un milagro. Me comí la enfermedad en el vientre de mi madre. Fui capaz de hacer mentir a los médicos. ¿Había engendrado mi padre a una bruja? ¿Una Alcina? ¿Una criatura de Salem? ¿Reconocible por las manchas azules en las nalgas, señal de pertenencia al país de los *dibbuks*? Tenía en mí la fuerza del pueblo de mi madre, Jacob contra Esaú, había retenido el cáncer por el talón, lo había mantenido a distancia, lo había engañado con un plato de lentejas, lo obligué a retroceder a su rincón. Y, si hay recuerdos de esa época intrauterina que persisten en mí, tal vez sean esas ansias de vivir que llevo dentro y la conciencia de que siempre flota a mi alrededor, de forma latente, una presencia hostil, alguien dispuesto a salir de las sombras para hacerme daño.

A los niños les encanta que les cuenten cómo fue su nacimiento, son sus relatos épicos de una realidad deformada y amplificada. Esas leyendas de la infancia son historias a menudo inexactas —no digo falsas, digo inexactas—. Tienen su pequeña parte de verdad y su gran parte de imaginación, y, sin embargo, acaban forjando los contornos de nuestra realidad. Son medallas maravillosas que

llevamos alrededor del cuello, que nos acompañan toda nuestra vida y que legamos a nuestros hijos.

Fueron mis padres quienes me contaron la historia de mi nacimiento y me la repitieron una y otra vez, con todo detalle: las manchas mongólicas en la parte inferior de mi espalda, el vértigo que sintió mi padre al cortar el cordón umbilical, mi piel morada que hizo que mi padre me encontrara monstruosamente fea y, por supuesto, ese milagro inexplicable que detuvo el avance de la enfermedad de mi madre.

Este relato, tejido con sus palabras, es la historia que decidieron regalarme, la que escribieron para mí.

—Te olvidas de algo —dijo Lélia.

Se volvió hacia mí:

—Cuando tu padre entró en la sala de partos, el médico le dijo: «Enhorabuena, señor, usted y yo hemos hecho un buen trabajo».

El psicoterapeuta Bruno Bettelheim establece una esclarecedora distinción entre los cuentos de hadas y los mitos. Los cuentos de hadas, impregnados de optimismo, siempre terminan con un final feliz. Apaciguan el alma del niño y desempeñan un papel pedagógico fundamental. A través de su trama narrativa, enseñan al niño las luchas necesarias para su desarrollo y su crecimiento. Una vez que alcanzamos la edad adulta, esos relatos, que ya no son útiles para nuestra búsqueda existencial, dejan de preocuparnos.

Los mitos, en cambio, se inscriben en otra temporalidad y tienen una carga mucho más sombría. Siempre terminan «mal» e impregnan de forma duradera nuestra vida adulta. Atormentan nuestros pensamientos e inspiran nuestras creaciones. Ilustran misterios que nos superan. Y los aspectos aterradores de la condición humana.

La historia de mi nacimiento contiene ambas cosas: el cuento de hadas y el mito. El cuento de hadas me enseñará a ser luchadora, a no darme nunca por vencida. Y el mito me cubrirá con un halo de extrañeza, sospecha e inquietud. Y me pregunto si los lazos que tejí con mi padre habrían sido diferentes sin esa leyenda. Una pregunta que perdura, suspendida en el tiempo.

Cuando di a luz, cuando, por dos veces, expulsé de mi cuerpo otro cuerpo, tuve, en ambos casos, la sensación de que una multitud de vidas pasaba a través del círculo, de la puerta que representaba mi sexo en ese momento. El recién nacido, esa entidad entre dos estados proyectada de un mundo a otro, llegaba rodeado de una asamblea silenciosa de antepasados y fantasmas testigos del acontecimiento. Sentí ese momento de suspensión, en que el aire parece densificarse, como atrapado por un vórtice. En cuestión de segundos, unas sombras cruzan ese paso, el tiempo se contrae y parece converger en un único aliento.

Mi padre y yo habíamos acordado mantener una nueva conversación para el libro. Ese día, Pierre estaba muy cansado y me hablaba principalmente de teorías matemáticas, geotecnia o métodos de cálculo para subterráneos y cavidades salinas. Yo grababa esas charlas preguntándome cómo podría integrarlas en mi relato, sin atreverme a confesarle que esos temas eran demasiado especializados para unos lectores que, para poder apreciarlos de verdad, deberían tener al menos una licenciatura en Matemáticas y otra en Física.

Esa noche volvía a casa para reunirme con mis hijas cuando me llamó mi prima. Marion había venido a pasar unos días a Francia, a casa de mis padres.

Quería avisarme de que mi padre se había sentido mal de repente, había sufrido un desmayo por una razón desconocida. Mi madre había llamado a nuestro amigo médico, Alain-Michel, quien a su vez contactó a los servicios de emergencia, y Pierre fue trasladado a urgencias en ambulancia.

Inmediatamente respondí a mi prima «Ya voy», antes de colgar. Una respuesta que no tenía mucho sentido, ya que nadie me había pedido que fuera.

Al llegar a casa de mis padres, me di cuenta de que los enfermeros se habían olvidado de coger las gafas de mi padre. Sin ellas no veía nada. Así que mi prima y yo salimos a buscar el hospital al que lo habían trasladado.

Pierre no estaba durmiendo y, cuando se puso las gafas, me vio y sonrió. Una sonrisa indefinible. Una sonrisa increíble.

Entonces pensé que toda mi vida había intentado saber cuánto valía yo a través de lo que veía en los ojos de mi padre, y que toda mi vida la respuesta había sido: «Nunca lo suficiente». Excepto aquella noche.

De vuelta a mi casa, no podía dormir. Volví a escuchar la conversación que habíamos tenido. Mi padre explicaba que, en matemáticas y física, una bifurcación se produce cuando un pequeño cambio de un parámetro físico provoca un cambio importante en la organización del sistema.

Yo también me puse a buscar una bifurcación, ese punto imperceptible inscrito en algún lugar de los capítulos de nuestra historia.

¿En qué momento, sin previo aviso, algo roba a los padres y a las hijas esa alegría serena —delicada soberanía— de, sencillamente, estar juntos? Es una fisura invisible, casi imperceptible, y sin embargo infunde una pena, como si el luminoso paraíso de la

infancia se hubiera cerrado para siempre, abandonándonos en el umbral de un mundo menos claro.

LIBRO VI

(1981-2024)

Teoría de las bifurcaciones

1
La marca del orgullo

STOP Manifestación
4 abril 1981 15 h STOP
Place Maubert STOP
Gai Pied bajo el brazo
A petición del CUARH STOP
Contra la estupidez STOP
Por nuestros amores STOP
Apoyo de todos
GAI PIED

—¿Por qué vamos a manifestarnos? —preguntó Isabel, mi hermana mayor, que tenía el panfleto de la revista *Gai Pied* entre las manos.

Pierre François se arrodilló a la altura de su cara:

—Eres realmente la persona más interesante que conozco. ¿Y sabes por qué? Porque no obedeces ciegamente a tus padres. Te lo voy a explicar —añadió mientras la abrazaba—. Hay personas muy serias, con corbata, a las que se escucha mucho…

—¿Cuál es su trabajo?

—Su trabajo consiste en catalogar todas las enfermedades que existen en el mundo. Se llama Organización Mundial de la Salud, ¿entiendes?

Isabel asintió con aire muy decidido.

—Es fantástico. Pero en lo que no estamos de acuerdo con ellos es en que dicen que los homosexuales son «enfermos mentales». ¿Sabes lo que es una enfermedad mental?

—Sí. Es cuando tienes un problema en la cabeza.

—¡Exacto! ¡Qué de cosas sabes! ¿Crees que soy un enfermo mental?

Isabel negó enérgicamente con la cabeza.

—¿Estás segura? —preguntó Pierre François haciendo muecas.

—¡Sí! —dijo la niña, riendo.

—¿De verdad?

Y, de repente, Pierre François volvió a ponerse serio y murmuró, como para sí mismo:

—Esto ya no es aceptable, ¿entiendes? No estamos locos ni enfermos.

Mis padres, mi hermana y yo nos reunimos en la Place Maubert, entre una multitud de personas de entre veinte y cuarenta y cinco años. Algunos hombres llevaban el pelo largo y chaquetas de cuero; otros, corbatas sobre camisas blancas, extraños signos de un orden cuestionado; y la mayoría, obedeciendo a la consigna del Comité de Urgencia Antirrepresión Homosexual (CUARH), tenía bajo el brazo la revista homosexual *Gai Pied*, como seña de identificación. Fue el filósofo Michel Foucault quien encontró el título del periódico, en

forma de juego de palabras —*gay pied*, marcha gay, y *guêpier*, avispero.

Todos tuvieron el valor de estar allí, a pesar de la presencia de fotógrafos y cámaras. Y todos estaban serios y silenciosos. Entre ellos, un joven había cosido un triángulo rosa, el Rosa Winkel, en el bolsillo de su abrigo, a la altura del corazón.

La comitiva se puso en marcha bajo la pancarta «Marcha nacional por los derechos y libertades de los homosexuales y las lesbianas». Pierre François lucía un bigote fino y recto como una línea trazada con regla. Al verlo avanzar, con esa determinación en la mirada que él conocía, Pierre tuvo la sensación de que se había producido una inversión entre ellos. Ahora era Pierre François quien llevaba el peso y la fuerza de las luchas de su generación. Y, como en algunas amistades fundamentales, cada uno, a su manera, seguía el camino del otro.

Hacía años que Pierre no participaba en una «marcha» y esa manifestación reavivó en él los fragmentos de lo que había sido. Poco a poco se había ido alejando de la lucha, dejó de acudir cuando lo llamaban. Desapareció de las reuniones, sin decir nada, esperando que nadie le preguntara dónde se metía. ¿Fue un traidor a la causa? No, pero sentía en su interior como el abandono de algo grande y terrible que no se atrevía a nombrar. Y pensó que aquellos que habían compartido con él aquellas horas febriles habían acabado por olvidarlo: Bak, Pero, Léon, Madeleine y los demás.

El cortejo se detuvo en la Place de la Bastille. Mi padre empujaba mi cochecito y Pierre François llevaba a Isabel a hombros. Entre ellos,

Lélia, con un cigarrillo en los labios, sonreía a los transeúntes que caminaban en dirección contraria a la multitud y se extrañaban porque fueran allí con los niños.

Desde mi cochecito plegable de plástico amarillo solo veía globos de todos los colores flotando sobre la muchedumbre. Uno de ellos voló hacia la Columna de Julio, rozó la estatua del genio de la Libertad, *drag queen* originario que ofrecía su admirable trasero a los transeúntes. Luego llegamos a la explanada de Beaubourg —ese gran cuerpo descarnado cuyos arquitectos habían dejado a la vista las circulaciones verticales, como las venas de un dibujo anatómico: las tuberías verdes para indicar el agua, las amarillas para la electricidad, las azules para los conductos de aire acondicionado y las rojas para los ascensores—. Ese edificio moderno escandalizó a la gente cuando se construyó. Precisamente por eso los organizadores lo habían elegido para reunirse delante.

De repente, se hizo el silencio en la explanada.

—Antiárabes, antisemitas, antihomosexuales. ¡El mismo racismo!

—¿Con qué derecho la Iglesia, la medicina y la policía se meten en nuestras camas? —preguntó un hombre que hablaba por un megáfono.

—¡Nuestra preferencia marcará la diferencia en las urnas! —gritó una mujer, y todo el mundo aplaudió.

El 28 de abril de 1981, el candidato socialista a la elección presidencial, François Mitterrand, declaró que la homosexualidad debería dejar de ser un delito en la ley francesa. En medio del júbilo de esa nueva era, unos meses más tarde, nació mi hermana

pequeña Claire, hija del tiempo de las cerezas, de la alegría y del eterno verano. La tercera hija de Pierre y Lélia.

2
Memoria de la mirada

Un verano, estuve a punto de morir deshidratada por el calor de Le Luberon, en Céreste. Lélia prefirió pasar el mes de agosto en Bretaña, sobre todo porque acababa de nacer su tercera hija.

Por extraño que parezca, solo recuerdo veranos radiantes en Finistère. Guardo en mi memoria los sombreros de paja que llevábamos cuando almorzábamos en el jardín, para proteger nuestros rostros de un sol imperturbable, amarillo, redondo, sonriente, como los que dibujan los niños felices.

En Morlaix alquilábamos un coche para ir a Saint-Pol-de-Léon. Como en aquella época aún no existían las sillas para bebés, por seguridad, Lélia, al arrancar el coche, decía sencillamente: «Voy a conducir despacio». Y a nadie se le ocurría ponerse el cinturón.

Con serena determinación, mi madre conducía con una mano y sostenía un cigarrillo en la otra. Mi padre iba sentado a su lado, silencioso como siempre, con la mirada perdida, lejos de nosotras, pensativo. Misterioso. Y yo lo miraba fijamente a la cara, desde el ángulo que ofrecía mi asiento trasero, en el lado opuesto. Crecí con un padre tan guapo que me liberó de la cuestión de la belleza. Tan guapo que ningún muchacho podía competir con él.

Yo creía que solo las mujeres sabían conducir, porque mi padre no tenía carnet. Como nunca había visto a Pierre al volante de un coche, me parecía realmente que esa tarea, la conducción, estaba reservada a las mujeres, una especie de reino del que no se ocupaban los hombres, salvo para aparecer en él como pasajeros distraídos, quizá incluso indiferentes.

Tras tomar cierta curva en la carretera, antes de llegar a Saint-Pol-de-Léon, las agujas de granito de Notre-Dame-du-Kreisker y de la catedral se alzaban ante nosotros, recortándose contra el cielo. Entonces me invadía una emoción casi dolorosa, inexplicable. Ahí, en ese rincón de Bretaña, entre un cielo bajo y una tierra arenosa, se escondía algo que no entendía, pero que sentía que se movía dentro de mí. Como si ese paisaje me abarcara toda entera.

No había crecido en esa tierra, sin embargo, durante unos segundos, sentía que, sin duda alguna, pertenecía a ese paisaje austero, que era hija de ese lugar. Y se me hacía un nudo en la garganta cada vez que entraba en él, con una atroz melancolía infantil, volvía a mi cuna, era de ese sitio mucho más que de cualquier otro, lo conocía desde hacía mucho tiempo, como a veces ocurre cuando se viaja, incluso en lugares recién descubiertos. Los viejos ruidos del mercado nuevo, los pasos de los Johnnies, las recitaciones en latín de los colegiales e incluso la extensión azul y verde de los campos de alcachofas habían dejado huella en mí.

Un día, en el centro comercial Leclerc de Saint-Pol-de-Léon, me llamó la atención un bol en el que aparecía escrito mi nombre en loza blanca y azul. Mi padre me corrigió.

—Eso es para los turistas.

Entonces tuve la sensación de que, a sus ojos, yo pertenecía a esa categoría.

Otra vez, al volver de la escuela, anuncié con ingenuo entusiasmo que había aprendido una «canción bretona». Entoné la melodía y la letra:

—«Llevan sombreros redondos, viva Bretaña…».

—Nunca, ¿me oyes?, nunca cantes esa canción delante de tu abuelo —me interrumpió mi padre.

Muy pronto tuve la impresión de que, a los ojos de mi padre, yo no merecía ser de Finistère. Es cierto que llevaba el nombre de una reina celta y que mis pupilas eran azules como las de las bretonas, pero no tenía ni su pureza ni su profundidad. No era más que una pequeña parisina carente de autenticidad.

3
El busto publicitario de La Bretonne

Sin embargo, yo no era nada parisina, ya que nos mudamos a las afueras el año en que nací. Pierre y Lélia dejaron la Rue de la Harpe, el edificio comunitario compartido con todos los amigos, para instalarse, a treinta minutos en RER de la Porte d'Orléans, en la línea que llevaba al Plateau de Saclay, en una casita que había pertenecido a la abuela de Pierre François. Ella acababa de fallecer y su nieto había insistido en que mis padres la compraran.

—Así, tengo la impresión de que la casa se queda en la familia —les dijo a Pierre y Lélia.

Verano, otoño, invierno, primavera, dejábamos nuestro barrio en las afueras de París para ir a Bretaña, el reino de las vacaciones, que me esperaba al final del trayecto en tren, y no podía imaginar que ese país existiera el resto del tiempo sin nosotros.

Me reencontraba con todas mis primas y mi primo. Los quería tanto que contaba los días que faltaban para volver a verlos. Aprendí a pescar con salabre, a encontrar «los buenos agujeros» en las rocas, el movimiento del brazo para acercarme suavemente a las gambas sin asustarlas y, de un solo golpe, tomarlas por sorpresa

levantando la red. Aprendí a conocer todos los nombres de los mariscos, la forma en que debía pescarse y cocinarse cada uno, aprendí a limpiar las almejas y a pescar navajas.

Mi padre nos llevaba todos los días a bañarnos en las frías aguas del mar de Bretaña. Según él, ese mar era más cálido que el del Caribe.

—Vamos, con lluvia es cuando mejor está el agua —nos animaba.

Nos lanzábamos al agua, confiados, para salir con los labios azules y la piel erizada. Y repetíamos entre dientes esas palabras mágicas que hacían que nuestros músculos fueran insensibles al frío:

—Estaba muy buena.

En el comedor de Eugène y Odile destacaba un gran aparador de madera oscura, sobre el que se encontraba un busto de mujer de cerámica con la *chikolodenn*, el tocado de encaje de las mujeres de Saint-Pol-de-Léon. En su cuello se podía leer: «La Bretonne», evocación de una realidad que entonces se me escapaba.

Pensaba que era una escultura decorativa. Hoy comprendo que en realidad se trataba de un anuncio publicitario de la cooperativa que Eugène padre había fundado en 1909, setenta años antes de mi nacimiento. Los objetos, al igual que los seres humanos, acaban perdiendo su significado en la memoria de las familias. Pero conservan su aura. Varias generaciones después, ya no entendemos para qué servían, pero no nos decidimos a tirarlos, sin saber muy bien por qué.

4
El comportamiento de las pompas de jabón

Pierre y Lélia nunca dejaban de trabajar, por la sencilla razón de que eran investigadores y, según me explicaron, eso consistía «en buscar y no en encontrar». Sus días parecían transcurrir como los de los Shadoks, en una sucesión de tareas cuyo objetivo me resultaba oscuro.

Un día, mi padre se puso a estudiar el comportamiento de las pompas de jabón.

En la mesa del comedor, Pierre y Lélia colocaron todos nuestros platos hondos, que llenaron con soluciones espumosas: lavavajillas, champú, jabón de Marsella. Luego, mi padre pasó varias horas haciendo burbujas, observándolas y tomando notas en hojas de papel.

Le pregunté en qué consistía su experimento. Como siempre, me respondió con seriedad.

—Verás —me dijo—, vivimos en un sistema determinado: la pompa de jabón vive en una forma determinada.

Hizo una pompa que voló hacia la ventana.

La vimos estallar de repente en el aire.

—Ahí está. Y se transforma, cambia de forma. ¿Por qué en ese momento? ¿Y no un segundo antes ni un segundo después?

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, recé para que no me volviera a hacer la pregunta.

—¿Por qué crees que es así?

Soñaba con que una respuesta inteligente y fulminante dejara boquiabierto a mi padre. Pero nunca sucedía así.

—No sé.

Me sentía decepcionante.

—Básicamente, hay dos tipos de bifurcaciones. O bien un sistema cambia porque recupera su simetría inicial. O bien un sistema cambia a otra situación. Un sistema salta de una configuración a otra, sin aumento de la carga externa. ¿Lo entiendes?

—Sí.

La verdad es que no entendía nada, solo admiraba la belleza de mi padre, que de repente hacía pompas de jabón en el aire con su boca perfecta. ¿Podría una niña pequeña como yo soñar con un padre más ideal? Él era tan joven, tenía unos treinta años.

Mi madre siempre ayudaba a mi padre en sus experimentos. Me encantaba ver a mis padres ocupados en cosas extrañas que para ellos eran normales: fabricar pompas de jabón, también estuvo la época de las «piedras de luna» o de los ensayos con bloques de sal. Era como un laboratorio surrealista, donde se manipulaban los elementos con la mayor seriedad, como si la magia y el rigor científico fueran las dos caras de una misma verdad.

Recuerdo aquellos años como milagrosos. No sabría decir cuándo se complicaron las cosas entre mi padre y yo, porque no hubo ninguna ruptura clara ni ninguna escena devastadora. Ningún drama, nada

que alterara el curso de nuestras vidas. Y, sin embargo, algo cambió silenciosamente, como cuando estallan las pompas de jabón.

5
La fotografía desaparecida

Mi centro de preescolar organizó una sesión de maquillaje para todos los niños, seguida de una sesión con un fotógrafo profesional. Me caracterizaron de mariposa.

Unos días más tarde, los retratos se expusieron en el vestíbulo para que nuestros padres los compraran. El mío estaba allí, recuerdo perfectamente mi cara sonriente, las dos grandes alas dibujadas a pincel en mis mejillas. Y mi deseo de tener esa imagen.

Pero, como Lélia no tenía dinero suelto, nos fuimos al centro de la ciudad en busca de un cajero automático.

Cuando volvimos, la fotografía había desaparecido.

Alguien la había comprado.

Me sentí desconcertada. Tanto por el incidente en sí como por la indiferencia que provocó a mi alrededor: la directora no solo no se acordaba de quién se la había llevado, sino que ni siquiera le importaba. Tampoco a mi madre, Lélia. Habíamos llegado demasiado tarde, mala suerte. Y que no me pusiera a llorar por eso.

Por la noche, le conté a mi padre lo sucedido en la escuela, esperando que él percibiera lo que los demás habían pasado por alto. Pero su indiferencia también me desconcertó. Me quedé profundamente preocupada y obsesionada con esa parte íntima de

mí misma que consideraba robada. Aquel episodio me enseñó que solo debía contar conmigo misma, que mis padres no eran totalmente fiables, que no eran un baluarte frente a todo.

Al convertirme en madre, a mi vez, aprendí lo que era una educación cuestionable, aunque concienzuda, una ayuda inevitablemente deficiente, a pesar de las mejores intenciones del mundo. Y cada gesto, cada palabra, ya sea intencionada u omitida, deja en los niños la huella de una relación siempre imperfecta y, por ello, infinitamente cruel e insuficiente.

6
Bambi

Al año siguiente, entré en la escuela primaria. Como era zurda, me puse, instintivamente, a escribir al revés, siguiendo la lógica del espejo: empezando por la derecha de la página. Afortunadamente, la señora Arnaud, mi profesora de primer curso, tranquilizó a mis padres. Tarde o temprano, acabaría escribiendo correctamente.

Esa maestra llevaba chalecos de piel de cordero sin mangas, tocaba maravillosamente la flauta dulce y defendía la pedagogía al aire libre. Nos enseñó a caminar con zancos de pastor y una vez nos llevó de excursión. En esa ocasión, animó a nuestros padres a que nos enviaran una pequeña carta que nos diera ánimos.

Pierre y Lélia, para consolarme por su ausencia, eligieron una postal con la imagen de Bambi, el cervatillo solitario, el huérfano por excelencia, el perseguido. En otras palabras, el personaje más desgraciado de la historia de los dibujos animados.

La postal tenía un mecanismo que, al presionar la cara de Bambi, emitía un largo grito lastimero, como una llamada desesperada. Cuarenta años después, esta postal me encanta y me hace reír, porque dice algo de mis padres que intento plasmar aquí. La maravillosa torpeza de dos intelectuales siempre metidos en sus pensamientos, de dos seres capaces de resolver problemas de

infinita dificultad, pero a veces tan incapaces de lidiar con las cosas sencillas de la vida cotidiana.

Ser criada por personas cuya mente está constantemente ocupada te hace libre. Sus hijas no éramos el centro de sus preocupaciones, y eso fue una gran suerte para nosotras.

A mi regreso de la excursión escolar, guardé esa tarjeta en una carpeta y tomé la decisión de archivar cada carta, cada documento administrativo, cada palabra escrita que recibiera, hasta el final de mis días.

Aún hoy sigo manteniendo esa resolución.

Montones de cajas llenan ahora un armario entero de mi despacho; no lo veo como una acumulación desordenada de recuerdos, sino como el signo de la continuidad de lo que he sido, una multitud de instantes encadenados unos tras otros, y creo comprender que archivar no es solo un deseo de conservar, sino también una forma de retener. Todo.

7
La colección de sellos

Para complacer a mi padre, empecé una colección de sellos. Clasificaba, ordenaba, aprendía, solo para darle gusto, para que me quisiera, ofreciéndole el reflejo de sus propios centros de interés.

Guardaba cuidadosamente mis catálogos Yvert y Tellier de papel satinado, que comprábamos con mi madre en una tienda parisina revestida de madera oscura. Esa tienda me daba la impresión de estar entrando en una caja de puros. Atravesábamos la ciudad en coche y recuerdo claramente aquel París de mediados de los años ochenta, con las fachadas ennegrecidas por el hollín, ese aspecto desgastado y sucio, pero de una suciedad que nos gustaba, que nos parecía hermosa, y cada vez que se renovaba algo siempre resultaba un poco decepcionante, menos bonito que antes.

¿Quizá mi padre me habría querido más si no hubiera intentado gustarle tanto? Por eso me fascinan las personas a las que no les importa gustar. Avanzan por el mundo, liberadas y libres, no como yo.

Me pregunto dónde estarán mis álbumes de sellos. Algunos objetos se evaporan misteriosamente, como si nuestro desinterés por ellos tuviera el poder de hacerlos desaparecer.

8
Pierre François ha cogido anginas

Nos encantaba cuando nuestros padres invitaban a sus amigos a pasar las vacaciones, porque entonces volvían a ser Pierre y Lélia.

Después de cenar, los adultos sacaban botellas de color ámbar y la noche se alargaba alrededor de la mesa con interminables partidas de Scrabble. Oíamos las risas que ascendían hasta nuestras habitaciones, envueltas en nubes de humo. A veces, las voces altas eran sustituidas por susurros, y luego las risas volvían con fuerza. Entonces me parecía que el mundo de los adultos era enorme, y estaba deseando tener yo también mi grupo de amigos con los que beber whisky, reír, jugar al Scrabble y fumar cigarrillos.

Un día, el nuevo teléfono gris de baquelita que habíamos ido a recoger a la oficina de correos empezó a sonar. Lélia descolgó el auricular y luego asintió con la cabeza mientras repetía:

—Entiendo, entiendo.

El tono de su voz era diferente al habitual.

—Es Pierre François —le dijo a mi padre después de colgar—. No vendrá a pasar las vacaciones con nosotros. Dice que tiene anginas. Y teme que sea contagioso.

—Bueno, vendrá más tarde, cuando se haya curado.

—Pierre, me temo que no son anginas.

En la prensa se empezaba a hablar de una enfermedad en Estados Unidos que solo afectaba a los homosexuales. Se la llamaba el «cáncer gay» —se habían registrado más de mil casos en Estados Unidos y solo unos pocos en Francia.

9
El síndrome de Kaposi

Pierre François quedó con Pierre en el Polytech, el bar donde habían pasado tantas horas en su juventud, y en el que conocieron a Lélia. Pero el ambiente de antaño se había evaporado desde el traslado de la Escuela Politécnica a Saclay, y ahora eran los estudiantes de secundaria del Henri IV, llenos de granos, los que fumaban cigarrillos y bebían café acodados a las mesas de formica.

—Casi podríamos ser sus padres —dijo Pierre François, sonriendo.

Luego empezó a toser, una tos seca que parecía agotarlo.

—¿Sigues malo de las anginas?

—Sí. Además, tengo un afta en la boca. No puedo fumar ni comer, pero lo que más pena me da es que ya no puedo cantar…

Desde hacía más de un año, Pierre François estaba preparando un concierto con su coro. Su médico, preocupado por su estado de salud, le había aconsejado que consultara a un especialista. Esa cita lo aterrorizaba. Se volvió hacia Pierre:

—¿Quieres acompañarme?

—Por supuesto —respondió Pierre mientras encendía un cigarrillo.

Pierre François se detuvo, sorprendido por la inmediatez de esa respuesta tan franca, presentada como algo evidente.

—Gracias. Espera. Déjame hablar —dijo Pierre François, agarrando la mano de Pierre, como para obligarlo a no moverse—. Gracias por no rechazarme el día que lo comprendiste y por seguir siendo mi amigo. Gracias a ti y a Lélia por dejarme pasar tiempo con vuestras hijas…

Pierre François se quedó callado, inmóvil, con los hombros caídos, permitiendo que el dolor recorriera su interior, subiendo hasta el fondo de su garganta, como un carraspeo.

—Por favor, no me mires como si fuera un monstruo.

—¡Pero es que eres un monstruo! —respondió Pierre—. ¡Haces trampas al Scrabble!

Pierre François se echó a reír, y unas lágrimas llenas de cansancio y de vida le resbalaron por la nariz y le cayeron sobre los labios:

—Y gracias por venir conmigo, tengo tanto miedo de lo que me va a decir el médico, necesito que estés ahí, a mi lado.

Pierre tomó la mano de su amigo Pierre y la apretó con todas sus fuerzas.

—¿Están juntos? —preguntó el médico.

Pierre respondió que sí con la cabeza, porque era la verdad: desde el primer día en que se conocieron, no habían dejado de estar juntos. Pero Pierre François precisó:

—No, es mi mejor amigo. Y, aunque él insistiera, ¡no me acostaría con él por nada del mundo!

Eso hizo reír a Pierre, pero el médico no estaba ahí para divertirse.

—Voy a auscultarlo, quítese la ropa —dijo.

El médico observó los pies, los estrechos espacios entre los dedos, separó lentamente la piel, introdujo sus instrumentos y luego sus manos enguantadas subieron, palparon a lo largo del vientre, la ingle, las axilas y, por último, el cuello, donde todo sigue palpitando, debajo de la mandíbula. Los dos Pierre retenían la respiración, el espacio de la esperanza estaba allí, en el silencio, entre los gestos del médico y el cuerpo desnudo de Pierre François.

—Le harán un análisis de sangre, pero no soy optimista. Tiene manchas rojas, un poco violáceas, alrededor de los pies. Parece el síndrome de Kaposi. Deje de tener relaciones sexuales por el momento. Y, mientras tanto, le receto estos antibióticos para combatir la tos. Son dosis fuertes. Y enjuagues bucales para el afta.

Los antibióticos surtieron efecto y Pierre François pudo acudir a las Chorégies d'Orange con su coro. Cantaron *Der Herr ist mit mir*, de Dietrich Buxtehude, y Pierre François pensó que era la última vez en su vida que cantaba, pero no le importaba, porque se quedaría así para siempre, rodeado de belleza, sintiendo que todo estaba en todo, en las notas musicales, en los instrumentos, en las manos de los músicos, en las piedras del Teatro Antiguo de Orange, e invadido por ese recuerdo del futuro que a veces nos embarga, pensó que algún día, tal vez, las hijas de Pierre y Lélia recordarían a ese amigo que se llamaba como su padre y que amaba la vida.

10
Jaque mate

Cierro los ojos e intento fijar la imagen más antigua que tengo de mi padre, no la que las fotografías graban en la memoria, sino la de mis propios recuerdos.

Lo veo afeitándose por la mañana en el baño que está junto a la puerta de entrada. Sus pelos caen sobre el lavabo blanco y siento un escalofrío al oler el *after-shave* que se pone en la piel.

A menudo me sorprendo fantaseando con lo que podríamos haber vivido juntos, sin la aparición de ese malestar entre nosotros, cuyo inicio situaría yo en la adolescencia. Y estoy convencida de que algo así me habría convertido en una mujer diferente, de otro temple, más segura de mí misma, más fuerte frente a los hombres. Doto a esa mujer imaginaria de mil cualidades. Pero en el fondo sé muy bien que sigo dando demasiada importancia a todo lo que podría haber sido entre nosotros y no fue. Es un mal insidioso del que hay que desconfiar, porque llena el corazón de pesados remordimientos, inútiles y sin duda erróneos.

Otra imagen. Todas las noches, en su habitación, Pierre llena páginas enteras con ecuaciones incomprensibles, y yo me quedo el

mayor tiempo posible a su lado, aprendiendo a ser discreta y silenciosa para que no se fije en mí. Él escucha música, Johnny Cash, Johnny Hallyday, Jim Morrison, Mick Jagger y un grupo bretón de músicos hippies, Gwendal. Las latas de Kronenbourg, rojas y blancas, se van alineando sobre el escritorio como dianas de tiro al blanco. Recojo las lengüetas para pasar mi diminuto dedo por ellas, convirtiéndome en su novia por una noche. Quiero que mi padre sea solo mío, busco eliminar a mis hermanas, mis rivales. Para ello, tengo una idea formidable.

Se me ocurrió en la biblioteca municipal, donde descubrí un cartel que anunciaba clases de ajedrez los miércoles, gratuitas para niños. Eso me permitiría estar a solas con mi padre, sin tener que compartirlo con mis hermanas o mi madre.

Fui asidua, aplicada, voluntariosa. Mi determinación no tenía límites. Hasta el día en que, orgullosa e impaciente, esperé su regreso de la Escuela Politécnica, donde iba a trabajar a diario, para decirle:

—He aprendido a jugar al ajedrez.

—¿De verdad? —me preguntó.

Me llevó a su despacho, sacó el gran juego de ajedrez de madera que tanto me impresionaba y empezamos una partida. Imaginaba, embriagada, las horas que íbamos a pasar juntos, por fin solos. Pero mi padre me ganó la partida rápidamente, en unos pocos movimientos. Luego la siguiente. Y la siguiente. Repetía la frase «Jaque mate», hasta que me harté y bajé la cabeza, desanimada.

—¿Por qué no me dejas ganar un poco? —le pregunté, llorando.

—Porque no sería justo —respondió Pierre.

Sentí en mi corazón un dolor de una nitidez cruel, un dolor diáfano, de un fulgor implacable. Fue mi primer desengaño amoroso, ese que ilumina con un resplandor crudo la derrota. Durante mucho tiempo sentí una atracción insensata, absurda, por los hombres que juegan al ajedrez, y por aquellos que, lejos de intentar apaciguar mis angustias, se mostraban duros, implacables conmigo.

11
Epifanía con taladro

Nunca había visto a mi padre clavar un solo clavo con un martillo ni montar un mueble prefabricado. Por eso creía que el bricolaje, al igual que la conducción, era una actividad reservada a las mujeres. Recuerdo perfectamente el día en que mi madre recibió su taladro, pedido por correo en el catálogo de la CAMIF, una cooperativa de ventas para el profesorado.

Cuando Lélia levantó el brazo para blandirlo como una pistola, sentí emoción, una revelación brutal y luminosa. Mi madre clavó la broca en la pared sin pestañear, con una determinación que no necesitaba permiso de nadie.

Así era el mundo. Nuestro mundo. El de las mujeres expertas en bricolaje. Y el de los hombres que sueñan.

12
La enfermedad del arqueólogo

Pierre François aceptó participar en un protocolo terapéutico en el hospital Cochin para ayudar a los investigadores del sida. En casa, oíamos hablar de análisis de sangre, niveles de transaminasas, AZT y otras palabras extrañas que no entendíamos.

La madre de Pierre François llamaba a nuestra casa por la noche, alrededor de las dos o tres de la madrugada. Lélia descolgaba el teléfono que estaba en el suelo, al pie de la cama, y, medio dormida, encendía un cigarrillo mientras buscaba a tientas un cenicero. Al otro lado del teléfono, la mujer gritaba que su hijo no tenía sida, que no era homosexual, sino que había contraído la «enfermedad del arqueólogo» durante una visita a las pirámides de México. Mi padre, exasperado, se levantaba para desconectar el cable del zócalo de la pared. Lélia le explicaba que no había que enfadarse demasiado con esa mujer, ya que, a través de sus delirantes palabras, ella veía el dolor de una madre.

La historia de la enfermedad del arqueólogo me fascinó. Deduje que se podía contraer durante las visitas a monumentos. Esa obsesión me acompañó toda mi vida, y a menudo me invadía el pánico en medio de ruinas o zonas de excavaciones.

13
La crueldad de los indiferentes

Pierre y Lélia nos dejaron al cuidado de una canguro que me parecía muy guapa y que se llamaba Odile, lo que me resultaba extraño para una chica joven, porque era el nombre de mi abuela.

Fueron al estanco a comprar un cartón de cigarrillos, para aguantar toda la noche, como se aguanta en una trinchera antes del asalto. Luego se dirigieron a París, en el pequeño automóvil de Lélia.

A la sombra de un callejón empedrado, un amigo de Pierre François abrió su casa a todos sus allegados para celebrar una gran fiesta, la víspera de su ingreso en el hospital.

Los cantantes del coro habían preparado parodias cómicas de grandes arias de ópera, cuyas letras reflejaban la vida y el carácter de Pierre François. Después del espectáculo, bailaron un poco mientras bebían sangría, mi madre preparó una ensalada de arroz en la cocina y luego se formaron pequeños grupos aquí y allá. A mitad de la velada, mientras todos charlaban entre ráfagas de música, Pierre se dio cuenta de que Pierre François no estaba por ninguna parte, ni entre los invitados dispersos en grupos por el jardín, ni en el pequeño salón junto a la chimenea. Así que esa sería, a partir de ahora, su vida, una ausencia flotando en el aire, una

habitación llena de gente en la que, de repente, se daría cuenta de que su amigo no estaba allí.

Pierre y Lélia subieron a la habitación, donde Pierre François se había refugiado para descansar, tumbado en la cama. Su rostro se había afilado desde el comienzo de la velada, solo quedaban dos grandes ojos que brillaban con esa extraña fiebre de quienes saben que van a morir demasiado jóvenes.

—Estás muy guapo —le dijo Lélia mientras lo besaba.

—Iremos a verte al hospital, ahora tenemos que ir a liberar a la canguro —dijo Pierre.

Pierre y Lélia no recordaban dónde habían aparcado el coche. Permanecieron en silencio, conscientes de que la madrugada marcaba el final de una época, la fiesta había quedado atrás, se había tragado su juventud. Y al abandonar las calles de París, mientras se adentraban en las afueras, vieron amanecer con la crueldad de los indiferentes.

Mis padres se enteraron de la muerte de Pierre François. Fueron al hospital. Mi padre llevaba un largo abrigo azul marino y una corbata de lana, y encendió un cigarrillo en la acera frente a la casa, mientras esperaba a Lélia. Tenía un porte altivo y, creo, un profundo sentimiento de soledad.

Cuarenta años después de aquellos acontecimientos, me resultaba casi inconcebible preguntarle a mi padre qué había sentido al morir su amigo. En el estado en que se encontraba, cada palabra parecía pesar como un maleficio.

Esperaba que, en medio de esa prueba, surgiera por fin una especie de sencillez entre nosotros. Pero no fue así. Nada de eso sucedió. La enfermedad no nos adorna con su milagrosa lucidez. No es reveladora ni taumatúrgica. No nos transfigura, no convoca ni sabiduría ni grandeza. Seguíamos adelante, lastrados, pero sin cambios, con esas palabras que continuaban atascadas en su garganta y en la mía.

Al igual que ocurría en otro tiempo cuando jugábamos juntos al ajedrez, mi padre parecía negarme esa complicidad, como si no quisiera dar la sensación de tener preferencias. Y todo aquello me parecía realmente estúpido, mezquino. Sin embargo, sabía que el único remedio para nuestra historia residía en esas palabras de ternura que yo esperaba.

Quizá, en unos días, en unas semanas, lograra romper esa barrera. A veces, cuando estaba sola, lejos de él, me imaginaba enviándole

este mensaje:

«Te pido que me escribas que me quieres. Necesito tener pruebas escritas, para estar segura». Pero luego me contentaba con escribir el retrato de un hombre tímido, y descifrar lo que el silencio no puede revelar. Toda mi vida he considerado a mi padre como un misterio.

14
Lección de cosas

—Tengo la suerte de tener un trabajo donde nadie me obliga a llevar corbata —me explicó mi padre un día.

Comprendí que intentaba darme un consejo y tomé nota mentalmente de que, en el futuro, debía evitar los trabajos en los que me obligaran a llevar corbata. Entonces, de repente, pensé que no sabía exactamente cuál era su profesión.

—Estoy construyendo una máquina para calcular la influencia de la luna en las mareas terrestres.

15
La niña sindicalista

La directora de la escuela convocó a Pierre y Lélia a su despacho.

—Su hija Claire ha organizado una petición —explicó la mujer de pelo corto y jersey de *patchwork* de mohair marrón.

—¿Una petición? —preguntaron mis padres.

—Sí, miren.

Pierre y Lélia se encontraron ante una hoja salpicada de varias decenas de firmas de niños, trazadas con torpeza, curvas vacilantes, letras apenas formadas, tachaduras ilegibles.

—No hay texto.

—¡Por supuesto! —exclamó la directora—. ¡Si aún no sabe escribir! ¡Acaba de entrar en primaria!

Sus ojos delataron cierta consternación. Por primera vez en su larga carrera, la directora tenía que enfrentarse a una niña de seis años, tan pequeña como intrépida, con la osadía de una sindicalista profesional.

—Tenía pensado organizar una manifestación en el patio. ¡Una manifestación para pedir la mejora de las comidas del comedor!

Al salir del despacho, Pierre y Lélia estallaron en carcajadas al imaginar a su hija pequeña, que no levantaba un palmo del suelo,

encabezando una cruzada infantil. Y se sintieron orgullosos de su prole.

Pero no siempre fue así. A veces, nuestros padres nos encontraban terriblemente convencionales, indignas de la educación que nos daban. Y, en tales casos, no perdían la ocasión de decírnoslo.

16
El primer día antitabaco

La famosa Organización Mundial de la Salud puso en marcha por primera vez una campaña de sensibilización dirigida a la infancia. El tabaco, antes omnipresente en la cultura popular, se convirtió por fin en un tema de interés público. Y nuestra escuela primaria organizó una gran «jornada antitabaco» a la que estaban invitados los alumnos y sus padres.

—¿Qué ocurrencia es esta? —preguntó Lélia mientras cogía el folleto que le tendía Claire, mi hermana pequeña.

Debíamos fabricar cigarrillos gigantes con rollos de papel de cocina. Luego los tiraríamos a un gran contenedor que se instalaría en una plaza de nuestra ciudad. Todos teníamos una cita ese domingo para la gran misa de la salud.

Lélia nos escuchaba, asustada, paralizada, con los brazos cruzados. Nos preguntó si nos habíamos vuelto locas con nuestras historias de contenedores gigantes y cigarrillos de cartón.

—Pero, mamá, no podemos ser las únicas del colegio que faltemos —le dije.

Angustiada ante la idea de que fuéramos a perdernos el día de la infancia contra el tabaco, Claire dejó de respirar. Para reanimarla, le expliqué que sabía dónde estaban guardados los rollos de papel de

cocina y que no necesitábamos a nadie para fabricar nosotras mismas nuestros cigarros falsos.

—Pero ¿cómo vamos a ir? Está lejos. Y papá no sabe conducir…

—Yo conozco el camino, tú me darás la mano.

Lélia, que había escuchado nuestra conversación, acabó por ceder.

—Pero, os aviso —nos dijo—, ¡me pondré frente al cubo de basura y fumaré delante de todo el mundo!

Después de pensarlo detenidamente, Claire y yo decidimos que era mejor pasar por esa vergüenza que quedarnos al margen de ese día que nos parecía de importancia histórica.

Entonces me di cuenta de algo y supe encontrar las palabras para tranquilizar a mi hermana pequeña:

—No te preocupes. La mayoría de la gente no sabrá que es nuestra madre.

Unos días más tarde, le comenté a Lélia que le estaban saliendo canas y que debía hacer algo al respecto, porque «no quedan bien». Lélia me explicó que lo sentía mucho, pero que tenía otras cosas más importantes que hacer que ir a la peluquería. Y que estaba muy equivocada al creer que la belleza residía ahí.

Añadió:

—Cuando seas mayor, harás lo que quieras con tu pelo.

17
Le Cormoran

En Le Dossen, el pequeño pueblo de Finistère donde pasábamos nuestras vacaciones, cuatro bares se repartían la única plaza que daba a la playa. El favorito de mi padre se llamaba Le Cormoran, era un pub irlandés regentado por Patrice, un hombre que años más tarde se convertiría en escultor de granito.

Mi padre adoraba ese lugar, cuyo techo estaba cubierto de cajas de huevos, un truco destinado a absorber las vibraciones de la música. Bajo ese mar invertido, congelado en olas regulares y rígidas, la iluminación tenue y oscura se volvía rápidamente humeante. Escuchábamos religiosamente discos de Chet Baker, Aretha Franklin, Johnny Cash y todo el repertorio del blues americano.

Siempre nos sentábamos en la barra. Mi padre tenía que cogerme en brazos para subirme a un taburete alto, y mis pies se quedaban colgando en el aire. Pierre fumaba dibujando anillos en el aire, y permanecíamos ahí, durante horas, sin hablar, simplemente escuchando música. Empecé una colección de posavasos y, así, mucho antes de cumplir los diez años, conocía casi todos los nombres de las cervezas y sus países de origen.

Esas veladas sin palabras, que pasábamos apoyados en la barra con los demás clientes, cada uno bebiendo lentamente su cerveza —yo, una gaseosa— bajo el peso de sus pensamientos, se encuentran entre los mejores recuerdos de mi vida.

18
Sweet and Sour

Siendo yo una niña, mi padre me puso un apodo. Me llamaba «*Sweet and Sour*». No sé muy bien qué pensar al respecto. Y, cada vez que intento comprenderlo, mi mente se da por vencida. Cada vez me digo: debería preguntárselo, para el libro. Y luego, cada vez, se me olvida.

19
El general se revuelve en su tumba

Un día, debía de andar yo por los siete u ocho años, mi padre me preguntó si sabía quién era Charles de Gaulle. Ante mi ignorancia, se sintió decepcionado. Y se quedó pensativo un momento.

20
Donde las Barbies están prohibidas

Pierre y Lélia no eran padres como los demás. En casa, la prohibición de prohibir era un principio, salvo para ciertas cosas que, por una paradoja cuya ironía solo comprendo hoy, estaban rigurosamente prohibidas. Así, nuestra hermana mayor no tenía derecho a jugar con muñecas Barbie, relegadas al rango de objetos prohibidos, culpables de propagar una imagen cosificada y retrógrada de la mujer. Todo lo que tuviera que ver con la cultura estadounidense y capitalista corría la misma suerte: la Coca-Cola, por ejemplo, estaba prohibida en casa, excepto una vez al año, el milagroso día de nuestro cumpleaños. Del mismo modo, cuando el primer McDonald's abrió sus puertas en París, mis padres nos dijeron que ni se nos ocurriera poner un pie allí.

—Salvo el día de vuestro cumpleaños.

Esos cumpleaños se convertían en una especie de jolgorio, los valores se invertían y, durante un día, lo prohibido daba paso a una orgía de placeres capitalistas y cultura proscrita. Así, mi hermana mayor Isabel animó a sus compañeras de clase de primaria a hacer una colecta para regalarle ese día la muñeca rubia y pechugona con la que soñábamos. En cuanto a Claire y a mí, cruzar una vez al año las puertas de un McDonald's era algo fantástico, una dicha

excepcional, casi irreal, penetrar en un mundo hecho de rojo y amarillo donde todo parecía intensamente vivo, alegre y deslumbrante de modernidad. Recuerdo las cajas de cartón de los menús Happy Meal, esas cajitas de felicidad fabricada, el olor que desprendían cuando las abríamos.

Recuerdo el sándwich redondo, aún caliente, que sosteníamos entre las manos, y cuyo pan esponjoso apenas contenía el desbordamiento de un río de kétchup rojo que manchaba el papel, goteaba entre nuestros dedos, de las comisuras de nuestros labios y por nuestra ropa. También estaba esa galleta, en una bolsa de plástico donde se escondía una figurita, un tesoro insignificante pero prodigioso, un payaso extraño, grotesco y fascinante. Pero nada, absolutamente nada, superaba el escozor de la Coca-Cola, demasiado gaseosa para nuestras gargantas y demasiado fría para nuestras tráqueas, que aspirábamos frenéticamente, como locas, a través de pajitas. Aparte de estas pocas frustraciones, nuestra educación se desarrollaba con una libertad casi absoluta, abierta a todas las fantasías y posibilidades. Lélia era vigilante, casi brutal, con la educación de sus hijas. Nos repetía sin cesar:

—Debéis ser libres. Libres de pensar, libres de vivir, libres de marcharos si es necesario. La independencia económica es la base de esa libertad. No dejéis que nadie os diga que sois menos inteligentes que los hombres.

Y siempre terminaba con esta regla, que me agobiaba, porque no entendía del todo lo que implicaba:

—Nunca dejéis que un hombre os compre vuestro tabaco.

Como había militado en Planificación Familiar y luego en el MLAC, Lélia sabía lo importante que era protegernos, y recuerdo que me propuso tomar la píldora: «Para que te duela menos el vientre con la regla». Era su forma de mostrarme el camino de la anticoncepción, un púdico deseo de prepararme, de armarme para una vida sexual en la que no tuviera que rendir cuentas a nadie, una lección discreta sobre la soberanía de mi cuerpo.

21
El Gran Premio de Jóvenes Lectores

No sabía lo que era un telegrama hasta el día en que Eugène y Odile me enviaron uno. Decía simplemente: «Enhorabuena».

Normalmente, mis abuelos me enviaban cartas, siempre con motivo de mi cumpleaños, sin olvidar nunca incluir un discreto billete azul de cincuenta francos como muestra de su afecto. Le pregunté a mi padre por qué, esta vez, habían enviado un telegrama:

—Porque es importante —me contestó.

La explicación hizo que me impresionara aquella reliquia que pertenecía a una época tan lejana como solemne, y, por supuesto, lo guardé entre mis archivos.

Me habían elegido para representar al alumnado de sexto curso del departamento de Hauts-de-Seine en el Gran Premio de Jóvenes Lectores.

En un primer momento, mis padres se alegraron por el honor concedido a su hija. Pero su orgullo se vio pronto empañado cuando se enteraron de que el concurso estaba organizado por la PEEP, la federación de padres de alumnos de derechas, alejada de sus

propios ideales. Sentí que una sombra planeaba ya, en silencio, sobre mi éxito. Y eso solo era el principio.

Se decidió que mi padre me acompañaría a la entrega del premio. Recuerdo la emoción que sentí, no tanto por la promesa de los regalos que el departamento de Hauts-de-Seine, con su benevolencia institucional, ofrecía a los niños aplicados, sino por ese momento, único y valioso, que compartiría a solas con mi padre, sin mis hermanas.

La ceremonia tuvo lugar en el ayuntamiento de París, que me pareció que relumbraba con un esplendor espectacular. Las enormes escaleras cubiertas de moqueta roja, las lámparas doradas que colgaban como astros sobre nuestras cabezas, el centelleo de las borlas, todo ese lujo me parecía digno del palacio de Versalles. Nos recibió Jean Tiberi, quien pronunció un discurso y luego dijo mi nombre. Entonces tuve que subir al estrado para reunirme con él. Le tendí la mano, con las mejillas encendidas. El diploma que depositó entre mis palmas me pareció que pesaba como un reconocimiento universal.

Y mientras bajaba a mi sitio, apretando con orgullo mi trofeo, me pareció percibir algo extraño en la mirada de mi padre. En la época de Louis-le-Grand, había abucheado a ese hombre durante una reunión del consejo de administración. Tiberi seguía representando para él cierta idea de connivencia con la autoridad. Y así fue como la gloria relacionada con mi premio quedó definitivamente enterrada.

22
El *Manifiesto del Partido Comunista*

En octavo curso, mis amigas y yo organizamos una fiesta con vodka en casa de una de ellas, cuyos padres, de origen ruso, estaban fuera esa noche. Fue una idea brillante, nos reímos mucho, hasta que las botellas medio vacías dieron paso a caras pálidas y violentos mareos. Nos invadió el pánico: íbamos a morir todas. Me armé de valor y llamé a mis padres, convencida de que no nos abrumarían con reproches, sino que nos ayudarían a evitar esa muerte segura.

Lélia vino a recogernos a las afueras de Orsay y, sin decir una palabra, sin echarnos nada en cara, empezó a subir al coche a las chicas que se encontraban peor. Hoy pienso que su silencio fue quizá para contener la risa ante nuestras caras de niñas borrachas.

Cuando llegamos a casa, mis amigas lloraban, aterrorizadas ante la idea de que sus padres descubrieran la verdad. Pierre, imperturbable, las tranquilizó con voz suave pero firme:

—No pasa nada, voy a arreglarlo.

Fiel a su manera impasible y metódica, se sentó frente al teléfono y, con un tono que transmitía confianza, empezó a llamar a los padres uno tras otro.

—Todo va bien. Las niñas prefieren quedarse un rato más juntas, están entretenidas jugando en casa. Vengan a recogerlas más tarde.

Pierre y Lélia nos acomodaron en el salón, nos dieron mantas, la más enferma se instaló en nuestra mecedora y a las demás nos tumbaron en el sofá.

Entonces mi padre se sentó en el centro de nuestro pequeño círculo. Con calma, decidió leernos algo. Y, con voz serena y clara, recorrió las primeras páginas del *Manifiesto del Partido Comunista*, en la edición de bolsillo que había comprado en Brest cuando era apenas unos años mayor que nosotras.

23
Juppé, entérate, tu reforma…

Las grandes huelgas de 1995 paralizaron toda Francia. Treinta años después de los acontecimientos de Mayo del 68, durante tres semanas, el país dejó de trabajar y de moverse. De esa inmovilidad surgió una extraña vitalidad, como el despertar del inmenso latido de un corazón pesado y en hibernación.

El instituto Lakanal, donde yo estudiaba, sintió inmediatamente los efectos de la parálisis. Acogía a adolescentes de todos los suburbios del sur de París, desde Arcueil hasta Orsay, pasando por Bagneux, Bourg-la-Reine y Antony. Privados de autobuses y trenes, los chicos no podían acudir a clase, y sus padres, atrapados también en medio de la inmovilidad general, no podían llevarlos en coche.

Nuestra casa, situada cerca del instituto, se convirtió en una posada. Extendíamos colchones viejos en el suelo, siempre había mantas disponibles, y se llenó de chicas y chicos repartidos por todas las habitaciones. Esas tres semanas de huelga dieron a nuestra vida cotidiana un aire de fiesta permanente.

Lélia se sentía implicada porque la facultad de Saint-Denis donde enseñaba, en Paris-8, se había movilizado.

—La universidad es vuestro futuro —decía mi madre mientras cocinaba para todos, preparando cantidades extravagantes de chili

con carne, muy picante.

Participamos en la huelga del martes 21 de noviembre. Con mis amigos, hicimos una pancarta de tela con el eslogan «¡SOLO HAY UNA SOLUCIÓN, LA REVOLUCIÓN!». Recuerdo a mi padre sonriendo, orgulloso de nosotros.

—Deberíais hacer agujeros —dijo Pierre—. Si no, el viento la hinchará y os impedirá avanzar.

Tenía suerte de tener unos padres que nos daban buenos consejos. Mientras otros impedían a sus hijos ir a manifestarse, los míos nos animaban, y veía en sus ojos la ternura de un sentimiento del deber cumplido.

—Llevad el carnet de identidad.

—Llevad también un billete de metro en el bolsillo y algo de cambio, por si tenéis que llamar por teléfono.

—No vayáis en la cola de la manifestación. Y, en cuanto termine, volved a casa, no os entretengáis.

—Si notáis gases lacrimógenos, protegeos con pañuelos.

—Tened cuidado si veis follón, nunca se sabe cómo puede degenerar la cosa.

Por la noche, veíamos todos juntos las noticias, para saber si nos habían filmado y, sobre todo, para conocer las cifras —las de la policía nunca coincidían con las de los organizadores—. Escuchábamos los comentarios con mucha atención, fumando cigarrillos y repartiendo cervezas entre los amigos. Éramos una familia y nos sentíamos felices juntos. Compartíamos la misma visión del mundo.

24
El cuádruple asesinato del barrio

Un chico que vivía al final de mi calle solía organizar fiestas en el garaje de sus padres. Mi padre venía a recogerme a las doce en punto de la noche y me esperaba en la sombra del camino, para que pareciera que volvía sola a casa.

El chico se llamaba Adam, sus padres eran unos arquitectos húngaros y, en más de una ocasión, bailé alguna pieza lenta con él. Pero un día su madre lo mató, junto con el resto de la familia.

«La hipótesis del crimen familiar. Un acto de locura de la madre podría explicar el cuádruple asesinato», titulaba el periódico *Libération*. El artículo ofrecía todos los detalles, cómo había sido degollado Adam y su hermano pequeño, ahorcado, después de que los envenenaran. El periodista lo denominaba «el análisis del bolo alimenticio» y, poco más adelante, mencionaba «la limpieza de sus uñas» y «los cuerpos masacrados en condiciones espantosas». Planteaba la siguiente pregunta: «¿Mató la madre al marido y al hijo mayor una vez "dormidos" en sus habitaciones y luego salió para deshacerse del arma del doble crimen, de los objetos y de la ropa ensangrentada?».

La muerte de ese compañero y la lectura del artículo me marcaron profundamente. Desde entonces, me cuesta mucho leer las noticias de sucesos.

El día del cuádruple asesinato fue también el día en que perdí mi virginidad. Una primera experiencia sangrienta, ya que, cuando volví a encender la luz, mi cuerpo estaba completamente cubierto de sangre, desde los muslos hasta la parte superior del vientre. Miré mis carnes manchadas de rojo, inquieta, incapaz de comprender lo sucedido. Tras inspeccionarlo, descubrimos que una vena debilitada del falo de mi novio, virgen como yo, había cedido ante la intensidad del momento. Al igual que el preservativo.

Solo fui consciente de esa singular coincidencia —el asesinato de mi amigo, mi desfloración bañada en sangre— décadas más tarde.

25
El carrusel encantado

La cuestión del sida era, para todos los adolescentes de mi generación, obsesiva. De joven, nunca conocí ningún placer que no estuviera vinculado a la angustia de la muerte. Todo goce debía ir necesariamente acompañado de un castigo, la pena capital.

A diferencia de nuestros mayores, estábamos bien informados gracias a las enfermeras del instituto y a las asociaciones, que organizaban charlas y proyectaban películas y cortometrajes. Act Up luchaba para que los directores de los institutos instalaran dispensadores de preservativos.

Recuerdo el «carrusel encantado». Una bandeja en la que había cinco penes de resina, de diferentes tamaños y formas, en colores extravagantes, rojo bombero, azul eléctrico, amarillo limón. El objetivo era enseñarnos la técnica para ponerse un preservativo, lo que cada vez me parecía una prueba insuperable. Me daba mucho miedo el sexo masculino.

Mis amigas y yo siempre encontrábamos razones para hacernos la prueba. Íbamos en grupo, tres o cuatro, y, si no era por una, era por otra. Teníamos dieciséis años y sentíamos que nuestras vidas eran serias, menos despreocupadas que las de nuestros padres. A nuestra edad, ellos vivieron Mayo del 68, leían *La revolución sexual* de

Wilhelm Reich. Nosotros aprendíamos a descubrir nuestros cuerpos con preservativos obligatorios, que dificultaban la erección de los chicos o se rompían durante el acto.

Teníamos que coger el RER B hasta Saint-Michel, y allí nos recibían en un centro gratuito y anónimo cerca de la Rue Saint-Séverin. Recuerdo la sala de espera, esa luz artificial que lo hacía todo irreal, los carteles de prevención y la amabilidad de los médicos que nos atendían, su activismo. Nos íbamos con los bolsillos llenos de preservativos cuyos envoltorios crujían como si fueran caramelos.

Había olvidado la existencia de Pierre François. Sin embargo, en algún lugar, en lo más profundo de mi memoria, sentía que ese miedo al sida siempre había estado ahí, como un espectro cuya sombra me envolvía.

26
El síndrome de Pierre

Mi iniciación a la sexualidad fue sin duda una de las causas de esa distancia que, poco a poco, se instaló entre mi padre y yo, como una frontera invisible pero tangible, esa separación, lenta e insidiosa, entre padres e hijas.

Yo llamo «síndrome de Pierre» a esa distancia muda que se congela, a veces se petrifica, entre un padre y una hija, y que es difícil de expresar con palabras, casi imperceptible, porque no se debe ni a un choque ni a una herida. No hubo entre nosotros ningún comportamiento torpe, ni una palabra por encima de otra, y, si lo pienso bien, estoy segura de que mi padre nunca dejó de quererme. Su amor era delicado, hecho de silencios y atenciones discretas, de miradas oblicuas y de gestos comedidos.

Sin embargo, algo se rompió, tal vez sin que él se diera cuenta, sin que yo me diera cuenta tampoco, a esa edad en la que una niña deja de ser niña pero aún no es una mujer. ¿Fui yo, cambiada, convertida en un enigma ante sus ojos? ¿Fue él, desconcertado, sin saber cómo amarme, cómo hablarme? Y yo me ponía a la defensiva con una extraña susceptibilidad, veía en sus silencios una frialdad que sin duda no existía.

Lo que sé es que esa distancia, imperceptible al principio, se fue agrandando hasta convertirse en insalvable. Yo amaba tanto a mi padre, quizá demasiado, no lo sé. Quizá estaba demasiado apegada a él, me gustaba todo lo que a él le gustaba, me aprendía de memoria los poemas que él se sabía, leía los libros que él leía.

Durante esos años de adolescencia, fui la digna hija de mi padre. Iba a París con gente mayor que yo a beber oporto en los bares del Barrio Latino. A casa de Maria Koleva, la directora búlgara que proyectaba en su apartamento del Boulevard Saint-Michel sus documentales sobre Antoine Vitez. Llevaba camisetas con la efigie del subcomandante Marcos, leía *Le Monde diplomatique*, me inscribí en el movimiento ATTAC e incluso hice un viaje en autobús a Millau, con otros militantes, para apoyar a José Bové. Lo sabía todo sobre la tasa Tobin. Mi ídolo era la activista antiglobalización Susan George, a quien tuve el honor de conocer unos años más tarde.

Para mí, todo aquello era absolutamente natural, era el entorno cultural en el que había crecido.

Era una auténtica hija de izquierdistas, fumaba cigarrillos liados a mano.

Pero, a veces, otra naturaleza brotaba en mí. Una chica diferente a la que mis padres hubieran querido tener. Una chica que tenía sueños que ellos no entendían.

27
El baile de la Escuela Politécnica

Un día le pregunté a mi padre si las hijas de los antiguos alumnos de la Escuela Politécnica tenían derecho a asistir al Baile de Ingenieros.

Me alimentaba de mis lecturas de adolescente, desde *Anna Karenina* hasta *Madame Bovary*, pasando por *Las cuatro hijas del doctor March*. Y la idea de que todavía existieran bailes a finales del siglo XX me parecía un sueño. Quería un vestido de princesa y quería ir del brazo de mi padre.

Pierre me miró con una mezcla de asombro y desprecio. ¿Cómo podía su hija fantasear con una ceremonia tan anticuada? Prácticas burguesas clasistas que Mayo del 68 había relegado al olvido de un mundo antiguo. Se sintió a la vez decepcionado y desconcertado.

Teníamos que ser mujeres modernas, independientes, luchadoras, interesadas por cuestiones contemporáneas, por luchas de nuestra época, mujeres que debían construir el mundo del mañana.

No chicas que quisieran ir a bailes.

28
El curso preuniversitario de excelencia

Cuando llegué a París para estudiar, me matriculé en el curso preuniversitario de excelencia del instituto Fénelon, una especie de COU elitista, para presentarme a la prueba de la Escuela Normal Superior de Letras. Sin saberlo, me unía a esa cadena invisible que conectaba las generaciones: mi abuela y su hermana estuvieron en ese mismo centro antes de la guerra, Myriam y Noémie habían sido alumnas de ese instituto, vieron los mismos árboles del patio, recorrieron los mismos pasillos.

No era consciente de que estaba repitiendo el mismo camino que mi padre y mi abuelo antes que yo, que ellos se habían preparado para esas pruebas, símbolo de la meritocracia francesa, que se habían perdido por las mismas secciones de la biblioteca Sainte-Geneviève, y tal vez incluso tenía en mis manos libros de latín que Eugène también había consultado, ¿quién sabe?

Pero, a diferencia de Eugène, que estudió en París durante la Ocupación, y a diferencia de Pierre, que vivió los disturbios de Mayo del 68, yo sentía que pertenecía a una generación insulsa, anodina, blanda, la del fin de la historia. El siglo iba a terminar y no veíamos lo que podría suceder en el siguiente. El caos del mundo, aunque ya se lo oía atronar, parecía lejano, casi irreal. Nos inventábamos

miedos, el gran fallo informático del año 2000 debía sumirnos en una avería apocalíptica. Incluso la elección de Vladímir Putin, ese hombre del que no se conocían «ni su vida ni sus ideas», apenas suscitó interés. Éramos los que vivían sin exaltaciones ni dramas, estábamos ahí, en un tiempo suspendido. El crecimiento del PIB alcanzaba el 3,9 por ciento, como en los Treinta Gloriosos, y el déficit público estaba por debajo del 1,5 por ciento. La vida seguía adelante.

Nuestras alegrías eran individuales, al igual que nuestras desgracias. Durante mi primer año de preuniversitario en el Fénelon, un chico me envió una carta en la que me explicaba que su vida estaba en mis manos. Su hermana era monitora en mi instituto y también se llamaba Anne. Recuerdo su rostro, su piel pálida, como la de su hermano.

Era un chico mayor que yo, del que me enamoré cuando tenía quince años. Me explicó que yo era demasiado joven para él, pero que debía ser paciente. Algún día. Quizá. Cuando fuera mayor de edad.

En su carta, me citaba para vernos. Fui a explicarle que ya no estaba enamorada de él. El tiempo había pasado. Estaba enamorada de otro. Unos días más tarde, se tiró desde la azotea de un hospital.

A la semana siguiente, al salir de un examen de Historia, vi, a través de la ventana del pasillo, a una alumna de preuniversitario tirarse al vacío, ante mis ojos. Su cuerpo yacía en el suelo del patio.

Era extraño que se produjeran dos suicidios por defenestración tan seguidos. En aquella época no existían las «células de ayuda psicológica». Había que arreglárselas solo. También en aquel caso la vida siguió adelante.

Al suspender dos veces seguidas la prueba de acceso a la Escuela Normal Superior seguí los pasos de Eugène, no los de Pierre. Había trabajado sin descanso, había sacrificado mucho durante esos tres años de preparación, en los que me permití pocos placeres, para aprobar el examen. Pensaba que mi vida estaba arruinada. Que no había subido al tren correcto, que me quedaría en el andén el resto de mis días. Veía a los demás partir, delante de mí, mientras pensaba que yo nunca avanzaría, que no servía para nada.

Cuando se anunciaron los resultados, mi padre no me reprochó nada, pero tampoco me consoló. ¿Lo había decepcionado? ¿Le daba igual?

Al releer la carta que Eugène le escribió a su padre tras suspender ese mismo examen, me siento cercana a él: «También me da miedo la decepción que seguramente sentirás al ver que, después de brindarme todas las oportunidades, no lo he conseguido». Era por mi padre por quien quería triunfar. Por él, no por mí. Y él siguió siendo siempre misterioso, insondable, bello y tenebroso.

Quizá las cosas hubieran sido diferentes si, en el año de la reválida, hubiera tenido otro profesor de Filosofía, o si el azar me hubiera concedido algunos puntos más, o si hubiera repasado, la víspera del examen, tal capítulo en lugar de otro. O si simplemente me hubiera salido mejor. Entonces, quién sabe cómo habría sido mi vida. Me la imagino universitaria, y dedicada a la enseñanza. Una vida consagrada a la investigación. Una vida honesta y buena, como la de

mis padres. Una vida que le habría gustado a mi padre. Pero fue de otra manera. No tomé ese camino. Me desvié.

29
Como las mujeres de Guy Bourdin

Los hijos no son como sus padres, así que yo tenía mi propio carácter y escapaba a la educación de Pierre y Lélia no por rebeldía, ni por provocación, sino porque era mi naturaleza sentirme atraída por cosas, universos, mundos que ellos desaprobaban.

Liberada ya de las pruebas de acceso, me ganaba la vida a una edad en la que los demás aún estudiaban. La ciudad hizo de mí su muñeca, su criatura, su cosa. La vida parisina me deslumbraba, todo me gustaba de ella, penetraba en mí y moldeaba hasta mi cuerpo: perdí mis curvas infantiles, adelgacé a ojos vistas, aprendí a maquillarme, a pintarme las uñas, me depilaba con cera, en los grandes almacenes robaba bolsos, ropa interior de encaje, me apropiaba de abrigos que no eran míos, quería llevar sobre mi cuerpo un mundo que pesaba mucho más que yo, más allá de mis posibilidades.

Observaba a las mujeres a las que quería parecerme sin que me hubieran dado permiso para ello —me gustaban las mujeres fotografiadas por Guy Bourdin y todo aquel gusto reprimido desde mi infancia, porque mis padres rechazaban esa representación

exagerada de la feminidad—. Todo salía a la superficie, brotaba, no podía evitarlo, era más fuerte que yo, me gustaban la piel suave y el aroma que daban las cremas, las siluetas esbeltas, el cabello sedoso que huele a brillantina, los perfumes fuertes, la mancha roja de carmín en los cigarrillos mentolados. Todo lo que rechazaba esa generación de hombres y mujeres que soñaron con un mundo mejor. Empecé a salir por la noche, iba a lugares sórdidos donde se reunían famosos, me gustaba bailar, me gustaba perderme, me adentraba en esa vida parisina que me parecía vertiginosa. Era lo que me apetecía. Mi naturaleza. Lo que solo me pertenecía a mí. No a mis padres. Había nacido con ganas de disfrazarme. Anhelaba todas esas cosas que nunca había visto en casa durante mi infancia: un lápiz de labios, un cajón con braguitas de encaje, tacones altos, un rizador de pestañas. Todo eso era detestable, fútil.

Me sentía avergonzada. Sin embargo, era mi verdad.

30
Cuidar del propio árbol

Conocí a Marianne Costa la noche del cumpleaños de mi amiga, la actriz Élodie Navarre. En ese restaurante mexicano que ya no tenía mucho de mexicano —aunque su falta de autenticidad y su recargamiento, curiosamente, me gustaban—, oí hablar por primera vez del «estudio del árbol genealógico». Marianne era una pionera en ese campo de exploración.

En aquel momento, no entendí de qué se trataba. Imaginaba que Marianne era psicóloga y, como estaba pasando por un momento difícil, me atreví a confiar en ella, como si el destino hubiera elegido conscientemente sentarme al lado de esa mujer providencial:

—Tengo la impresión de vivir en una niebla permanente —le expliqué—. Sufro mucho, hay una distancia constante entre el mundo y yo, sin que pueda explicar realmente por qué. Lo más impresionante es por la noche. Todas las noches me despierto sobresaltada y gritando. Grito. No es una imagen. Grito de verdad.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede venir eso?

—No… Pero tengo la impresión de estar agobiada, como si unas presencias se instalaran en mí, me habitaran. El cansancio me aplasta, sin cesar, estoy agotada desde por la mañana. Me cuesta levantarme. No consigo despertarme, siempre tengo ganas de

dormir, como para escapar de algo. Como si no quisiera que empezara el día. Y, al mismo tiempo, temo el momento de irme a la cama, tengo miedo de quedarme dormida. Mis relaciones amorosas son un desastre, me encuentro en situaciones límite, con hombres que no me tratan bien. Y, sin embargo, nada en mi memoria inmediata, ni en mi infancia, me permite comprender las causas de este trastorno.

—¿Te gustaría que hiciéramos una sesión juntas?

Asentí enérgicamente con la cabeza para mostrar mi entusiasmo.

Entonces me pidió que cogiera algo donde apuntar. La tarea parecía sencilla: reunir toda la información posible sobre mi árbol genealógico, remontándome hasta mis bisabuelos. Necesitaba, para tres generaciones, los apellidos, los nombres, el orden según la edad, las fechas de nacimientos, matrimonios y fallecimientos, y las circunstancias que rodeaban estos últimos. También había que buscar acontecimientos destacados, aquellos que habían dejado huellas indelebles en la memoria familiar: muertes inusuales, rupturas vitales, accidentes fortuitos.

La labor resultó ardua. Mi árbol genealógico estaba plagado de lagunas y silencios. Pero Marianne me tranquilizó. La mayoría de la gente desconocía gran parte de su pasado familiar.

—¿Cuántas sesiones vamos a necesitar? —Marianne se echó a reír.

—¡Solo una! ¡No soy psicoanalista! ¡Será una sesión única! Este es un arte que ve al ser humano desde una determinada perspectiva. Nos centraremos en una sola pregunta que harás al comienzo de la sesión.

—Pero ¿a quién se la voy a hacer?

—A tu árbol.

No sé por qué, pero comprendí instintivamente lo que quería decir.

Mi pregunta llevaba mucho tiempo dentro de mí y solo esperaba ser formulada en voz alta.

Quería saber si lograría convertirme en escritora.

Marianne me citó en un lugar junto a la estación de metro Père-Lachaise. No se me escapó que la proximidad de este inmenso cementerio parisino tenía que ver con la idea de que iba a interrogar a mis muertos.

—Al trabajar en nuestro árbol genealógico, podemos aligerar las cosas para las generaciones venideras. Pero también, de una manera más misteriosa, para las generaciones pasadas.

—¿Por qué trabajas con cuatro generaciones? ¿Y no con cinco, por ejemplo?

—Porque, más allá de eso, el árbol se disuelve en la sociedad, y lo que nos interesa aquí es el aspecto narrativo del árbol, yo diría que su aspecto «ficcional». Vamos a escuchar cómo, a través de la presentación de tu árbol, se cuentan las famosas «leyendas familiares». Cómo se ha producido la transmisión de las leyes y normas familiares y cómo, de generación en generación, se ha elaborado un relato del pasado, y de qué manera se ha transformado en «historias». Del mismo modo que son los vencedores quienes escriben la historia en nuestras sociedades, a menudo son los vencedores quienes escriben la historia en el árbol genealógico.

—¿Qué quieres decir?

—Pues bien, algunos miembros del árbol impondrán silencios, mentiras, cosas no dichas. En resumen, lo que no quieren que se sepa, por diferentes razones.

—Pero ¿cómo descubrir esos aspectos, si precisamente se han acallado?

—Gracias a las señales que envía el árbol. Siempre las hay, si se presta atención. Y, al modificar la narración de un árbol, se cambia todo el sistema genealógico, para todo el mundo. Te encontrarás frente a tu árbol genealógico, es decir, frente a una «construcción» a la que le debes la vida. Sin tus antepasados, no estarías aquí hoy. Pero añadiré algo: lo contrario también es cierto. Tus antepasados no existirían sin tu memoria.

Marianne se volvió hacia mí.

—Vamos, pasemos a la práctica. Anne, tienes un tablero con hojas delante de ti.

Luego, mirándome mientras yo dibujaba mi árbol, trató de comprender los fundamentos silenciosos, las herencias psíquicas, los vínculos conscientes e inconscientes entre los vivos y los muertos, todos esos misterios que seguían vivos en mí, a la luz de la pregunta que yo había planteado.

En la constelación de mis antepasados, algunas herencias me parecían evidentes, pero otras habían permanecido invisibles hasta entonces, sumidas en la oscuridad, ocultas a la vista, y sin embargo sentía su presencia, como cuando en las tinieblas de la noche sientes que algo se mueve. Un ser invisible e incomprensible, porque se esconde en tu interior, más allá de la mirada.

Fueron mis antepasados quienes me empujaron a escribir, en un acto que, al mismo tiempo, me unió a los miembros de mi familia —

y me liberó de ellos—. Todos, en mayor o menor medida, habían dejado huellas. Como si supieran que algún día eso serviría para escribir su leyenda.

31
Porte-plume

A los veintinueve años, sin duda influida por el impacto que me había causado aquella sesión con Marianne, fundé una pequeña editorial llamada Porte-plume. Éramos dos mujeres jóvenes cuando la creamos y nuestra vocación era redactar relatos familiares, por cuenta del autor. En el folleto de presentación se podía leer:

> Porte-plume ofrece la posibilidad de crear biografías a medida. Transmitir su historia, escribir sus memorias, compartir sus valores a través de un objeto bello que perdura en el tiempo: un libro.

La primera biografía que escribí, para poner a prueba nuestro proyecto, fue la de mi abuela Odile. Cogí un tren a Brest y ella me habló sobre su infancia, la destrucción de la ciudad, la partida hacia Saint-Pol-de-Léon, los barcos de su padre.

A continuación, redacté decenas de obras. Me sumergí en los oscuros meandros de la memoria de numerosas familias. Me encantaba aquel trabajo, que me enseñó el arte de escuchar, de desenredar los complejos hilos de cada existencia, de descubrir los mecanismos de cada destino. Aprendí a adentrarme en la gran historia colectiva a través de las historias de los individuos, a entrelazar los relatos íntimos y los grandes movimientos del tiempo.

Y esa práctica se convirtió en mi escuela de escritura. Una escuela ardua, rigurosa. Exigente. Mis personajes eran reales, estaban vivos, eran mi materia prima y tenían algo que decir: era su vida la que yo contaba.

Muy pronto pude comprender la vertiginosa complejidad de las constelaciones familiares. Esos libros, lejos de ser inocentes recopilaciones de recuerdos, son poderosos artefactos, capaces de remover memorias olvidadas y sacar a la luz sombras que los tabúes y lo indecible han dejado dormidas bajo la piel, en los sueños. A lo largo de dichos relatos surge una verdad íntima, deslumbrante, a veces inquietante, pero siempre inevitable por cuanto se revela como necesaria de decir, de escribir.

32
Edipo

Escribí un libro divertido con unas amigas sobre el estilo de vida de las parisinas. Conocí a un modisto que me contrató para trabajar en su casa de moda. Mi padre pensaba que era una frivolidad. Sin embargo, no me dedicaba a nada malo, no robaba a nadie, me ganaba la vida, hacía cosas que me gustaban. Cuando me enamoré de un hombre que trabajaba en las finanzas, lo consideró casi una provocación. Sin embargo, era un hombre que me cuidaba como nadie. Cualquier padre debería haber estado contento de que su hija tuviera un yerno tan bueno. Pero el mío tardó décadas en criarnos a mis hermanas y a mí según un ideal exigente y severo, porque quería que fuéramos capaces de reparar un poco los defectos del mundo. Y ahora yo lo estaba echando todo a perder. Me estaba aburguesando. Reduciendo a la nada años de esfuerzo.

Quizá eso era lo que más me dolía: no la idea de decepcionarlo, sino la de destruir involuntariamente una parte de él que había depositado en mí, con la esperanza de que floreciera y viviera por mucho tiempo.

No podía sino constatar la distancia que se había creado entre nosotros, invisible al principio, pero ahora insalvable. Y, sin embargo,

sinceramente, me parecía que yo no había cambiado, que seguía siendo exactamente la misma.

33
El maletín de cuero

El deterioro de la relación entre mi padre y yo se prolongó durante muchos años. Yo seguía siendo testigo impotente del espectáculo de nuestra desunión. Llegó un momento en que ya no conseguíamos hablarnos, incluso un simple «hola» o «adiós» suponía un esfuerzo para ambos, una torpeza que pesaba mucho, una incomodidad que era aún más incómoda que el silencio.

Para el septuagésimo cumpleaños de mi padre le regalé un maletín de cuero, especialmente bonito, de un lujo discreto, sin ningún logotipo grabado, pero con la perfección de un trabajo que, de alguna manera, parecía querer reparar algo entre él y yo.

Cuando le entregué el paquete, mi padre abrió la caja, desplegó con cuidado el papel de seda, miró el maletín que le había comprado y, sin siquiera sacarlo, me dijo simplemente:

—No me veo tomando el RER con esta cartera.

Quince años antes, conocí a un hombre, Gérard Rambert, que me fascinó y sobre el que escribí una novela titulada *Les Patriarches*. Por su edad, podía haber sido mi padre. Y adquirimos la costumbre de almorzar juntos una vez al mes. Su mirada, llena de benevolencia y

afecto, me transmitía una gran serenidad. Le encantaban los regalos que le hacía. Si era una bufanda, siempre se la ponía en la siguiente comida.

Veía a Gérard cada vez más a menudo y a mi padre cada vez menos. Luego, mi padre cayó enfermo.

Mi padre, debilitado por los últimos tratamientos, necesitaba nuestro apoyo. Mis hermanas y yo nos turnábamos para estar con él. Mi hermana mayor, Isabel, era sin duda la más abnegada y la que más tiempo le dedicaba. A principios de julio, con la llegada del calor, decidí llevar a mis padres a pasar unos días junto al bosque de Fontainebleau.

El primer día, mi padre se sintió revitalizado por el aire fresco. Fuimos a sentarnos a una terraza. A leer el periódico, tomar café y fumar cigarrillos. Una vida normal, con nuestras costumbres familiares, las de siempre.

Mi madre y yo teníamos que cuidar de mi padre. Me resultaba extraño sentir cierto bienestar, un sosiego, al realizar esas tareas. Me sorprendió de mí misma. Su cuerpo, incluso en la intimidad, no me repugnaba; le ponía pomada en la piel, en las manos, los codos y los pies con especial cuidado. Descubrí que la paz llega de forma inesperada, sentía una especie de devoción silenciosa. Sin embargo, nunca tuve alma de cuidadora. Pero algo se reconciliaba, se reanudaba al contacto con su piel, en la atención prestada al otro.

A finales de julio, me fui a Grecia a pasar las vacaciones con mi pareja y unos amigos. Necesitaba saborear una forma de olvido, un respiro de la enfermedad de mi padre.

Al cabo de unos días, mi hermana mayor me escribió. Tenía que volver a casa. Inmediatamente.

Entonces, les pedí a mis amigos que pasaran conmigo la última noche antes de mi partida. Les propuse que bailáramos, bebiéramos juntos, fumáramos, para invocar a los espíritus. Quería que esas horas se parecieran a las veladas de mi infancia, aquellas en las que mis padres, en su juventud, hablaban sin parar con sus amigos y todo parecía inflamarse con una intensidad absoluta. Brindamos, uno tras otro, y levantamos nuestras copas como antorchas en la noche antes de beberlas de un trago, hasta la última gota. Al amanecer, me subí a un coche para ir al aeropuerto. Con esa extraña sensación de viajar sin maleta.

Al salir del avión, fui directamente al hospital a ver a mi padre, que me estaba esperando. Estaba cansadísimo, le cogí de la mano.

En la habitación, un televisor colgado en la pared emitía su programa, indiferente a todo, con su pálida luz proyectada sobre las paredes y su contenido insignificante.

Pero… mi padre me había esperado.

Volví a casa, a un París desierto a finales de julio, sin mis hijas, sin mi pareja, sin mis amigos, en un extraño estado de soledad.

A la mañana siguiente, mi madre me llamó por teléfono. Gritaba. Salí. En la calle, caminé sin saber adónde ir, como si la ciudad misma se negara a darme una dirección. Crucé por un parque. La gente corría, sus movimientos me parecían absurdos, frenéticos, sus

cuerpos escapaban a su voluntad. Y fue como si, de repente, viera a los seres con una nueva claridad, una lucidez brutal. Sus historias me llegaban, al mirarlos podía captar sus relatos, de dónde venían, adónde iban, y me senté en un banco, me dejé caer. No podía seguir adelante. Estaba allí, simplemente, detenida, en suspenso.

Pensé que era demasiado pronto, que me hubiera gustado conocer mejor a mi padre, hablar más con él, tener más charlas, para saber qué tipo de hombre era.

Paré un taxi. El conductor me miró y me preguntó si me encontraba bien. Le respondí que sí, muy bien. Sin pensarlo, le dije: «Al hospital Saint-Antoine, por favor». Solo cuando llegamos a las puertas me di cuenta del error. Mi padre no estaba allí. Estaba en el Saint-Louis. Le susurré al conductor que me había equivocado. Cambió de dirección. Volvimos a ponernos en marcha. Y seguía teniendo la impresión de que las historias de la gente llegaban a mí.

En el coche, mi teléfono vibraba. Estaba recibiendo mensajes. Fragmentos de la vida normal, de aquellos que, sin saberlo, aún me conectaban con un mundo que no había cambiado, ajenos a lo que acababa de trastornar el mío.

Me reuní con mi madre y mis hermanas, entramos en la habitación donde había estado la víspera, al llegar del aeropuerto. Sus cosas estaban allí, guardadas en bolsas de plástico blancas en las que ponía «Asistencia pública-Hospital de París», que me recordaban a bolsas de basura. Me pareció una imagen demasiado brutal, inadmisible. Sin embargo, no había nada que reprochar al hospital público. Hacían lo que podían.

La enfermera entró con un sobre blanco. Dentro estaba la alianza de mi padre, su móvil y su reloj. El teléfono seguía funcionando, su

luz traspasaba el papel. Recibía mensajes, correos electrónicos. La vida seguía intentando llegar hasta él.

Las cuatro nos quedamos mucho tiempo en la habitación, alrededor de la cama. La enfermera trajo sillas; no decíamos nada, yo tenía la impresión de verlo moverse e incluso de oír su respiración. Lélia le arreglaba el pelo a Pierre. Luego salimos para dejarla sola con su marido.

La gente en el ascensor nos deseaba un «buen día». No sabíamos qué responderles.

Luego, avanzamos por los pasillos del sector violeta, con las bolsas de plástico y el maletín de papá, no el que yo le había regalado, sino otro que le gustaba.

En la morgue, conversamos con una joven con los brazos cubiertos de tatuajes que nos habló de problemas de horarios y turnos, consecuencia, en general, del exceso de fallecidos. Desde la COVID-19 ya no podían controlar el flujo, abrumados por el déficit de profesionales. Sobre todo porque la morgue de otro hospital cercano había tenido que cerrar por falta de personal y todos los fallecidos eran trasladados ahí, a Saint-Louis. Donde nos tocó ir después se repitió la misma historia, la de la carencia de trabajadores.

Cogimos un taxi hacia la funeraria. De repente, en la pantalla de mi teléfono empezaron a aparecer mensajes, fotografías, una tras otra, de Pierre Berest. Y pensé: «Anda, papá me está enviando mensajes».

Era mi hermana Isabel, que había sacado el teléfono de papá del sobre con sus efectos personales y nos enviaba las fotos.

Nunca agradecí tanto a mis padres el haberme dado hermanas como en aquel taxi. No estaba sola. Pensé que, después de nosotras, sus tres hijas, el apellido Berest se extinguiría y que quizá por eso ninguna se había casado. Entonces me pregunté qué habría pasado si Pierre hubiera tenido un hijo entre sus tres hijas. ¿Habría sido diferente con un hijo? Un niño con su belleza, sus ojos azules con ojeras, su obstinada afición por el ajedrez y los números. Quizá las cosas hubieran sido más fáciles entre ellos. Habrían visto juntos los partidos de fútbol, bebido cervezas. También me pregunto qué habría cambiado en mí si hubiera tenido un hermano. Me imagino a ese hermano prodigioso, brillante, con la inteligencia trágica de aquellos a quienes admiramos demasiado. Lo habría querido con un amor celoso e inconmensurable. ¿Acaso Pierre echaba de menos a ese hijo, como yo echo de menos a un hermano?

Pero creo que ese chico, si hubiera existido, habría llevado dentro de sí, lo siento así, una melancolía incurable. La de aquellos seres que se doblegan bajo el peso de los sueños, de las expectativas de los demás. Hijo de Pierre, nieto de Eugène, bisnieto de Eugène: habría sido frágil en su esplendor y, a veces, lo veo, a ese hermano que no tuve, lo veo como si estuviera vivo, lo quiero con ese amor insensato que se entrega a los ausentes.

Vuelvo por primera vez a casa de mis padres. Todavía flota en el aire el olor de mi padre. Su abrigo está en la entrada. Sus zapatos, en los escalones. Los objetos esperan a su dueño. Todavía no se ha limpiado la casa. El pan de jengibre está en la mesa de la cocina, el que mi madre compró para mi padre, porque es el único al que le gusta. ¿A quién más le gusta el pan de jengibre? Me pregunto quién se lo terminará ahora. No lo vamos a tirar a la basura.

Miro el calendario magnético colgado en la puerta de la nevera. Las fechas se alinean, las anotaciones cuidadosamente trazadas dan fe de una idea de un futuro que ahora ha quedado obsoleto.

Subo a su despacho, en su agenda las páginas están marcadas con sus próximos proyectos, su viaje a Holanda, para el que envió los resultados de su peritaje unas horas antes de morir. Cada palabra escrita de su puño y letra refleja su inquebrantable seriedad.

En el armario, su ropa permanece huérfana, inútil, impregnada de su perfume. Paso mi mano por encima, como una larga caricia. En una caja cuidadosamente guardada descansa el maletín de cuero que le regalé. Y que nunca llevó.

Miro todos esos objetos que aún no se han cubierto de polvo, que aún son nuevos, que aún no se han ajado.

Los bolígrafos.

Los papeles.

Cartas que siempre había visto por ahí, tiradas en el desorden de la oficina de mi padre, pero que nunca sentí curiosidad por leer. Esta, escrita por su tío abuelo, el aventurero y navegante, que también se llamaba Pierre.

> Mi querido ahijado:
>
> Tu abuelo me dice que eres coleccionista de sellos. También sé por él de tus buenas notas en la escuela. Eso está muy bien; ahora la gran aventura son los estudios, la ciencia. Eso no era así en la época de tu viejo padrino, por eso se decantó por la aventura, por ser un vagabundo, algo que no lleva a ninguna parte. A menudo veo pasar a hombres de ciencia, están a punto de cambiar el mundo. Dales un beso a tus padres de mi parte, tu viejo padrino que te quiere,
>
> PIERRE

Mi padre guardó esa carta toda su vida. En ella se perfila lo que será —un aventurero de la ciencia, un joven que quería cambiar el mundo—. Si se tratara de una novela, nos resultaría increíble.

Sigo escribiendo este libro sin Pierre. Un libro que escribía para él, para que me perdonara algo, algo, por cierto, no muy claro, porque no tenía nada que perdonarme. Pero yo me empeñaba en pensar que sí tenía algo que perdonarme, o al menos en actuar como si así fuera. Sigo escribiendo este libro, aunque la persona para quien lo escribo ya no estará aquí para leerlo.

Me cuesta dos años volver a Bretaña. Cojo un tren en la Gare Montparnasse. Me quedo mirando los frescos de Vasarely. Los han restaurado y sus colores cinéticos se ven ahora jóvenes y brillantes.

No tengo valor para entrar en el pub Le Cormoran, donde pasé tantas tardes con mi padre, siendo yo una niña. Voy a otro café, renovado, con una terraza que da a la playa. De lejos, observo a la gente que pasea bajo el calor de la tarde. Ahí, en ese momento banal, me doy cuenta por primera vez de mi dolor, comprendo de verdad, realmente, que nunca volveré a ver a mi padre, que no nos diremos palabras tiernas y que somos unos idiotas. Siempre callándonos.

Pienso que mi padre era como este Finistère, un hombre de belleza salvaje con costas escarpadas en su interior. Siempre se

mantuvo un poco al margen del mundo. A lo largo de su vida, estudió la influencia de la luna en las mareas terrestres, el almacenamiento de sal, los residuos radiactivos, las piedras de luna, y dedicó parte de su investigación a elementos brutos del paisaje bretón, como si llevara consigo a todas partes esos elementos que dejó atrás al marcharse a París.

Pasamos los días esperando a que algo suceda, a terminar de hacerlo, se dice «hacer el duelo» como si se tratara de una tarea que hay que realizar, de una empresa que hay que llevar a cabo, como hacer la compra o hacer todo lo posible. Pero que no se fabrica ni se decide. Es algo que escapa a toda voluntad. Nunca más volveré a estar en la misma habitación que él, y mi mente apenas puede concebir la idea misma de la ausencia de su cuerpo, de su mirada.

Me pregunto si me convertiré en otra persona, en otra mujer, sin esa mirada dirigida hacia mí. Dicen que con el tiempo el dolor se calma. Pero a mí me parece que es lo contrario. Cada vez estoy más triste por la muerte de mi padre. Cada vez más inconsolable.

No soporto ver pan de jengibre.

Mi padre se fue con una imagen falsa de mí, o al menos incompleta; acabó viéndome como una mujer distante, pública, en todos los sentidos de la palabra, que ya no tenía mucho que ver con la idea de lo que era su hija. Ahora es demasiado tarde y nunca podremos reparar ese malentendido. Y, sin poder hacer nada al respecto, el dolor me traspasa como un cuchillo.

Esperé mucho tiempo las palabras de mi padre, palabras que nunca llegaron. La ira me invadió. Entonces hice una lista de todas las cosas que me gustaban de él, como se dicen palabras de amor a quien te deja, con la esperanza de que te eche de menos.

Me gustaba que me pusieras apodos de pequeña.

Me gustaba que quisieras a mi madre, como lo hiciste.

Me gustaba tu exigencia intelectual, aunque a menudo la confundía con desprecio hacia mí, pero estaba equivocada.

Me gustaba que no me hablaras mucho.

Me gustaba cuando, a veces, de niña y de adolescente, te hacía reír de verdad.

Me gustaba cuando hacías anillos con el humo.

Me gustaba cuando contabas anécdotas sobre tu familia.

Me gustaba tu perfume, Habit Rouge.

Me gustaba que después de afeitarte toda la vida de repente decidieras dejarte crecer la barba.

Me gustaba la música que te gustaba.

Me gustaba verte encender los cigarrillos con una lentitud casi indiferente.

Me gustaba ver tu letra, pequeña, redondeada, perfectamente dibujada, cuando miraba los papeles en tu escritorio.

Me gustaba que nunca me llamaras por teléfono para preguntarme cómo estaba.

Me gustaba tu forma de ser implacablemente duro conmigo, porque pensabas que yo era capaz de más.

Me gustaba ser tu hija, aunque a veces me dolía sentir tu dureza, tu frialdad, tu indiferencia.

Me gustaba que nos dijeras: Hijas mías, estoy en contra de la herencia, habría que redistribuirlo todo.

Me gustaba que nos pidieras que trabajáramos muy jóvenes, a una edad en la que los demás terminaban sus estudios.

Me gustaba que me advirtieras que solo podía contar conmigo misma en la vida, hasta tal punto que me sentí muy fuerte el día en que comprendí que no necesitaba a nadie. Ni a un padre. Ni a un marido. Esa fuerza es inmensa. Y esa es mi herencia.

Me gustaba que no me dieras una sola bofetada.

Me gustaba que no me pusieras nunca la mano encima.

Me gustaba que hicieras experimentos con pompas de jabón.

Me gustaba tu piedra de luna.

Me gustaba poner mis pies sobre los tuyos y que me hicieras caminar mientras me cogías de las manos.

Me gustaba bailar en tu despacho mientras trabajabas.

Me gustaba beber alcohol y fumar cigarrillos contigo.

Me gustaba que al final no me ayudaras.

Me gustaba ver películas del Oeste en la televisión contigo, *La cautiva de los ojos claros* y *La cautiva del desierto*.

Me gustaba *Los tres días del cóndor* porque Robert Redford se vestía como tú.

Me gustaba que fueras fan de Carole Laure y de Patricia Kaas.

Me gustaba que te gustaran las mujeres con carácter.

Me gustaba cuando decías palabras bretonas, *strakenn* y *louzous*.

Me gustaba que no te conmovieras con mis lágrimas.

Me gustaba que nos obligaras a ser fuertes, que no tuviéramos otra opción.

Me gustaba que quisieras a mi madre porque era extranjera, como en el poema de Aragon.

Me gustaba que me pidieras que soportara el dolor en silencio.

Me gustaba que me llevaras a la Escuela Politécnica porque en el comedor había bandejas.

Me gustaba cuando recitabas de memoria el poema de Victor Hugo «Mañana, al alba».

Me gustaba cuando me llamabas Bella Anne.

Me gustaba tu dulzura, sin alzar nunca la voz.

Me gustaba no haberte oído gritar en toda mi vida.

Me gustaba tu amor por Vietnam y viajar allí contigo.

Me gustaba que nos llevaras al cine a ver las películas de Indiana Jones.

Me gustaba que fueras una persona de confianza.

Me gustaba que dijeras que eras muy feliz por tener tres hijas, cuando la gente parecía compadecerse de ti.

Nunca sabré qué te gustaba de mí. Y siempre me he preguntado cuánto me querías. La verdad es que no tengo ni idea.

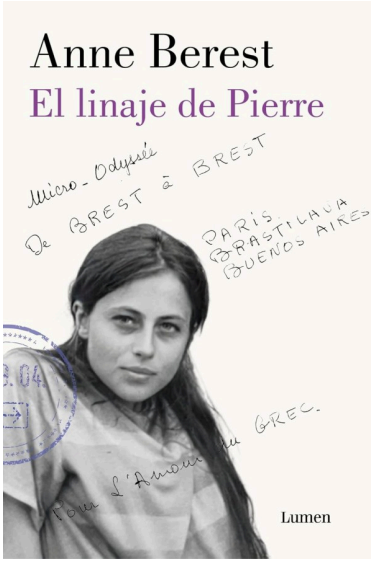
La vida tiene mucho menos interés sin ti.

Agradecimientos

Eva Benedetto, Lélia Berest Picabia, Claire Berest, mi hermana, Claire Bérest, mi tía, Elizabeth Bérest, Isabel Berest, Odile Noël Bérest, Jean-Marc Béguin, Geneviève Brisac, Tessa Brisac, Jean Chapelon, Grégoire Chertok, Marianne Costa, Marie-Pierre Coste-Billon, José Cordoba, Pedro Cordoba, Aurélie Delafon, Francis Esménard, Maxime Godet, Florence Godfernaux, Gilles Grall, Romain Goupil, Sophie Harinck, Gilles Haéri, Jacques Le Bihan, de la asociación Histoire et Archéologie de Saint-Pol-de-Léon, Gaëlle Maindron, Bénédicte Mouret, Brieuc Ollivier, Priscille d'Orgeval, Anna Pavlowitch, Abel Quentin, Régine, de la Cooperativa agrícola La Bretonne, Olivier Rolin, Martine Saada, Alain-Michel Serkine, Nicole Serkine, Anne-Marie y Louis Michel Simon, hablantes de bretón de Léon, Michel Villac.

PREMIO TROPHÉE DE L'ÉDITION A LA AUTORA DEL AÑO.

Tras el éxito internacional de *La postal*, la premiada Anne Berest regresa con una nueva y apasionante saga familiar.



En plena gira de promoción de *La postal*, la novela que nació de una postal anónima y conquistó a más de medio millón de lectores, Anne Berest recibe una noticia que hace que todo se detenga: su padre, Pierre, está gravemente enfermo. De pronto, comprende que apenas conoce a ese hombre silencioso, así como el linaje bretón del que procede. Esta vez la pista llega en forma de cuatro cuadernos escolares en los que su abuelo Eugène dejó escritas sus memorias. A partir de ellos, Berest emprende una investigación íntima y

apasionante que la conduce hasta Saint-Pol-de-Léon, en el corazón de Finistère, donde a comienzos del pasado siglo su bisabuelo fundó La Bretonne, el primer sindicato de campesinos de la comarca.

De las luchas de los agricultores a la ocupación alemana, de la reconstrucción de Brest a mayo del 68, *El linaje de Pierre* recorre la apasionante historia del siglo xx a lo largo de las vidas de tres generaciones de hombres austeros y obstinados, para contar, en filigrana, la historia de una hija que intenta comprender a su padre antes de que resulte demasiado tarde. Con gran pulso narrativo y una prosa elegante, precisa y emotiva, Anne Berest ha escrito una saga familiar sobre la memoria, la transmisión y todo aquello que heredamos sin palabras, que la confirma como una de las grandes narradoras de nuestros días.

La crítica ha dicho:

«Una historia íntima y profunda que ha sido la estrella de la rentrée. [...] Una novela auténtica, imprescindible. [...] El lector alterna de la risa al llanto».
Clémentine Goldszal, *Elle*

«La novelista, convertida en pocos años en una de las figuras más importantes de las letras francesas, firma una obra magnífica sobre el amor filial que seduce por su pudor y su justeza».
Florine Delcourt, *Harper's Bazaar*

«Con un estilo elegante, Berest firma una novela deslumbrante, un

emotivo homenaje a un hombre de gran carácter. Sin duda uno de los grandes libros de esta rentrée».
Anne Michelet, *Version Femina*

«Una novela sobria y poderosa».
Julie Malaure, *LH le Mag*

«Una investigación apasionada […] llevada por una pluma vibrante y juguetona».
Virginie Bloch-Lainé, *La Tribune Dimanche*

«Anne Berest habla con infinita precisión [...] sobre una relación tejida con excesiva reserva, sobre malentendidos regados de lágrimas sin derramar. [...] Hay aquí una fuerza subterránea propia de la literatura. Los ausentes vuelven a la vida. Ahí reside el triunfo de su escritura».
Marie Delorme, *Paris Match*

«Relato familiar, reflexión sobre la transmisión y la transgenealogía, investigación sobre Bretaña y los años trotskistas, *El linaje de Pierre* se revela como una novela sobre los orígenes y una declaración de amor a un padre amado y amoroso».
Minh Tran Huy, *Madame Figaro*

«Una epopeya familiar [que] impacta como un río cuyos meandros narran un siglo de la historia de Francia».
Marceau Cormerais, *Les Échos*

«Una nueva saga tan apasionante como la primera, aunque radicalmente diferente».

Stéphanie Janicot, *La Croix*

Anne Berest (París, 1979) es escritora y guionista. Después de estudiar Literatura, fundó la revista *Carnets du Rond-Point*, que dirigió durante cinco años. En 2008 colaboró con Édouard Baer en la adaptación teatral y la puesta en escena de *Un pedigrí*, de Patrick Modiano. En 2011 publicó una columna sobre París en *Journal du Dimanche*. Debutó en el ámbito literario en 2010 con *La hija de su padre* (2010), que obtuvo el Prix des Dunes y fue seleccionada para los premios Goncourt, France Télévision y Flore. Su siguiente novela, *Les Patriarches* (2012), fue finalista de los premios Renaudot y Flore. Tras publicar la biografía Sagan 1954 (2014), el ensayo *Cómo ser parisina estés donde estés*, coescrito con Audrey Diwan, Caroline de Maigret y Sophie Mas (2014), así como las novelas *Se busca mujer perfecta* (2015) y Gabriële (2017), el retrato de su bisabuela Gabriële Buffet-Picabia que escribió con su hermana Claire y que obtuvo el Prix de l'Héroïne Madame Figaro, publicó el fenómeno editorial *La postal* (Lumen, 2022), que fue galardonado con el Premio Renaudot des Lycéens, el Premio Selección Goncourt de Estados Unidos y el Gran Premio de Novela de las Lectoras de *Elle*, fue aclamado por la crítica y fue traducido a numerosos idiomas. Ha sido autora del año en los premios Trophées de l'édition por *El linaje de Pierre*, su última novela (Lumen, 2026).

Obra publicada con el apoyo del Centro Nacional del Libro,
del Ministerio de Cultura de Francia.

Titulo original: *Finistère*

Primera edición: octubre de 2026

© 2025, Éditions Albin Michel, París
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Lydia Vázquez Jiménez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Edith Muñoz

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-3426-5

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El linaje de Pierre

Libro I (1909-1939). Los dos Eugène

1. Turistas en la comarca de Léon
2. La gota de agua
3. Donde el agua está tranquila es porque es profunda
4. Pero ¿quién es Eugène Bérest, ese forastero venido de Saint-Malo?
5. La balanza de la discordia
6. La Bretonne
7. El Bazh-valan
8. La boda de Eugène
9. Eugène, hijo de Eugène
10. Eugène quiere ir al colegio Notre-Dame-du-Kreisker
11. Nunca se vio lluvia que no cesara ni viento impetuoso que no amainara
12. Solo hay una mancha de diferencia entre lo limpio y lo sucio
13. La ciudad santa
14. «Ad usum Delphini»
15. Feliz quien, como Ulises
16. El regalo de Navidad
17. Orden de movilización general

18. Es más fácil para el hijo pedirle al padre que para el padre pedirle al hijo

Libro II (1940-1946). La guerra en los confines del mundo

1. «¡Finistère! ¡Finistère!»
2. El bachillerato, promoción de 1940
3. La chica de la Rue de Siam
4. La joven
5. Una casa para todos
6. El hombre murciélago
7. En la Brasserie Lipp
8. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo
9. ¿Cómo se escribe «Kierkegaard»?
10. ¿Alain qué más?
11. La barca es tan pequeña y el mar es tan grande
12. La manifestación de los estudiantes de secundaria el 11 de noviembre de 1940
13. Decirse no a sí mismo
14. Una aparición
15. «Se dice» suele ser mentira
16. La estratagema de Eugène
17. París, ciudad sin mar
18. Regreso a Brest
19. La boda de Eugène y Odile

Libro III (1968). Retrato de mi padre de joven

1. Marguerite Duras, la anciana con el jersey naranja de cuello alto que fumaba cigarrillos
2. Los servicios: cuartel general
3. El director llama a Eugène a su despacho
4. El que desea comer la semilla de la nuez deberá romper la cáscara
5. Una revelación
6. El Rolls de los ciclostiles
7. Las barracas
8. Brest la Roja
9. El rizoma estudiantil
10. Una partida de ajedrez con Bakunin
11. Minos, Éaco y Radamanto
12. La perfección firma el crimen
13. Reunión del Movimiento finisterrano
14. La comitiva de estudiantes
15. Abrir las puertas de la percepción
16. El misterioso telegrama
17. Un incendio devasta el local de la asociación de estudiantes de Filosofía y Letras de la Sorbona
18. ¡Es un caos, cerramos!
19. Reivindicación del comité de acción estudiantil
20. La bula del papa Gregorio IX, «Parens scientiarum»
21. Las madres de los chicos de Mayo del 68
22. La conmoción del telegrama
23. Los padres no se caen de un guindo

24. Un error de interpretación
25. El día 8 de mayo de 1968
26. La noche de las barricadas

Libro IV (1968-1970). Los años rojos

1. La levadura que hace crecer el pan
2. Los tres medios y los cinco medios
3. Las nuevas salas son demasiado viejas
4. El señor Ramis, conocido como «la Rata» o «Raminagrobis»
5. «Base-Grand»
6. «Maspero's books»
7. El otro Pierre
8. Virilidad, Erudición, Tenacidad
9. El episodio de la bata
10. Expulsión del instituto
11. Almuerzo con Eugène
12. Reunión del círculo rojo
13. Una semana de repasos
14. El señor Lagarde, del manual «Lagarde y Michard»
15. La Liga Comunista
16. «Krivine presidente»
17. Diez años de gaullismo son demasiado, un año de izquierdismo también
18. La prueba de natación
19. La victoria del Gorila
20. A la espera de los resultados

21. Brest, verano de 1969
22. De Gaulle tenía razón
23. Sabotaje

Libro V (1972-1979). Y apareció la noche

1. Encuentro de dos investigadores en torno a un inclinómetro
2. «She thinks he is very handsome»
3. Se llama Lélia Picabia
4. Vincennes
5. Cómo calcular un litro y medio de agua con una cazuela y una regla doble
6. El viaje a Céreste
7. Myriam e Yves
8. El pueblo
9. Recuerdo de la cifra tres
10. Gabriële
11. Lo mejor que puede ofrecer el hombre
12. Pierre prefiere confiar en la ciencia
13. Las dos noticias del doctor Mignonne
14. La novia de Pierre François, a la que habíamos olvidado
15. La redada
16. El triángulo rosa y la estrella amarilla
17. El protocolo del Hôtel-Dieu
18. La boda de Pierre y Lélia
19. El pantalón corto vaquero
20. Las manchas mongólicas

Libro VI (1981-2024). Teoría de las bifurcaciones

1. La marca del orgullo
2. Memoria de la mirada
3. El busto publicitario de La Bretonne
4. El comportamiento de las pompas de jabón
5. La fotografía desaparecida
6. Bambi
7. La colección de sellos
8. Pierre François ha cogido anginas
9. El síndrome de Kaposi
10. Jaque mate
11. Epifanía con taladro
12. La enfermedad del arqueólogo
13. La crueldad de los indiferentes
14. Lección de cosas
15. La niña sindicalista
16. El primer día antitabaco
17. Le Cormoran
18. «Sweet and Sour»
19. El general se revuelve en su tumba
20. Donde las Barbies están prohibidas
21. El Gran Premio de Jóvenes Lectores
22. El «Manifiesto del Partido Comunista»
23. Juppé, entérate, tu reforma…
24. El cuádruple asesinato del barrio

25. El carrusel encantado
26. El síndrome de Pierre
27. El baile de la Escuela Politécnica
28. El curso preuniversitario de excelencia
29. Como las mujeres de Guy Bourdin
30. Cuidar del propio árbol
31. Porte-plume
32. Edipo
33. El maletín de cuero

Agradecimientos

Sobre este Libro

Sobre Anne Berest

Créditos